

Formas de la Sociabilidad

Una geografía de los espacios públicos
en Río de Janeiro

PAULO CESAR DA COSTA GOMES | LETICIA PARENTE RIBEIRO
(COORDS.)



peirene

eug

FORMAS DE LA SOCIABILIDAD.
UNA GEOGRAFÍA DE LOS ESPACIOS
PÚBLICOS EN RÍO DE JANEIRO

Paulo Cesar da Costa Gomes
Leticia Parente Ribeiro
(Coords.)

FORMAS DE LA SOCIABILIDAD.
UNA GEOGRAFÍA DE LOS ESPACIOS
PÚBLICOS EN RÍO DE JANEIRO

Granada
2019

COLECCIÓN EIRENE

DIRECCIÓN DE LA COLECCIÓN

CARMEN EGEA JIMÉNEZ
IPAZ-Universidad de Granada, España
MARIO HERNÁN LÓPEZ BECERRA
Universidad de Caldas, Colombia

CONSEJO ASESOR

FANNY AÑAÑOS BEDRIÑANA
IPAZ-Universidad de Granada, España
FRANCISCO DEL CORRAL DEL CAMPO
IPAZ-Universidad de Granada, España
CARMEN RAMÍREZ HURTADO
IPAZ-Universidad de Granada, España
PEDRO SAN GINÉS AGUILAR
IPAZ-Universidad de Granada, España
MARÍA ELENA DIEZ JORGE
IPAZ-Universidad de Granada, España
DANÚ ALBERTO FABRE PLATAS
Universidad Veracruzana, México
MARÍA DEL MAR GARCÍA VITA
Universidad del Norte, Colombia
GIANNI SCOTTO
Universidad de Florencia, Italia
CARMEN MAGALLÓN PORTOLÉS
Universidad de Zaragoza, España
SILVIA MARCU
Consejo Superior de Investigaciones
Científicas, España

TATYANA DRONZINA
Universidad de Sofía San Klemente
de Ojrida, Bulgaria
IRENE COMINS MINGOL
Universidad Jaume I, España
INÉS CORNEJO PORTUGAL
Universidad Metropolitana, México
EULOGIO GARCÍA VALLINAS
Universidad de Cádiz, España
XOSÉ MANOEL NÚÑEZ SEIXAS
Universidad de Santiago de Compostela,
España
ESPERANZA HERNÁNDEZ DELGADO
Universidad la Salle, Colombia
GERARDO PÉREZ VIRAMONTES
Universidad Jesuita de Guadalajara,
México

© LOS AUTORES

© EDITORIAL UNIVERSIDAD DE GRANADA

FORMAS DE LA SOCIABILIDAD. UNA GEOGRAFÍA
DE LOS ESPACIOS PÚBLICOS EN RÍO DE JANEIRO

ISBN: 978-84-338-6516-8

Edita: Editorial Universidad de Granada

Campus Universitario de Cartuja, 18071, Granada.

Tel.: 958 24 39 30 - 958 24 62 20

Web: editorial.ugr.es

Diseño de la Edición: motu estudio

La Dirección y Comité Asesor de la Colección Eirene, así como la Editorial de la Universidad de Granada (EUG) no necesariamente comparten las opiniones de los textos de esta publicación de cuyo contenido se hacen responsables sus autoras y autores.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

CONTENIDOS

- 11 DANIEL HIERNAUX-NICOLAS
Prólogo: El espacio público: ¿Guerra y paz?
- 17 JUAN LUIS DE LAS RIVAS SANZ
Presentación: Los espacios públicos para entender la ciudad de las personas
- 23 PAULO CESAR DA COSTA GOMES | LETICIA PARENTE RIBEIRO
Introducción: Un encuentro programado

Superficies

- 39 PAULO CESAR DA COSTA GOMES | NIKOLAS ZANETTE MURICY
El ojo puesto en la arena: variaciones morfológicas sobre la regularidad de las superficies arenosas
- 59 PAULA BARBOSA ESTEVAM TROJAN | PAULO CESAR DA COSTA
Sobre los céspedes: interacciones sociales en algunos parques urbanos cariocas
- 75 WASHINGTON DRUMMOND DA SILVA | SUE ELLEN COCCARO
El terreno del juego: lo lúdico en los espacios públicos
- 93 KARINA E. FIORAVANTE | IGOR M. M. ROBAINA
Si esa calle fuese mía: encuentros sociales y regulación en las aceras cariocas

Ocupación

- 111 ANDRE FELIX DE SOUZA | IGOR RIBEIRO DA SILVA CAMPOS
La sociabilidad como juego y el espacio público como escenario

- 135 IGOR M. M. ROBAINA | AMANDA FERNANDES DE CARVALHO
Luz, sombra, acción: espectáculos de la sociabilidad
- 153 KARINA FIORAVANTE | HERNANDO CEPEDA | IGOR MEDEIROS
Topofilia y topofobia: experiencias espaciales y encuentro social
- 169 RENATO COIMBRA FRIAS | ANA BRASIL MACHADO
Escuchar la ciudad: sonido y sociabilidad

Discontinuidades

- 189 ANA BRASIL | LETICIA PARENTE | THOMAZ MENEZES
Discontinuidades: límites que separan y que unen
- 205 MIRELLE DE CASTRO ALFANO | SUE ELLEN COCCARO
Conectados y desconectados: formas de presencia e interacción
en los espacios públicos
- 217 MARCOS P. FERREIRA DE GÓIS | RENAN B. DE FRANÇA
La noche divide el día: visibilidades, transgresiones y ritmos de
la noche urbana

Extrañezas

- 235 VINCENT BERDOULAY
El espacio público y la resiliencia de la urbanidad carioca
- 253 HERNANDO DUDLERTH CEPEDA SANCHEZ
«Quédese en el flujo»: redes involucradas en la sociabilidad de
extranjeros en Río de Janeiro
- 269 FRANK INGO MÜLLER
Un alemán en Providencia: sociabilidad y renovación urbana

289 Referencias bibliográficas

297 Reseñas curriculares



EL ESPACIO PÚBLICO: ¿GUERRA Y PAZ?

La propuesta que me han hecho de prologar el libro *Formas de la Sociabilidad –una geografía de los espacios públicos en Río de Janeiro* coordinado por Paulo da Costa Gómes y Leticia Parente Ribeiro para la Colección Eirene de la Universidad de Granada, me implicó un reto personal sustancial.

Quizás es cierta visión crítica mía -aunque no forzosamente pesimista- de lo que ocurre en los espacios públicos que más ha sido cuestionada por la lectura atenta de esta obra, por lo demás mucho más optimista que lo que me podía imaginar al emprender su revisión.

Me brotaban inicialmente imágenes acumuladas por el roce continuo con las noticias globales que involucraban al espacio público como *locus* de conflictos: las casi treinta semanas de manifestaciones y desmanes asociadas a la revuelta de los «Chalecos Amarillos» franceses traen a la mente un espacio público de revuelta, donde los macanazos, patadas, gases diversos y balas de goma, incendios y degradaciones han sido las más claras manifestaciones de una revuelta traída a los espacios públicos, inclusive los más selectos y emblemáticos a nivel mundial. A la par, la violencia de carteles y pandillas en las ciudades de México, se dan esencial aunque no exclusivamente, en sus calles, transformándolas en escenarios de batallas campales entre autoridades y pandillas o entre estas mismas. Podría acumular ejemplos, entre otros los que remiten a esa violencia omnipresente, «...violencia que asume la forma de la banalidad ...» como lo afirma Aranda (2005: 97), como oposición y resistencia a la «violencia totalitaria» en términos de Maffesoli (1982). La primera se relaciona con la saturación de los espacios públicos, que impulsa la presencia de un conflicto permanente en oca-

siones paroxístico entre conductores, peatones o, más recientemente también entre los últimos y las bicicletas o patines motorizados o no.

Indudablemente Simmel (1999), agudo observador de las ciudades y de las sociedades de su época, acertó en escribir sobre el conflicto en el marco de sus ensayos sobre temas tan diversos como el dinero, la moda o las ruinas. Habrá que recordar que para el autor berlinés, el conflicto no es forzosamente negativo, sino que es parte integrante y hasta cierto punto integradora de las sociedades; es una de las formas de socialización (Simmel, 1999). En la actualidad, esta asección parece bien contraria a los anhelos de sociedades que reclaman la paz.

Mi recorrido por el libro fue impulsado entonces por un interés genuino en entender cómo los autores -muchos provenientes y tratando de una ciudad violenta inserta en un país violento- manejan el tema del conflicto y de sus efectos sociales, particularmente en el espacio público.

En la introducción, Paulo da Costa Gomes y Leticia Parente Ribeiro hacen mención de que el espacio público genera la posibilidad de encuentros, los cuales califican de *Sociabilidad Pública*. No todos los espacios frecuentados por la población de una ciudad o por sus visitantes tienen características que permiten la expansión de esa sociabilidad pública referida por los autores. En buena medida, los espacios privados para uso público suelen establecer una competencia fuerte con los espacios genuinamente públicos. Al paseo por las calles y los parques, las sociedades actuales suelen preferir cada vez más las pseudo-calles de los espacios cubiertos en los centros comerciales. Menos ruido quizás, protección contra las inclemencias del clima, sensación de mayor seguridad son algunos de los factores que impulsaron el uso de ese tipo de espacios frente al espacio tradicional sea plaza, parque, calle, etc.

En un ensayo de hace varios años (Hiernaux, 2013), hice la reflexión de que los pasajes y galerías cubiertas de París habían sustituido por varias décadas el paseo por las calles y los parques de la capital francesa, justamente por los criterios que enumeramos antes. De esta forma, la modalidad de espacio privado de uso público, con sus normas y restricciones, inclusive con sus intentos de segregación social no es algo reciente que sólo sería asociable solamente a la modernidad o posmodernidad, sino algo profundamente anclado en la historia del capitalismo. La noción de «no lugar» introducida por Augé (1992)

tiempo atrás fue un concepto particularmente atractivo para quienes pensaban que los espacios privados de uso público «no tenían vida», eran tierra de anonimato; se pudo demostrar la falsedad de tal afirmación ya que la capacidad de apropiación y subversión de los espacios y de las normas que los rigen es particularmente aguda en cualquier población (salvo posiblemente en Corea del Norte inmersa en una violencia totalitaria paroxística).

Sin embargo, los espacios que se estudian en esta obra son totalmente diferentes: lugares de encuentro, genuinamente de uso público, de convivencia, ofrecen por lo general una colorida asistencia de personas en busca de una socialidad que tiende a perderse cada vez más. Por supuesto que se reconoce que no es nada inusual encontrar a personas en un rincón de un parque o sentadas en un restaurante, usando de manera aislada y continua su teléfono portable en vez de aprovechar las oportunidades de intercambio que ofrece la reunión de personas en un mismo lugar. Esas situaciones son cada vez más frecuentes y pudieran llevar a un pesimismo creciente sobre la capacidad comunicativa de las personas con la consecuente pérdida de sentido de espacio público si se transforma en una colección de «esferas» (Sloterdijk, 2003) incommunicadas entre sí, y solo ocupando materialmente el espacio.

En este sentido, el libro nos ofrece ejemplos que nos invitan a una profunda reflexión sobre el espacio público. La reunión de los textos bajo una clasificación temática más que espacial es particularmente pertinente, porque ofrece una lectura transversal de los espacios estudiados. *Superficies, Ocupaciones, Discontinuidades y Extrañezas* son los cuatro temas ordenadores de los ensayos y actúan como si fueran movimientos musicales dentro de la polifonía de los ensayos: les dan sentido, articulación, inclusive una visibilidad muy fina y distinta de lo que sería una clasificación por espacios por ejemplo y es, sin la menor duda, una de las cualidades más valiosas de la obra.

Las playas por ejemplo, componente emblemático y dinámico de un imaginario significativo de Río, entre otros para los turistas internacionales, no son espacios uniformes cubiertos por una población indiferenciada como pudiera pensarse a primera vista desde la perspectiva limitada de analizarlas como espacios de concentración de individuos. Por lo contrario se puede imaginar, gracias al trabajo de Nicolás

Zanette Muricy y Paulo César da Costa Gómes, una suerte de tapete cambiante con matices de concentración de la orilla del mar hacia el contorno urbanizado, con población variada según las horas del día y de la noche, las amenidades cercanas, la accesibilidad. Se pudiera pensar en representar esas playas como una superficie formado de dunas y declives, de colores variados según los ocupantes y matizadas por las temporalidades, las condiciones climáticas y las actividades. En contraposición, las superficies cubiertas de pasto, las áreas verdes estudiadas en otros ensayos si bien pueden mostrar formas de ocupación similares son de uso de los vecinos inmediatos y obedecen a lógicas en buena medida distintas a las de la playa. A su turno, las áreas de juego actúan como soportes materiales y simbólicos de los juegos donde el individuo se acomoda a ciertas normas y reglas y el juego define el espacio, sea planeado o apropiado directamente por los usuarios.

En las aceras, las playas, los espacios de juego y deporte, las plazas y plazuelas de Río y por doquier, se encuentran marcas evidentes de esa sociabilidad urbana que aun caracteriza los espacios públicos actuales. Esta es una suerte de arquetipo anclado en el pasado remoto de esas ciudades que, al fin de cuentas, han sido y se mantienen como espacios donde las personas asumieron que podrían ubicar su vida privada y, como un *plus*, entrelazar sus espacios privados con elementos colectivos y espacios vacíos que llenan con sus cuerpos, sus bienes, sus sueños, risas, enfados y demás sentimientos que irrigan su vida.

El presente libro es entonces también un espacio de espacios, multifacético y laberíntico como una ciudad. Su escritura que se asemeja a una partitura coral, es a la vez simple pero contundente, y por lo mismo accesible al lector. Si bien se ha hecho referencia a metáforas musicales (en parte influido por el trabajo de Renato Coimbra Frías y Ana Brasil Machado en la presente obra), no cabe duda que una intención de los autores es mostrar al espacio público como una escena teatral. Lectores evidentes de Erving Goffman, muestran a las personas que ocupan o transitan por el espacio público como verdaderos actores que interpretan un guión simple y a la vez complejo: su vida cotidiana, donde la rutina se asocia con la invención sustentada en la creatividad, para que la actuación mantengan el sabor de lo vital y no la amargura de lo repetitivo.

En ese actuar, los actores -es decir finalmente los transeúntes- se presentan como son; el espacio público es el lugar donde pueden expresarse en su personalidad: amas de casa, niños, empleados, personas de la tercera edad ... además, pueden juntarse por afinidad, cambiar de roles, actuar una vida diferente, expresar, como bien lo demuestra uno de los trabajos del libro, sus topofilias y topofobias.

La vitalidad de los espacios y de los actores, señalada abundantemente a lo largo de esta obra es una lección fundamental que se aprende en su lectura. Al respecto Vincent Berdoulay agrega en su aportación a esa obra que «una urbanidad reencontrada gracias a los espacios públicos bien gestionados favorece la vida ciudadana y democrática».

Esta afirmación es indudablemente cierta, aunque falta conocer el cómo: la lectura de este libro nos muestra la riqueza de esta apropiación material y simbólica de los espacios públicos; no niega que la misma genera empatía y a la vez aversión entre ciertos grupos y personas. Por lo mismo, «guerra y paz» aunque la lectura de la obra me ha restaurado en buena medida la creencia en que podemos incentivar la paz (con sus secuelas de seguridad, convivencia y empatía social) a través de un manejo adecuado de los espacios públicos siguiendo a Vincent Berdoulay.

Ciertamente es compleja la tarea de construir espacios públicos distintos de por el pasado, amigables, resilientes, cargados de historia y de sentido, libertarios en el sentido de volver a otorgar al individuo una libertad que el sistema social y económico y la componente «oscura» de la vida cotidiana pretenden amputar. No existen modelos integrales que merecen ser repetidas para la facilidad de los encargados del diseño de los espacios públicos, pero sí «buenas prácticas» que invitan a reflexionar sobre cómo manejarlos. En ese sentido, este libro es una lectura imprescindible para entender el porqué y el cómo de esta tarea.

DANIEL HIERNAUX-NICOLAS

Profesor Investigador

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Universidad Autónoma de Querétaro, México

REFERENCIAS

- Aranda Sánchez, José (2005). «Michel Maffesoli, una sociología de lo banal» en *Contribuciones desde Coatepec*, N° 9, julio-diciembre, Universidad Autónoma del Estado de México, pp. 93-113.
- Augé, Marc (1992). *Los no lugares, espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Hiernaux, Daniel (2006). «De *flâneur* a consumidor: hacia una fisionomía del transeúnte en las ciudades contemporáneas» en Patricia Ramírez Kuri y Miguel Ángel Aguilar, coordinadores, *Pensar y Habitar la ciudad, afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo*, Barcelona: Anthropos-UAM Iztpalapa
- Hiernaux, Daniel (2013). «Público-privado: construcción, conflicto y negociación en los espacios comerciales», en *La ciudad un espacio para la vida. Miradas y enfoques desde la experiencia espacial*, Diego Sánchez González y Carmen Egea Jiménez (compiladores), Granada: Universidad de Granada, pp. 195-210.
- Maffesoli, Michel (1982). *La violencia totalitaria: ensayo de antropología política*. Barcelona: Herder.
- Simmel, Georg (1999), *Sociologie: études sur les formes de la socialisation*, París, Presses Universitaires de France.
- Sloterdijk, Peter (2003). *Esferas 1. Burbujas*. Madrid: Ediciones Siruela.

LOS ESPACIOS PÚBLICOS PARA ENTENDER LA CIUDAD DE LAS PERSONAS

Carmen Egea me pide un prólogo para este libro, lo que agradezco porque me honra más allá de la amistad. Le perdono por ello que su invitación me plantee un no pequeño desafío. No conozco Río de Janeiro. Digo que no conozco la ciudad porque no he paseado por sus calles ni por sus paseos costeros, no he visitado sus barrios ni he tenido la oportunidad de conocer en su casa a amigos cariocas. Sin embargo, cualquier persona con cierta cultura general tiene hoy un conocimiento superficial de una ciudad como Río. Todos tenemos imágenes más o menos claras del Cristo en el Corcovado y del magnífico enclave marítimo, con el Pan de Azúcar y la bahía, o de conocidísimas playas como Copacabana o Ipanema. Los carnavales generan un eco universal y hablan de una población dinámica y alegre. Río pertenece al pequeño elenco mundial de las ciudades más reconocibles. Lo que es hoy una ciudad de siete millones de habitantes, levantada sobre la pequeña ciudad colonial de San Sebastián, capital del antiguo imperio brasileño y primera capital de la nueva nación, es hoy una gran metrópolis.

Con elocuencia el Goethe viajero definía a Roma y a París como *weltstadts*, «ciudades mundo», donde le deslumbraba su cosmopolitismo y diversidad, antítesis del provincianismo y homogeneidad de las ciudades alemanas de su tiempo. Hoy sin embargo lo urbano se percibe de un modo diferente, la ciudad mundo pertenece a la realidad virtual donde una sociedad hiper-informada parece estar cerca de todo y dispone de lo otro con una extraña mezcla de proximidad e indiferencia. Seguimos admirándonos con Goethe cuando abrimos alguna

puerta que nos conduce a un saber más amplio. La paradoja es que dichas puertas están mucho más cerca del conocimiento de lo concreto, de su precisión, que de nuevas o viejas categorías abstractas impuestas como explicación. Los lugares y paisajes difundidos en las agencias de viajes no dan cuenta de la vida de una ciudad.

Quizás, lo que comienza como un defecto pueda convertirse en una virtud. Me gustaría para ello mostrar que este libro no es solo una ventana a los modos de habitar una ciudad, sino la propuesta de una mirada amplia, transferible a otras ciudades, sobre los espacios públicos que, a través del estudio de su uso, ofrece una lectura coherente de la geografía social y física de una ciudad. El estudio del espacio público se aborda hoy, en particular en las grandes ciudades y al margen de lo que ofrece el análisis cuantitativo, con gran carga de lugares comunes y de clichés propios de una ciudad genérica. En cambio, el análisis detallado de lo que sólo se puede encontrar en el caso concreto, nos habilita una explicación con capacidad para encender una luz universal. Como se explica en la introducción del libro, es necesario acercarse a un lugar de la ciudad concreto, a un lugar quizás banal en apariencia, para detectar un uso social significativo. La elección, afectiva o comprensiva, conduce a establecer cierto orden entre la gran diversidad de lugares y de situaciones en una gran ciudad como Río. Una plaza, un parque, un jardín o un trozo de playa, en cuanto tales lugares, ofrecen oportunidades de estudio donde desvelar las singularidades y las reglas del comportamiento social. En cada caso arraigan identidades sociales adaptadas a la morfología de los espacios públicos y lo común se desvela en el uso colectivo. Espacio de encuentro, programado o espontáneo, dirigido por actividades necesarias, sociales o voluntarias, como explicaba Gehl, pero siempre espacio compartido, de manera explícita o simple resultado de la coincidencia. Un análisis que no puede prescindir de la experiencia del espacio.

Este libro representa por ello una mirada útil, metodológica, a la realidad vital de una ciudad que se resume en su título, en las *formas de sociabilidad* que acogen los espacios públicos. Resultado de un proyecto de investigación colectivo, el libro ordena sus textos en cuatro categorías que parecen abstractas, pero que no lo son: superficies, ocupaciones, discontinuidades y extrañezas. Con una ambigüedad útil,

cada uno de estos cuatro conceptos combina referencias de uso y de forma, enfatizando su dimensión interactiva, para agrupar los ensayos a partir de algunos rasgos o enfoques compartidos. Cada lugar de Río de Janeiro tratado en el libro se enfoca desde su localización y geografía concretas, con sus condiciones espaciales y paisajísticas como marco, pero sin acentuarlas, porque se prima la indagación de cómo la gente utiliza y se apropia de cada espacio, y como ello puede depender de determinadas condiciones físicas del propio espacio (límites, iluminación, accesibilidad o aislamiento, etc). Pensemos el espacio público como resultado de una combinación de forma, función y símbolo, donde la interacción entre uso y configuración física redefine de modo dinámico sus potencialidades. La arena de una playa o el césped de un jardín urbano, las aceras y las vías rodadas, las plazas y los rincones de barrio se describen acentuando no sólo su perfil espacial. Así este grupo de geógrafos brasileños se plantea el objetivo de ir más allá de la forma, detectando dimensiones del espacio público también útiles para comprenderlo y que pueden re-proponerse como una secuencia: regularidad y variación, interacción y juego, luz y sombra, topofilia y topofobia, sonido y escenario, límites y flujos, renovación y resiliencia, discontinuidad y polarización.

Son dimensiones útiles para jalonar el camino que interpreta el espacio público, pero también su proyecto en cuanto potencia de ser o no ser de determinada manera, anticipando sus condiciones de uso y sus perfiles formales. La simbiosis de uso y forma es de naturaleza social, en sentido amplio, y no responde a un gesto de diseño *ex novo*, sino al diálogo creativo con lo que la ciudad ya tiene. El concepto de sociabilidad puede adquirir una función ordenadora que se yuxtapone sobre un espacio aparentemente ya ordenado. Cada uno de los lugares de Río de Janeiro tratados en el libro concretan esta yuxtaposición, desde la diversidad y la analogía, y descubren formas de habitar la ciudad dotando de protagonismo al espacio público en sí. El enfoque, el método de estudio y los argumentos desplegados por las investigaciones desplazan a la propia ciudad, a Río, al fondo del cuadro. El atractivo de la lectura no es un derivado del atractivo de la ciudad, sino el propio tema de estudio.

Seguimos dependiendo, para interpretar el espacio público de la ciudad, de los trabajos realizados en los años 60 y 70 del pasado siglo por Lynch, Whyte, Debord, Bailly, Lefebvre o Sennet. Acercarse al punto de vista de la gente, a cómo se viven los diversos espacios de la ciudad, incluyendo los grupos que despliegan vínculos particulares con cada espacio urbano, no es sencillo. Hoy se prima el trabajo de campo, la narración de cada experiencia, pero faltan métodos, categorías, ideas capaces de establecer patrones. Por ello el mérito de Gehl, incluso en sus limitaciones. Tampoco contribuye el discurso ideológico sobre el espacio público como espacio de representación política, a veces tan estéril. Contemplamos una usurpación institucional de conceptos que deberían permanecer abiertos y protegerse de su utilización acrítica. Prueba de ello es cómo el «derecho a la ciudad» se interpreta como reivindicación del acceso universal a los servicios básicos de la sociedad del bienestar, ya sean la vivienda o la salud, la calidad ambiental o el uso del espacio público, incluida la capacidad de participar. Y se considera que su presentación en una carta urbana o en una norma jurídica conduce, casi de facto, a un verdadero avance. ¿Es este el derecho a la ciudad que propuso Henry Lefebvre? Más allá de un espacio de reproducción social, condicionado por la necesidad, Lefebvre piensa en su apropiación para el disfrute personal y colectivo de la ciudad en sentido amplio. Comparto con Jean Pierre Garnier su crítica cuando afirma que el «derecho a la ciudad» no es algo otorgado en palabras o escritos por las autoridades, sino arrancado por la acción directa e «ilegal» de los ciudadanos. Y lo hago lejos de su postura anticapitalista pero cerca de su crítica a la hegemonía del capital y en defensa de un nuevo espacio del poder en los innumerables y diversos lugares de la ciudad, auto-gestionados por la propia sociedad. Poder, dice Garnier, para producir, intercambiar, educarse, reflexionar y alegrarse juntos. El espacio público es un espacio de aparición explicaba Hanna Arendt en «La condición humana», de encuentro real y a la vez simbólico, donde lo público no pueda ser desbordado completamente por una actividad social banalizada. La ciudad no se reduce al mall comercial, habita en una compleja red de espacios abiertos al servicio tanto del encuentro como de la construcción de identidades vitales. Espacios abiertos en doble sentido. Estamos en esa intrincada urdimbre de afueras que es

la ciudad, en los vacíos intermedios en los que transcurre la vida colectiva. Y espacios accesibles a todos, espacios de libertad, con independencia de la propiedad. Sólo allí determinadas diferencias se atenúan y la segregación puede tender a desaparecer. La capacidad recombinate de la arquitectura urbana, definida por William Mitchell, será útil para mejorar los factores de interacción y ampliar la dimensión del espacio en un proceso a la vez configurante y configurador.

El espacio público es el alma de la ciudad. El libro que tenemos entre manos lo demuestra frente al discurso sobre lo urbano encerrado en planos y planes, que son fetiches, como diría Lefebvre. Con afinidad a un derecho a la ciudad sin rebajas, las investigaciones que recoge este libro reivindican la vida real de la ciudad que se manifiesta, «tiene lugar», en el espacio producido de la ciudad. El aliento que anima un uso determinado del espacio está al lado de la polifonía de los usos cotidianos, de su necesidad, de la celebración del encuentro con los otros, de la sociabilidad en sentido amplio. Lo social que se expresa y se descubre fuera de la jaula establecida por la propiedad y la norma, incluso por la renta y la comunidad. La ciudad contiene más de lo que puede describirse, la ciudad que habitamos y la ciudad que habita en nosotros, escribía Juhán Pallasmaa en «Habitar». No solo se trata de ver, sino de tocar y de percibir más allá de lo que se ve, a través de la oscuridad y del misterio. La ciudad es en gran medida invisible, como el Berlín de Döblin. Cualquier explicación del espacio es algo diferente a habitarlo. El vicio utilitario aspira siempre a codificar, a normalizar, aunque la vida urbana se resista a ello.

Mi particular lectura de este interesante libro transita así por los lugares cariocas con una postura complaciente, aunque no acrítica. La radiografía del carácter y dinamismo de los espacios no es lo más importante. Se apaga en el brillo de un juego interminable de doble adaptación, tanto del espacio a sus usuarios como de sus usuarios a las propias condiciones del espacio. La ciudad siempre se está rehaciendo.

JUAN LUIS DE LAS RIVAS SANZ
Arquitecto, Profesor de Urbanismo
Universidad de Valladolid

UN ENCUENTRO PROGRAMADO

Un lugar. Un lugar banal, ordinario, de los que se encuentran habitualmente en cualquier ciudad: una plaza, un parque, una intersección de calles, una acera, una franja de arena, un césped. De repente, sino poco a poco, la circulación de las personas comienza a aumentar. No sólo se circula por allí, hay también pequeños aglomerados de personas que se van formando y fijándose. Los flujos de llegada continúan alimentando la aglomeración y la densidad del público aumenta mucho. En grupos o solas, las personas se desplazan, se detienen, permanecen de pie o sentadas, realizan algún tipo de actividad o nada hacen de significativo, apenas permanecen allí.

Es como si muchas personas hubieran programado un encuentro en ese lugar y en aquel momento. Ellos, sin embargo, no se conocen. El encuentro fue de hecho programado, tal vez no explícitamente, no de forma personalizada, pero todos aquellos que allí están comparten la información de que ese es un lugar de encuentro. Este encuentro puede incluir conocidos, pero la aglomeración de personas diversas es lo suficientemente grande para neutralizar la formación de un ambiente de exclusiva familiaridad, ya que aquellos que son cercanos, que tienen lazos anteriores, están completamente inmersos en un océano abierto compuesto por varios extraños.

Aunque las personas son mayoritariamente desconocidas hay algo en común entre ellas; comparten un mismo espacio, lo ocupan y establecen una distancia relativa que se reproduce pocas veces socialmente, al menos de forma voluntaria. Dentro de una visión más global, todas ellas conforman una misma dinámica. Todas ellas presentan patrones de conducta que parecen esperados y regulados para ese tipo de

encuentro y eso a pesar de la gran variedad de actividades y actitudes que se pueden observar.

Aunque muchas personas se han dirigido a este mismo lugar en un momento dado, nada extraordinario se espera; la propia reunión es el espectáculo. Cuanto mayor es, también aumenta la importancia de este lugar y del papel relevante de participar en este encuentro.

Así como comenzó, el movimiento paulatinamente termina. La densidad disminuye, el flujo de salida reemplaza el de llegada, los grupos se deshacen y el lugar se desocupa. Comúnmente pasa entonces a abrigar otras actividades, otros movimientos con otros ritmos y otras personas. La idea del encuentro ya no es dominante.

Esta experiencia es común a todos los que viven en las ciudades. Cualquiera de nosotros puede describir lugares donde en determinados momentos se establecen *encuentros*, aunque estos lugares tengan ritmos particulares, sean diversamente ritualizados y estén compuestos por públicos muy diferentes.

Denominamos a esos encuentros como *sociabilidad pública* y percibimos rápidamente que el lugar donde ocurren es un elemento básico para comprender el sentido de lo que allí está pasando, el encuentro social y sus dinámicas. Esto quiere decir que ese lugar participa directamente en la significación de ese tipo de sociabilidad y conocer mejor cómo son esos lugares y sus dinámicas, sus coreografías, implica conocer los fundamentos de algunos de los más importantes rituales de interacción pública.

Hemos dicho pública, pues hay infinitas formas de sociabilidad que regulan nuestras maneras de interactuar con personas en diferentes ambientes, en diferentes momentos y circunstancias. Estamos considerando aquí sólo aquellas formas de intercambios ocurridos en lugares públicos entre individuos que, en principio, no se conocen, pero se reúnen en lugares de exposición pública, lugares investidos de la aptitud para promover el encuentro social en forma de una coexistencia espacial entre diferentes y desconocidos. Todo esto será más analizado, justificado y delimitado adelante, por ahora podemos decir que nuestro punto de partida es espacial, ya que estamos asumiendo, como geógrafos que somos, que ese elemento sea un fundamento primario en esa dinámica de la sociabilidad.

ESPACIOS DE CELEBRACIÓN DE LA VIDA PÚBLICA

La expresión «espacios públicos» aparece comúnmente en la bibliografía especializada asociada a la idea de la política. Esta asociación es tan fuerte, algunas veces, que para muchos investigadores esos espacios se definen fundamentalmente por su acción política. La expresión asumiría, por lo tanto, una dimensión teórica semejante a la abstracción tomada de las relaciones políticas.

En el discurso cotidiano se utiliza frecuentemente la expresión «espacios públicos», pero en ese caso aparece relacionada con las áreas no edificadas de propiedad pública destinadas al uso común y concebidas como gratuitas y de libre acceso. Otra clase de lugares suelen ser asimilados como «espacios públicos», aunque estatutariamente sean privados. Estos son los espacios que reciben al público y que no tienen una propiedad personalizada, o por lo menos, aparecen así ante nosotros. Son lugares privados de uso público, donde se establecen ciertas reglas emanadas del poder público que se imponen sobre ellos y que tienen como vocación primaria recibir al público, aunque —nuevamente— sean privados. En este caso se incluyen tiendas, centros comerciales, algunos parques temáticos de ocio privados entre otros posibles ejemplos. En todos estos casos, aunque la administración de los establecimientos pueda fijar códigos y organizaciones, no puede extrapolar y herir derechos garantizados al público en general, como, por ejemplo, ejercer una discriminación del acceso, utilizando criterios de segregación.

También se encuentra la categoría de espacios que son objeto de otra legislación que garantiza más autonomía a los propietarios y administradores y que rigen determinadas áreas comunes de condominios residenciales, equipos y áreas de infraestructura de parcelas, clubes, asociaciones, etc. Aunque el examen de las dinámicas de esas variadas categorías de espacios que reciben un público, sin duda, demanden estudios más profundos y merezcan un análisis más objetivo y crítico de algunas banalidades insistentemente mencionadas, este libro no se dispone, al menos directamente, a hacerlo. El interés aquí es mucho más delimitado. Se dirige exclusivamente a aquellos espacios públicos más genuinamente constitutivos de un dominio público urbano: calles, parques, jardines, playas, etc.

En ese sentido, partimos ante todo de un espacio físico que es, por estatuto jurídico, un espacio público de convivencia, un espacio de presentación del público, de frecuencia pública. La dimensión física-material no agota, sin embargo, todo el sentido de la espacialidad. La manera en que esa forma material cobra vida, a través de los comportamientos, actitudes y sentidos que la habitan también nos interesan. Este complejo conjunto constituye el modo de ser de un espacio. Por lo tanto, para nosotros, un espacio público es una forma de existencia espacial en la cual una superficie concreta, que posee un estatuto público, gana vida por medio de la actividad que abriga.

Muy a pesar de que esta sea una forma material, no hay un desprecio por el abstracto alcance político de esos espacios; al contrario, queremos comprender esa esfera política dentro del universo de las prácticas cotidianas que se construyen en esos espacios materialmente constituidos. Una sociedad republicana no se expresa solamente por las leyes e instituciones que la regulan; ella también es medida por la vivencia del orden público en los espacios de vida en común, en otras palabras, en los espacios públicos, a menudo menospreciada en los análisis. Para eso, nada mejor que conocer esos espacios en su banal dinámica cotidiana. Comprendemos que los ritos de la sociabilidad vivida sobre esos espacios son un ejercicio y una celebración de la vida social pública; comprendemos también que su observación puede aportarnos elementos decisivos para reconocer diferentes grados de convivencia democrática en diferentes ambientes y espacios de la ciudad.

LA SOCIABILIDAD PÚBLICA Y SU ESPACIALIDAD

Entendemos por *sociabilidad* una forma de interacción social bastante particular. Se trata de un cuadro de acciones que buscan el contacto, el encuentro y la interacción social, establecida al azar de las circunstancias con desconocidos o, al menos inicialmente, con personas con cierto grado de distancia y de anonimato. La interacción se construye bajo las más variadas formas, por medio de estrategias visuales, corporales, comportamentales, sonoras, gestuales, entre otras. Amparados en las ideas de Simmel (2009), la sociabilidad es aquí concebida

como un fenómeno que tiene autonomía en relación con las otras actividades que generan contacto social, pero apuntan a fines pragmáticos diversos. Por lo tanto, la sociabilidad se concibe como la aspiración de ponerse en contacto con otras personas, sin que este deseo se vincule necesariamente a cualquier otro propósito.

En el juego de las variadas interacciones sociales, hay espacios a donde nos dirigimos cuando deseamos encontrar personas, así que fácilmente nos damos cuenta de que estas interacciones sociales se construyen desde una lógica espacial. De esta forma, la sociabilidad que señalamos precisa de una espacialidad específica para construirse. Nuestra atención está dirigida a estos «lugares» donde el evento principal, el interés que moviliza, es el encuentro social, o sea, un variado y heterogéneo grupo de personas se dirige hacia un «lugar» público con el objetivo final de encontrar a otras personas. Los espacios públicos aquí mencionados están abiertos a diversas asistencias, no existen barreras impuestas a ciertas categorías de la población, ni a filtros de acceso, como ocurre en establecimientos comerciales (bares, cafeterías, restaurantes, casa de espectáculos etc.), donde a menudo los frequentadores se ven obligados a consumir o a pagar para entrar. Los espacios públicos tienen propiedades específicas que los animan a recibir gente variada y los hacen operar con la garantía de una posible mezcla y heterogeneidad social.

Sin duda, en la vida urbana de cualquier ciudad hay varios lugares de sociabilidad que son más o menos matizados con características únicas y, por lo tanto, son elegidos por personas con diferentes expectativas. En este trabajo, fueron privilegiados aquellos espacios que poseen un mayor grado de atractivo, que reciben un flujo de personas oriundas de muchas áreas diferentes de la ciudad y que presentan una mayor heterogeneidad de público en términos de edad, renta, intereses, etc. Queremos saber cómo y por qué esos lugares se transforman en puntos de encuentro verdaderamente centrales para un gran número de personas. A veces, son tan centrales que rápidamente son identificados y citados, incluso por aquellos que no los frecuentan. Entonces queremos conocer si la naturaleza, la ubicación dentro de la trama urbana y el tipo de asistencia de estos lugares de sociabilidad, responden de alguna manera por la propia narrativa que describe la identidad de

ellos. Queremos también saber si la naturaleza y el tipo de esos lugares son los ingredientes básicos de esta narrativa, o si al contrario, si su elección ya está, en gran parte, amparada en relatos que los preceden.

El objetivo general es identificar los factores que actúan en la activación de estos lugares más centrales de sociabilidad, sean calles, playas, plazas, barrios, entre otras muchas espacialidades. ¿Cómo se activan estos espacios? ¿Cómo algunos de estos espacios —siempre sólo algunos en medio de muchos otros— se transforman en verdaderos puntos de encuentro y de diálogo social? ¿Existirían verdaderos modelos en estas dinámicas, es decir, esos lugares centrales de sociabilidad y sus modos de operación obedecerían a algún tipo de correlación, con el tipo de equipo que ofrecen, con la ubicación dentro de la ciudad, con el momento que se activan?

El enigma fundamental de este desafío es entender por qué algunos espacios se activan como lugares de sociabilidad más abierta y densa en determinados momentos. Sabemos por las innumerables memorias urbanas que hay una migración de esos lugares. Esta «migración» es un elemento básico para pensar que hay contextos y significaciones de la sociabilidad, del encuentro social, que cambian junto con esa espacialidad.

Otro aspecto fundamental es el ritmo de esa activación ¿Cómo se construye? ¿Cómo se deshace? ¿Cuándo se deshace? ¿Qué actividades se sustituyen a las que rigen cuando los espacios desempeñan sus papeles de lugares centrales de sociabilidad? ¿Estos ritmos son uniformes, es decir, siempre hay un mismo género de personas o hay una frecuencia diferenciada en el tiempo? La misma pregunta se plantea al espacio, ¿cómo se distribuyen las personas? ¿Cómo se presentan? ¿Cómo ritualizan los encuentros? ¿Cómo se especializan los espacios que guían y califican estos comportamientos?

Esas son sólo algunas preguntas entre las muchas posibles de ser dirigidas al tema. Ante el interés y la riqueza de ellas, hay incluso una dificultad en jerarquizarlas, en establecer prioridades y formas *a priori* de relacionarlas. Esto nos permite afirmar con confianza que este es verdaderamente un tema de investigación. La sociología, sobre todo la inspirada en los trabajos de Goffman (1985, 2010) trató con profundidad y relevancia la idea de las interacciones sociales y sus posibles rela-

ciones con espacios de referencia. La geografía ha relegado estos temas como asuntos periféricos, tal vez debido a la tradición de las preguntas más generales sobre la ciudad, o incluso ha dejado la responsabilidad a la microsociología o la antropología. No se trata aquí de establecer límites y competencias para esos estudios. Sólo queremos afirmar que hay un interés inequívoco de la geografía en este tema, ya que, para nosotros, geógrafos, debemos partir de los espacios, debemos observarlos, describirlos, conocerlos. El interés guía de esta materia o su unidad de análisis son los lugares antes que las variables que acompañan a las interacciones sociales públicas.

LAS OPCIONES PRÁCTICAS

El conjunto de reflexiones reunidas en este libro analiza la estructura y las dinámicas de algunos espacios públicos de la ciudad de Río de Janeiro. Las preguntas que sirvieron como guía inicial reflexionaron sobre el dibujo y las formas físicas de estos espacios; luego se observaron y analizaron las frecuencias y los usos, es decir, los ritmos de la ocupación, las varias estancias de personas o grupos, los recorridos y caminos que alimentan los flujos, las maneras en que las personas se relacionan con estos espacios. Pero ¿qué gente? También se hicieron intentos de correlacionar, grupos de edad, género, renta, intereses, identidades de esas personas para extraer de ahí alguna generalización. Estos espacios fueron largamente observados, fotografiados y, a veces, filmados. Se elaboraron fichas diligenciadas siguiendo un estándar observacional previsto en un «manual de observación», que funcionó como una especie de guía general sobre los aspectos a ser registrados en el campo con las anotaciones imprescindibles (día, hora, lugar, número de personas, etc.). Muchos cuestionarios se aplicaron con preguntas cerradas (edad, género, ingresos, grado de la educación etc.) y, sobre todo, cuestionarios de tipo «origen-destino» que nos permitieron tener una medida bastante precisa del área de influencia de lugares públicos y su posible centralidad, definida aquí como la capacidad de atraer a la gente procedente de diferentes radios de distancia. En muchos casos, se realizaron entrevistas semi-estructuradas para perfilar más cualitativamente los frecuentadores asiduos. Esta recolección de

datos y su tratamiento duró más de dos años, del 2012 al 2014, y participaron un total de aproximadamente 20 personas. Todos los autores y autoras de los capítulos aquí presentados participaron en esta fase de recolección y análisis global de los datos de la investigación.

Por supuesto, una obra de esta naturaleza no podría contemplar un gran número de lugares. No hubo, sin embargo, muchos problemas para la elección de aquellos que fueron seleccionados. Se requería como mínimo una fuerte afluencia de asistentes. Al final, estábamos interesados en los «encuentros sociales» entre desconocidos; los espacios públicos confinados, poco frecuentados, o aquellos que mantienen «familiaridad» en la frecuencia no serían los más indicados. Salvo en casos especiales, con el fin de establecer comparaciones específicas o casos de control, los espacios públicos estudiados fueron aquellos que recibieron un gran número de frequentadores variados y acogieron intereses heterogéneos. Los tres mayores parques públicos de la ciudad: el Aterro do Flamengo, la Quinta da Boa Vista y el Parque de Madureira fueron seleccionados, pues son, reconocidamente, espacios de gran frecuencia en diferentes horarios y días de la semana. Las playas en la Zona Sur de la ciudad también fueron elegidas como objeto de estudio, ya que son destinos privilegiados para una audiencia amplia y figuran en el imaginario urbano carioca como los espacios más democráticos y favorables a la coexistencia de diferentes segmentos sociales, como fue, de hecho, registrado en investigaciones anteriores¹. Lógicamente, hay muchas playas y las dinámicas de cada una justificaría una investigación específica, pero por razones pragmáticas fue necesario concentrar más esfuerzos en algunas. La playa de Copacabana pareció ser una elección juiciosa porque son predominantes las espontáneas referencias a las playas de la Zona Sur de la ciudad. Se constata también que la notoriedad de la playa se confunde con la larga acera que la acompaña y que dio origen a una morfología típica de los paseos marítimos. Esta morfología se reprodujo en otros barrios de la ciudad y trató de reconocer los usos y estándares de la frecuencia en Bangu, Campo Grande y Madureira, en el interior de la ciudad y el de Caxias, en el área metropolitana. La playa de Ipanema también es

1 Los resultados de esta investigación fueron parcialmente presentados en la *Revista Espaço Aberto*, n° 2, 2011 y en la *Revue Géographie et Cultures*, n° 73, 2010.

muy recordada, pero la habíamos estudiado minuciosamente en los años noventa y no sugiere, desde entonces, significativas diferencias entre los patrones de uso y frecuencia comparados con la actualidad. Además de Copacabana, también fueron observados los perfiles de los frequentadores y sus formas de interacción en la playa de Flamengo y la de Barra da Tijuca. Como universos de comparación con playas urbanas de otras ciudades, contamos con una investigación similar hecha por uno de los miembros del grupo sobre las playas de Cabo Frio en el litoral del Estado de Río de Janeiro. Buscamos también tener elementos de comparación con la dinámica de sociabilidad pública registrada en el Piscinão de Ramos, dada su asociación a un pequeño parque, yuxtapuesta a la Playa de Ramos y encajada en un área mucho menos valorada de la ciudad, a orillas de la bahía de Guanabara.

Otro caso definido por la elección comparativa fue el Parque Guinle, situado en el barrio de Laranjeiras. Se encuentra a menos de 300 metros del Largo do Machado en el barrio de Catete, pero las diferencias en la cantidad y variedad de público, en las formas de ocupación, en los ritmos e, incluso en el conocimiento que las personas tienen del Parque como un espacio público son notables. Otro elemento importante en el Parque Guinle es que, como la Quinta da Boa Vista, el Parque fue antes el jardín de una gran residencia señorial, luego reorganizado y abierto al público. Nos ha interesado conocer cómo el diseño previsto y la situación geográfica en barrios tan diferentes, Laranjeiras y São Cristóvão respectivamente, actúan sobre los usos y configuraciones de frecuencias en estos dos parques públicos. En cuanto al Largo do Machado, su accesibilidad privilegiada, atravesado por los dos grandes ejes de circulación del barrio y servido por una estación de Metro, le confiere una importancia que se confirma en la observación del movimiento variado y de las diferentes actividades que allí surgen. Más recientemente y al parecer por primera vez, el Largo do Machado fue uno de los lugares elegidos espontáneamente por manifestantes para concentraciones en las jornadas de junio de 2013, lo que añade, sin duda, un elemento de centralidad a ese espacio. Situación casi idéntica en cuanto a la accesibilidad y centralidad presenta la Plaza Saens Peña, en el barrio de Tijuca, en la parte norte de la ciudad. Nuestra curiosidad se dirigió en el sentido de reconocer si había muchas diferencias

en los patrones de uso y frecuencia comparados con las observaciones registradas en el Largo do Machado y si había significativas diferencias en relación con otra plaza del mismo barrio de Tijuca, la Afonso Pena, que, aunque también disponía de una estación de Metro, tiene un entorno bastante diverso y una situación menos central dentro del barrio.

Por último, el barrio de Lapa, en el casco antiguo de la ciudad, mostró desde el inicio de la investigación, la posesión de los elementos que indicaban una centralidad nocturna muy fuerte. Además de atraer a personas muy diversas, en términos de edad, clase y gusto musical, esas personas vienen en gran número de una vasta área de la ciudad y hasta de la región metropolitana. Así, este barrio ha demostrado ser muy interesante para observar las dinámicas de la sociabilidad, casi un modelo, dada la variedad de situaciones que se allí se presentan. Otros lugares en el centro de la ciudad como Cinelândia y Largo da Carioca fueron útiles en la comprensión de los diferentes ritmos en comparación con la zona de Lapa. Por último, la plaza San Salvador, incrustada entre los barrios del Flamengo y Laranjeiras, interesó a la investigación por algunos aspectos similares a aquellos que se presentan en Lapa, indicando casi una migración de parte del público, pero también fue una conveniente elección por la manifestación más explícita de un elemento que no aparecía con mucha claridad en los otros lugares: la distinción de comportamientos por género. Por todo esto, el lector encontrará en los textos muchas referencias y ejemplos tomados de la observación de esos lugares.

Como es posible constatar, la investigación produjo muchos datos y generó mucho material de análisis. La primera posibilidad de difusión de estos resultados sería la preparación de informes técnicos y la posterior producción de artículos académicos sobre partes del tema. Pensamos inicialmente en proceder así, pero concluimos que otra opción podría presentar ese material de una manera más sintética, agradable y seductora si eligiéramos una forma más libre de narrativa, siguiendo líneas innovadoras de presentación de los asuntos.

Reunimos el material por temas. No presentamos el conjunto de los datos recopilados, por lo que no hay gran número de tablas, gráficos o datos adjuntos. Hemos optado también por un estilo menos académico, sin las numerosas notas y bibliografías que pretenden, a veces,

sólo cumplir con el ritual de mostrar la erudición en citas bibliográficas y protegerse de posibles críticas, recurriendo a la utilización del escudo de autores y autoras reconocidos o consagrados. Esto no significa, de ninguna manera, que las referencias que se utilizan no fueron citadas correctamente. Así, las que nos sirvieron de base en el diseño de la investigación se mencionan en los textos. Como teníamos mucho material recogido, nuestros principales análisis y comentarios, sin embargo, se constituyeron con estos datos y, de hecho, no fue necesario el uso de un extenso material bibliográfico. Dicho esto, es importante señalar que hay muchos autores que nos guiaron, algunos, además, grandes clásicos de la Geografía, como Christaller, Hagerstrand, Gottman, entre otros, y que están ausentes, pues no fueron directamente convocados en los análisis, a pesar de que los inspiran fuertemente. Nuestro objetivo era provocar el interés de un análisis geográfico del tema de la sociabilidad. Hemos querido crear una sensibilidad alrededor de los temas tratados aquí y la obsesión con la precisión estricta podría esterilizar esos esfuerzos o desarrollar resistencia a un público más amplio. Las líneas narrativas adoptadas pretenden hacer que el lector piense sobre el tema y que se motive a intervenir con base en sus experiencias personales en la ciudad. En resumen, el deseo es que la lectura del libro cree una zona de diálogo en diferentes niveles con los lectores y así logre un enfoque cualitativamente más denso a partir de un razonamiento más reflexivo y, por lo tanto, más responsable sobre los temas aquí presentados.

SUPERFICIES, OCUPACIONES, DISCONTINUIDADES Y EXTRAÑEZAS

Como se dijo, el material resultante de la amplia investigación fue reunido y sintetizado de forma temática, con base en las observaciones similares o contrastantes alcanzadas en los diferentes lugares públicos analizados. Estas observaciones no son las más comunes, ni en la bibliografía geográfica, ni en aquella que contempla los espacios públicos. En este sentido, la adopción de una transversalidad temática ha permitido análisis innovadores. Cuatro grandes categorías nos parecieron capaces de reunir esos asuntos.

La categoría que da nombre a la primera parte del libro, *superficies*, reúne los temas que se relacionan directamente con la extensión física, el dibujo, el revestimiento del espacio o sus equipos - arenas céspedes, aceras, canchas, bancos; es un plan espacial que guía, califica y sitúa las acciones. La segunda parte se llama *ocupaciones*, ya que cubre aspectos que, aunque centrales y que dan vida a los espacios públicos, son transitorios. Sin embargo, aunque la fugacidad sea una marca, estos aspectos requieren, en su vigencia, ciertos códigos de comportamiento y valores. La interpretación de estos indicadores -sombras, luces, polarización, centralidad, afectos, sonidos- es de fundamental importancia para la lectura de la dinámica urbana, aunque se hagan y deshagan, que tengan un ritmo intermitente. La tercera parte comprende los temas que tratan de los límites y, por lo tanto, recibieron el nombre de *discontinuidades*. Como nos dijo Simmel (1903, traducción libre): «Otra cualidad del espacio que opera de modo crucial sobre las interacciones sociales se encuentra en el hecho de que el espacio se descompone, para nuestra utilización práctica, en piezas que valen como unidades y - como causa y efecto - están enmarcadas por límites». Estamos acostumbrados a pensar los límites como separadores, y raramente los concebimos como aquello que une, que relaciona, que distingue para complementar. Concebir las operaciones de unir y de distinguir como solidarias significa organizar el razonamiento de otra manera, significa tratar aquí las discontinuidades como elementos en la continuidad espaciotemporal. Los límites son así parte del acto de creación de distinciones y pasajes (Simmel, 1909). Límites y pasajes se presentan bajo variadas configuraciones, a veces son bruscos, a veces corresponden a un cambio de estado, otras veces, tienen grosor y vida propios - los límites, sus diversas formas de presencia espacial, noche y día, la mirada que acerca y distancia son algunos de los elementos evocados en los artículos que componen esta tercera parte. Por último, la cuarta parte fue llamada *extrañezas* y merece algunas aclaraciones previas. Circunstancias fortuitas hicieron que, durante el desarrollo de la investigación que llevó a este libro, pudiéramos contar con la presencia de tres investigadores de origen extranjero: un historiador de América Latina, un politólogo alemán y un geógrafo francés. Ellos permanecieron y participaron, en momentos diferentes, en el grupo *Territorio y Ciudadanía*,

de los trabajos de investigación y de las discusiones aquí expuestas. Es bastante conocida la reflexión y el papel asignado al personaje - el extranjero - en la sociología tan impregnada de geograficidad de Simmel. Más de una década después de la primera publicación del texto de Simmel (2005[1908]), surgió una contribución de Freud (1919) que rediscute el interés de las situaciones en las que se produce extrañeza en algo familiar para nosotros. Freud demuestra que existe una ambigüedad en la propia expresión *heimlich*, que puede significar familiar, pero también oculta y así, paradójicamente, se aproxima a lo opuesto *unheimlich*. Por lo tanto, es perfectamente comprensible nuestro interés en las extrañezas que estos «extranjeros» sintieron al observar con nosotros las formas de sociabilidad del universo carioca. En otras palabras, la sociabilidad es un terreno común, familiar, pero las formas en que construye en distintos contextos espaciales y culturales pueden producir extrañeza por la distancia con respecto a los modelos que nos habitan y que, sin querer, universalizamos. Esta cuarta parte del libro reúne, por lo tanto, las tres contribuciones de aquellos investigadores que eran «extranjeros» en Río de Janeiro durante algún tiempo y, bajo nuestra demanda, reflejaron acerca de las formas de sociabilidad locales a partir de algunas de sus experiencias personales.

Por último, es necesario una breve justificación y explicación para la elección del título del libro, *formas de sociabilidad*. Muchos autores interesados en los rasgos fundamentales que marcan y caracterizan la producción de conocimiento en geografía han comentado la insistencia con que la idea de 'forma' ha acompañado una buena parte del pensamiento geográfico. Esta fijación se puede identificar desde los albores de lo que, incluso antes de recibir el nombre de geografía, compuso la materia sobre la que reflejamos. La forma de la tierra, la forma de los continentes, las formas del relieve, del paisaje, de las ciudades, de la distribución de la población, entre muchas otras, son asuntos comunes dentro de la agenda de los estudios geográficos de todos los tiempos. El término «mirada geográfica», muchas veces llamados a testificar sobre la marca de la especificidad de esta disciplina, incluso fue interpretado como una «mirada morfológica» (Cosgrove, 2008). La figuración gráfica que pertenece siempre al taller de geografía puede tener fuerte

correlación con esta obsesión por la forma. Ya se ha dicho que «la forma es la configuración visible del objeto» (Arnheim, 1997: 82).

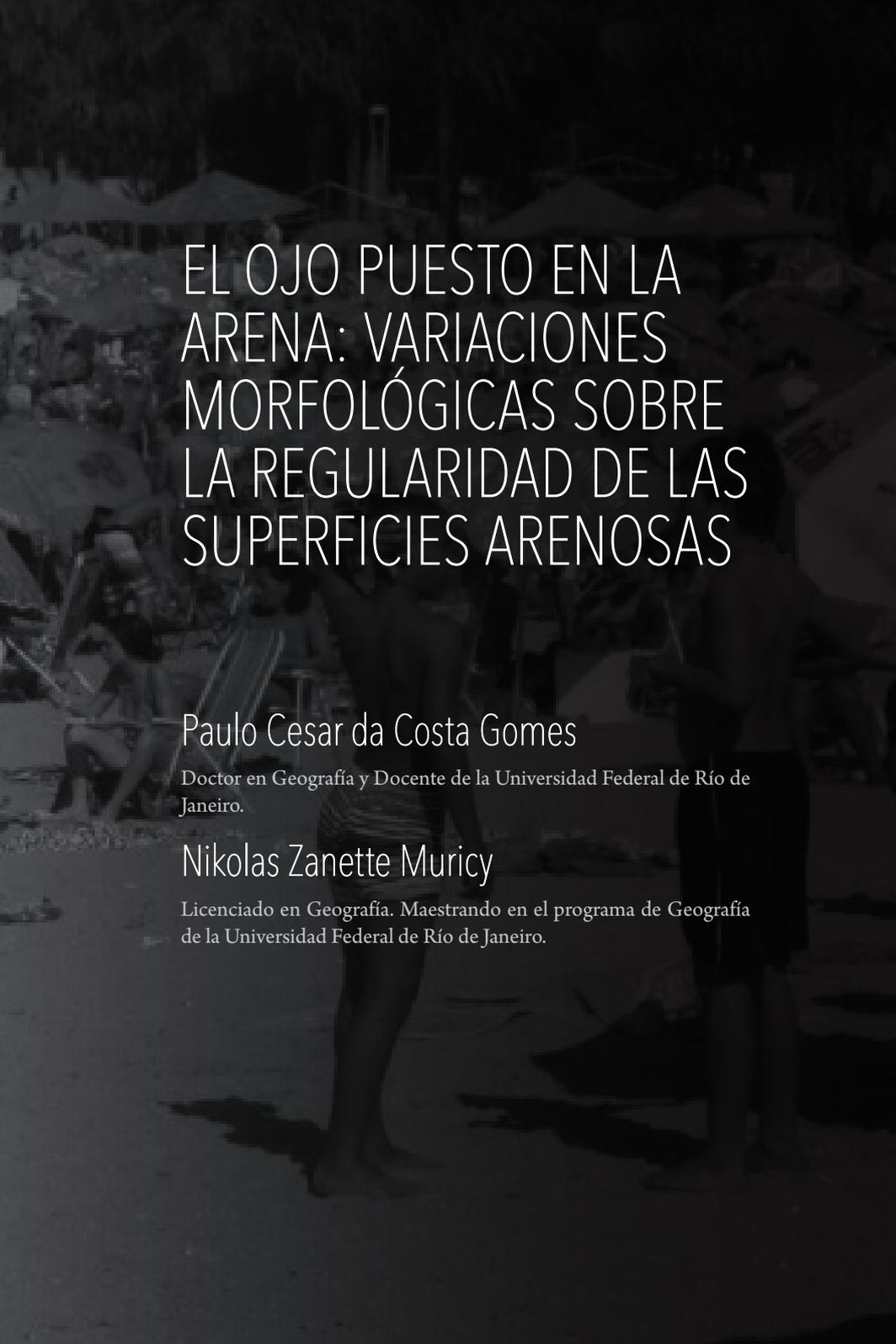
La palabra 'forma' así puede ser entendida como un conjunto de superficies que definen un cuerpo. Es, en este caso, de una materialidad física, de una figura concreta. Sin embargo, hay otra dimensión a tener en cuenta, la de forma como formato, como manera o carácter. Antes de la reforma ortográfica de portugués de 1971, la diferencia semántica y de pronunciación era señalada por el acento circunflejo *fôrma* (molde). Así que considerada la palabra 'forma' incorpora a la materialidad un elemento dinámico y gana espesor. En este sentido la forma es un molde, un modelo. Describe algo que existe y se manifiesta con cierto dibujo, se expresa como una configuración. En la bibliografía geográfica, una referencia clásica a esta comprensión puede encontrarse en Berque (1984) en la expresión del paisaje como «marca y matriz»; sin embargo, una vez más, encontramos una anterioridad en Simmel (2005[1908]) que cuenta con la misma preocupación para demostrar las relaciones necesarias entre formación/formato/forma. Cuando nos referimos a la espacialidad de los fenómenos es sobre eso que estamos hablando, de una configuración de procesos que poseen una dimensión espacial.

Por lo que las *formas de sociabilidad* que dan título a las reflexiones y análisis que se reunieron aquí corresponden a esto, formas de construir la sociabilidad en el espacio, modelos o matrices que producen los lugares de encuentro social, siendo al mismo tiempo la configuración del propio encuentro.

PAULO CESAR DA COSTA GOMES | LETICIA PARENTE RIBEIRO

SUPERFICIES





EL OJO PUESTO EN LA ARENA: VARIACIONES MORFOLÓGICAS SOBRE LA REGULARIDAD DE LAS SUPERFICIES ARENOSAS

Paulo Cesar da Costa Gomes

Doctor en Geografía y Docente de la Universidad Federal de Río de Janeiro.

Nikolas Zanette Muricy

Licenciado en Geografía. Maestrando en el programa de Geografía de la Universidad Federal de Río de Janeiro.

Resumen

Los espacios públicos son áreas donde se produce el encuentro social, sobre los cuales se construye el complejo juego de interacciones que caracterizan la *sociabilidad pública*. Las relaciones de coexistencia y co-presencia sobre un mismo espacio están relacionadas, de una manera u otra, con la composición de ese espacio, o sea, con los diversos y variados elementos físicos allí presentes que intermedian valores, comprensiones, indican usos y sugieren actividades. Las *arenas* que componen las playas y otros espacios públicos son el escenario para nuestros análisis en ese trabajo. Así, es importante saber en qué medida las cualidades físicas de un lugar intervienen en los tipos de relaciones, en los contenidos y en las delimitaciones del juego de la sociabilidad pública.

DE OLHO NA AREIA: VARIAÇÕES MORFOLÓGICAS SOBRE A REGULARIDADE DAS SUPERFÍCIES ARENOSAS

Resumo

Espaços públicos são áreas onde se produz o encontro social, são terrenos sobre os quais se constrói o complexo jogo de interações que caracterizam a sociabilidade pública. As relações de coexistência e co-presença sobre um mesmo espaço estão relacionadas, de uma maneira ou de outra, com a composição desse espaço, ou seja, com os diversos e variados elementos físicos ali presentes que intermediam valores, compreensões, indicam usos e sugerem atividades. As areias que compõem as praias e outros espaços públicos são o palco para nossas análises nesse trabalho. Assim, importa saber em que medida as qualidades físicas de um lugar intervêm nos tipos de relações, nos conteúdos e nas delimitações do jogo da sociabilidade pública.

DESDE EL PUNTO DE VISTA GEOLÓGICO, LAS ARENAS SON el resultado del proceso de la descomposición de las rocas. Cuando ese proceso de descomposición está asociado al contacto entre un cuerpo hídrico y una masa de tierra, la interfaz de arena que puede depositarse allí es caracterizada como una playa. En ese sentido hay playas en ríos, en lagunas, en mares y en bordes de los océanos. Evidentemente, ese proceso erosivo es más intenso en los litorales, de ahí surgen largas y continuas franjas de arena que componen grandes cordones de playas. El litoral del estado de Río de Janeiro ofrece una gran variedad de playas que se forman a partir de muy diversos procesos, deposición fluvial, arenales, hundimiento de la costa, etc. En el caso específico de la ciudad de Río de Janeiro, son 72,3 kilómetros de extensión costera donde están presentes algunas de las más emblemáticas postales del municipio como la bahía de Guanabara y las playas oceánicas de Copacabana, Ipanema, Leblón y Barra de Tijuca.

Las playas y su entorno están, en general, bastante valorados, tanto económicamente como culturalmente, es decir, hay un repertorio de elementos valorados en el ambiente y en las imágenes que se asocian a las playas. Clara demostración de eso fue la creación y la reconfiguración de algunas de las playas cariocas a principios del siglo XX (Botafogo, Flamengo, Urca, Copacabana, etc.). El acceso libre e indiscriminado a ellas, garantizado por ley, demuestra también su importancia y hace que esos espacios sean bien atendidos y reciban grandes y variados públicos. Las playas son, en ese sentido, espacios públicos de primera magnitud en el universo urbano carioca.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que las playas no son los únicos espacios públicos cubiertos con arenas en la ciudad. Muchos parques recibieron este tipo de revestimiento o disponen de estructuras recubiertas o llenadas por arenas. Las arenas también están presentes en jardines y plazas, esparcidos por la ciudad. Esto nos indica, por lo tanto, que ese revestimiento tiene una presencia importante en diversos lugares públicos urbanos y la cuestión que surge es la de saber si ese tipo de cobertura del suelo indica o sugiere tipos específicos de apropiación y usos en los diferentes ambientes y situaciones en que es elegido como revestimiento de espacios públicos. ¿Hay un uso esperado de esas zonas de arena en los diferentes espacios públicos? ¿La hete-

rogeneidad del tipo de revestimiento podría generar distintos patrones de comportamiento y, en consecuencia, significados particulares en el uso y en las actividades de esos espacios? ¿Estos comportamientos serían los mismos entre diferentes equipos y superficies que tienen el mismo tipo de revestimiento? ¿Hay características particulares conferidas a esos lugares por los valores que se asocian a la materia que recubre la superficie?

Espacios públicos son zonas donde se produce el encuentro social, son terrenos sobre los cuales se construye el complejo juego de interacciones que caracterizan la sociabilidad pública. Así, es importante saber en qué medida las cualidades físicas de un lugar interviene en los tipos de relaciones, en los contenidos y en las delimitaciones de ese juego de la sociabilidad. Estas relaciones de coexistencia y presencia mutua sobre un mismo espacio están relacionadas, de una manera u otra, con la composición de ese espacio; o sea, con los diversos y variados elementos físicos ahí presentes que intermedian valores, entendimientos, indican usos, sugieren actividades.

Todo eso confiere identidad a un lugar y esa identidad es producto también de una red de códigos y lenguajes que rigen las maneras de actuar, de presentarse, de mantenerse en las diferentes situaciones espaciales. Este conjunto funciona también como un instrumento eficaz para distinguir a los que forman parte, los «incluidos», separándolos de los que no se ven como pertenecientes al lugar, los «excluidos».

En el caso de los espacios caracterizados por las arenas, vamos a ver con mayor detalle cómo algunos de ellos funcionan en los juegos de los encuentros sociales.

LAS PLAYAS: ENTRE LA HOMOGENEIDAD MORFOLÓGICA Y LA HETEROGENEIDAD DE LOS USOS

La importancia de la frecuencia a las playas en ciertas ciudades tiene la fuerza de producir una identidad urbana que se traduce tanto en el sentido escénico como en el comportamiento¹. Este es el caso,

1 Un ejemplo es el documental «Franja de arena» (Faixa de Areia, 2002) dirigido por Daniela Kallmann y Flávia Lins e Silva y que es un registro filmico sobre los asistentes de diferentes playas de Río de Janeiro, sus diferencias y semejanzas, sus comportamientos, valores, segmentaciones, etc.

al menos desde la década de los cincuenta, de la ciudad de Río de Janeiro. El imaginario urbano asociado a la ciudad tiene en las playas un elemento central que es desde entonces presentado sobre diversas formas: imágenes, músicas, código de vestimenta, entre otros. Fue, además, este imaginario el que ha servido como referencia para la reciente «exportación» de valores y prácticas en programas urbanos de otras ciudades del mundo como en los casos de Paris Plage² (Figura 1) y la Playa de Detroit.



Figura 1. Paris Plage. Fuente: Choblet et Associés

Evidentemente, las pequeñas ciudades balnearias son, por la casi ausencia de otras actividades importantes, necesariamente dependientes de la imagen asociada a la playa. No es el caso de la ciudad de Río de Janeiro que en momentos anteriores ya tuvo su identidad anclada

- 2 Proyecto iniciado en París, en el año 2002, consiste en convertir un lado de las márgenes del río Sena en una playa artificial. Además de prohibir el tránsito de vehículos, se colocó una enorme franja de arena junto con los equipos característicos de un «ambiente de playa», como palmeras, tumbonas, sombrillas y quioscos.

en otras narrativas (ciudad moderna, capital federal, etc.) y tiene otros innumerables elementos que podrían identificar su vida urbana. Del mismo modo, algunas ciudades medianas, sin la dependencia exclusiva de la actividad balnearia, tienen en las playas los lugares más centrales de sociabilidad pública. Esto es, por ejemplo, el caso de la ciudad de Cabo Frio en el Estado de Río de Janeiro que, aunque reciba una gran cantidad de personas por temporada (en verano o en días festivos importantes), no vive exclusivamente de las actividades de los turistas y visitantes.

Cuando las playas son tan centrales y consisten en la piedra angular de los discursos de identidad es normal que ellas concentren muchos significados y sean el escenario de múltiples dinámicas que representan, o al menos pretenden representar, los conflictos y debates que les involucran a todos los sectores de la ciudad. En este sentido y en tales casos, las playas son un mundo de significados, donde la sociedad local actualiza e interpreta sus principales temas.

Uno de estos temas es la aparente paradoja que surge de la mera observación de las playas. Por un lado, son, en general, superficies bastante regulares, muy cerca de un isotropismo y, por otro lado, se usan y frecuentan de modo bastante desigual y diferenciado, con grandes concentraciones de personas seguidas por espacios casi vacíos, con lugares valorados yuxtapuestos a lugares contiguos totalmente devaluados.

En las playas hemos observado patrones muy distintos de uso y de ocupación, lo que por cierto influye en la sociabilidad entre los asistentes. Comprobamos que la mayor o menor densidad de personas se relaciona, básicamente, con tres factores. El primero es la *accesibilidad*, puesto que los principales accesos a la playa (carreteras, disponibilidad de transporte público, estacionamientos, por ejemplo) tienen la capacidad de concentrar un gran número de asistentes.

El segundo es el *significado asignado a los asistentes* que se relaciona en gran medida con el modo de acceso a las playas y con los sectores sociales que los utilizan. Esta evaluación diferencial influye también en la disposición de los equipamientos en la playa, como en el caso de los quioscos de vendedores, de los bares y de los restaurantes en el paseo marítimo, y de las carpas de vendedores en la franja de arena. En este sentido, el tipo y el número de asistentes condicionan la disponibilidad, variedad y calidad de estos servicios. Estos patrones de frecuencia

y uso crean repertorios de identificación espacial que son como una suma compuesta del origen geográfico y social de los asistentes, de la asiduidad del uso, relacionada con los ritmos diarios, semanales y anuales, y de las prácticas de los grupos, lo que conforma el propio encuentro social en ese lugar.

El tercer factor es el *tipo y la calidad del encuentro*. Este interviene muchas veces como una especie de espejo que rebate las características de la ocupación de la fachada de la playa e influye en la frecuencia, valoración e identidad de la franja de arena inmediatamente reflejada por la fachada. Esto sería una conclusión simple, un resultado de la influencia directa del patrón constructivo de la fachada sobre la valoración de la franja de arena adyacente. La observación más aguda, sin embargo, demuestra que las relaciones entre la valoración diferencial de parcelas de las playas siguen patrones mucho más complejos, sobre todo cuando estamos tratando de aquellas que están completamente integradas al tejido urbano.

La frecuencia a la mayor parte de las playas de la Zona Sur de la ciudad de Río de Janeiro no sigue, de manera general, ninguna relación estable entre el tipo de urbanización y el público asiduo. Hay algunas sintonías sin duda. El caso de la concentración de gays y lesbianas en frente a la calle Farne de Amoedo, en Ipanema, y su frecuencia a bares y restaurantes y otras tiendas de la misma cuadra, sobre todo en la noche, es un ejemplo. El caso de la playa de Flamengo también es interesante, pues en la parte más cercana al centro comercial y financiero de la ciudad, se observa una frecuencia muy popular y mezclada (incluso personas en situación de calle, travestís y prostitutas). A medida que nos desplazamos hacia las zonas de la playa que hacen frente a las cuerdas más residenciales, la frecuencia se va modificando con un ligero predominio de personas de clase media, residentes o no del barrio. El perfil socioeconómico del público en esta parte es similar a aquella de los que residen aquí. Ese patrón, sin embargo, no es ni de lejos la regla en muchas otras playas, como Copacabana, Ipanema, São Conrado o Barra de Tijuca.

La diferenciación en el uso y en la valoración de los espacios de las playas construye, bajo la aparente regularidad de la superficie, un ambiente heterogéneo. Estos usos y prácticas diferencian partes y crean

lugares diferentes en una misma playa. Por eso, hablar de democracia de las playas, como es común en el imaginario carioca, simplemente porque las personas están en un mismo espacio, la playa, en ese caso, es olvidar que no por ello están necesariamente situadas en el mismo lugar, debido a la inmensa diferenciación y segmentación interna que puede ser establecida en ese ambiente.

La compartimentación y la búsqueda por la exclusividad en territorios o lugares en la playa pueden conducir a muchos conflictos acerca del uso de esos lugares. La densidad de la frecuencia y los enfrentamientos producidos son directamente proporcionales a la densidad de reglas que el poder público precisa establecer para intentar dirimir los choques entre los diferentes intereses que se presentan en ese disputado espacio. En las playas de Río de Janeiro hay muchas normas que disponen sobre horarios, prácticas y límites. Para acompañar y controlar ese enmarañado de disposiciones, la presencia de diferentes agentes públicos se hace necesaria: cuerpo de bomberos, policía militar, funcionarios de la limpieza urbana, guardia municipal. Cada uno responde por un tipo de acción y coerción. Muchas veces, la misma corporación se diferencia para atender a diferentes demandas; por ejemplo, la policía turística pertenece a la Policía Militar, pero posee uniforme distinto; los fiscales del ayuntamiento son, a veces, acompañados por guardias municipales para el control de la limpieza, etc. Recientemente, un programa llamado «choque de orden en la playa» fue implementado por el Departamento de Orden Público para exigir el cumplimiento de las normas que rigen las actividades en los espacios de tan fuerte presión como son las playas cariocas³.

- 3 «Con el objetivo de ordenar las arenas de Río de Janeiro, la operación de la SEOP de combate al desorden llegó a las playas cariocas en diciembre de 2009, argumentando que la orilla pertenece a toda la población de la ciudad y que, por consiguiente, necesitaba planificación». Tal como ocurrió en el asfalto, la SEOP comenzó en septiembre de 2009 el registro de los vendedores ambulantes de playa con presencia entre las playas de Flamengo y de Grumari. Se ha adoptado un nuevo modelo de tienda y los dueños tuvieron que adaptarse a nuevas reglas que prohíben ciertos alimentos y determinan la ubicación de los depósitos en las arenas. Las operaciones de la SEOP se dirigieron también a la práctica de «frescobol» - una especie de raquetbol - y de «Altinho» - juego cuyo objetivo es que los jugadores mantengan la pelota en el aire el mayor tiempo posible -. Estos deportes, ahora, sólo se pueden practicar en la orilla del agua después de las 17h. «La operación moviliza diariamente cerca de 400 miembros de la guardia del ayuntamiento y fiscales. Su objetivo

Este programa del gobierno en las playas transmite evidentemente la idea sobre la necesidad de un ordenamiento espacial en el modo como se configura la asistencia y la distribución de las personas, los equipos y las actividades sobre las arenas de la playa. Aunque la primera impresión sobre la asistencia a las playas sea su gran diferenciación, podemos sugerir que hay dos matrices más generales de organización que se presentan allí. Esquemáticamente, ellas obedecen a dos perfiles, uno transversal a la línea de la playa (Figura 2) y otro longitudinal a la misma línea.

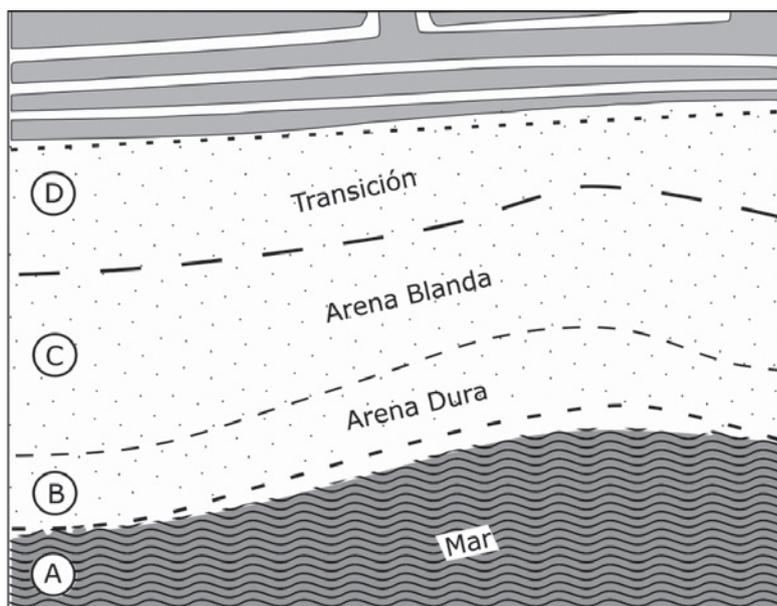


Figura 2. Perfil transversal a la línea de la playa. Elaboración: Território e Cidadania.

El primer perfil, grosso modo, puede ser descrito como la progresión de un área poco ocupada que se acerca a los accesos y, justo después, pasa por una parcela de baja densidad de ocupación, donde es común la práctica de deportes: voleibol, fútbol, frescobol etc. (en algunas playas de gran asistencia, esas actividades pueden ser practicadas sólo

ofrecer al carioca y a todos los que vienen a la ciudad una playa más limpia y organizada.» Traducción libre; Fuente: SEOP-RJ (Secretaría de Orden Pública).

allí). Inmediatamente después, con límites bastante claros, comienza el área de mayor concentración, con personas sentadas o acostadas, sillas, carpas, esteras, etc. En el interior de esta franja hay sensibles diferencias; se nota, por ejemplo, que las personas que residen en las cercanías tienden a aproximarse más al agua, mientras que aquellas que vienen de las avenidas más distantes tienden a acomodarse en las parcelas más alejadas del agua. El grupo de edad y la presencia de niños también parecen influir en la distribución de las personas en el interior de esa franja. Por último, junto a la línea del mar, se mezclan las personas que caminan, corren o están simplemente de pie. En esta última área es donde hay menos sedentarismo en las playas.

En algunas playas de la Zona Sur carioca, las tiendas que alquilan sillas y sombrillas instalan, desde las aceras hasta las playas, largas mangueras con pequeños orificios y, con el agua que es bombeada desde el nivel freático, mojan y enfrían la arena, lo que permite un mejor acceso de las personas venidas del paseo. Se crean así verdaderas vías que cruzan una porción de las arenas y conducen al asistente al encuentro de las tiendas de alquiler, diseñadas como verdaderas «esquinas» donde se ubica el «comercio».

El otro perfil, el longitudinal, demuestra la irregularidad en la densidad de ocupación, aunque las actividades estén más o menos colocadas en la misma secuencia transversal de las zonas vecinas. Es en ese segmento que se perciben las zonas de asistentes diferentes que se reagrupan según afinidades variadas. Tal vez por el pequeño número de elementos que aparecen en la playa, cada uno de ellos puede ser muy juzgado, desde pequeñas diferencias en formato, en color o en el diseño de trajes de baño, pasando por pequeños objetos (collares, pulseras, tatuajes, etc.) hasta la manera de construir los asentamientos, todo se torna lenguaje y comunicación.

En relación con la organización de los equipos, por ejemplo, la manera por la cual se arreglan las sillas y carpas también demuestra diferencias claras y evidentes. Ellas pueden ser nucleadas y cerradas alrededor de la carpa (ese es en general un formato muy adoptado por las familias), pueden estar arregladas en largas filas, una al lado de la otra, demostrando cierta apertura de la mirada y la posibilidad del contacto (Figura 3); pueden estar una detrás de la otra, como forma de aumen-

tar la densidad de la ocupación; o en triangulación, formando un área interna bien delimitada, aunque no completamente cerrada.



Figura 3. Disposición de las carpas. Fuente: Territorio e Ciudadanía (2014).

Interesante es darse cuenta de que entre estas variadas modalidades de arreglos se crean ciertas rutas de tránsito a través del cual pasan los nadadores y los paseantes. Algunas veces, la inadvertencia, sobre todo de los niños, de los jóvenes o de los pocos no habituados a la «organización» de la playa, crea la transgresión de esas efímeras delimitaciones. Esto puede ocasionar un contacto, amistoso u hostil, puesto que la reacción dependerá en parte del grado de afinidad, de la tolerancia y de la aceptación de la diversidad de las personas afectadas.

De hecho, la relajación que se le asigna al universo de la playa existe, aunque no es una regla general. El contacto social es quizás más simple y menos ritualizado en una situación en que la cercanía física es a veces muy grande y las diferencias de ingreso no impiden el acceso y la proximidad de diferentes segmentos sociales. Justo por esto, el universo de las playas es tan importante como espacio público. La fuerte valoración en el imaginario social de la uniformidad y de la regularidad morfológica compone una base para que la sociedad reconstruya allí sus demarcaciones, actualice conflictos, establezca compromisos y negociaciones. En términos más simples, esas playas componen un

terreno de aprendizaje intensivo en el arte de convivir entre personas diferentes que dividen un disputado espacio común.

NO TODA LA ARENA ES UNA PLAYA: VARIEDAD DE USOS DE LAS SUPERFICIES ARENOSAS

A partir de lo que se ha dicho anteriormente, es posible examinar, en otras situaciones espaciales donde también las arenas se utilizan como revestimiento, si hay una comunicación de esos contenidos de las playas. Se desea saber en qué medida la regularidad y la uniformidad de estas superficies condicionan o no los usos en otras áreas, como, por ejemplo, en los parques públicos donde el revestimiento con arena es también utilizado. ¿Tendrían esos lugares características similares a las que se asocian a las playas?; es decir, ¿el revestimiento arenoso transmite algún tipo de significado estable, cualquiera que sea al lugar donde se utiliza?

Una primera diferencia con respecto a las playas se debe señalar inmediatamente; en el proyecto de los parques, los paseos y las plazas, las zonas arenosas tienen un uso previsto por adelantado, una actividad más o menos dirigida por los planificadores y urbanistas que los han concebido. Eso no significa, por supuesto, que este uso sea siempre respetado, por el contrario, a menudo el uso se desvía de los fines originales, pero existen limitaciones impuestas por el diseño urbano del sitio.

Por lo tanto, inicialmente se puede hacer una gran distinción en el uso de zonas arenosas en plazas y parques: pueden ser utilizados en áreas que ofrecen mayor permanencia o, justo al contrario caracterizan las áreas de circulación. En el primer caso, este material arenoso delimita un área pequeña y parece indicar la vulnerabilidad del público esperado ahí, los niños o los ancianos. Así, es común encontrar áreas con ese recubrimiento donde hay equipos para el ocio infantil o en los llamados «gimnasios de la tercera edad» que se instalaron en los últimos años en varias áreas públicas.

La observación de varias plazas y parques de la ciudad demostró que estas áreas están bien definidas y tienen una dinámica común: ocupación del centro por los niños, que alternan entre pasajes por los

equipos y juegos en la arena, y en las periferias se quedan, en general, los responsables, normalmente mujeres jóvenes adultas. Fuera del horario en que estas áreas son utilizadas por los niños es común encontrar estudiantes que ocupan los bancos alrededor de la arena, en parejas o en grupos. También son comunes en estos horarios de fin de la mañana y comienzos de la tarde personas con mascotas, aunque a veces hay algunos impedimentos para ese tipo de frecuencia. Las zonas de arena para el gimnasio de la tercera edad tienen momentos específicos con instructores del ayuntamiento y fuera de este periodo pueden ser utilizadas libremente, pero no mantienen una audiencia muy grande. Algunas plazas como, por ejemplo, Alfonso Peña en Tijuca reciben un público joven fuera del horario diurno.

El segundo caso, el de las arenas utilizadas como delimitadoras de áreas de circulación es comúnmente utilizado en innumerables lugares públicos y parece que fue una elección que retrocede en el tiempo, al menos hasta el siglo XIX. Así, en los parques y plazas más tradicionales de la ciudad, las vías internas son, en general, recubiertas de una fina capa de arena. En este programa urbanístico la alternancia más común es entre la mineralización regular de las vías de circulación y los volúmenes asimétricos de la vegetación o los ligeros declives del césped. Además, el revestimiento parece indicar un desplazamiento de baja velocidad, asociándose fuertemente a la movilidad del peatón que pasea. El caso de la Quinta da Boa Vista es, entre otros, una buena demostración de ello. El revestimiento de arena se reservó exclusivamente para las vías de circulación del conjunto del parque. Todas las áreas de permanencia más larga y de mayor concentración de personas están revestidas por otro material, sea cemento (en el caso de las canchas), césped, bloques, ladrillo y asfalto; estos dos últimos parecen haber sido previstos para desplazamientos más rápidos.

También es interesante notar que hay algunas áreas con arena donde antes existía el césped. Esto se debe básicamente al uso intenso para diversas actividades, especialmente las deportivas, o incluso a la continua elección de un camino para el desplazamiento. La zona de césped se degrada, lo que hace inviable su conservación para la administración del parque y, al mismo tiempo, su apariencia sin la cubierta vegetal refuerza la adopción de estos nuevos usos.

La elección de la cobertura mineral en los proyectos de plazas y parques se asocia claramente a una «gramática» de usos pronosticados por los planificadores. El gran Parque de Flamengo, por ejemplo, muestra claramente una secuencia de ritmos previstos para el desplazamiento que son sugeridos por los diferentes materiales que revisitan las vías: tierra (arena), cemento y asfalto. En los carriles cubiertos por arenas hay sinuosidades y pequeños puntos de vista que indican claramente el tipo y el ritmo de la movilidad lenta. También hay recubrimiento mineral en pequeños paseos donde se practican variadas actividades y juegos que no requieren muchos balizamientos. En la actualidad son poco utilizados, especialmente en días de semana, y algunos de ellos albergan población en situación de calle, tal vez por la escasa asistencia⁴. Lo mismo ocurre en la parcela conocida como «ciudad de los niños», también cubierto con arena, poco frecuentado y que recibe muchas personas sin hogar.

En el primer caso descrito del uso de arenas en parques y plazas, para los niños y los ancianos, domina la idea de que las actividades están dirigidas a grupos específicos de edad y la justificación para la elección de la arena parece que se ha hecho teniendo en cuenta los posibles riesgos del contacto de esta población con superficies rígidas. En el segundo caso, de las arenas asociados a la movilidad, a la uniformidad y al leve roce del material no completamente cohesionado, la opción por la superficie arenosa parece traducir la idea de caminar en ritmo de pasear.

Esta elección sugiere la valoración de un ideal de contemplación de lo pintoresco, del entorno, de la circulación lenta, que reúne a personas en situación de movilidad. Muchas veces, a lo largo de estas vías hay equipos o disposiciones físicas que invitan a la parada. Los espacios públicos retoman así su expresión más común, un lugar para ver y ser visto. Cumple su vocación más importante, ser un espacio de comunicación y de contacto con la alteridad.

4 El uso poco frecuente de estas áreas puede ser interpretado como consecuencia de la ausencia de indicaciones explícitas de uso en el diseño de la zona. Tal vez, el urbanismo moderno se ha orientado para producir espacios de uso más dirigidos, frente a una comprensión social general de que las actividades deseables deben ser señaladas claramente por el diseño de las superficies.

A CADA ACONTECIMIENTO, HAY UN «FLASH»: VISIBILIDAD Y NOTORIEDAD EN LAS 'NUEVAS' PLAYAS CARIOCAS

De todos los grandes parques de la ciudad de Río de Janeiro, el Parque Madureira fue el último que se inauguró. Corresponde a un programa rígido de asignación de actividades a determinadas zonas. La arena prevista en el programa inicial estaba muy bien delimitada en una cancha de deportes. Imita así prácticas deportivas consagradas en las playas: futvoley, voleibol de playa y fútbol de arena. No hay circulación por rutas recubiertas de arena, aunque el diseño original prevea formas y ritmos de desplazamiento variados, es decir, carriles más sinuosos y carriles más rectilíneos que siguen lado a lado por todo el parque.

Una de las mayores particularidades de ese parque es la zona de la cascada (Figura 4). Inicialmente, esa zona estaba prevista para ser sólo un elemento escénico, visto desde arriba en la elevación que contiene un belvedere y, visto desde abajo, por aquellos que atraviesan el parque. Los asistentes no lo entendieron de la misma manera y muy rápidamente las aguas de la cascada comenzaron a servir como moderadoras del fuerte calor que predomina en ese barrio. Se ha liberado luego la piscina de la cascada para tomar baño, convirtiéndose en uno de los puntos de mayor concentración de personas. Aparte de las personas que se bañan, hay siempre otras que esperan su turno y numerosos adultos que observan los niños, de esta forma, toda una agrupación comenzó a formarse en frente de la cascada sin que se haya previsto ningún equipo para ese tipo de permanencia. La solución encontrada fue acrecentar una franja de arena delante de la cascada.

Desde entonces, muchas personas permanecen en esa franja y, poco a poco, han aparecido espontáneamente elementos que hacen referencia indirecta a las playas, como sombrillas, tiendas, traje de baño, bronceadores y muchos otros. Al igual que en una playa, la franja de arena se extiende delante de la cascada y los asistentes se posicionan como una audiencia, dando la espalda a la ciclo-vía que pasa inmediatamente detrás de la franja de arena. El éxito de este simulacro de playa fue tan grande que en la ampliación del parque un área fue completamente diseñada para funcionar como una playa. La inauguración de

la llamada «playa del parque de Madureira» tiene lugar a finales de 2015; una superficie de arena de 500 m² con palmeras de coco, quioscos y un espejo de agua abastecido por cinco cascadas con un volumen total diez veces mayor que la cascada de la primera fase del parque. En los encabezados de la prensa que noticiaron la inauguración existían expresiones como «Madureira ya tiene su playa» o «va a haber playa en Madureira», y en los comentarios era comúnmente subrayada la apreciación y el gran interés despertado por la playa artificial en el parque. No hay olas, el agua no es salada y no se puede bucear, porque la profundidad es pequeña, pero la presencia de arena asegura la creación del «escenario» de la playa y el universo de valores que se asocian a la imaginación espacial carioca.

Otro ejemplo que se sitúa entre una playa y un parque es el Parque del Piscinão de Ramos (Figura 5). Hay dos áreas de arena previstas por los urbanistas para el mismo uso, pero se observa que se utilizan de manera completamente diferente por los asistentes. La primera es la franja de arena de la playa de Ramos que se ubica al fondo de la piscina (teniendo como referencia las entradas del local) y la segunda es la inmensa franja de arena alrededor de la piscina.

Como el agua de la bahía de Guanabara es inapropiada para el baño, casi nadie nada allí, lo que hace que la mayoría de las personas ni pase ni permanezca en esta porción de arena. Ya alrededor de la piscina, donde el agua es limpia, hay una gran densidad de personas que ocupa las arenas. Los patrones de uso y de sociabilidad de esta zona son muy similares de los observados en otras playas, obedeciendo a las tres variables ya descritas anteriormente.

Las áreas cubiertas de arena que forman parte del parque, pero no están situadas frente a la piscina, son ocupadas por carpas y quioscos que venden variadas mercancías. El resto de la superficie se utiliza como una especie de área de servicio, estacionamiento, almacén de materiales y tránsito. Se percibe claramente la diversa valorización dentro de ese conjunto. Las arenas cercanas de la piscina se utilizan como una playa y se asemejan enteramente en el uso, densidad y diferenciación interna al que se encuentra en otra playa cualquiera. Ya el resto del parque no parece ser muy apreciado por los asistentes como área de permanencia o de ocio. La proximidad de la playa parece en ese



Figura 4. Franja de arena en el Parque de Madureira. Fuente: Território e Cidadania (2014).



Figura 5. Parque del Piscinão de Ramos. Fuente: Território e Cidadania (2014).

caso actuar como un elemento de desvalorización del parque, situación opuesta a lo que fue observado, por ejemplo, en el Parque de Flamengo en su relación con la playa homónima. En el Piscinão de Ramos, la continuidad de la superficie arenosa es comprometida por una valorización que cambia según la distancia en relación con el equipamiento más valorado, la piscina.

Los diferentes tipos de revestimientos en los espacios públicos son importantes orientadores y delimitadores de las prácticas sociales. En ese sentido, comprendemos el carácter comunicacional de esos espacios, donde los individuos observan y son observados, donde son actores y al mismo tiempo audiencia en esa trama por la cual la vida social se desenvuelve. Al orientar las prácticas, esos revestimientos inducen, por lo tanto, ciertos formatos del encuentro social, o sea, son guías de las prácticas de la sociabilidad.

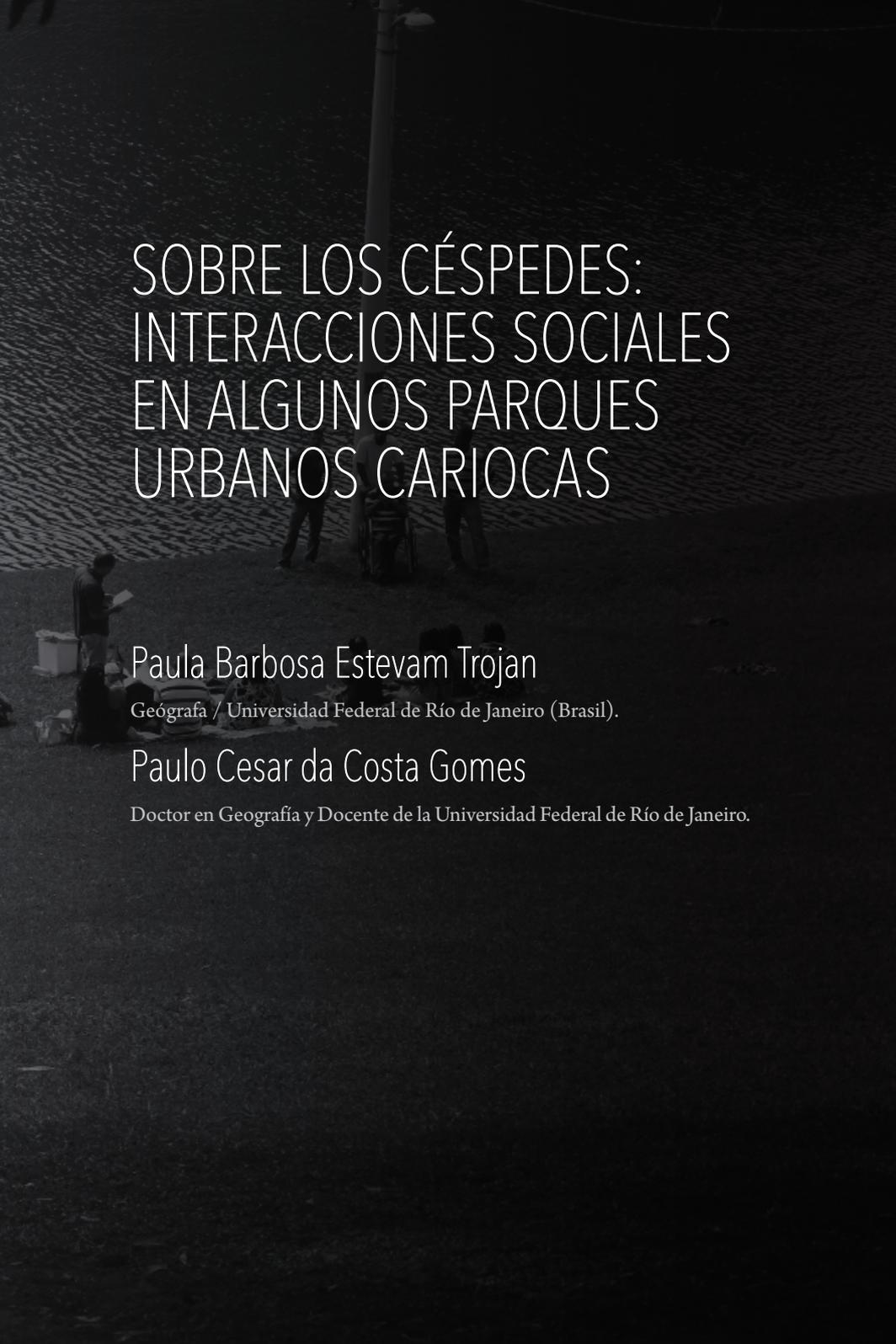
Hemos visto que las superficies recubiertas de arena tienen un papel importante en los proyectos urbanos, sobre todo en los parques y jardines. En diferentes momentos del urbanismo ese material fue utilizado como elemento que indicaba las vías previstas para una movilidad de baja velocidad, un paseo contemplativo o una caminata. Actualmente, la arena se utiliza también en las áreas destinadas a un público más vulnerable a las caídas como en los patios infantiles o en las áreas destinadas a las personas mayores, lo que incluye los gimnasios de la tercera edad, por ejemplo.

Hemos visto también que las superficies cubiertas con arena tienen un uso muy diverso en el contexto de los parques y el de las playas. Cuando se busca producir en parques y plazas una semejanza en las formas de uso, frecuencia y sociabilidad, la organización material de los equipos debe parecerse a la que se encuentra en las playas, a ejemplo de las canchas deportivas de playa, de las cascadas en el Parque de Madureira y en la diferenciación de los usos encontrados en el Piscinão de Ramos.

Hemos visto finalmente que la ciudad de Río de Janeiro concede un lugar destacado a sus playas, donde se desarrolla todo un modelo de vida urbana, el cual funciona como fuerte imagen identitaria para la ciudad desde los años cincuenta. El carácter ejemplar de la sociabilidad vivida en las playas es muchas veces cuestionado en las narrativas que

presentan la forma de ser del carioca. En ese sentido, el mundo que se organiza en las arenas de las principales playas es entendido como la forma de la civilidad que debe prevalecer en la ciudad. De cualquier manera, es con apoyo en ese tipo de espacio público que se define una de las bases de la civilidad urbana carioca hoy en día. Por lo tanto, la observación de las formas de sociabilidad en ese terreno puede darnos algunas claves de interpretación para entender los códigos de conducta pública de la ciudad ya que son, en gran parte, desarrollados y expresados allí.



A dark, grainy photograph of a park area. In the foreground, a person is sitting on the ground, possibly reading or writing. In the background, a street lamp stands tall, and other people are visible, though they are out of focus. The overall atmosphere is quiet and somewhat somber due to the low light.

SOBRE LOS CÉSPEDES: INTERACCIONES SOCIALES EN ALGUNOS PARQUES URBANOS CARIOCAS

Paula Barbosa Estevam Trojan

Geógrafa / Universidad Federal de Río de Janeiro (Brasil).

Paulo Cesar da Costa Gomes

Doctor en Geografía y Docente de la Universidad Federal de Río de Janeiro.

Resumen

El capítulo compara las formas de uso y ocupación de los céspedes en tres parques urbanos de la ciudad de Río de Janeiro: La Quinta da Boa Vista, el Parque del Flamengo y el Parque Madureira. Estos son los tres mayores parques urbanos de la ciudad, situados en diferentes áreas y construidos en diferentes momentos a partir de tres distintos estilos urbanísticos. Considerando algunas dimensiones de análisis, tales como la extensión total de los parques, la proporción de las áreas cubiertas de césped, las actividades realizadas sobre el mismo, las principales áreas de concentración y trayectorias de personas sobre esa superficie, y a partir de la medición de las bases espaciales, del análisis de entrevistas y de las fichas de observación se evidenció una diferenciación de usos y ocupaciones de esa superficie en los tres parques. Se observa que la morfología, los diferentes modelos paisajísticos a los que pertenecen, la posición distinta en la ciudad, la presencia de equipos, orientan diferencialmente los usos y apropiaciones de esos espacios públicos de ocio.

SOBRE OS GRAMADOS: INTERAÇÕES SOCIAIS EM ALGUNS PARQUES URBANOS CARIOCAS

Resumo

O capítulo a seguir tem por objetivo comparar as formas de uso e ocupação dos gramados em três parques urbanos da cidade do Rio de Janeiro, são eles: A Quinta da Boa Vista, o Parque do Flamengo e o Parque Madureira. Esses são, em área, os três maiores parques urbanos do Rio de Janeiro, situados em diferentes áreas da cidade e foram construídos em diferentes momentos a partir de três distintos estilos urbanísticos. Considerando algumas dimensões de análise, tais como a extensão total dos parques, a proporção das áreas cobertas de gramas, as atividades realizadas sobre o gramado, as principais áreas de concentrações e trajetórias de pessoas sobre essa superfície, e a partir da mensuração das bases espaciais, da análise de entrevistas e das fichas de observação foi evidenciada uma diferenciação dos usos e ocupações dessa superfície nesses três parques. Notamos que a morfologia diferenciada desses parques, os modelos paisagísticos diferentes a qual pertencem, a posição distinta na cidade, a presença de equipamentos, orientam diferencialmente os usos e apropriações desses espaços públicos de lazer.

AL MENOS DESDE FINALES DEL SIGLO XVII, EN DIFERENTES países de Europa, grandes extensiones de césped fueron implantadas en muchas ciudades y asignadas al uso público. Una de las razones frecuentemente apuntadas fue el crecimiento cada vez mayor de las zonas urbanas y la necesaria «reintroducción» de superficies verdes que compensaban la fortísima densificación del área construida y todos los problemas de salubridad e higiene de ese crecimiento. La presencia de superficies vegetales en las ciudades significó en ese momento, por lo tanto, la perspectiva de una mejor calidad de vida urbana. Además, estas superficies atendían también la una nueva demanda de ocio y entretenimiento de una población que, desde entonces, compuso lo que denominamos como un «público», es decir, un conjunto de personas autónomas con intereses diferentes que dividen espacios de uso común, regulados por normas que pretenden establecer una convivencia respetuosa y pacífica. Por eso, los parques y jardines fueron, desde el principio, vistos como instrumentos de educación; educación de las actitudes, educación por el conocimiento de las leyes de la naturaleza y educación de la mirada. La contemplación del paisaje, con lo que ello podía implicar fue llevado al interior de las ciudades y creó nuevos horizontes urbanos, horizontes escénicos y también existenciales.

Evidentemente, las nuevas áreas verdes que atendían a ese nuevo conjunto de personas y sus necesidades fueron creadas con el estatuto de espacios públicos. Así, en muchas de las grandes ciudades europeas, algunas áreas de reservas pertenecientes a los dominios reales o aristocráticos se han convertido en grandes parques y jardines.

Se dice también que la elección de los césped como revestimiento de esos parques y plazas estaba, en parte, asociada a la sensación estética experimentada por las clases altas que hacían la travesía desde los Alpes hacia Italia en lo que era conocido como el gran «tour», y en esa travesía cruzaban grandes superficies recubiertas de pastos. En Inglaterra, por ejemplo, los primeros parques, que eran antes dominios de la aristocracia para la caza, mezclaban grandes superficies abiertas cubiertas de césped con otras más pequeñas y escasas de vegetación arbórea y arbustiva, tratamiento paisajístico que se conoció como «jardín a la inglesa».

En Brasil, a diferencia de lo que ocurrió en Europa, los parques urbanos no surgieron exactamente como una respuesta al rápido crecimiento de las ciudades. De hecho, buena parte de nuestras grandes metrópolis y, en especial, Río de Janeiro tuvo esa iniciativa más asociada a la adopción del modelo urbanístico que era recomendado para las principales capitales europeas. El primer parque de este tipo parece haber sido el Paseo Público (1783), construido en Río de Janeiro, en el terraplén de la laguna Boqueirão, situado junto a la playa y en el borde de la zona urbanizada de la época. Poco queda del proyecto original que fue modificado por Glaziou en el siglo XIX, pero la idea de ofrecer una zona verde al público era desde el principio un destino fundamental de este parque. Muchos otros siguieron en la historia de la ciudad. Hemos seleccionado tres de ellos siguiendo pautas temporales y urbanísticas diferentes y ubicados en barrios también diferentes para reconocer como la proporción, la función y el uso del césped aparece en estos parques y jardines.

TRES MOMENTOS, TRES PARQUES...

Actualmente, la Quinta da Boa Vista, el Parque de Flamengo y el Parque de Madureira, son los tres mayores parques urbanos de la ciudad¹, siendo el Parque de Flamengo, el mayor de ellos, con aproximadamente 1.220.000m²; seguido de la Quinta da Boa Vista con 380.000m² y del Parque de Madureira con 110.000m², pero con una previsión de triplicar esa superficie. Ubicados en diferentes zonas de la ciudad, implementados en diferentes momentos y para diferentes usos, todos valoran el césped en la composición del paisaje.

El área que ahora alberga el Parque de la Quinta da Boa Vista perteneció a los jesuitas hasta 1749 y, después de su expulsión de Brasil, fue dividida y adquirida por particulares. A principios del siglo XIX (1803), un rico comerciante portugués, Elias Antônio Lopes, erigió

1 Hay varios tipos de parques. Aquí se entienden como grandes espacios con áreas verdes, ubicados en áreas urbanizadas y de uso público, cuya finalidad principal es ofrecer opciones de ocio a la población, pudiendo ofrecer servicios relacionados con la cultura como museos, casas de espectáculo y centros educativos, además de estar frecuentemente conectados a actividades deportivas con la presencia de canchas, campos y carriles bici. No estamos por eso considerando las Unidades de Conservación, como el Parque de la Floresta de Tijuca, por ejemplo.

una gran casa en esta área que pasó a ser conocida como Chacra del Elías. En esta época, la gran casa tenía un hermoso panorama sobre la Bahía de Guanabara, derivando de ahí el nombre de Quinta da Boa Vista (Granja de la Buena Vista). En 1808, con el cambio de la corte portuguesa para la ciudad de Río de Janeiro, Elías regaló a la familia real portuguesa su gran casa, la cual iba a ser la residencia oficial de la realeza en Brasil. Al final de la monarquía en 1889, los jardines de la Quinta da Boa Vista se abrieron al público con el nuevo estatus de parque urbano.

El parque de Quinta da Boa Vista está situado en el barrio de San Cristóbal, zona norte de la ciudad de Río de Janeiro. El barrio ha experimentado una importante transformación desde el final de la monarquía, sucesivamente albergó algunas industrias y mansiones aristocráticas y luego, a mediados del siglo XX, se convirtió definitivamente en barrio de viviendas, albergando en la actualidad población residente de bajos ingresos.

El proyecto paisajístico del parque fue concebido por el paisajista francés Auguste Glaziou e implementado alrededor de 1869. Se compone de vastos césped dispuestos sobre un terreno ligeramente ondulado, arborización reagrupada en parcelas no geométricas, armoniosamente dispuestas y entremezcladas por caminos sinuosos que recorren toda la propiedad. El parque cuenta además con un lago, puentes e instalaciones ornamentales, como la pagoda oriental, sobre una pequeña elevación, y el Templo de Apolo, ubicado en una pequeña isla en el lago, siguiendo el ideal del parque pintoresco, muy de moda en el siglo XIX. El acceso al palacio imperial se hace por un jardín geométrico dispuesto con simetría en relación con el eje creado por la vía ortogonal que le da entrada. Todo eso contribuye a crear un efecto de perspectiva y resaltar el volumen y la forma del palacio de estilo neoclásico que desde 1892 alberga al Museo Nacional. La Alameda de Sapucaias de estilo inglés hace la transición al parque; y al fondo se creó el parque zoológico que funciona como tal desde 1945.

El Parque Brigadeiro Eduardo Gomes, más conocido como Parque de Flamengo, está ubicado en la Avenida Infante Don Henrique y acompaña la orilla marítima de los barrios Gloria, Catete, Flamengo y parte de Botafogo. El área del parque fue construida a partir de un

terraplén, iniciado en 1951 con material originado del arrasamiento de algunos cerros de la ciudad. El plan original era construir en esta área sólo carriles rápidos para unir el centro a la zona sur de la ciudad. Poco a poco ese proyecto inicial se modificó y la idea de construir un gran parque urbano ganó forma a partir de 1961 inaugurándose en 1965 como parte de las celebraciones del 400º aniversario de la ciudad.

A un lado la ciudad, con sus edificios, y al otro el mar; entre ambos se extiende el parque de Flamengo, concebido como un moderno parque con equipos variados dispersos a lo largo de la extensa área verde: tenis, fútbol, baloncesto, zona infantil, pistas de atletismo, un gran puerto deportivo etc. Además, en el parque están situadas algunas edificaciones como el Museo de Arte Moderno (MAM), el Museo Carmen Miranda, el Monumento a los muertos de la Segunda Guerra Mundial y una gran sala de espectáculos. El paisajismo del parque es un auténtico modelo en el género. Concebido por Burle Marx, la vegetación tiene especies muy variadas, traídas de diferentes biomas brasileños y reagrupadas en composiciones bastante originales. Las áreas del césped se entremezclan a la vegetación y también separan el parque de la playa contigua. La misma función de transición ocurre con las pistas que se separan del parque por un pequeño declive en el que las laderas son cubiertas por césped. Arriba o abajo de los carriles rápidos se construyeron pasarelas y pasajes subterráneos. Los carriles se cierran al tráfico los domingos y festivos, de las 7 a las 18 horas. Eventualmente estos carriles también se utilizan para competiciones deportivas y eventos oficiales.

Por su parte, el Parque Madureira, inaugurado en 2012, en el barrio del mismo nombre al norte de la ciudad se extiende a lo largo de la calle Conselheiro Galvão, por donde pasa la línea ferroviaria que cruza la Zona Norte de la ciudad. Este espacio estaba ocupado anteriormente por un pequeño asentamiento informal y por las torres de las líneas de transmisión de energía. Vecino al parque hay un gran centro comercial y en las cercanías está el famoso viaducto Negrão de Lima donde tienen lugar eventos bastante populares de música y espectáculos. El parque está localizado cerca a dos importantes escuelas de samba de Río de Janeiro: la de Portela y la del Imperio Serrano. En términos del proyecto, ese parque dispone de una pequeña proporción de área verde

y está compuesto por una gran área de servicios y equipos diversificados. Hay quioscos dedicados a la venta de alimentos, canchas variadas, equipos de musculación, una gran pista de patineta, fuentes, cascada, escenario para eventos, instalaciones del programa cultural Nave del Conocimiento, etc. El parque ofrece así múltiples actividades y servicios a los asistentes y eso en un área de la ciudad en la que hay fuerte escasez de espacios de este género.

FORMAS DE OCUPACIÓN, COMPORTAMIENTOS LOCALIZADOS

Una primera constatación al comparar esos tres parques se refiere al tipo de diseño. La Quinta da Boa Vista es un parque cuyo diseño no condiciona directamente la realización de actividades específicas. Al comparar su morfología con la de otros grandes parques urbanos de la ciudad como en los ejemplos mencionados, el Parque de Flamengo y el Parque de Madureira, se puede observar que hay una gran diferencia con respecto a la presencia, distribución y uso de los equipos. En estos otros parques existen varias canchas deportivas, pistas para ciclistas, skaters, áreas de juegos, gimnasios para la tercera edad, etc. Se trata de un diseño que induce a la realización de actividades específicas, con prácticas bien establecidas. En el Parque de la Quinta da Boa Vista, en la vasta extensión de áreas verdes, no hay señales que indiquen cualquier uso prioritario, o sea, las actividades son muy poco dirigidas. El modelo de base del parque corresponde a lo que era dominante en el siglo XIX. Traduce un ideal de la época con la ruptura del ritmo urbano, desplazamientos de baja velocidad, periodos largos de permanencia y muchas situaciones espaciales que facilitan la contemplación (belvederes, sinuosidades, desniveles, bancos y murallas escénicamente dispuestos, etc.).

El césped ocupa casi el 90% del área total del parque. En la parte más central es frecuente la presencia de familias que se distribuyen en grupos dispersos en las laderas herbosas (Figura 1). Esta es también el área que concentra el mayor volumen de personas. La mayoría está sentada o acostada sobre pareos, toallas, sillas, esteras y con objetos como cestas y neveras de polietileno con comida. Una actividad básica de esas familias es el picnic, indicando también un amplio tiempo de

permanencia en el parque de las que vienen para pasar el día. En el área más baja y plana del fondo del valle quedan los niños y jóvenes, jugando o practicando algún deporte. Hay, por así decir, una disposición general como la de un anfiteatro, siendo el declive utilizado como soporte para la «platea» y la superficie regular del «escenario» invertido por una intensa actividad, con personas corriendo o jugando.

Además de este uso familiar dominante, hay algunos eventos de grupos específicos que se organizan también en esas áreas herbosas centrales, como encuentros de evangélicos, de punk, emos y otras subculturas urbanas, campañas políticas, espectáculos, conciertos, etc., pero son eventos extraordinarios que se valen incluso de asistencia asegurada para obtener mayor visibilidad.

En las otras áreas arboladas, menores y menos centrales, con menor visibilidad y más aisladas se percibe que hay pequeños grupos dispersos que buscan justamente un poco más de aislamiento (Figura 2). Son comunes allí las parejas o pequeños grupos de amigos, y cuando hay familias se mantienen espacialmente mucho más separadas entre sí. Así, la densidad en esas áreas, comparada a las áreas centrales, es siempre significativamente mucho menor.

A modo de comparación, percibimos en el diseño de otro parque en la ciudad, el parque Eduardo Guinle, ubicado en el barrio de Laranjeiras, una indudable similitud con el modelo de la Quinta da Boa Vista. Él también fue un jardín particular de la residencia de Eduardo Guinle y pasó a ser un espacio público cuando se transformó en residencia oficial de los gobernantes del Distrito Federal en 1944; ocupa un área bien menor, de 24.700m², pero tiene un pequeño lago en el fondo del valle y está rodeado por laderas que le confieren también una forma de anfiteatro. El proyecto de este parque estuvo asociado a las residencias que acompañan una de las vertientes. Mientras los edificios fueron proyectados en el más puro estilo modernista por Lucio Costa y, más tarde, por los hermanos Roberto, el parque tiene algunas características de los proyectos europeos del siglo XIX. Con todo, la ocupación del parque Eduardo Guinle es muy distinta a la observada en la Quinta da Boa Vista. En primer lugar, ella es poco densa y el tiempo medio de asistencia es también mucho menor. Los asistentes son, en su mayoría, de los alrededores inmediatos, demostrando así



Figura 1. Agrupaciones familiares dominan el césped central en el Parque de la Quinta da Boa Vista, Río de Janeiro. Fuente: Território e Cidadania (2014).



Figura 2. Pequeños grupos aislados en las áreas laterales del césped de Quinta da Boa Vista. Fuente: Território e Cidadania (2014).

que ese parque tiene un pequeño poder de atracción, característica diametralmente opuesta a la Quinta da Boa Vista que atrae un público que viene de más lejos.

La frecuencia más común es de carácter mayoritariamente familiar, con la diferencia de que al Parque Guinle no asiste toda la familia; sólo uno de los responsables directos por los niños los acompaña en el área donde hay equipamientos infantiles y muchas veces también los padres son sustituidos por empleadas. En las laderas arboladas casi no hay ocupación y las parejas o jóvenes se reagrupan más en las áreas sombreadas o protegidas del parque.

El Parque de Flamengo se concibió claramente bajo una perspectiva modernista. Por eso, la funcionalidad de la organización de los espacios y la dirección de las actividades previstas aparece con mucha mayor claridad que en la Quinta da Boa Vista o en el Parque Guinle. En el Parque de Flamengo, la proporción del césped no es muy diferente; ellos ocupan aproximadamente el 80% del área total, pero su uso es mucho más dirigido. Esta orientación del uso se hace por una serie de restricciones, pero sobre todo por el hecho de que el parque posee diversos equipamientos propios para ciertas finalidades deportivas o recreativas (Figura 3). Así, en días de gran asistencia, el césped permite la realización de otras actividades que no disponen de un «lugar» previamente previsto como el juego de 'v', el *slackline*, el malabarismo, entre otros. Prevalece, sin embargo, la larga permanencia ociosa sobre los céspedes. Muchas personas ponen sillas, toallas, pareos y utilizan los céspedes como si estuvieran en la playa. Algunos leen, otros oyen música, contemplan el paisaje, beben agua de coco o cerveza entre otras pequeñas ocupaciones (Figura 4). La asistencia es grande pero la gente está en su mayor parte sola o en pequeños grupos de dos o tres personas. Las sombras obtenidas por la vegetación son las parcelas del espacio más disputadas y de mayor densificación.

La parte del césped más frecuentada es aquella situada entre la franja que acompaña a la playa y las vías de circulación utilizadas por las bicicletas y por las personas que trotan. Claramente, el césped invita a mantener una permanencia más larga. Es una superficie que permite establecer una parada sin incomodar la circulación y eso aparece con claridad por el cotejo entre el césped fronterizo y las áreas utilizadas



Figura 3. Práctica de actividades en el césped del Parque de Flamengo. Fuente: Território e Cidadania (2014).



Figura 4. La ocupación en el césped es con frecuencia parecida a la observada en las arenas. Fuente: Território e Cidadania (2014).

para el desplazamiento. Muchas personas, además, utilizan los pequeños desniveles en el borde del césped para sentarse y apreciar el rápido movimiento de las personas que caminan.

Por último, cabe señalar que los/as visitantes más asiduos son aquellos que viven en las inmediaciones. Por lo general, permanecen menos tiempo en el parque los que vienen de zonas más alejadas. Además, las personas que más frecuentan el Parque están asociadas a una actividad concreta: montar bicicleta, jugar, correr, etc. Ellos se presentan comúnmente solos o en pequeños grupos de dos o tres personas. Los asistentes que viven más lejos del Parque de Flamengo lo visitan con menor regularidad, sus visitas se programan y, generalmente, tienen actividades que incluyen familias o grupos de más de tres personas.

El Parque de Madureira, que es el más contemporáneo de los tres parques aquí citados, tiene proporcionalmente menos área verde (menos de un tercio). Las actividades en el Parque Madureira son mucho más dirigidas por los aparatos de entretenimiento. Los recorridos en el parque son, por lo tanto, orientados por el desplazamiento entre esas diferentes actividades. Las pequeñas y estrechas franjas arbóreas parecen ser en ese caso mucho más escénicas, parte de un paisaje vegetal. En algunas situaciones las personas se sientan sobre el césped, buscando una sombra en un ambiente que, en general, tiene mucha exposición al sol y mucho calor. De hecho, el uso de la vegetación se anuncia en el programa urbanístico del parque como el responsable de la disminución de al menos 5° C de temperatura ambiente. El césped opera así como un elemento de confort y accesoriamente ellos son también apropiados como un área de descanso entre una actividad y otra (Figura 5); marcan pausas, pero no tienen la misma marca de permanencia que se asume en los otros parques analizados.

La asistencia mayoritaria es de los jóvenes de las inmediaciones. Son ellos quienes ocupan los diversos equipos previstos para actividades físicas en el parque. Se percibe que hay frequentadores que hacen uso de equipos bien específicos por el material que traen: ropa y accesorios adaptados a un tipo particular de actividad. La presencia de familias no es dominante y los niños son más frecuentes sólo en el área alrededor de la cascada o en las áreas donde hay previsión del uso de equipos propios para ellos. A pesar de ser un parque del tipo «lineal»,

no es perceptible un movimiento de personas que paseen por toda su superficie, como es el caso en otros parques del mismo género (Nueva York, París).

En este sentido, dentro de ese plano, el césped se aproxima más a un elemento escénico, utilizado como elemento de composición de áreas vegetales diseñadas para crear una ambientación, pero que cuyo uso está prohibido. Este es, además, el caso de las innumerables situaciones en plazas, parques y jardines donde hay indicaciones de que no se debe pisar el césped (Figura 6).

Por último, es necesario subrayar que hay diferencias significativas en la propuesta de ocio que revela el diseño de esos parques. En el caso del Parque de Madureira, el ocio está asociado a la práctica de alguna actividad y eso aparece con mucha claridad y casi como exclusividad en la propia distribución de aparatos de entretenimiento y sectores de actividades asignados en la organización del parque. Como hemos visto, no ocurre así en los parques con diseños como la Quinta da Boa Vista o el Parque Guinle que sugieren una permanencia menos activa. El ocio en este caso se asocia más a la idea de descanso, de contacto con la naturaleza o de contemplación. El parque de Flamengo es interesante por presentar los dos modelos. Aunque sea un parque concebido bajo la tutela del modernismo, este presenta, tal vez por la proximidad de la playa y de la Bahía de Guanabara, elementos que se pueden identificar en esos parques donde el ocio es visto como deambulación y placer estético.

Hemos visto que el césped es un tipo de cobertura vegetal que puede participar de manera bastante diversa en diferentes situaciones. El descuido, la suciedad, el mal uso —de igual manera— también nos ayudan a comprender cómo ciertas áreas son utilizadas, como son valoradas y vividas por los asistentes (Figura 7). Así, las formas como se utiliza el césped, el tipo de conjunto que compone con los demás elementos y la concepción del proyecto urbanístico dentro del cual se incluye, son los elementos que nos pueden ayudar a comprender mejor cómo habitar esa superficie. Muy presente en diversas áreas públicas de fuerte interacción social, conocer las reglas que se imponen para su uso nos prepara para lidiar mejor con los ritos de la sociabilidad en diversos contextos.



Figura 5. El césped es utilizado como superficie propicia para cortas permanencias en contraste con la ciclovía en el Parque de Madureira. Fuente: Território e Cidadania (2014).

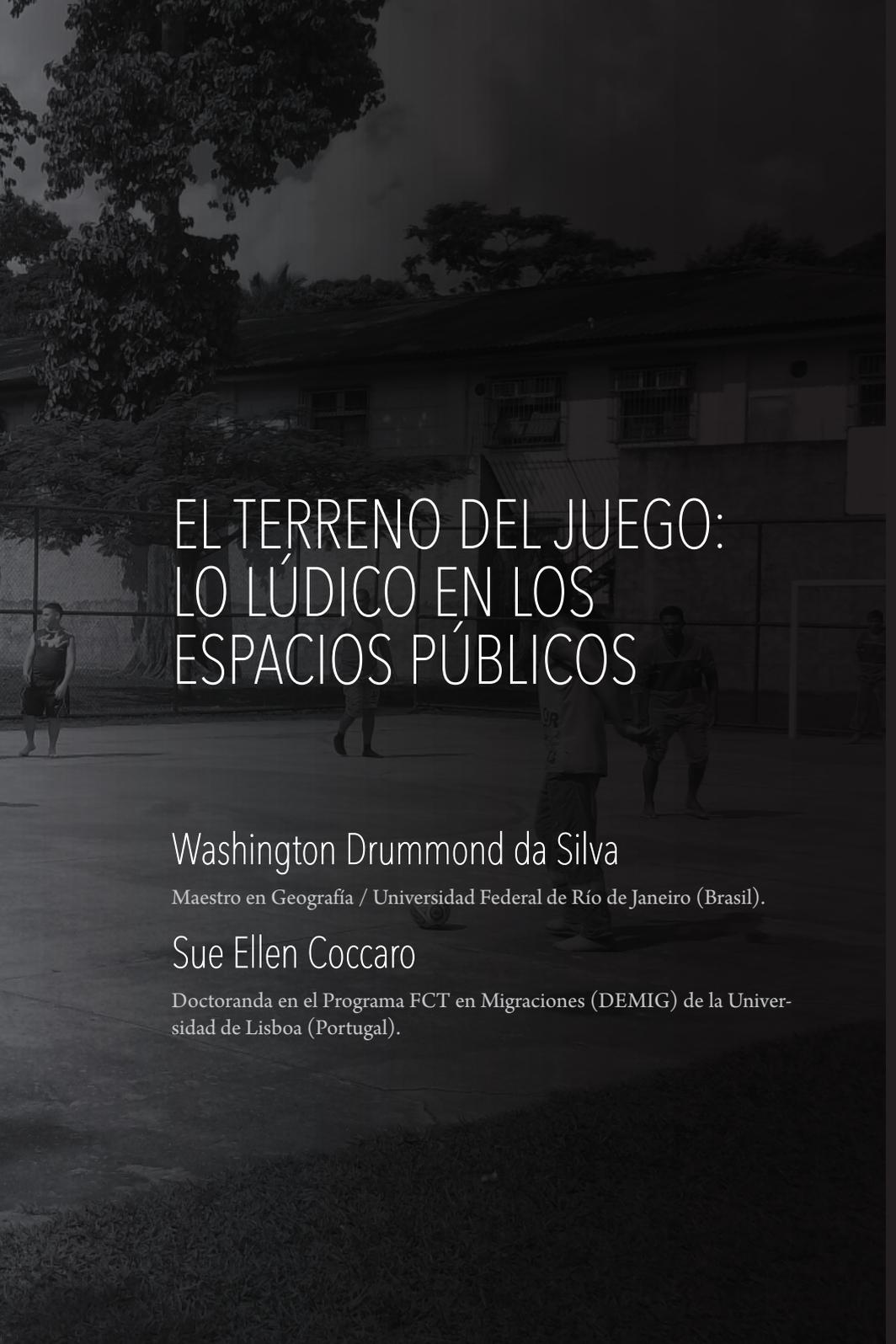


Figura 6. Indicación de que el césped es un elemento escénico y no debe ser utilizado como superficie recreativa. Fuente: Território e Cidadania (2014).



Figura 7. Basura y detritos depositados sobre el césped.
Fuente: Territorio e Ciudadania (2014).





EL TERRENO DEL JUEGO: LO LÚDICO EN LOS ESPACIOS PÚBLICOS

Washington Drummond da Silva

Maestro en Geografía / Universidad Federal de Río de Janeiro (Brasil).

Sue Ellen Coccaro

Doctoranda en el Programa FCT en Migraciones (DEMIG) de la Universidad de Lisboa (Portugal).

Resumen

Este capítulo analiza la relación entre las superficies lúdicas y la *sociabilidad pública*, más específicamente, la forma en que estos espacio participan en el «juego social». Analizamos los parques de la Quinta da Boa Vista, del Aterro do Flamengo y de Madureira localizados en Río de Janeiro. Se observaron tres tipos de superficies lúdicas: (1) las que se utilizan para las actividades preconcebidas; (2) aquellas reconfiguradas para un uso diferente de su concepción original; y (3) las efímeras, activadas en espacios no planificados para la ejecución lúdica. En esas situaciones, el encuentro social se somete a los intereses del juego y las fuertes interacciones de la propia actividad lúdica agregan a las personas, y funcionan como una oportunidad para establecer relaciones que pueden ser amistosas o conflictivas. Estas actividades de ocio activan los espacios públicos y las formas de sociabilidad que en ellos se escenifican, configurando una posibilidad formidable de promover el encuentro y el diálogo social. Se concluye que la *sociabilidad pública* se construye por las actividades de los espacios lúdicos.

OTERRENO DO JOGO: O LÚDICO NOS ESPAÇOS PÚBLICOS

Resumo

Esse capítulo trabalha a relação entre as superfícies lúdicas e a sociabilidade pública, mais especificamente, o modo como esses terrenos participam do «jogo social». Analisamos os parques da Quinta da Boa Vista, do Aterro do Flamengo, e o Parque de Madureira, situados na cidade do Rio de Janeiro, Brasil. Foi possível observar três categorias de superfícies lúdicas: (1) aquelas utilizadas para atividades preconcebidas, (2) aquelas reconfiguradas para um uso diferente da sua concepção original e (3) as efêmeras, ativadas em espaços não planejados para a execução lúdica. Nessas situações, o encontro social fica submetido aos interesses do jogo e que as fortes interações (contidas na própria atividade lúdica) agregam as pessoas e funcionam como uma oportunidade para estabelecer relações, que podem ser amistosas ou conflituosas. As atividades lúdicas ativam os espaços públicos e as formas de sociabilidade que neles se encenam, configurando uma possibilidade formidável de promover o encontro e o diálogo social. Conclui-se que a sociabilidade pública se constrói, em parte, pelas atividades dos espaços lúdicos.

EL JUEGO ES UNA ACTIVIDAD VOLUNTARIA Y UNA REALIDAD autónoma (Huizinga, 2000 [1938]). Ella es voluntaria por expresar el desinterés material de aquel que la práctica y es autónoma porque se define por un conjunto finito de reglas internas, compartida por todos los participantes, sin distinción. El juego se produce únicamente por el placer que pueda proporcionar y puede ser interrumpido o aplazado en cualquier momento. También es una actividad fuera del orden práctico de la vida cotidiana como también está fuera del ámbito de trabajo. El individuo es transportado a un dominio paralelo, con un orden propio, que promueve el escape de la vida cotidiana ordinaria. Así, el sujeto se vuelca completamente a los estándares del mundo lúdico y todo lo demás, que gobierna la vida común, permanece en suspensión.

Las sociedades crearon a lo largo de la historia un gran número de actividades que pueden definirse como lúdicas, es decir, manifestaciones en forma de juegos que proporcionan emoción y placer. Estas actividades tienen la característica común de la construcción de lugares específicos para su aplicación como escenarios, aulas, canchas o tablas. Los lugares para tales prácticas son necesariamente disposiciones espaciales concretas que expresan un conjunto de reglas que conducen los acontecimientos, informan sobre las situaciones internas a los juegos y sobre sus resultados. A estas formas físicas que organizan y orientan las acciones de los jugadores asignamos el nombre de *superficies lúdicas*.

Cuando hablamos de *superficies lúdicas* nos referimos también a espacios antes no constituidos para eso, pero que están temporalmente delimitadas y trabajan como una arena de juegos para sus participantes. En este caso, el aspecto lúdico de las prácticas sociales es el ingrediente necesario para entender la manera en que estas superficies actúan como apoyo para el establecimiento de interacciones sociales estructurados por el juego. De lo contrario, buscamos comprender el papel de estas interacciones en la organización temporal de esas superficies. El objetivo es llegar a las formas de organización espacial de las interacciones sociales en los lugares dedicados a las prácticas lúdicas.

Como se ha dicho anteriormente, hay una distinción fundamental entre el juego y la vida común. Esta disociación es creada tanto por el lugar que el juego ocupa como por su duración. El universo del juego establece límites, rutas y direcciones propios dentro de puntos de re-

ferencia espaciales y temporales: «cada juego se lleva a cabo y existe en un campo previamente delimitado, de modo material o imaginario, intencional o espontáneamente» (Huizinga 2000: 13. T.A.). Dentro de este campo, existen reglas y códigos que deben ser compartidos por todos los practicantes y espectadores. Tal vez por eso, la mayor parte de los estudios sobre el tema de los juegos está interesado en la estructura de reglas, en la toma de decisiones por parte de los participantes y, finalmente, en las consecuencias positivas o negativas de la práctica del juego.

Aquí vamos a examinar esta práctica social de los juegos bajo una perspectiva diferente. Queremos destacar los aspectos relacionados con el hecho de que estas actividades se llevan a cabo dentro de un campo que está previamente delimitado, creando universos temporales dentro del mundo habitual. Cada juego tiene un espacio que es, a la vez, una estructura física que expresa estas reglas y una estructura simbólica que organiza la interacción entre los participantes; es decir, organiza este mundo temporal del juego. Por lo tanto, existe una relación compuesta entre la utilización de una superficie especial que sirve como un sustrato (arena, césped, cemento, asfalto, etc.) y los límites simbólicos (líneas, obstáculos, objetivos). En la mediación, el sustrato es temporalmente activado y desactivado, ganando el estado de la superficie de juego.

En este sentido, podemos decir que todo el juego transmite una idea global del ordenamiento que delimita y califica un espacio dado. Superficies que garantizan ese orden temporal son muy variadas y pueden presentar muchas diferencias en cuanto a tamaño, diseño, equipo, complejidad o duración. Ellas varían desde los trazados fijos y permanentes que caracterizan algunos equipos dedicados al juego (estadios, arenas, teatros, etc.) hasta aquellos que son delimitados de modo efímero como en las canchas informales de fútbol, de voleibol o de cualquier otro deporte o actividad física de entretenimiento. Sin embargo, hay un aspecto común a todas estas actividades que es dado por la organización del espacio. Si el juego se define por las reglas, hay, por lo tanto, un soporte espacial en el cual las acciones son acordadas por los participantes y en él las prácticas obedecen a un conjunto específico de reglas inscritas espacialmente.

Si esas superficies delimitadas orientan las actividades y las formas de comportamiento que se prevén en esos espacios, entonces ¿qué tipos de interacción, fuera de las estrictamente previstas en el juego, se permiten durante la realización de los juegos? En otras palabras, ¿cómo la dinámica espacial del juego puede intervenir en la sociabilidad? ¿Cómo las áreas de los juegos y su entorno actúan en la sociabilidad pública? ¿Cómo ese terreno se estructura y participa del «juego social»? ¿Cómo se asocian las reglas que organizan los diferentes juegos a las reglas más generales que guían el «juego» de la sociabilidad?

LO LÚDICO Y LA SOCIABILIDAD

Hay muchas similitudes entre las características descritas para el juego y aquellas comúnmente asociadas a la sociabilidad. Según Simmel (2006), por ejemplo, la sociabilidad es un ejercicio libre de cualquier contenido material esencial y debe su existencia a los intereses intrínsecos de la interacción social. Es también una actividad que no se asocia de forma necesaria a los méritos particulares de la posición social, de la fama, de la clase social o cualquier otro. Por último, es también una forma lúdica de asociación que justifica la agrupación de personas en un momento dado y en un lugar dado. Por eso, la sociabilidad se expresa como un juego: organiza un terreno e impone un repertorio de reglas, delimitaciones y movimientos a los participantes.

Hemos visto que en la vigencia del mundo del juego hay una suspensión de los intereses particulares. A propósito, cuando esos intereses se resisten y se superponen, el mundo del juego se deshace, se desorganiza. De esta forma, la práctica de los juegos tiende a suspender temporalmente las posiciones sociales para imponer solamente las reglas que orientan la dinámica de las interacciones sociales entre las personas involucradas. En ese sentido, el juego produce, por el conjunto de reglas que impone, un nuevo mundo, un nuevo juego de escena. Esta escena sucede en un lugar concreto, sobre superficies que proporcionan orientaciones y, al dialogar con las prácticas del juego, expresan significados.

En general, las superficies lúdicas son soportes materiales y simbólicos para los juegos, medios útiles que permiten la espacialización de

las actividades relacionadas con el juego y lugares centrales para la vida social. Teóricamente todas las superficies pueden ser transformadas por el juego, adaptándose a los intereses de los usuarios que pueden crear reglas para su uso, límites espaciales y objetivos para los jugadores. Así, lo que indica el carácter lúdico de una superficie es el uso social que dirige las prácticas del juego.

La entrada en el juego es una acción voluntaria, en la que se acuerda el entendimiento y el respeto a las reglas. Así, el deseo compartido de participar de la actividad es un elemento fundador de ese tipo de asociación, pues supone el mutuo acuerdo de los partícipes, sin que haya la intervención directa de los estatutos individuales o de los intereses particulares. Para la participación se cobra tan sólo el entendimiento y el cumplimiento de las reglas. La buena actuación en el juego demanda la reunión de buenas condiciones por parte de los involucrados, que puede ser el dominio de las reglas, buenas estrategias y puede aún exigir, dependiendo del juego, buenas condiciones físicas e intelectuales para desempeñar su función en esas interacciones.

La interacción social puede extrapolar los límites estrictos del juego, siendo también vivida por aquellos que simplemente acompañan el desarrollo de la actividad lúdica. Entre los papeles posibles para los involucrados en el juego tenemos a los jugadores propiamente dichos; los potenciales jugadores, que se mantienen a la espera para entrar en el juego; las hinchadas; y los aficionados¹. Comúnmente, aquellos que están en el exterior también desempeñan un papel en el juego, ya que pueden distraer, ayudar o incluso intervenir para cambiar la posición de los jugadores sobre las reglas. Las superficies involucradas en la actividad lúdica son, así, espacios más amplios que el estricto lugar de realización, pues su entorno puede provisionalmente ser colonizado por la dinámica que envuelve el juego.

En contraposición a la idea de lo lúdico como elemento acogedor de personas y potenciador de la sociabilidad, es posible pensar que tales actividades pueden también causar el efecto contrario para algunas personas. Puede haber, en esos casos, aversión a algunas actividades,

1 Consideramos que los observadores no practicantes de la actividad pueden recubrir dos categorías: los fanáticos, que se caracterizan, por una postura más activa; y los aficionados que son más contenidos y contemplativos.

debido a no compartir las reglas y el conjunto de intereses que están involucrados allí. La participación en el juego cobra la inmersión en un nuevo mundo delimitado espacial y temporalmente, y su aceptación no siempre es compartida por todos.

EL ESPACIO PÚBLICO EN JUEGO

Los primeros espacios específicamente creados para los juegos se pueden encontrar en la Antigüedad, cuando arenas, teatros, circos y cámaras para prácticas deportivas y artísticas eran usados como centros de entretenimiento para la población. En las sociedades modernas se desarrolló también el uso de los espacios públicos para actividades lúdicas. Al principio, ese uso parece haberse asociado al ocio y a las prácticas de contemplación de la naturaleza. Paulatinamente, ese uso se fue extendiendo y su importancia aumentando de tal forma que muchos espacios pasaron a ser pensados, proyectados y orientados hacia la realización de actividades deportivas.

Este estímulo a las prácticas deportivas se asoció, según Melo (2010), a la concepción de divertimentos útiles y representaban una forma de identificación con el «mundo civilizado europeo». Desde muy temprano en el siglo XIX, las asociaciones y clubes fueron las formas de institucionalización de esas prácticas deportivas entre personas que se volvían miembros y reproducían las reglas de esos juegos entre grupos particulares e iniciados. Así sucedió con ciertos deportes, como las carreras de caballo, el remo y el fútbol, y aún hoy esas instituciones son fundamentales para la difusión y desarrollo de esas prácticas deportivas. Desde el final del siglo XIX, sin embargo, la difusión social más amplia de estos deportes ha hecho crecer nuevos lugares, menos exclusivos y más abiertos, ocupando algunos espacios públicos como plazas, jardines y parques.

Estos deportes ganaron así un espacio de visibilidad mucho mayor, un teatro público relacionado también con la valoración de ciertos principios como disciplina, respeto a las reglas, cultura corporal, etc. La valoración de esas actividades creció muy rápidamente y desde el comienzo del siglo XX fueron progresivamente conquistando mayor importancia dentro de los proyectos urbanísticos de algunos espacios públicos.

En el caso del municipio de Río de Janeiro podemos comprobarlo al comparar, por ejemplo, los parques de la Quinta da Boa Vista (inaugurado en 1905), el Aterro del Flamengo (construido en 1965) y, más recientemente, el Parque de Madureira (creado en 2012). Los diseños y propuestas involucrados en la concepción de cada parque señalan la diversa preocupación con la disponibilidad de equipamientos y con la orientación de los usos deseados. En general, se puede observar una creciente construcción de superficies dedicadas explícitamente a las prácticas de diversos deportes en contraposición a una proporción cada vez menor de áreas libres, césped, superficies arenosas y espejos de agua, sin un destino más orientado (Figuras 1 y 2).

Así, los parques más recientes cuentan con una proporción mucho mayor de instalaciones directamente orientadas a las actividades de cuño lúdico. Muchas plazas y parques en la ciudad tuvieron sus planos originales alterados para albergar nuevos equipamientos que incluyen mesas, aparatos, canchas, rejas, iluminación, etc. que indican el uso para actividades deportivas. Esta morfología, sin duda, influye en los usos específicos dibujados en las superficies como la práctica del fútbol, del baloncesto, del juego de damas, etc. Encontramos también grandes diferencias en los paisajes y en los usos planeados para cada uno de esos parques. Por lo tanto, inferimos que el período de creación, construcción y reforma desempeñó un papel importante y que el diseño propuesto es un valioso indicador de la organización más estricta de estas prácticas lúdicas en áreas públicas. Por supuesto, hay que tener en cuenta también otros factores importantes como la ubicación del parque en la trama urbana y la población que desean atender, lo que puede contribuir decisivamente a la propuesta y dibujo arquitectónico de cada uno de ellos.

La observación directa de la forma de uso y ocupación de esos parques demostró también que algunas superficies, diseñadas para el desempeño exclusivo de determinadas actividades lúdicas, fueron completamente reconfiguradas por los usuarios a pesar de su predisposición original. Esta adaptación se dio aparentemente de forma bastante espontánea, como en el caso de la ocupación de césped, de los juegos de cartas en las mesas de ajedrez, de los monopatines que usan desniveles, escaleras y pasamanos para ejecutar figuras, entre numerosos otros ejemplos posibles.



Figura 1. Croquis de la Quinta da Boa Vista (2013). Elaboración: Território e Cidadania (2014).



Figura 2. Croquis del Aterro del Flamengo (2013). Elaboración: Território e Cidadania (2014).

Estas observaciones nos remiten a un debate teórico acerca de la capacidad de las formas espaciales para determinar o no los usos que de ellas se esperan. Las observaciones demuestran que en contraposición a la lectura muchas veces pretendida por aquellos que planean los espacios, la actividad que en él se realizará no puede ser predeterminada. Los usos sociales muchas veces se desasocian de los criterios pensados y pretendidos por los planificadores.

La observación de los usos de esas superficies dedicadas al entretenimiento lúdico presentes en los espacios públicos, trae también la constatación de que existen diferentes ritmos vividos por esos espacios a lo largo del día. Esto quiere decir que los usos pueden variar en términos de intensidad y de duración. En este sentido, el tiempo del juego que activa las superficies lúdicas y demarca la presencia de las interacciones relacionadas con él no es exclusivo y, cuando no se está practicando, otras formas de ocupación y, por lo tanto, de interacción pueden ser observadas.

SUPERFICIES PLANEADAS Y SUPERFICIES ADAPTADAS PARA EL USO LÚDICO

La variedad de espacios planificados para actividades de cuño lúdico es muy grande. Se trata, por lo tanto, de la categoría más recurrente observada en las áreas estudiadas. Entre los diversos tipos de equipos, se nota la recurrencia de algunos y su intenso uso como los gimnasios para la tercera edad, ciclovías, pistas de monopatines y canchas polideportivas.

Las pistas exclusivas para skate tienen una gran visibilidad (Figura 3), sobre todo aquella del Parque Madureira, que es la segunda pista de skate más grande del país 3.850 m^2 , lo que confiere una gran centralidad a esa actividad en el parque y crea un significativo flujo de interesados en practicarla o en verla. Otro equipo también bastante común es la ciclovía, que puede ser utilizada como local de ocio, de práctica deportiva o como simple vía de tráfico. En el Aterro de Flamengo y en el Parque Madureira, las trayectorias creadas por personas que usan patines en línea, monopatines, bicicletas y carros se entrelazan con la peatonal, componiendo el movimiento global de esos lugares.

Las canchas polideportivas son también frecuentes en muchos espacios públicos de la ciudad, ellas contienen las marcas de las variadas modalidades de deporte colectivo, como el fútbol, el baloncesto (Figura 4), el balonmano y el voleibol. Fueron encontradas en prácticamente todos los parques incluidos en la investigación. Con pisos de concreto, arcilla, arena o cubiertas de césped sintético, las canchas han presentado uso intensivo y amplia prevalencia de la audiencia masculina joven entre los 15 y 35 años.

Más recientemente instaladas, los gimnasios de la tercera edad (GTEs)² también están en diversos parques, plazas y espacios públicos cariocas. Se utilizan la mayor parte del tiempo, conforme a lo estipulado en el programa, pero también hay un posible uso por personas más jóvenes, especialmente en horas de la tarde y durante la noche (Figura 3). Hay todavía otros equipos variados que presentaron igualmente uso intenso, sobre todo el dedicado al público infantil y juvenil. La frecuencia a estos equipos sigue un patrón diurno y tiende a aumentar los fines de semana, dentro de un conjunto de actividades de ocio familiar

En general, se percibe que, en la planificación de los equipos y en la previsión de actividades, muchos espacios públicos buscan, con algún éxito, crear una variedad de atractivos para públicos de diferentes edades. La observación del funcionamiento de estas áreas demuestra, sin embargo, que hay nítidas delimitaciones que segmentan los usos en términos de franjas etarias. Cuando esa segmentación no es producto de la sucesión en diferentes períodos del día y las actividades ocurren al mismo tiempo, se puede percibir que hay de hecho más una yuxtaposición que una efectiva integración de esos usos por diferentes públicos que comparten esos espacios.

2 El Proyecto Gimnasios de la Tercera Edad (GTE) es realizado en plazas de la ciudad de Río de Janeiro con el objetivo de proporcionar actividades físicas para personas mayores. El primer Gimnasio de la Tercera Edad se colocó el 08/01/2009 en la Plaza Serzedelo Correia, Copacabana (Portal del Ayuntamiento de Río de Janeiro).



Figura 3. Pista de skate. Fuente: Território e Cidadania (2014).



Figura 4. Juego de baloncesto. Fuente: Território e Cidadania (2014).

La práctica pública de deportes demuestra también con claridad la manera en que las formas de presentarse en público constituyen eficientes vehículos de información directa. Los usuarios a menudo se presentan con vestimentas asociadas a la modalidad de la actividad prevista e indican así que la ocupación de las superficies lúdicas exige alguna forma de movilización de recursos para demarcar el espacio del juego. Podemos percibir que vestimentas, accesorios y equipos forman parte de una manera de comprometerse con la actividad y de prepararse para ella (Figura 3 y 4). Así, aunque las demarcaciones ya existan y las reglas estén establecidas *a priori*, la apropiación social de esas superficies exige que los comportamientos se organicen en torno a recursos que garanticen su efectividad.

Además de la apariencia y de los equipamientos, también se observaron los comportamientos que dialogan con la práctica lúdica en desarrollo. Se constató que existe una fuerte correlación entre el grupo de edad y el tipo de sociabilidad manifestada por los grupos. Las actividades físicas más intensas concentran a jóvenes, tienden a mantener a un público más pequeño de espectadores y tienen mayor visibilidad y alcance sonoro. En los juegos menos intensos, el predominio es de las personas mayores³. En ese caso, el tipo de ambiente generado es más tranquilo, muchas veces hay un público de espectadores alrededor que poco se manifiesta. Sin embargo, si hay un intenso juego de miradas.

En todos los casos observados hay un predominio general del público masculino y eso en todos los grupos de edad y en el conjunto de las actividades. La más expresiva excepción ocurre en los gimnasios de la Tercera Edad, donde, en ciertos períodos, puede haber predominancia femenina. Lo contrario ocurre en los juegos de mesa, donde sólo muy raramente y en ciertos lugares (Copacabana) se observaron mujeres en las áreas de juego.

3 Algo pocas veces visto en los espacios públicos estudiados fue la participación de los jóvenes en juegos menos físicos como juegos de cartas, de tablero, o incluso el Role Playing Game (RPG). Tampoco se observó una gran interacción entre diferentes grupos de edad en los juegos de cualquier tipo.

Otra característica general es que en estos equipos se reúnen personas que tienen algún grado de conocimiento mutuo. No fue posible establecer si esos contactos se desarrollaron o no en el lugar, pero hay una fuerte indicación de que el encuentro social en esas situaciones queda sometido a los intereses del juego, al menos eso es lo que aparenta la observación de la dinámica en esas áreas. De cierta manera, en esas superficies hay fuertes interacciones, pero ellas parecen más formales y contenidas en la propia actividad que agrega a las personas.

A pesar de esta relativa formalidad, en muchos casos, observamos una flexibilización de las actividades sea por el establecimiento de otros juegos, por el incumplimiento de ciertas reglas o simplemente por la apropiación de otras actividades no relacionadas con el universo de los juegos o deportes. La cuadra polideportiva nos parece que es una buena analogía de esto porque la abstracción de las diversas líneas proporciona el establecimiento de diferentes modalidades de juegos en cada momento. Así, cabe preguntarse: ¿en qué medida estos espacios son capaces de flexibilizarse? ¿En qué medida estos juegos cumplen la función de promover el encuentro social sin que el interés de que la interacción quede siempre intermediado por la actividad en ella misma?

El segundo tipo de superficie abarca las actividades lúdicas en espacios que no tienen demarcaciones claramente relacionadas con la modalidad del juego, porque no estaban planeadas para actuar así. Pueden haber sido diseñadas para otros fines o incluso ser superficies sin vocación inicial exacta, como la playa o las grandes superficies de césped. En el Aterro de Flamengo y en la orilla de las playas de la Zona Sur de la ciudad, por ejemplo, observamos que los domingos algunas vías de circulación de coches se convierten en áreas de ocio y así albergan personas que hacen diferentes actividades físicas: andan en bicicleta, monopatines, patines en línea, etc. o simplemente caminan y pasean (Figura 5). Hay, en este caso específico, una relación que las actividades establecen con el movimiento de circulación que tiene inspiración en la propia forma y uso corriente de esas áreas. Hay incluso, a veces, una diferenciación en términos de velocidad, según las pistas informalmente delimitadas.

El césped y la arena de las playas también son objeto de apropiaciones espontáneas y con delimitaciones efímeras. En el Parque Quinta

da Boa Vista, por ejemplo, el césped está ocupado en su mayoría por grupos familiares, mientras que en otras áreas del parque se juega rugby, fútbol, quemado, voleibol y otras actividades del mismo género. También en el Parque del Aterro del Flamengo, la franja de arena más cercana al asfalto suele abrigar partidos de voleibol de playa, de raquetbol de arena, de 'altinho'⁴, de fútbol informal y de otros deportes adaptados al terreno arenoso. El uso recurrente de algunas áreas termina por asociarlas a determinadas prácticas.

La observación local ha constatado una mayor y más frecuente interacción entre un público más diverso en esas áreas no proyectadas para el juego, pero así apropiadas. Fue posible percibir variadas formas de agregación de personas que no tenían ningún vínculo o conocimiento anterior en el tipo de la actividad practicada. El juego del «pase de pelota en el aire» es un excelente ejemplo. Se inicia con pocas personas que se conocen, luego empiezan a aparecer otras que se quedan alrededor y aprovechan el desvío de la pelota o la reciben y devuelven y pasan entonces a formar parte del círculo de los involucrados en el juego. En algunas situaciones, un gran número de personas pueden integrar esa «rueda» que se constituye poco a poco y también poco a poco pierde algunos integrantes. Algunas personas pasan a conocerse a partir de las invitaciones para formar parte de esas actividades. El ejemplo del «pase de pelota» también es excelente como generador de otra forma de interacción, el conflicto con aquellos que no les gusta el riesgo de ser alcanzados por la pelota, hasta tal punto que se promulgó una norma que dispone los horarios y, sobre todo, los lugares permitidos para el juego.

Nos damos cuenta de que el juego es, en este caso como en otros, la oportunidad de establecer relaciones que pueden ser amables y agradables o tensas y conflictivas. De cualquier manera, es también a través de él que la sociedad se conoce, establece límites y discute las normas de funcionamiento del juego social más amplio. Asimismo, es importante considerar que los juegos deportivos practicados en estos espacios públicos actúan por analogía al juego social más amplio, hacen recordar a todos, los que juegan y los que ven, que siempre hay

4 El altinho es un juego cuyo objetivo es que los jugadores mantengan la pelota en el aire el tiempo más largo posible.



Figura 5. Carrera a pie en vía de automóviles. Fuente: Grupo de Investigación Territorio y Ciudadanía (UFRJ) e Ciudadanía (2014).



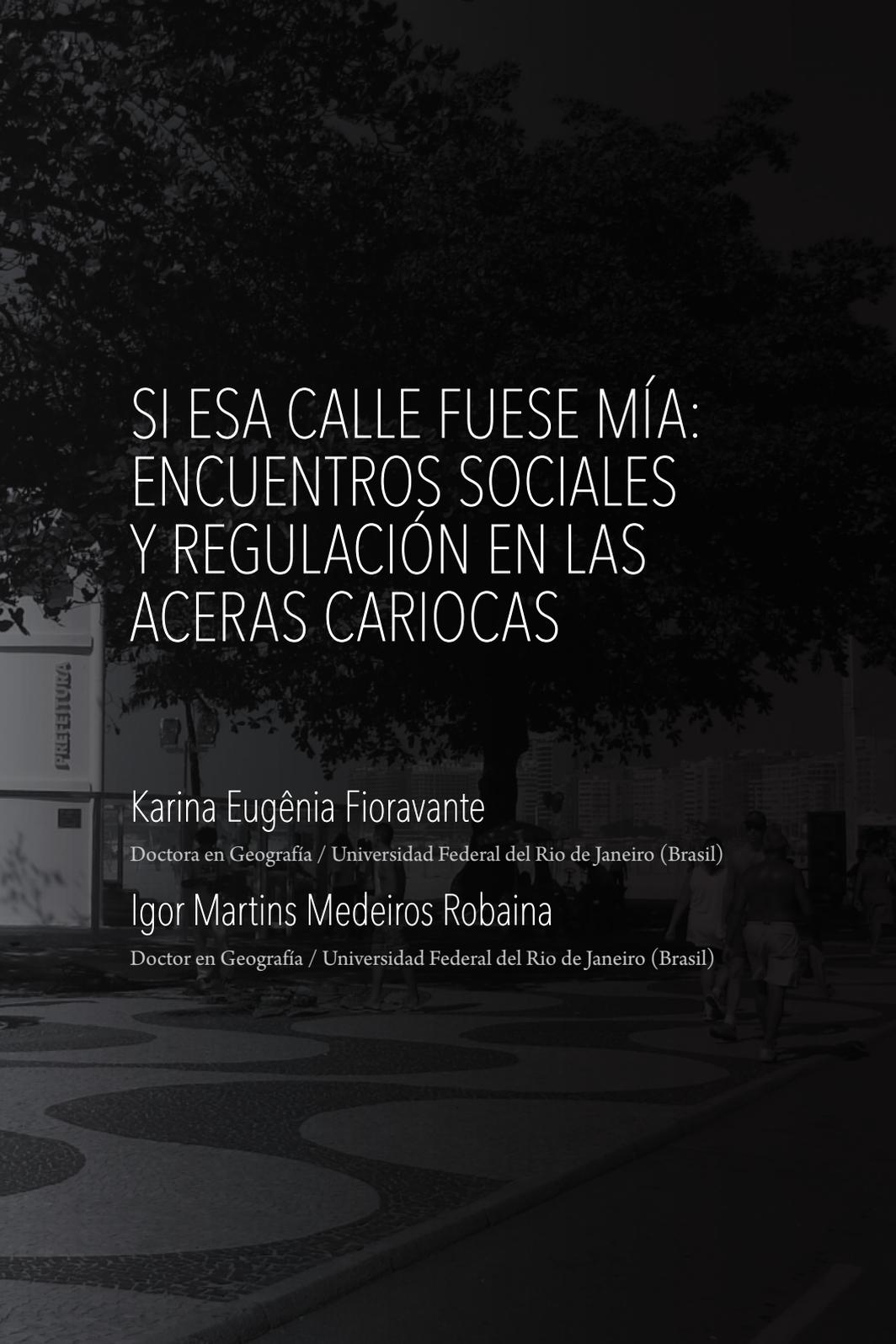
Figura 6. La cascada del Parque de Madureira. Fuente: Território e Cidadania (2014).

normas y actitudes que se deben seguir para una convivencia respetuosa en estos espacios. En este sentido, el deporte y sus reglas pueden funcionar como una especie de pedagogía para la vida social en esos espacios públicos que reúnen a personas con intereses muy diversos y culturas comportamentales bastante variadas. El Parque de Madureira es entre todos los grandes parques cariocas el que, a través de su diseño, mejor presenta una orientación de las actividades (Figura 6). Quizá no por casualidad, fue también el que recibió más atención de la administración municipal, anticipando una fuerte presencia de funcionarios públicos, especialmente aquellos que responden directamente por el ordenamiento del territorio y la organización espacial, como la guardia del municipio y los servicios de limpieza urbana.

Dicho esto, en comparación con el juego más general de la sociabilidad, el mundo de los juegos deportivos y de ocio es muy elemental. Las reglas son mucho menos numerosas y más simples, los papeles en su interior también. La cualificación del espacio sigue el mismo patrón de simplicidad, algunas líneas, algunos límites son suficientes para fundar un terreno de juego y establecer un mundo extraordinario regido por reglas básicas. La suspensión de distinciones sociales parece ser respetada y todos deben asentir que hay igualdad entre los participantes.

La complejidad nace del hecho de que el juego de ocio y deportivo está inserto en un cuadro más amplio y complicado que rige múltiples y variadas formas de interacción social. La sociabilidad pública – la promoción del encuentro social en lugares públicos – está construida en parte por estas actividades dirigidas por el mundo extraordinario de los espacios lúdicos, pero es seguro que no disuelve los juegos más amplios de la sociabilidad y, al mismo tiempo, no se queda lejos por completo. Es, por otra parte, seguro que también constituyen una oportunidad formidable para promover el encuentro y el diálogo social. Las actividades lúdicas activan los espacios públicos y las formas de sociabilidad pública que se escenifican en esos espacios. Los terrenos que definen estos juegos son por lo tanto una eficiente forma de examinarlos, al final, los comportamientos, lo mismo que las actitudes y los valores, se inscriben en él.





SI ESA CALLE FUESE MÍA: ENCUENTROS SOCIALES Y REGULACIÓN EN LAS ACERAS CARIOCAS

Karina Eugênia Fioravante

Doctora en Geografía / Universidad Federal del Rio de Janeiro (Brasil)

Igor Martins Medeiros Robaina

Doctor en Geografía / Universidad Federal del Rio de Janeiro (Brasil)

Resumen

Las aceras se configuran como mucho más que meros sustratos materiales. Ellas son espacios en los que se hace posible la observación de múltiples prácticas sociales. Bajo la mirada de un geógrafo, las calzadas se transforman en escenario en el que construcciones simbólicas, disputas territoriales, tensiones entre lo público y lo privado pueden ser contextualizadas e interpretadas. El objetivo de esta reflexión es comprender la manera por la cual las aceras participan de la vida urbana en la ciudad de Río de Janeiro, potenciando encuentros sociales, intercambios, así como ampliando la visibilidad de la diversidad social. La ambición es la de demostrar que las aceras cariocas se constituyen como escenarios privilegiados para la constatación de lo que se puede llamar *sociabilidad carioca*.

SE ESSA RUA FOSSE MINHA: ENCONTROS SOCIAIS E REGULAÇÃO NAS CALÇADAS CARIOCAS

Resumo

Calçadas se configuram enquanto muito mais do que meros substratos materiais. Elas são espaços nos quais torna-se possível a observação de múltiplas práticas sociais. Sob o olhar de um geógrafo, as calçadas transformam-se em palco no qual construções simbólicas, disputas territoriais, tensões entre o público e o privado podem ser contextualizadas e interpretadas. O objetivo dessa reflexão é compreender a maneira por meio da qual as calçadas participam da vida urbana na cidade do Rio de Janeiro, potencializando assim encontros sociais, trocas, bem como, ampliando a visibilidade da diversidade social. A ambição é a de demonstrar que as calçadas cariocas constituem-se como cenários privilegiados para constatação do que pode-se chamar de sociabilidade carioca.

FUE EN EL AÑO 1906, DURANTE EL PERIODO DE REFORMAS urbanas iniciado por Pereira Passos, que uno de los mayores íconos de la ciudad de Río de Janeiro empezó a tener vida: el Paseo Marítimo de Copacabana, famoso por el estilo curvilíneo de sus piedras portuguesas, se convierte en una parada obligatoria para visitantes y punto de referencia para la identificación de un estilo particular de urbanidad. El Paseo es un excelente punto de partida para demostrar la importancia de las aceras, espacios generalmente concebidos como meros soportes para los desplazamientos cotidianos de la vida urbana. La carga simbólica asociada al Paseo puede revelar aspectos poco valorados en el análisis de este equipamiento urbano que, de hecho, tiene gran potencial para garantizar el encuentro social. Por eso, más allá de su estricta funcionalidad en el sistema de circulación urbana, se le puede tomar por espacio privilegiado de la sociabilidad pública.

De hecho, la gran mayoría de los científicos sociales suelen ignorar este hecho. En la Geografía, la temática de las aceras podría ser importante ya que trae a la luz innumerables propiedades del espacio público, la cultura urbana y el encuentro social. Como mínimo, se puede afirmar que las aceras, los andenes o las veredas, como se conocen en las distintas ciudades de habla hispana, conectan innumerables lugares de una ciudad, cumpliendo, por lo tanto, una función específica en la movilidad urbana. Como espacios de circulación, las aceras animan al debate sobre las políticas de accesibilidad y seguridad; abordan los asuntos relacionados con la planificación urbana y la interacción entre los peatones; y suponen el contacto entre los servicios públicos y la estructura urbana.

Bajo la mirada de un geógrafo, sin embargo, las aceras se transforman en verdaderos escenarios donde las más diversas prácticas sociales pueden ser observadas, contextualizadas y leídas. Las construcciones simbólicas espacialmente referenciadas, entre las que sobresalen las disputas territoriales, las tensiones entre lo público y lo privado, y las interacciones sociales, pueden representar la base empírica para investigaciones acerca de las temáticas urbanas desde la óptica geográfica.

La experiencia urbana asociada al acto de caminar es diferente de aquella adquirida dentro de un coche. En una ciudad como Río de Janeiro conviven diferentes morfologías urbanas que asignan impor-

tancia a veces a los desplazamientos de los peatones sobre las aceras, a veces a la circulación de los coches. Esas modalidades tienen efectos evidentes sobre los estándares de sociabilidad observados.

Las aceras pueden respaldar dos sentidos diversos de la lectura de la urbanidad. Unidades emblemáticas que funcionan como metonimias, confiriendo indudable y abusivamente una identidad a toda la ciudad, o parte de ella. En este caso se incluye tanto el Paseo de Copacabana que sirvió de modelo de reforma urbana en otros barrios de la ciudad como Campo Grande, Madureira, Bangu; como las famosas *Hollywood Walk of Fame* las cuadras de *Rodeo Drive* en Los Ángeles, entre muchas otras. En el segundo sentido, la notoriedad de las aceras procede del panorama diversificado de los estándares del comportamiento, de los tipos de presencia mutua urbana y de la interacción social que se presentan allí. Esa es la forma más ordinaria de la sociabilidad pública a ejemplo de las siempre citadas aceras de ciudades como París y Roma. En ese caso, el espectáculo de la urbanidad es menos polarizado por un solo lugar y se difunde en el tejido urbano, siendo por eso más inclusivo. Quizás por eso Angotti (2003) ha afirmado que las aceras de Nueva York son el mejor ejemplo del espacio público urbano, ya que son el corazón de la agitada vida en la ciudad. Ellas están en todo el lugar, son usadas por todos y superan en términos de frecuencia y diversidad los parques y las plazas.

No obstante, es evidente que las aceras no pueden cumplir ese papel de lugar de fuerte interacción en muchas ciudades debido a dos factores principales. El primero es la prioridad concedida al desplazamiento, o sea, un dibujo urbano de esas estructuras que busca maximizar la funcionalidad de la circulación. El otro factor es el relativo desprecio a los peatones en comparación con otros medios de circulación urbana. Ese es el caso de innumerables ciudades: aceras interrumpidas, falta de mantenimiento, alrededores degradados que disminuyen toda posibilidad de obtener placer en el caminar. La ausencia de un plan de adecuación forestal que propicie sombras y zonas de protección también puede ser apuntada como el factor que desalienta el uso más activo de las aceras.

Es importante, por lo tanto, comprender cómo las aceras forman parte en la vida urbana, potenciando encuentros y cambios sociales

y ampliando la visibilidad de la diversidad social. Con ese intento se han realizado múltiples visitas a diferentes zonas en la ciudad de Río de Janeiro para observar y documentar las diversas dinámicas que dan vida a ese tipo de equipamiento. El objetivo fue demostrar que, mucho más que simples sustratos para los desplazamientos diarios, las aceras cariocas son escenarios privilegiados de lo que se comprende como la sociabilidad carioca.

LA VIDA DE LAS ACERAS

Según Yázigi (2000) no debemos dejar de considerar que las aceras son más que el sustrato material. Ellas son compuestas, principalmente, por las relaciones sociales que ocurren en ellas. En ese sentido, la historia de esos espacios confirma en pleno la tesis defendida por el autor. De hecho, dividir en periodos la aparición de las aceras es una tarea complicada. Sin embargo, algunos elementos son interesantes y deben ser señalados.

El primero de ellos es que su evolución está directamente correlacionada con la aparición de un nuevo tipo de urbanidad. Ford (2000) señala que las calles medievales no tienen un lugar específico para el desplazamiento de los peatones y fue solamente después del gran incendio de Londres en 1666 que las aceras resurgieron en Europa cuando la capital inglesa fue reconstruida. En París del siglo XVIII, por ejemplo, algunas calles tenían pasajes para peatones. Geist (1983) discute que eran poco eficaces ya que no lograban conectar puntos distintos de la ciudad y solo algunas aceras – *promenades*– fueron integradas al sistema viario en la forma de *boulevards*.

Ese momento es interesante porque trae consigo la idea de la normalización de las actividades que podrían ser desarrolladas en esos espacios, así como la distinción de su significado para la vida urbana. Se inició así, el proceso de «encierra» del peatón que se asocia al surgimiento de un territorio fronterizo que debe ser respetado por los usuarios tanto de las vías como de las aceras. Esa dinámica tiene continuidad y en el final del siglo XIX la gran mayoría de las ciudades europeas ya reservaba un amplio espacio para el uso exclusivo de los *flanêurs* (Tester, 1994).

El rápido proceso de urbanización de las ciudades estadounidenses durante el mismo periodo, también valoró las aceras como elementos importantes de la infraestructura urbana. Es interesante señalar además que, por no ser consideradas todavía bienes públicos, su construcción y manutención era responsabilidad de los propietarios de los inmuebles (Fogelson, 1993). Ese hecho ha dirigido un proceso de valorización económica, así como, la acentuación del conflicto entre las esferas públicas y privadas. Eran espacios públicos, ya que cualquier individuo tenía acceso a ellos. En la misma medida eran privadas ya que estaban legalmente asociadas a propiedades particulares.

Pero las aceras terminaron convirtiéndose en escenarios para las más diversas prácticas sociales, económicas y políticas. En las palabras de Ehrenfeucht & Loukaitou-Sideris (2009):

Debido al hecho de que las primeras aceras acogían múltiples usos, especialmente en el área del centro de la ciudad, estaban siempre llenas. Las aceras extendieron el dominio de las tiendas adyacentes: comerciantes exhibían frutas y verduras, las entregas y las mercancías fueron almacenadas en las aceras; artículos voluminosos, como muebles que encajan mal en pequeñas tiendas y podrían mostrarse más fácilmente afuera. Vendedores ambulantes también progresaron en la calle. Oradores públicos podrían acentuar las desolaciones del capitalismo o predicar salvación. Los niños jugaban alrededor de balcones de edificios y la gente de la ciudad paseaba a lo largo de la acera con un ojo en la vida de la calle (Ehrenfeucht & Loukaitou-Sideris, 2009: 20-21).

Esta multiplicidad de usos ha traído consigo la necesidad de regulación. Los municipios han establecido regulaciones con el fin de controlar eventos de carácter económico y político en las aceras. La idea de liberalización espacial de esos locales surge y la tensión entre los intereses de diversos públicos aumenta. O sea, la expansión del poder público sobre las aceras aumentó el control sobre las actividades que allí pueden ser desarrolladas. Es importante recordar que la idea de la liberalización está aún en la base de la política de su regulación en la actualidad. Mobiliarios urbanos, vegetación y otros aparatos tienen una legislación fundamental que permite o restringe su asignación.

Esa normalización conduce a un proceso de negociación de prácticas, eventos, políticas de circulación; así como trae aspectos de apropiación de locales específicos en temporalidades específicas por determinados grupos. A pesar de que este proceso de territorialización sea paradójico al estatuto de ‘publicidad’ de esos espacios, ellos terminan por generar lo que Ehrenfeucht & Loukaitou-Sideris (2009) llaman «cultura de las aceras»; o sea, nuestra habilidad de apropiarnos de esos sustratos para realizar determinadas actividades. Para las autoras, ese proceso está profundamente correlacionado con nuestra necesidad de encuentro social y presencia mutua urbana. Por más que los usos sean regulados, sentimos como ciudadanos que tenemos el derecho de caminar, pasear con animales domésticos, emitir opiniones, exponer bienes de consumo y comunicarnos con otros.

En resumen, a lo largo de su evolución las aceras fueron usadas – y continúan siendo – para las más diversas prácticas sociales, económicas y políticas. Ellas son importantes espacios de interacción y encuentro, así como, de la experiencia de la presencia cara a cara con desconocidos. También son espacios que crean simbolismos y territorializaciones específicas.

PLANIFICACIÓN Y DISEÑO DE LAS ACERAS

El manual puesto a disposición por el ayuntamiento de la ciudad de Río de Janeiro es un ejemplo emblemático de lo que se ha dicho. Él busca regular los proyectos de las vías urbanas, asignando a las aceras la función de permitir la circulación de peatones en el espacio urbano, con amplia movilidad, autonomía y seguridad para todos, considerando sus peculiaridades. Para garantizar la ejecución de esas directrices, las aceras deben ser divididas en tres pistas: pista de servicio, pista libre y pista de acceso. Cada una de esas pistas tiene definiciones propias y son destinadas a usos específicos, siguiendo por lo tanto normas particulares.

La *pista de servicio* coincide con el lugar donde son desplegados elementos útiles para la calidad y buen funcionamiento del espacio público como vegetación, postes, jardineras, mobiliario auxiliar y descensos para acceso. Su ancho no debe ser menor que un metro. La *pista*

libre es clasificada como el área que permite la ruta despejada, segura y cómoda para los peatones y, por lo tanto, debe evitarse cualquier elemento que reduzca su ancho o bloquee el pasaje. Su ancho puede variar de acuerdo con el número previsto de peatones que la utilizarán. La *pista de acceso* es el espacio situado entre la franja libre y el inicio de los lotes y de las edificaciones. Su existencia está condicionada a la anchura total de la acera.

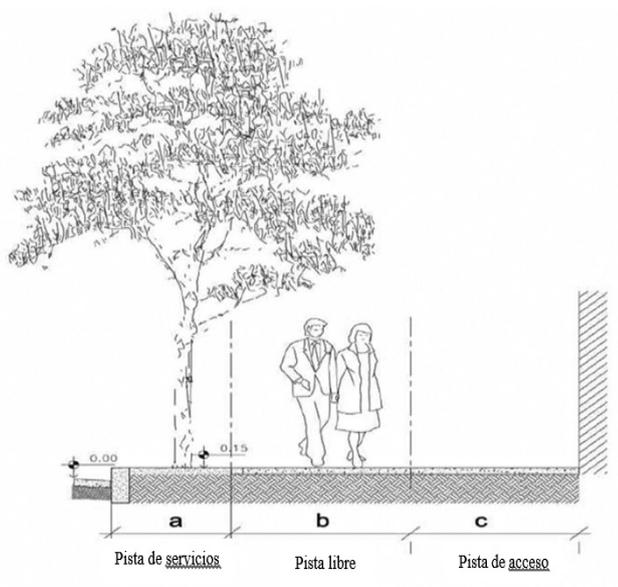


Figura 1. Organización espacial de las aceras. Fuente: Cuaderno aceras cariocas - Municipalidad de la Ciudad de Río de Janeiro (2013).

Es evidente que las características geométricas de las aceras buscan garantizar la plena accesibilidad y movilidad para todos los usuarios. No cabe aquí la interrogación si, de hecho, tal legislación es cumplida. La campaña publicitaria *Aceras del Brasil* realizada por el Portal *Mobilize Brasil* buscó evaluar, en el 2012, la situación de las aceras en doce capitales brasileñas: Belo Horizonte, Brasilia, Curitiba, Fortaleza, Goiânia, Manaus, Natal, Porto Alegre, Recife, Río de Janeiro, Salvador y São Paulo. Con base en criterios de evaluación como irregularidades,

ancho mínimo, presencia de obstáculos, iluminación, señalización y paisajismo, los resultados de la búsqueda son alarmantes.

En la inmensa mayoría de las ciudades contempladas, el estudio reveló que las aceras brasileñas se han convertido en simple pistas de concreto al lado de pistas para automóviles. Jardines y arborización son pocas veces encontrados, y pocas avenidas tienen mobiliario urbano de apoyo al peatón. Sin embargo, el análisis reveló que algunas ciudades están interesadas en mejorar las condiciones de la circulación en las aceras. Proyectos como Aceras para Todos de la ciudad de Londrina (PR), la Campaña Acera Segura de São José dos Campos (SP) y el Programa Acera Lisa de Río de Janeiro, así como acciones para estimular reformas y manutención en capitales como Curitiba, São Paulo, Salvador y Recife demuestran también el reconocimiento de la importancia de ese elemento urbano en la vida diaria.

En ese sentido, Ehrenfeucht & Loukaitou-Sideris (2010) discuten algunos objetivos que los planificadores urbanos y órganos del gobierno deben tener en cuenta con relación a las aceras. El primero de ellos se refiere a la idea de *movimiento* y, dado que tienen como funcionalidad básica hacer posible los viajes diarios, las aceras deben ser accesibles a todas las personas. También son espacios de *encuentro* y funcionan más adecuadamente cuando una gran cantidad de individuos las utiliza. En esos sustratos, las personas encuentran conocidos, desconocidos y tienen la posibilidad de vivir eventos extraordinarios que sobrepasan –o no– su función básica. La *confrontación* también debe ser considerada, una vez que la interacción y los eventos destructivos deben ser acomodados en aceras democráticas.

También se refieren a cuestiones de *supervivencia*, especialmente para grupos vulnerables como personas en situación de calle y vendedores ambulantes que hacen uso de ese espacio como un mecanismo diario que garantiza su participación en la dinámica urbana. En suma, las autoras afirman que los individuos prefieren estar en espacios que consideran bonitos y, por lo tanto, la *belleza* de las aceras debe ser garantizada a través del mobiliario y de jardines que hagan el desplazamiento y la espera más agradable.

La idea es repensar la definición de aceras de manera general. Según Ehrenfeucht & Loukaitou-Sideris (2010), estas deben ser con-

cebidas como espacios donde suceden (acontecen) tanto actividades placenteras como prácticas destructivas. Las aceras representan más que solo sustratos que deben ser juzgados por su funcionalidad en el desplazamiento diario de los peatones, aunque la función de la movilidad no puede ser desconsiderada. Son espacios públicos activos en las diversas dinámicas sociales de una ciudad. Son raros los días en que no hacemos uso de esos espacios y en ellos los individuos son confrontados perpetuamente con el reto de la mezcla social, de la presencia mutua.

Algunos investigadores se han esforzado en traer las discusiones y cuestiones que buscan superar definiciones formales y, a veces, simplistas acerca de esos espacios. Whyte (1980) cuestiona la utilización de los espacios públicos en la ciudad de Nueva York, y su preocupación se encuentra en la planificación de espacios que las personas, de hecho, anhelan. Una de las principales críticas del autor se refiere a la falta de observación e importancia conferida a las aceras en espacios formales; y como reafirma Blomley (2010), el foco excesivo en la planificación formal de esos sustratos lleva a la creación de espacios genéricos, pre-visibilityes y que no contienen en sí toda la dinámica cotidiana que ocurre en ellas.

Deacon (2013) sugiere cinco principales criterios que pueden ser observados para analizar lo que se llama «successful side walks»: (1) las aceras necesitan, obligatoriamente, funcionar como espacios públicos por excelencia; (2) es necesario que permitan y promuevan actividades sociales; (3) deben posibilitar la sensación de seguridad a los peatones; (4) la congestión y los bloqueos no deben comprometer, gravemente, la circulación urbana; y (5) no deben ser excesivamente planificadas, posibilitando así, prácticas y dinámicas espontáneas. Los cinco criterios que señala la autora pueden ser vistos como un *continuum* que abarca desde elementos formales, profundamente relacionados con la planificación urbana, hasta aquellos que buscan incorporar mayor autonomía e imprevisibilidad a las dinámicas producidas en ellos.

Las aceras son puntos de referencia excelentes para entender mejor lo que Gomes (2001) llama *escena pública*. En la medida en que el espacio público puede ser diseñado como el *mise-en-scène* de la vida

pública, él es, por excelencia, el lugar donde ejercemos el arte de la convivencia con la alteridad. La idea es que el espacio físico, y en este caso, las aceras de la ciudad de Río de Janeiro pueden ser interpretadas como locales donde prácticas y vocabularios distintos pueden ser observados. Se puede afirmar, en ese sentido, que las aceras son compuestas por prácticas relacionales que determinan el uso del espacio físico. En igual medida, el espacio físico condiciona los usos y comportamientos. La mezcla social es inevitable y la sociabilidad allí desarrollada debe, necesariamente, tomar en consideración la normalización y la civilidad.

Obviamente, los conflictos de intereses y expectativas son constantemente observados y esto está directamente correlacionado con la propia ‘publicidad’ de esos locales. Los diversos grupos —peatones, vendedores ambulantes, activistas, personas en situación de calle, agentes municipales— negocian el acceso a las aceras, reafirmando la ambigüedad y flexibilidad del estatuto público de las aceras. Como recuerda Kohn (2004), el espacio urbano puede ser clasificado como un *continuum* entre los usos públicos y los privados y cuando se piensa acerca de las políticas relacionadas con los usos de las aceras, esta discusión se hace evidente. Es en este camino que damos continuidad a nuestra discusión, analizando las dinámicas sociales, políticas y económicas de esos espacios teniendo en cuenta su construcción histórica.

Y EN LAS ACERAS CARIOCAS...

Charles Beard escribió en 1913 que las aceras son lugares de encuentro, parques infantiles; espacios que atraen a la recreación y las acciones. En ellas, las personas de todas las edades y gustos se encuentran, hablan, beben, comen, interactúan con vitrinas, compran, venden y realizan innumerables actividades que hacen la vida en la ciudad rentable, sana y agradable.

Siguiendo la misma línea de pensamiento, Jacobs (1961) afirmó que las aceras tienen un papel fundamental en la sociabilidad urbana. La autora las clasifica como los principales espacios públicos de una ciudad y las interacciones sociales que ocurren en ellas demuestran su importancia para la obtención de vecindades seguras y placenteras.

Esos espacios fomentan la vida en la calle y, en consecuencia, la mezcla social.

En la ciudad de Río de Janeiro, las aceras presentan dinámicas particulares de sociabilidad urbana que están directamente relacionadas con los elementos de propiedad, de temporalidades y de simbolismos. Los usos de los espacios de las aceras son también condicionados por específicos revestimientos, lo que lleva a un proceso de valoración de donde se pisa. Esos elementos serán los ejes orientadores para la discusión que sigue.

En la Figura 2 es posible señalar dos interesantes elementos relacionados con la sociabilidad en las aceras. El primero de ellos está relacionado con las prácticas de territorialización que son inherentes a esta dinámica. La apropiación de ciertos espacios, por más que sea temporal, puede generar conflictos de intereses entre los individuos que tienen intencionalidades diferenciadas, teniendo en cuenta la idea de Gehl (1987) de que las aceras antes que espacios exclusivamente para caminar son también espacios para quedarse; así la discusión acerca de las territorialidades se vuelve pertinente.

Aceras democráticas concilian prácticas y corporalidades contrastantes. Esto significa la presencia mutua de individuos que, posiblemente, en otros espacios no estarían en contacto de forma directa. Aunque la intención no sea la confrontación, ciertos grupos como indigentes, drogadictos y vendedores ambulantes (Duneier, 1999; Kim, 2012) pueden causar incomodidad, y los espacios vincularse a esos colectivos perdiendo parte de su valor.

En el Aterro de Flamengo, algunos sitios se evitan deliberadamente por grupos específicos debido a la presencia de personas calificadas como «no deseadas». Esta apreciación altera considerablemente las prácticas cotidianas de movilidad y produce efectos sobre la activación de estos espacios para la interacción social, para la mezcla y la presencia mutua.

Diferentes temporalidades también generan diferentes usos. Las aceras que durante el día tienen como función principal el desplazamiento de los individuos, presentan prácticas totalmente diferenciadas en la noche. Esto puede ser fácilmente observado en el barrio de Lapa, uno de los puntos de mayor polarización de sociabilidad nocturna de



Figura 2. Encuentros sociales en las aceras - Parque Aterro do Flamengo. Fuente: Território e Cidadania (2014).

la ciudad de Río de Janeiro. Por la noche, las aceras son tomadas por los mobiliarios de los establecimientos, así como por los grupos que agregan las aceras a sus espacialidades de socialización. Otros eventos extraordinarios también generan prácticas de apropiación de las aceras, como procesiones, manifestaciones, festividades espontáneas o planificadas. Esto no sólo demuestra la dinámica de esos espacios, sino también refuerza la relevancia que estos sustratos tienen en la vida cotidiana de la ciudad de Río de Janeiro.

El segundo punto de discusión evocado por las imágenes del Parque de Flamengo se relaciona con la presencia de desniveles que pueden ser fácilmente apropiados por individuos y/o grupos para prácticas específicas. Estos desniveles representan, en la mayoría de los casos, límites que distinguen zonas con funcionalidades particulares y otras con diferentes patrones de interacción social. Sin embargo, como recuerda Sennett (1971), a pesar de la existencia de esas reglas —implícitas o explícitas— de comportamiento público, el anonimato y la diversidad presentes en las aceras permite ciertos niveles de flexibilidad y aceptación social de personas y prácticas que se desvían, de alguna forma, de la norma establecida.

Afirmamos previamente que algunas aceras son capaces de crear simbolismos particulares. Esto significa entender qué asociaciones culturales y de identidad posibles surgen en el tiempo cuando se accede a estos espacios. La dinámica que ocurre en los paseos en las orillas de

las playas de Río de Janeiro es un interesante referencial que debe ser discutido más apropiadamente. Más allá de asegurar la posibilidad de desplazamiento de los individuos, esos sustratos en última instancia se convierten en espacios para el desfile social.

De Certeau (1993) afirmó que las ciudades ganan vida en la medida en que las personas se desplazan en sus diferentes trayectorias. En las aceras esa dinámica es evidente, así como el proceso de reglamentación de las conductas. Las reglas pueden variar en múltiples escalas sea relacionada con el tipo de ropa, sea con la presencia de ciertos grupos sociales.

En el Paseo Marítimo de Copacabana (Figura 3), por ejemplo, se puede observar un intenso proceso de reflexividad, o sea, personas ven y son vistas. Esa exposición, a la cual estamos sometidos en los espacios públicos genera interacciones sociales que pueden variar drásticamente en grado de profundidad, pero que no dejan jamás de estar presentes. Ellas también pueden variar cuando tomamos en consideración los ritmos de las trayectorias desarrolladas sobre las aceras.

En su definición más básica, las aceras están asociadas a los desplazamientos, a la movilidad urbana. Gran parte de la sociabilidad que se desarrolla sobre ellas está, de hecho, relacionada con ese aspecto. A pesar de diferenciaciones e incluso contradicciones en sus usos, intentamos demostrar que las aceras también son espacios que tienen como característica la posibilidad de activarse como locales de sociabilidad urbana.

Sea a partir de la práctica de caminar, de la apropiación temporal o incluso por la voluntad de ver y ser visto, esos espacios no deben ser entendidos solo como pistas que regulan el espacio de los peatones. Ellas son espacios en constante movimiento que demuestran, con excelencia, toda la diversidad de la vida y de la sociabilidad urbana.



Figura 3. Acera de Copacabana. Fuente: Território e Cidadania (2014).

OCUPACIONES



Beutweiser

Beutweiser

Sede Oficial do Cabo Frio Motoclube





LA SOCIABILIDAD COMO JUEGO Y EL ESPACIO PÚBLICO COMO ESCENARIO

Andre Felix de Souza

Doctorando en el Programa de Geografía / Universidad Federal
del Rio de Janeiro (Brasil)

Igor Ribeiro da Silva Campos

Doctorando en el Programa de Geografía / Universidad Federal
del Rio de Janeiro (Brasil).

Resumen

La co-presencia de individuos y grupos diversos en los espacios públicos constituye uno de los cimientos de la vida pública en sociedades democráticas. En esos espacios se desarrolla una forma específica de interacción social, la *sociabilidad pública*, un código conductual de convivencia que puede ser leído a la luz de la metáfora del juego. La forma en que los diferentes individuos y grupos se apropian, se distribuyen, se comportan y se valoran en esos espacios no es aleatoria: un gran conjunto de «reglas» y rituales de interacción y convivencia son viabilizados en ese complejo juego social. A partir de dos ejemplos de la ciudad de Río de Janeiro, la zona de Lapa y la Plaza de San Salvador, el presente capítulo refleja sobre la espacialidad del fenómeno de la sociabilidad en los espacios públicos cariocas.

A SOCIABILIDADE COMO JOGO E O ESPAÇO PÚBLICO COMO ARENA

Resumo

A co-presença de indivíduos e grupos diversos nos espaços públicos constitui um dos alicerces da vida pública em sociedades democráticas. Nesses espaços se desenvolve uma forma específica de interação social, a sociabilidade pública, um código comportamental de convivência que pode ser lido à luz da metáfora do jogo. A maneira como esses diferentes indivíduos e grupos se apropriam, se distribuem, se comportam e se valorizam nesses espaços não é aleatória: um grande conjunto de «regras» e rituais de interação e convivência são viabilizados nesse complexo jogo social. A partir de dois exemplos retirados da cidade do Rio de Janeiro, a Lapa e a Praça São Salvador, o presente capítulo reflete sobre a espacialidade do fenômeno da sociabilidade nos espaços públicos cariocas.

ES CURIOSO NOTAR QUE ALGUNOS ESPACIOS PÚBLICOS de las ciudades funcionan como lugares privilegiados para el establecimiento de encuentros sociales. Una calle, una plaza, un parque, una playa, etc.; las formas pueden ser muy diversas, pero en prácticamente todos los casos estamos ante espacios que funcionan como verdaderos puntos de encuentro de personas diversas, donde la presencia de diferentes tipos socioculturales da origen a lo que Simmel (2006) llamó *juego de la sociedad*. Para él, ese juego se conforma según diversas modalidades por las cuales se realiza la interacción social entre individuos y/o grupos; interacción que se desnuda de cualquier otro interés objetivo sino el simple placer del encuentro social. Como todo juego, el fenómeno de la sociabilidad posee «reglas» que, en cierto sentido, delimitan y condicionan comportamientos, acciones y prácticas. Para jugar, los jugadores —agentes de la interacción— precisan hacer un conjunto de inferencias sobre los otros jugadores y sobre el escenario, escena o arena bajo lo cual se produce la interacción, lo que les permite comprender, grosso modo, cuáles son las reglas y los límites del juego social en cuestión. Al utilizar estas normas para vivir el encuentro social, el practicante estará finalmente jugando, es decir, socializando (Simmel, 2006).

Metafóricamente, podemos decir que prácticamente todas las ciudades se expresan, se comunican y se representan a partir de sus espacios públicos. En estos lugares, las personas se visibilizan. Estos espacios actúan como una especie de escaparate social de las así llamadas culturas o tribus urbanas. En cierto sentido, podemos decir que cuanto mayor sea la densidad de ocupación o uso de estos espacios, mayor es la visibilidad de las acciones y prácticas que tienen lugar allí. Fácilmente se constata que hay diferentes espacios públicos en las ciudades, que no se distribuyen homogéneamente, y que son utilizados y valorados por los diversos grupos e individuos. En otras palabras, algunos espacios públicos, por razones diversas, tienen ciertas características que, de alguna manera, terminan actuando como atractivo para un gran número de personas. Muchas veces, esos espacios son también capaces de atraer un público muy diverso en detrimento de otras zonas; esto es, se convierten en lo que podríamos llamar «lugares centrales» para la sociabilidad de los individuos y los grupos.

Cuando hablamos de centralidad o lugar central, inevitablemente, viene a la mente la conocida teoría de los lugares centrales, formulada por el geógrafo Walter Christaller, originalmente publicado en 1933 (Christaller, 1966). La idea fundamental de esta teoría es que hay una red de ciudades y que sus relaciones son jerarquizadas según un patrón espacial relacionado con la oferta de bienes y de servicios, con el tamaño de las ciudades y con las distancias entre ellas. Los geógrafos normalmente caracterizan una localidad central como un punto de concentración e irradiación de flujos comerciales, financieros, sociales, administrativos, de personas, etc. En este contexto, la centralidad se ve como una medida del grado de importancia de un determinado centro para un determinado público, y se expresa por la magnitud de la zona de influencia de los bienes y servicios ofrecidos (Correa, 2001).

Por analogía, podemos concebir la sociabilidad como un fenómeno que se estructura también según un orden jerárquico entre lugares, en ese caso lugares públicos de una misma ciudad. Para que un espacio público pueda ser reconocido como un lugar central para la sociabilidad, es decir, para que se convierta en un área que atrae a un público con la intención de interactuar socialmente, necesita contener algunas calidades y características específicas. Primero, necesita tener un público frecuentador que sea mayor y más heterogéneo que los de otros espacios públicos que componen la red de lugares en la cual está inserto; en segundo lugar, la ocupación de esos espacios no puede ser pauta exclusiva en eventos extraordinarios y exclusivos, es necesario que las actividades sean variadas y ocurran con cierta frecuencia, considerando un cierto intervalo de tiempo; en tercer lugar, ese espacio público debe polarizar una gran área; o sea, necesita actuar sobre un radio de influencia mayor que el existente en los lugares semejantes. En resumen, podemos decir que cuanto mayor sea el área de influencia (número y tamaño de las áreas polarizadas) y cuanto mayor sea el tamaño y la heterogeneidad de su público frecuentado, mayor será la centralidad del espacio público en cuestión en lo que se refiere al fenómeno de la sociabilidad.

A partir de la descripción del caso específico del barrio de Lapa en la ciudad de Río de Janeiro, esa dinámica que estructura los lugares centrales de sociabilidad quedará, sin duda, más clara.

LAPA: UN LUGAR CENTRAL DE LA SOCIABILIDAD CARIOCA

Lapa es un barrio residencial históricamente identificado con la vida nocturna y la bohemia y desde mediados de la década de 1990 se ha configurado como un área de fuerte atracción para el ocio nocturno en la ciudad de Río de Janeiro¹. Todos los días de la semana hay actividades en el barrio, pero es sobre todo en las noches de los fines de semana cuando la gente, procedente de los más variados puntos de la ciudad, se reúne en esta pequeña zona periférica al centro de la ciudad con el propósito de interactuar socialmente. Sus calles, plazas, bares, discotecas, casas de conciertos y almacenes de bebidas se han convertido desde entonces en disputados puntos de encuentro nocturno de la ciudad.

Las entrevistas y levantamientos realizados han demostrado que las personas provienen de prácticamente todos los barrios del municipio de Río de Janeiro (Figura 1). Hay también muchas otras personas oriundas de municipios vecinos y muchos turistas nacionales y extranjeros entre los frequentadores del barrio. Como se ha dicho anteriormente, esta es una de las características básicas para que podamos reconocer allí un lugar central, de la manera que lo sugiere el vocabulario geográfico. En este caso concreto, el estudio de la centralidad está relacionada con la sociabilidad nocturna en la ciudad de Río de Janeiro (Felix, 2014).

En los días y horas de mayor afluencia, los viernes y los sábados por la noche, se puede ver claramente cómo el creciente flujo de personas poco a poco le otorga una densidad sin precedentes a la ocupación del barrio. Los transportes colectivos se vacían al pasar por el barrio, lo que demuestra, sin margen de error, que Lapa es el destino de una gran parte de las personas que los utilizan en ese momento, pues los transportes continúan, después de pasar por ahí, sin muchos pasajeros. Entre las innumerables áreas de la ciudad que disponen de equipos y servicios de ocio nocturno, ninguna recibe un flujo tan importante y concentrado de personas y, sobre todo, ninguna logra transformar sus calles en lugar de encuentro social con la misma magnitud que el barrio de Lapa. Un considerable grupo de las personas que salen por la noche en este barrio

1 El término «bohemia» se asocia aquí a un estilo de vida festivo, conectado a una sociabilidad nocturna. Uno que vive en la Bohemia vive de la noche y en la noche.

se dirige a los establecimientos comerciales, sean ellos bares, restaurantes, casas de espectáculo, discotecas, etc. Nuestro interés se dirige, sin embargo, enteramente a la sociabilidad que se practica en los espacios públicos y, por eso, nos detuvimos exclusivamente en el fenómeno que sucede en las calles y sobre las personas que las frecuentan.

Una mirada panorámica en las noches de gran afluencia, desde el centro de la gran plaza cortada por los Arcos de Lapa —construcción de finales del siglo XVIII y una de las postales de la ciudad— produce una fuerte impresión de una masa compacta de personas que se aglomera y se extiende por diversas calles del barrio. En una primera aproximación, puede parecer que la distribución de las personas sigue un patrón regular y homogéneo o que la variación en el número de personas es completamente al azar. Una observación más exacta, sin embargo, demuestra que esas personas circulan y se concentran en áreas o puntos bastante específicos, o sea, hay algunas áreas que son más densamente ocupadas que otras, configurándolas en lo que podríamos llamar áreas de concentración y / o aglomeración. Al lado de ellas, hay áreas caracterizadas por una mayor dispersión y áreas vacías o muy poco ocupadas; todas interconectadas por zonas de circulación, desplazamiento o trayectorias de personas. Resumidamente, tenemos áreas de concentración, dispersión, vacíos y áreas de circulación de personas.

Cada uno de los diferentes puntos de concentración reúne características que, de alguna manera, atrae a las personas a esos lugares. Podemos llamar a este conjunto de «características atrayentes» como *elementos de polarización* (Figura 2). En Lapa, estos elementos pueden ser muy diversos: un bar especializado en la venta de tipos específicos de bebida o comida; la belleza escénica de cierta construcción o ambiente; el precio más accesible de cierto bien, producto o servicio; un estilo musical preferido; ciertas prácticas; las características socioculturales de las personas reunidas (ritos e identidades); en fin, la reunión de un conjunto de características (materiales e inmateriales) que, en alguna medida, justifica la formación de una determinada aglomeración de personas. Estas características tienen una dimensión espacial, ya que están directamente asociadas con un lugar o con un punto en el espacio, teniendo una localización geográfica precisa y, por lo tanto, atributos «únicos» localizados.

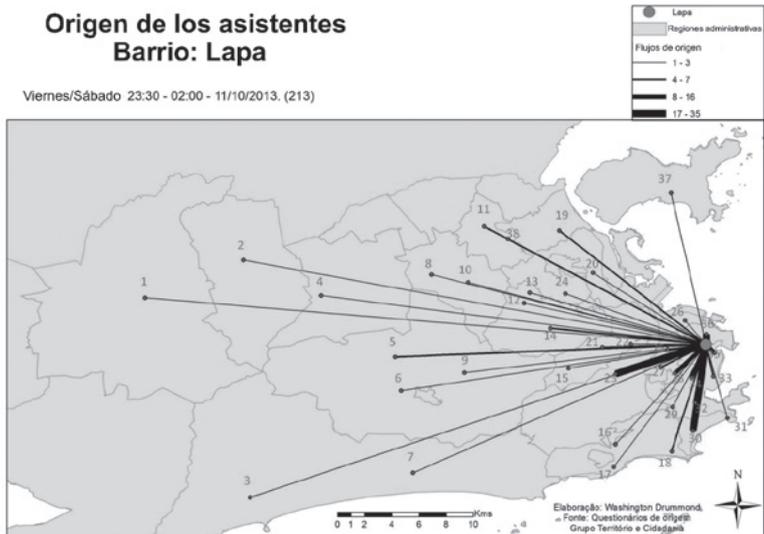


Figura 1. Mapa de origen de los frequentadores de Lapa. Elaboración: Território e Cidadania (2014).

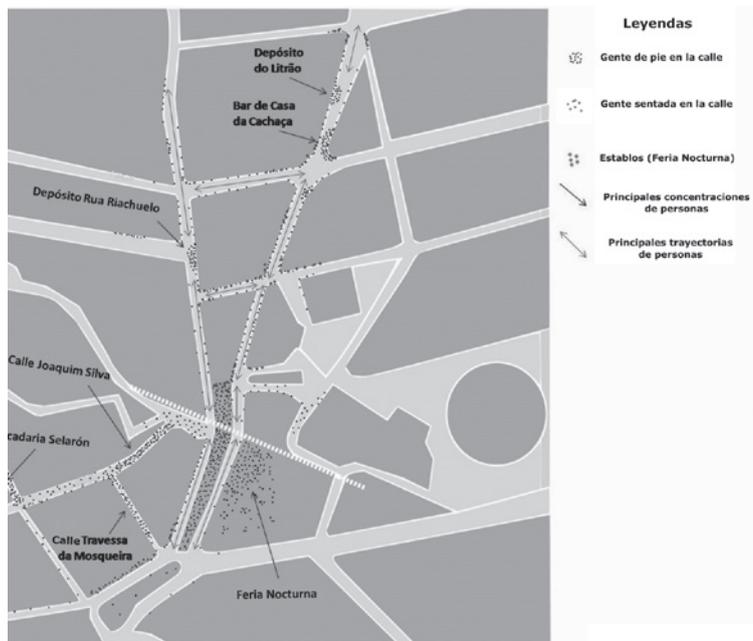


Figura 2. Distribución espacial de las principales aglomeraciones y trayectorias de personas en los espacios públicos de Lapa. Elaboración: André Félix de Souza (2014).

En Lapa, una parte significativa de las aglomeraciones se forma frente a determinados equipos urbanos y establecimientos comerciales, cuyos productos y servicios ofrecidos son directamente asociados al entretenimiento nocturno. Generalmente, esos establecimientos no disponen de espacio interno capaz de albergar a las personas que, por eso, se concentran frente a él. Este es el caso, por ejemplo, de dos bares tradicionales especializados en el comercio de bebidas (Bar e Casa da Cachaça); y de los llamados «almacenes», establecimientos comerciales que ofrecen estos productos a precios más bajos (Depósito do Litrão e Depósito da Ladeira). La gente se concentra en la acera y en parte de la calle, compartiendo espacio con los coches que circulan lentamente en función del gran movimiento. Según la información recogida, el número de personas varía de un día a otro y también en diferentes períodos por la noche, pero siempre es común la presencia de una aglomeración en esa zona. Se encuentran también fuertes densidades alrededor de tiendas de alimentos (salchichas, dulces, etc.) y bebidas diversas instaladas en la gran plaza y en algunas aceras adjuntas (Feria Nocturna). Asimismo hay una fuerte presencia de las personas frente a discotecas y locales situados en la calle Joaquim Silva y Travessa da Mosqueira, donde la música que va más allá del espacio interior de estos establecimientos se extiende por las calles, atrayendo a la gente.

Otro punto importante de polarización en Lapa es la Escalera Selarón. La originalidad en el uso de la cerámica en los pasos ya le valió el reconocimiento como punto de interés turístico en la ciudad y, por razones desconocidas, funciona como un área de concentración para los usuarios de sustancias ilícitas como por ejemplo la marihuana, los cuales se juntan allí para consumir sin importantes limitaciones o represión de la policía. Otros puntos de aglomeración más efímeros ocurren alrededor de varias presentaciones promovidas por músicos, malabaristas, grupos de teatro, etc., que se benefician de la alta visibilidad proporcionada por las calles densamente frecuentadas del barrio. Algunos eventos tienen regularidad como el «reggae» en la calle Joaquim Silva; la tradicional Roda de Samba bajo los Arcos; o los espectáculos y eventos públicos y gratuitos en la gran plaza de los Arcos.

LA SOCIABILIDAD COMO UN AMBIENTE DE COMPORTAMIENTOS

En todos los puntos de concentración de personas, la sociabilidad es una característica inherente a la propia formación de esas aglomeraciones. Asociado con los elementos de polarización, estos puntos de aglomeración difieren en algunos aspectos uno del otro. Sutiles diferencias en las maneras de comportarse, vestirse, comunicarse etc., conforman lo que podríamos llamar varios ambientes comportamentales o situaciones de interacción en las cuales individuos y grupos, a través de sus ritos de sociabilidad, interactúan socialmente conformando sus identidades socioculturales.

Los puntos de concentración de personas en los espacios públicos de Lapa poseen un patrón de organización que es más o menos similar. Ellos son formados por pequeños grupos de amigos y conocidos, pero también por individuos solos que, al reunirse en determinados puntos de esas calles, dan lugar a aglomeraciones que pueden variar de unas pocas decenas hasta cientos de personas. Estos grupos acomodados en pequeños círculos, establecen entre sí un fuerte grado de interacción social, que podemos llamar *interacción intragrupo enfocada* (conversaciones, gesticulaciones, risas, contactos físicos, etc.). Entre diferentes grupos hay un grado menor de interacción social que podríamos llamar de *interacción intergrupala desenfocada* (actos comunicativos no verbales, miradas, sonrisas, señales, gestos, etc.) (Figura 3) (Goffman, 2010).

Cuanto mayor sea el número de componentes de un grupo dado, más difícil es el mantenimiento de un único foco de atención por parte de los participantes. Cuando hay pocos individuos componiendo ese pequeño grupo la interacción está completamente enfocada entre esos participantes. Cuando —por el contrario— hay más personas, esta interacción tiende a ser parcialmente enfocada o multifocada. Los pequeños grupos juntos que dan origen a una gran concentración forman entonces diversos micro contextos de interacción. En este caso, entre los componentes de los pequeños grupos, la interacción focalizada tiende a predominar, por lo tanto, podemos afirmar que, entre



Figura 3. El patrón espacial de organización de las aglomeraciones en Lapa. Elaboración: Andre Felix (2014)

los diferentes grupos que componen la gran concentración, sobresale este modelo. En función de la proximidad física de diferentes grupos, una simple mirada puede ser una señal que demuestra la disponibilidad para pasar de una *interacción no enfocada* a la *interacción enfocada*. Como señala Goffman (2010): «Las miradas mutuas normalmente necesitan ser contenidas si deseamos un encuentro, pues el contacto visual nos abre a compromisos» (Goffman, 2010: 107-108).

Se percibe así fácilmente que las situaciones de presencia cara a cara entre personas diversas, tan características de la vivencia cotidiana en ciertos espacios públicos, posibilitan formas diversas de comunicación y de diálogo. En cualquier sociedad podemos percibir que el uso de señales y símbolos significa que mensajes y valores son comunicados a través de un sistema de prácticas, convenciones y reglas de procedimiento que entran en juego, organizando y orientando la dinámica de las interacciones dentro de un contexto espacial específico. Esos dispositivos comunicacionales no son necesariamente verbales: apa-

riencia corporal y actos personales como la vestimenta, postura, movimiento y posición; gestos físicos como saludar; expresiones faciales, entre otros componen el arsenal comunicacional de que disponemos en situaciones como esa.

Hay todavía códigos comunicacionales más directos y eficientes que se emplean en una situación de interacción; se trata de los llamados «compromisos de fachada». En la mayoría de los casos, se trata de una situación en la que dos o más individuos establecen vínculos mutuos de comunicación, es decir, mantienen entre sí un único foco de atención visual y cognitiva, una actividad mutua, cuyo ejemplo más emblemático es la conversación hablada. Conforme nos advierte Goffman (2010), una buena parte de estos códigos comunicacionales es espacialmente acordada. El punto y la posición que los individuos ocupan en el espacio, en gran medida, condicionan los comportamientos asociados a ellos y viceversa. En una conversación (*interacción enfocada*), por ejemplo, el punto que un individuo ocupa y su posición respecto al otro individuo son fundamentales para que la conversación pueda fluir. Las distancias y posiciones mínimas y máximas (espacio personal) varían de una situación de interacción a otra y también culturalmente.

Términos cotidianos se refieren a diferentes aspectos de encuentros. 'Aglomerado', 'grupo', 'círculo conversacional', todos enfatizan los aspectos físicos, a saber, un conjunto de personas físicamente cercanas y orientadas fácilmente unas a otras, de espaldas a aquellas que no son participantes. [...] En la literatura, el término 'la interacción' es a veces usado para designar la actividad que ocurre en el aglomerado en cualquier momento dado, o la actividad total que ocurre desde el momento en que el aglomerado existe hasta el momento en que oficialmente se deshace (Goffman, 2010: 113. T.A.).

Una de las características más destacadas de la apropiación de los espacios públicos de Lapa, sobre todo en las noches de los viernes y sábados, es la heterogeneidad sociocultural de sus asistentes. Con facilidad se percibe la presencia de tipos sociales claramente diversos, reunidos en un lugar o circulando por las calles, aceras y plazas: niños

y adultos en situación de calle, travestis, prostitutas, homosexuales, usuarios de drogas, punks; personas aficionadas al forró, funk, pagode, samba; también aficionados del hip hop, rap, rock y reggae; los llamados playboys y 'patricinhas' (jóvenes de clase media y alta así nombrados en el argot); habitantes de las zonas Sur, Norte, Centro y Oeste de la ciudad; residentes en la periferia, en el suburbio, en las favelas o en condominios cerrados; jóvenes y adolescentes, personas de mediana edad y hasta algunas personas mayores, turistas brasileños de diversos estados y extranjeros de diversas nacionalidades etc.

Sin embargo, la proximidad física no necesariamente significa proximidad social o cultural. En general, la segmentación del público es posible e indica que, normalmente, se produce la interacción entre personas que tienen códigos comunicativos y de conducta cercanos. En un espacio público como Lapa, no obstante, eso se vuelve más fluido, pues los diversos individuos y grupos que se desplazan por las concurridas calles necesitan ser más tolerantes en cuanto a la diferencia si quieren evitar mayores restricciones y conflictos. Bajo esta perspectiva, aunque las diferencias sociales y culturales sigan, parece menor la distancia social entre ellas debido a la acción niveladora de la presencia física inmediata en un mismo lugar, un lugar de marcada heterogeneidad y mezcla. Se podría asimismo pensar que los asistentes cuando eligen esos espacios públicos tan marcados por la heterogeneidad demuestran estar, de alguna manera, en búsqueda de un contacto social más abierto y variado. Así como señala Goffman (2010), en los espacios públicos de una gran ciudad, todos están conscientes de la presencia de los otros. En estos espacios, las normas que sustentan el orden público y regulan los encuentros cara a cara son muy diferentes de los encuentros sociales que se producen en lugares privados cerrados.

En los espacios públicos donde se producen grandes aglomeraciones se puede pensar que cuanto mayor es el movimiento, mayor será la capacidad de atracción de aquel lugar, es decir, su centralidad se acentúa por la visibilidad de las aglomeraciones. De la misma forma, cuanto mayor sea la diversidad del público, mayor será la capacidad de ese lugar de atraer nuevos grupos y potenciar la heterogeneidad social.

En Lapa se entiende claramente que el bullicio y la cacofonía procedentes de las conversaciones variadas, de las músicas o del simple movimiento de las personas parecen operar como atractivo para las otras personas que circulan por allí. En este caso, es la propia aglomeración que se transforma en una catalizadora del fenómeno de la sociabilidad. La calle, la acera, la plaza están ocupadas por la actividad esencial allí practicada, la sociabilidad pública (Figura 4). En estos espacios, todos los presentes son, al mismo tiempo, los participantes y espectadores.

Todas las personas en la reunión en general estarán inmersas en un conjunto común de interacción desfocada donde cada persona, por su mera presencia, modos y apariencia transmite alguna información sobre sí misma para todos en esa misma situación, y cada persona presente recibe informaciones del mismo tipo de todos los otros demás, [...] al menos si está dispuesta a hacer uso de la portunidad de recepción (Goffman, 2010: 170).

Toda situación de interacción requiere de sus participantes la combinación previa o contextual de algunas «reglas» específicas de conducta. Todos los gestos y actitudes son parte fundamental del rito de interacción que es esencial en las sociedades democráticas. Es necesario estar presente en el espacio correcto. El rito depende de la base territorial.

En el barrio de Lapa es evidente el carácter público heterogéneo y democrático de la sociabilidad. Elementos de distinción como la posición social, la erudición, la fama, las capacidades excepcionales y los méritos individuales desempeñan el mismo papel protagonista en este espacio de la sociabilidad que en otros espacios más exclusivos. Al corroborar la tesis de Simmel (2006), diríamos que hay una verdadera exclusión de ciertos atributos en estos contactos sociales contextuales o, como él mismo prefiere decir: «Es el juego de la 'fantasía', fantasía de que todos son iguales, y, al mismo tiempo, fantasía de que cada uno es especialmente honrado» (Simmel, 2006: 71. T.A.).



Figura 4. Personas concentradas frente al Bar y la Casa da Cachaça. Fuente: André Félix de Souza (2014).



PLAZA SÃO SALVADOR: GÉNERO Y SOCIABILIDAD NOCTURNA

Evidentemente, otros espacios urbanos en la ciudad también garantizan el ejercicio de la sociabilidad pública. Existen, sin embargo, diferencias significativas en el grado y en la naturaleza de ese fenómeno según el lugar donde ocurre. La variación en la capacidad de atraer un público diversificado, procedente de múltiples áreas de la ciudad y cumpliendo desplazamientos que implican distancias y condiciones de accesibilidad distintas, expresa un grado de centralidad de los espacios relacionados con la sociabilidad pública. Estas diferencias diseñan una jerarquía entre los lugares que parece aumentar en proporción con la sensación de mezcla y de heterogeneidad presentada en esos lugares públicos.

En la ciudad de Río de Janeiro, además de Lapa, hay varios otros lugares públicos de gran importancia para la vida nocturna. La Plaza São Salvador, ubicada en el barrio residencial de Laranjeiras, Zona Sur de la ciudad, es un ejemplo elocuente de esa diversidad y jerarquía de los espacios públicos. En los últimos cinco años, esta plaza se ha convertido en un lugar importante para la sociabilidad nocturna vivida en los espacios públicos urbanos. A lo largo de todos los días de la semana, una gran cantidad de personas se reúne aquí. Es un público mayoritariamente joven que declara tener como objetivo fundamental el encuentro y la diversión. Observemos, sin embargo, que la dinámica que anima a la sociabilidad allí tiene, al mismo tiempo, diferencias y semejanzas en lo que se describió para el barrio de Lapa. Así como Lapa, la Plaza São Salvador adquirió notoriedad por los eventos que ritualizan los encuentros y las actividades que son mucho más densas e intensas en el período nocturno. La plaza tiene, por lo tanto, una centralidad que se asocia a la sociabilidad.

A pesar de esas semejanzas entre los dos lugares, San Salvador se distingue de Lapa en innumerables aspectos. En primer lugar, Lapa es un barrio con diferentes espacios internos que se activan como espacios de sociabilidad en el período nocturno mientras que San Salvador es sólo una pequeña plaza. También es necesario destacar que una de las principales características de Lapa es la grande heterogeneidad sociocultural de sus asistentes. Incluso siendo un importante escena-

rio de la vida nocturna, la Plaza São Salvador posee una diversidad de público mucho más pequeña: comúnmente son personas del mismo grupo de edad y estrato social muy cercano. Además, la cantidad de establecimientos comerciales del entorno movilizados en las dinámicas de la sociabilidad es sensiblemente menor. De la misma manera, la variedad musical y de sus respectivos seguidores no es tan grande en São Salvador, comúnmente relacionada con la samba y la MPB, mientras que uno de los rasgos distintivos de Lapa es justamente la variada paleta de estilos musicales y sus respectivos públicos. Se puede añadir que la presencia de personas en situación de calle, de travestis, de prostitutas y de vendedores ambulantes es también sustancialmente menor. Se puede suponer, entonces, que, si el grado de centralidad de un lugar está fundado en la heterogeneidad del público frecuentador y en la extensión de la influencia de los bienes y servicios allí ofrecidos, la Plaza São Salvador se sitúa en una posición de centralidad muy por debajo de aquella ostentada por el barrio de Lapa.

En una investigación inicial sobre las características de esta plaza, nuestra atención fue desviada hacia algunos eventos que ocurrieron aquí y que tuvieron considerable repercusión en los medios y en las redes sociales: casos de agresiones homofóbicas, *besazos* contra la homofobia, *protestas de lesbianas* y el cineclub sobre estereotipos de género. Todos estos eventos, como se puede notar fácilmente, subrayan la discusión pública de cuestiones relacionadas con el género y la sexualidad. Debemos tener en cuenta, por lo tanto, que la publicidad que han tenido estos eventos se relaciona con un elemento fundador del espacio público: la visibilidad. En otras palabras, esta propiedad de los espacios públicos –de promover un campo de visibilidad, de establecer el juego de la reflexividad que hay entre ver y ser visto y de dirigir, como resultado, su atención a ciertos temas que se presentan y se ponen en discusión al público- no sólo aportó pruebas a las cuestiones de género y sexualidad, así que asoció la Plaza São Salvador a este debate. Sin embargo, esta discusión involucrando género y sexualidad no aparece con la misma evidencia en otras áreas de la ciudad, lo que resulta un rasgo particular de la Plaza en comparación con otros espacios. Ella pasa a ser un escenario de manifestaciones específicas de un público joven que construye una reivindicación según una te-

mática especializada. A partir de la expresión de esos eventos y de la consecuente singularidad que estas cuestiones generaron, nos hemos preguntado, entonces, sobre el papel del género en los patrones espaciales de la sociabilidad.

De todas las diversas formas de investigar la dimensión espacial del género, McDowell (1999) propone que la división entre masculino y femenino sea analizada como una construcción social situada en el tiempo y en el espacio, por medio de la cual determinadas representaciones y acciones son reconocidas como parte de uno u otro de esos universos.

De manera similar, la «noche» es entendida aquí como una construcción espacio-temporal en la cual se ejerce un modo particular de interacción. Para dejar esta proposición más clara, tomemos como ejemplo las expresiones «me voy hacia la *noche*» o « voy a disfrutar de la *noche*». Se utilizan comúnmente por los jóvenes para referirse a las salidas nocturnas en busca de diversión. Es interesante percibir que, en el uso de esas jergas, hay una ruptura en el sentido común de la palabra noche. La acepción expresada por ese vocablo no es aquella relacionada con el ciclo circadiano. Al usar «noche», hacen alusión al período y al lugar donde se sitúa una forma específica de sociabilidad, caracterizando la «noche» como un espacio y un tiempo particular para la interacción. Desde esta perspectiva, el género sería uno de los elementos que componen esta «noche»: una construcción ubicada en tiempo y espacio y formado a partir de una determinada *situación de interacción* de la vida nocturna.

Desde las dos perspectivas antes mencionadas —el concepto de género en la geografía y la comprensión de la noche como algo que va más allá del periodo iluminado por el sol— se han investigado los ritmos del uso de la Plaza São Salvador según el sexo de los individuos. Al analizar los Gráficos 1 y 2 se percibe que el patrón entre los días de semana y los fines de semana, viernes y sábado, es aproximadamente el mismo. Hay, sin embargo, una diferencia cuantitativa: en los fines de semana, ocurre un aumento de público de cerca del 30%.

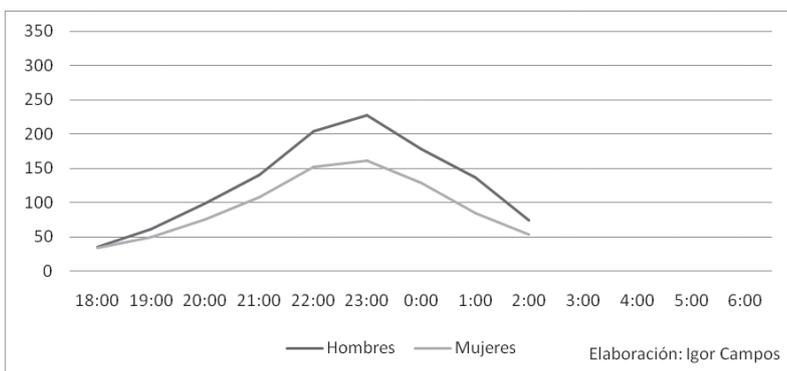


Gráfico 1. Plaza São Salvador: número de asistentes en el período nocturno según sexo (de lunes a jueves).

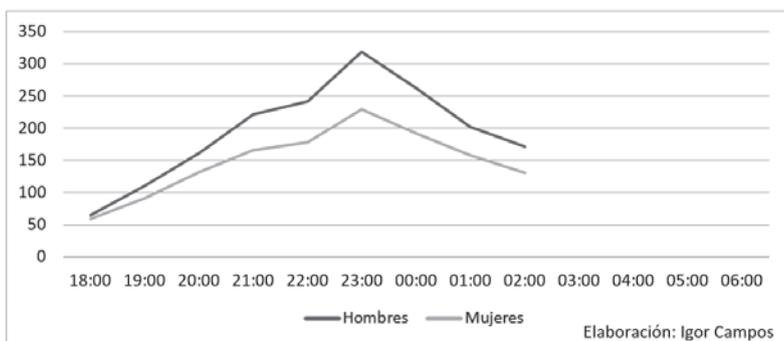


Gráfico 2. Plaza São Salvador: número de frequentadores en el período nocturno según género (durante los fines de semana).

Aunque la proporción de crecimiento entre hombres y mujeres es más o menos constante, se debe prestar atención a la diferencia cuantitativa entre sexos. Al final de la tarde, entre 18:00 y 19:00, la cantidad de hombres y mujeres es aproximadamente la misma. En el transcurso de la noche, sin embargo, esa simetría empieza a desaparecer. En los horarios de 22h, 23h y 01h, los hombres pasan a sumar cerca del 60% del total de personas. Estamos llamando la atención, por lo tanto, a una diferenciación rítmica de la cantidad de hombres y mujeres en la plaza. En periodos iniciales, hay una diferencia cuantitativa muy expresiva entre ambos grupos; sin embargo, esta situación cambia sustancialmente en el curso de la noche, y la presencia masculina pasa a consolidar su predominio.

En la hora pico en el fin de semana, hay aproximadamente trescientas personas en la Plaza São Salvador. A partir de diversas observaciones se pudo registrar un interesante patrón de comportamiento de estos individuos. En primer lugar, es flagrante el hecho de que no hay prácticamente mujeres solas en la plaza a lo largo de la noche, mientras que entre los hombres este comportamiento es muy común. Obviamente, las mujeres llegan solas, pero no permanecen así el resto de la noche. En algunos casos, lo están transitoriamente mientras llega la compañía, pero no permanecen solas o aisladas. En cambio, algunos hombres llegan a la Plaza y permanecen solos toda la noche. Ellos, a diferencia de la mayoría, no entran en un grupo de conversaciones con otras personas, sino que permanecen solos observando. Estamos ante dos elementos importantes en la presentación pública: algunos hombres solitarios y mujeres siempre acompañadas. Volviendo a los conceptos de Goffman (2010), podríamos decir que estos hombres están en una *interacción desfocada*, mientras que las mujeres tenderían a mantener durante toda la noche *interacciones focadas*.

Como ya se ha dicho, nos interesa analizar la dimensión espacial del sexo en el fenómeno de la sociabilidad a partir del caso empírico de la Plaza São Salvador. Una de las posibles variables para este estudio es la investigación sobre las permanencias de las personas. En otras palabras, se propone analizar la posición que cada individuo ocupa dentro de la plaza e investigar si hay un patrón espacial de permanencia que sea diferenciado para hombres y para mujeres. Las siguientes imágenes

(Figura 5 y 6) describe las posiciones ocupadas por las personas que estaban en la plaza en un sábado a las once de la noche.

En términos de la distribución espacial de los individuos, notamos la existencia de una ocupación predominantemente más masculina en los bordes de la Plaza. Nos referimos a cierto patrón espacial de ocupación en que hombres, solos o en grupos, tenderían a ocupar las áreas más externas de la plaza, inmediatamente situadas en los bordes de las calles. Por otro lado, es evidente el hecho de que las mujeres no acompañadas, en espera de la llegada de personas conocidas ocupan las áreas internas de la plaza, donde tienden a estar cerca de los bancos y en los muros, donde hay la mayor concentración de personas. Este patrón de ocupación «bordes-interior» – bordes con presencia más masculina e interior más femenina – evidencia una organización donde se establece una forma diferenciada de ocupación y donde el género desempeña un papel fundamental en ese arreglo.

Se puede decir que aunque Lapa y la Plaza São Salvador son espacios de la vida nocturna carioca, presentan algunas características bien distintas. No estamos hablando de una diferencia del público frecuentador o incluso de una diversidad de imaginario que recubra a estos lugares. Nos referimos ante todo a las formas de sociabilidad que son particulares a cada espacio público. En el caso de São Salvador, hay una fuerte demarcación del género en los arreglos espaciales y en las demandas sociales de los grupos que allí frecuentan. Lapa, por otro lado, posee un arreglo tan complejo y fruto de tan variadas demandas que no hay como realzar una particularidad temática. Estamos frente a dos dinámicas de sociabilidad pública orientadas por un contenido diverso: una subraya la variedad y la mezcla, y otra se asocia al menos, en parte, a un debate de género.

Queremos llamar la atención para demostrar que, cuantitativamente, por el número de personas atraídas y por el radio de distancia que alcanza, así como cualitativamente por el grado de heterogeneidad y de mezcla que consigue producir, hay grandes diferencias entre los lugares públicos en una ciudad en lo que se refiere al ejercicio de la sociabilidad pública. Podríamos suponer, a partir de esas ideas de centralidad y de diversidad, la existencia de un sistema de localidades jerarquizadas para la vida nocturna de Río de Janeiro, donde Lapa es, sin duda, un

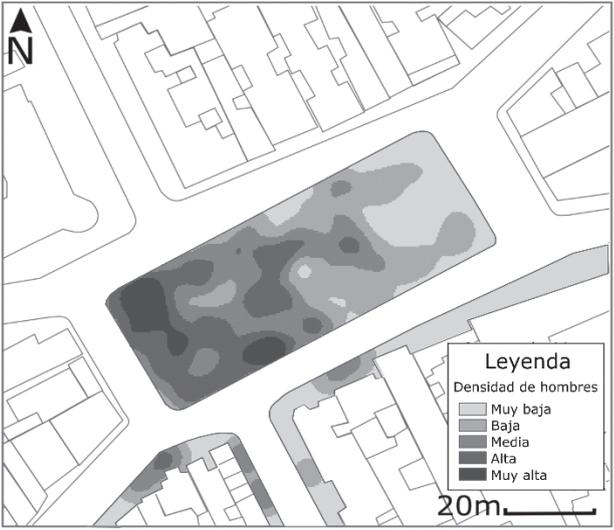


Figura 5. Distribución de la ocupación de hombres. Fuente: Igor Campos

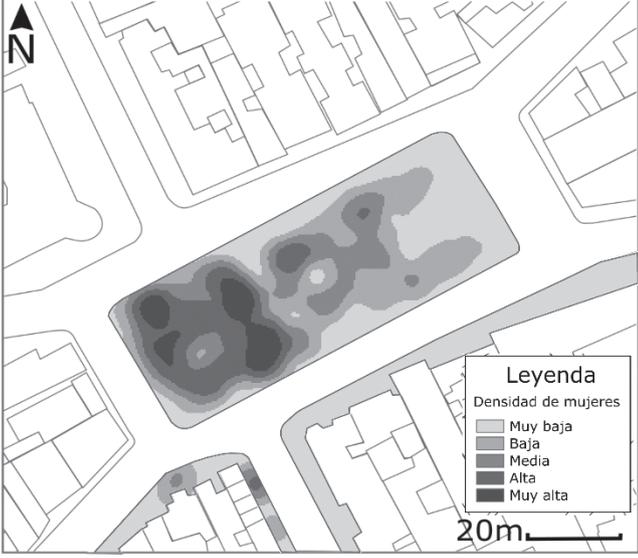


Figura 6. Distribución de la ocupación de mujeres. Fuente: Igor Campos

centro de primer orden debido a la coexistencia de múltiples intereses, actividades y servicios; mientras que São Salvador cumple un papel de menor magnitud y con menor variedad de público. Nos planteamos la hipótesis de que las características de la vida nocturna de la Plaza São Salvador han surgido como respuesta de algunos grupos específicos a la heterogeneidad de Lapa. Puede ser que el público joven de clase media, como reacción a la diversidad de la audiencia de Lapa, ha buscado un ambiente con mayor homogeneidad cultural para sus reuniones y celebraciones. Si es así, entonces, la vida nocturna de la Plaza São Salvador está más ‘especializada’ que Lapa, donde se vive la diversidad de un barrio tradicional y bohemio.

De todos modos, reiteramos aquí las diferencias entre los espacios públicos en relación con el ejercicio de la sociabilidad y consideramos que esta heterogeneidad no se refiere solamente a un solo espacio, sino también a los lugares públicos que componen, como los dos casos describen, *las diferentes noches dentro de la noche de una ciudad*.





LUZ, SOMBRA, ACCIÓN: ESPECTÁCULOS DE LA SOCIABILIDAD

Igor Martins Robaina

Doctor en Geografía / Universidad Federal del Rio de Janeiro (Brasil).

Amanda Fernandes de Carvalho

Estudiante de Geografía / Universidad Federal del Rio de Janeiro (Brasil).

Resumen

¿Cómo la luminosidad y los diferentes períodos al largo de un día pueden participar en las dinámicas de la sociabilidad en los espacios públicos? A pesar de los complejo y lejos de producir determinaciones finales, se busca por medio de tres movimientos exploratorios y sus respectivos encuadramientos visuales de análisis, algunas aberturas teóricas y metodológicas para pensar geográficamente las relaciones entre las morfologías, las prácticas y los significados socio espaciales de algunos segmentos y grupos sociales en los espacios públicos, teniendo la luminosidad y el sombreado como el punto central de la reflexión.

LUZ, SOMBRA, AÇÃO: ESPETÁCULOS DA SOCIABILIDADE

Resumo

Como a luminosidade e os diferentes períodos ao longo de um dia podem participar nas dinâmicas de sociabilidade nos espaços públicos? Apesar de complexo e longe de desejar produzir determinações finais, buscou-se por meio de três movimentos exploratórios de campo e seus respectivos enquadramentos visuais de análise, algumas aberturas teóricas e metodológicas para pensar geograficamente as relações entre as morfologias, as práticas e os significados sócio-espaciais de alguns segmentos e grupos sociais nos espaços públicos, tendo na luminosidade e no sombreado, o ponto central da reflexão.

¿EL GRADO DE LUMINOSIDAD DE UN LUGAR DE ALGUNA manera participa en el juego de interacciones sociales públicas? ¿Períodos de la mañana, tarde y noche, asociados a múltiples representaciones e imaginarios que tenemos, son capaces de generar algún efecto sobre estas dinámicas en los espacios públicos? ¿Será que estos períodos de tiempo, caracterizados por su propia configuración de luminosidad, son capaces de generar distintos modos de organización en las prácticas relacionadas con el ocio y el tiempo libre? ¿La transición entre estos períodos, el amanecer, atardecer y anochecer, marcan rupturas y discontinuidades en las reglas de los juegos sociales que fundan la sociabilidad?

Estas cuestiones, aunque todavía muy generales, funcionan como guías en esas consideraciones exploratorias sobre el papel de la luminosidad como elemento interviniente en las dinámicas socio-espaciales que caracterizan la *sociabilidad pública*. En esta presentación consideramos tres situaciones, llamadas aquí *Islas de Sociabilidad*, *Transiciones vespertinas* y *Desviaciones en la oscuridad* que tratan de discutir el papel de la luminosidad a partir de marcos particulares de la escena carioca.

ISLAS DE LA SOCIABILIDAD

Esta sombra, reconozco como mía
(William Shakespeare).

El parque de Aterro de Flamengo, en la zona sur de Río de Janeiro, es un importante espacio público. Tiene un poder de atracción que va más allá de los barrios más cercanos y puede atraer a un público variado, residentes de barrios distantes y a veces de otras ciudades de la región metropolitana de Río de Janeiro.

Los motivos que hacen converger todo ese público, sobre todo los fines de semana, son diversos. De hecho, el parque tiene gran longitud y son múltiples las posibilidades para la realización de prácticas sociales relacionadas con el ocio y el tiempo libre como caminatas, ciclismo, deportes colectivos, paseos con mascotas, recreación infantil e incluso ir a la playa de Flamengo integrada física y paisajísticamente al espacio del parque.

Uno de los aspectos del diseño original del parque llama la atención en los efectos de la iluminación. Se ha previsto un sistema inédito de iluminación que, entre otros elementos, cuenta con grandes farolas especialmente diseñadas para producir una luminosidad difusa que ha sido comparada con la luz de la luna. Por supuesto, el efecto escénico sobre la vegetación fue uno de los principales aspectos en esta idea. Así, desde el principio, existe la concepción de un verdadero escenario nocturno del parque y, sin duda, eso interviene en la apreciación, frecuencia y uso de determinadas áreas que son iluminadas de manera diferente, sobre todo por el efecto del juego de luces y sombras causados por la vegetación.

Durante el día, la vegetación también gana otro atributo que se ha añadido al paisaje y al elemento compositivo: las sombras actúan como protección contra la incidencia de la luz directa del sol y, en consecuencia como moderadoras en los frecuentes días de calor. En virtud de ese clima de temperaturas en general muy altas de Río de Janeiro, los parques arbolados suelen ser vistos como buenas alternativas para escapar al calor de los días más cálidos¹. Durante el día, la vegetación, produciendo sombra y frescor tiene, un papel importante en la distribución de personas en parques y plazas.

A lo largo de toda la extensión del Parque de Flamengo es posible observar diferentes áreas donde las personas están concentradas en algunas de esas áreas sombreadas. En cierta medida, forman «islas de serenidad» y actúan como un refugio para muchos visitantes. El simple hecho de compartir este espacio produce las condiciones para un encuentro social de una audiencia que se compone de personas diversas y que tienen en común en aquel momento sólo la búsqueda de las condiciones ambientales más cómodas para la estancia. Las diferencias entre estas personas aparecen, a veces, claramente en la forma de presentarse, de mantenerse, de comportarse; también en los accesorios que los acompañan y en la forma de vestirse, entre otros aspectos.

1 Es interesante percibir que la luminosidad y el calor pueden tener un efecto diametralmente opuesto como, por ejemplo, la búsqueda de luz y calor que caracteriza la frecuencia invernal de algunos espacios públicos situados en regiones de mayor latitud y bajas temperaturas.

Desde este punto de vista, estas pequeñas «islas» pueden conducir a situaciones de presencia mutua, atributo básico de la vida en común de ciertos espacios públicos. Es necesario poner en movimiento los ritos de sociabilidad para la convivencia y el intercambio pacífico de estos espacios por parte de gente desconocida y sin familiaridad. Las fuertes concentraciones de personas acercan a los diferentes segmentos; de ahí surge la posibilidad de desarrollar un conocimiento basado en imágenes que pueden generar una comprensión de la alteridad a veces más condescendiente, aunque pueden también tener un efecto contrario y ocasionar conflictos abiertos. De todos modos, estas «islas» actualizan los contactos entre fracciones de la población que no están siempre próximas en otros campos de la vida social. En cierta forma es un fenómeno semejante a lo que ocurre en las playas cariocas, tal vez con menor impacto, una vez que el atractivo de esas áreas no posee magnitud comparable a aquella de las playas.

En el caso particular del Parque del Aterro de Flamengo observamos que algunas áreas de sombras son fuertemente elegidas por las personas que lo visitan. Una de las más significativas son el césped que se extienden por una larga franja que acompaña la línea de la playa y está separado de las arenas por una vía de circulación. El patrón de sombreado es irregular y proviene de los cocoteros (*Cocos nucifera*) dispersos y plantados por toda esa área. De alguna manera, su sombra es similar a la producida por las carpas en la arena de la playa. La semejanza de la ocupación del césped sombreado con la que ocurre en las arenas de la playa está en función de los accesorios y equipos que comúnmente acompañan a las personas - las sillas, pareos, esteras, etc.-. El tiempo de permanencia también es variable, algunas personas pasan unos minutos, y otras pueden permanecer por largos períodos.

La diferencia clave es que no hay un uso exclusivo de las sombras, porque no se trata de un dispositivo de propiedad privada. Además, la eventual continuidad de las sombras y su patrón irregular (por el cambio de inclinación del sol, por el paso de la luz solar a través de las copas, por la acción de los vientos sobre las hojas, cambiando la incidencia del sol etc.) generan condiciones para que haya cambios en la posición de las personas y ocasionan contactos entre ellas, hasta entonces desconocidas. Así, esas sombras permiten simultáneamente

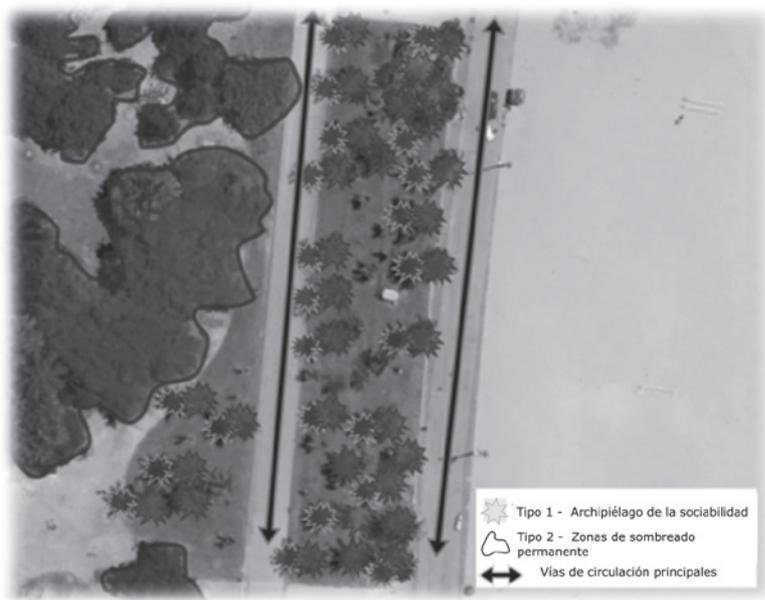


Figura 1. Ubicación, Patrones de sombras y vías de circulación. Elaboración: Territorio e Ciudadanía (2014).

una mayor estancia en el lugar y potencia, por la atracción que ejercen sobre diferentes personas, mayores posibilidades de diálogo social, de ver y ser visto; en resumen, de una vivencia pública intensa. En las observaciones y entrevistas en el lugar, los diálogos y las diferentes interacciones han sido siempre una marca entre los «ocupantes» de las sombras.

Otra área sombreada por la vegetación dentro del parque de Flamengo y no muy lejos de esa descrita previamente presenta una dinámica totalmente diferente. En primer lugar, la observación sigue otro patrón. Los árboles *patas de vaca* (*Bauhinia fortificata*) son muy frondosos, con copas gruesas y largas y bajo esta vegetación, las áreas permanecen casi siempre protegidas del sol (Figura 1). Otro elemento importante es la situación de esta área en relación con las principales vías de circulación dentro del parque. Al contrario del caso anterior, se comunica con las otras a partir de alamedas sinuosas de tierra.

La menor y menos intensa circulación en las vías que atraviesan esa zona de sombreado permanente, aliada a la estabilidad a lo largo del día de la sombra producida, parecen ser responsables de un uso bastante diferente según las observaciones que se han hecho *in loco*.

La ocupación es mucho menos densa y contrasta con los de otras áreas muy frecuentadas del parque. Las sombras que podrían verse como un atractivo parecen no ejercer el mismo papel. A la inversa, la baja frecuencia, hace propicio a este lugar para todos aquellos que quieren protegerse de la circulación o de la visibilidad: parejas, gente centrada en actividades específicas (lectura, comunicación telefónica, consumo de drogas, etc.) y, sobre todo, personas indigentes. A pesar del común estatuto público, ese quizá sea el lugar donde se podría decir que la gente está más cerca de una situación de intimidad. Las interacciones son intensas, las miradas no son agradables, raramente se establece el diálogo y la distancia física y existencial parece ser la regla dominante en este pequeño mundo bajo las sombras de los árboles.

Al atardecer, cuando la luz solar disminuye y otra composición de ese espacio se dibuja bajo nuevos juegos de luz y sombras hay toda una reconfiguración en la frecuencia y en el uso de las áreas iluminadas y de las sombreadas. Esta reconfiguración es fruto también de un nuevo público que comienza a llegar en pequeño número, pero en visible contracorriente de la mayor parte de los frecuentadores diurnos. Una porción de estas personas trae bolsas grandes o cartulina; además, vienen solos o en pequeños grupos. Son indigentes que van a pasar la noche en el parque. Buscan las áreas menos expuestas a la luz y dotadas de bancos u otros elementos morfológicos que pueden usarse como cama. Su presencia es más o menos generalizada en el parque, con pequeñas concentraciones quizás en la zona conocida como la «ciudad de los niños» y en zonas cercanas al centro de la ciudad.

Otra parte significativa está compuesta por hombres homosexuales. Comienzan a llegar al final de la tarde y permanecen hasta la madrugada. Ocupan el extremo sur del parque, cerca de la Ensenada de Botafogo. En ese caso, también hay una «insularidad» espacial y un juego de interacciones que podría ser caracterizado como un patrón específico de sociabilidad. Aquí, sin embargo, el repertorio de gestos, comportamientos y significados está restringido a un grupo muy par-

ticular. Además, el contacto social, en este caso, tiene una finalidad estricta que escapa de la idea fundamental establecida por Simmel (2006) de los ritos de la sociabilidad como un encuentro social que tiene autonomía en relación con una finalidad objetiva o pragmática.

Tal vez sólo podríamos decir que la sociabilidad en este ejemplo tiene un bajo grado de publicidad. Se trata de un encuentro social en local público de un grupo identitario de personas desconocidas que establecen reglas y actitudes comunicacionales que les protegen de la familiaridad y, por increíble que parezca, de la intimidad aunque busquen compañeros sexuales. Circulan a pie o en bicicleta por las vías dentro de un perímetro que se extiende entre el estacionamiento y el primer paso subterráneo que da acceso al parque. Una vez establecido el contacto en las áreas más claras, parten hacia las áreas sombreadas o protegidas por las piedras. Las sombras ahí tienen un papel delimitador fundamental. Son algo más que las sombras del día donde refugiarse del calor; esas sombras son un distintivo de 'exclusividad' y de «intimidad» en medio de una intensa interacción social.

En la noche, sin embargo, no todo es sombra, y el parque de Flamingo ofrece espacios bien iluminados dedicados a la actividad deportiva. Las canchas de tenis y las de fútbol tienen un uso casi ininterrumpido, ocupadas durante toda la madrugada. Hay un pequeño comercio que se asocia a ese movimiento y, algunas veces, un público que asiste o espera su turno en las adyacencias de esas canchas. En esas «islas» de fuerte luminosidad dentro del parque y en torno a actividades bien definidas, se desarrolla también una sociabilidad que, ciertamente, es muy limitada y tiene bajo grado de publicidad, pues está circunscrita a un interés muy específico y por eso no convoca un público diverso y heterogéneo, pero no por ello deja de crear un ambiente en sus alrededores de encuentro social.

En el resto del parque, todavía hay algunas personas que hacen ejercicio, corren o pedalean en las pistas. De cualquier forma, por la noche las actividades están asociadas a fines muy específicos. No hay deambulación, paseo o contemplación, aunque el panorama del parque y de su entorno pudiera fácilmente dar lugar a eso.

TRANSICIONES POR LA TARDE: UN BREVE MOMENTO EN LA PIEDRA DEL ARPOADOR

Es el final de la tarde, después de otro sábado o domingo de sol en la Playa de Ipanema, uno de los escenarios más icónicos de la ciudad de Río de Janeiro (Figura 2). Poco a poco se va deshaciendo la densa organización que a lo largo del día tomó forma sobre la extensa franja de arena de la playa. Los pareos y las toallas fueron guardados, las carpas desmontadas, las sillas dobladas y atadas, la basura empaquetada, la densidad de la ocupación va gradualmente cayendo, muchas personas están simultáneamente dejando la playa.

El paseo que acompaña la franja de arena, por el contrario, está cada vez más lleno. Un gran número de personas que camina se funde con aquellos que salen de la franja de arena. Las sillas de los quioscos están todas ocupadas, así como también los bancos públicos que bordean el paseo. A pesar de la aparente desorganización del movimiento de las personas se puede percibir que hay un rumbo dominante hacia la piedra del Arpoador en medio del confuso movimiento global (Figura 3). Son personas muy variadas, jóvenes locales, pero no exclusivamente; también están los que llegan de otros barrios distantes y turistas, incluso extranjeros. Un clima general de satisfacción y relajación es perceptible. Estas personas se dirigen a la superficie suavemente inclinada de la roca que marca el final de la línea de la playa. Allí sentados, como en un teatro, orientados hacia el Cerro de Los dos Hermanos esperan el comienzo del espectáculo.

De hecho, todo lo que había estado dispuesto en este ambiente durante el día, creando un arreglo de las playas, se deshace y se reconfigura. La playa no corresponde ahora al lugar del baño; ahora es un lugar de asistencia, donde una amplia platea espera emocionada el concierto de colores que rápidamente se presentará durante el breve momento de la puesta del sol (Figura 4). El espectáculo está constituido por la iluminación de los últimos minutos del día y sus efectos escénicos sobre el paisaje, sobre todo del mar y de las montañas. La secuencia de la contemplación tiene una fuerte dosis de imprevisto, pues puede haber

nubes, agua en suspensión, capas de aire muy caliente, entre otros factores, que modificarán el andamiaje y la expresión del espectáculo. Cuando el último resplandor deja el horizonte comienzan los aplausos. Una ola de exaltación recorre la amplia platea. Algunos fotografían, se levantan para aplaudir, otros gritan, silban o abren los brazos, se abrazan. El espectáculo es doble.

Inmediatamente después, exactamente como en un espectáculo teatral, el público comienza a moverse y lentamente, pero en grandes proporciones, deja el área. Las calles cercanas que sirven de acceso están llenas de personas, casi todas siguiendo una misma dirección opuesta a la de la playa. En los puntos del autobús las colas son inmensas, el tránsito es pesado con la salida de muchos coches que pasaron el día estacionados cerca de la playa. También los vendedores ambulantes y las personas que trabajaron en el alquiler de sillas y barracas ahora transportan y arreglan el material al borde de la acera o en las innumerables «kombis» que los llevarán de vuelta a los barrios distantes, a veces, fuera del municipio de Río de Janeiro.

Cuando finalmente la noche se impone, un nuevo arreglo se ajusta a las nuevas zonas de sombra y de luz. En la semi-oscuridad de las arenas ya no se ve a casi nadie. En el paseo, la circulación también es poco intensa y las raras concentraciones de personas están reagrupadas en los quioscos. La luz débil de ellos parece atraer a las personas, aunque también allí la cantidad de visitantes es muy pequeña cuando se compara con la del período diurno. Sólo en el Paseo del Arpoador el movimiento aún se mantiene en torno a los establecimientos comerciales y de los vendedores ambulantes que venden pequeñas mercancías diversas. En cuanto a la piedra del Arpoador propiamente dicha, aquella que al final de la tarde se asemejaba a una grada llena de público, ahora recibe una iluminación que más parece alejar que atraer a las personas que, en pequeños grupos dispersos, ocupan aún pequeñas áreas en la penumbra. El juego de las reconfiguraciones no para y el avance de la noche ve el vaciamiento casi total del área, los bares y restaurantes cierran, los vendedores ambulantes salen, algún quiosco se mantiene abierto, pero la frecuencia es muy pequeña, de vez en cuando alguien pasa caminando, pedaleando, paseando con el perro o corriendo.



Figura 2. Playa de Ipanema y la Piedra del Arpoador. Elaboración: Território e Cidadania (2014).



Figura 3. Flujos de llegada hasta la Piedra del Arpoador. Elaboración: Território e Cidadania (2014).

Al amanecer, se repiten los arreglos para un nuevo día de sol, llegan las «kombis», se montan las ocupaciones de las carpas, se guarda siempre una distancia regular entre ellas, pero todas están siempre alineadas al paseo y a la línea de playa. Se preparan las bombas para las duchas y se extienden algunas banderas, se trasladan equipos, sombrillas y sillas. Al poco tiempo llegan los bañistas que se distribuyen según sus preferencias y recrean así los núcleos de la densidad que evolucionará a lo largo del día, dibujando diferentes configuraciones socio-espaciales.



Figura 4. Fotografía del Puesta de Sol en la Piedra del Arpoador. Fuente: Território e Cidadania (2014).

De modo general, el caso de la puesta del sol en la Piedra del Arpoador revela mucho sobre una especie de «encuentro marcado» que constituye un gran momento de sociabilidad (Figura 4). Son personas sin lazos de familiaridad que se unen en un espacio determinado en torno a un interés común. Este interés podría ser visto como centrado exclusivamente en el espectáculo natural de la puesta del sol, pero al observarlo de cerca, comprendemos rápidamente que la celebración y la alegría provienen de la sensación de compartir algo con otras personas que, aunque sean diversas y desconocidas, participan del mismo juego de interacción social que logra reunirlos sin obligatoriamente mezclarlos.

JUEGOS DE LUZ Y SOMBRA EN LA PLAZA QUE ES UNA ISLA

Las sombras pueden ser creadas y orientadas también por equipos y áreas cubiertas artificialmente. En varias plazas de Río de Janeiro es posible encontrar estructuras cubiertas como glorietas, quioscos, cenadores, que a veces pueden albergar bancas, mesas y tableros de juegos,

etc. Este mobiliario urbano tiene un propósito similar a las copas de los árboles, crear sombras y protección con el fin de, en parte, mitigar el impacto de los rayos del sol.

Un ejemplo de plaza con este equipo es la Plaza Alfonso Pena, ubicada en el barrio de Tijuca, Zona Norte de la ciudad de Río de Janeiro; toma su nombre de una de las calles de su perímetro y que también da nombre a la estación de metro allí instalada. La forma cuadrada de la plaza es dibujada por las cuatro calles que la rodean: calle Campos Sales y calle Doctor Satamini, dos vías de gran importancia para la circulación del barrio, y las calles Alfonso Pena y Martins Pena, vías de menor circulación (Figura 5). Esta plaza es muy frecuentada tanto de día como de noche, sin embargo, es posible percibir algunas significativas variaciones en la naturaleza del público y en las formas de ocupación según esos dos períodos.

Aquí interesa analizar solamente las posibles diferencias creadas por la formación de sombras, sean ellas diurnas o nocturnas. Un área en particular llama la atención entre otras, la que alberga grandes cenadores situados en el lado opuesto de la estación del Metro, enfrente de las calles de menor movimiento. Además de la estructura en concreto, esta área cuenta también con la cobertura de las copas de algunos árboles que producen sombras de día y también por la noche. De este modo, esta zona goza de una posición más protegida de la circulación, tiene menor paso y se mantiene, tanto durante el día como en la noche, resguardada de focos directos de iluminación.

La estructura del cenador intercepta parcialmente la luminosidad sea en el período diurno o en el nocturno, creando una región de penumbra o al menos no tan expuesta a la luz como el entorno (Figura 5). Esta situación en relación con la luminosidad crea un ambiente mucho más protegido de la visibilidad y de menor contacto directo con el resto de la plaza, lo que permite una ocupación particular de estos cenadores. Durante el día, estas mesas y bancos están ocupados en su mayoría por jugadores de cartas o por el público que acompaña a los juegos. Hay un predominio casi absoluto de hombres mayores en estos grupos, aunque se mezclan algunos jóvenes.

Al caer la noche, no se reduce considerablemente la densidad de la ocupación, pero hay una leve transformación del perfil de los visi-

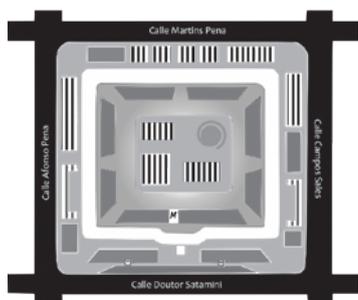


Figura 5. Croquis de la Plaza Afonso Pena y Fotografía del sitio. Fuente: Território e Cidadania (2014).

tantes y emerge una diferenciación interna, orientada en gran parte por el grado de luminosidad. En la parcela más iluminada que ocupa la mitad del área, algunas mesas todavía mantienen la actividad del juego de cartas, aunque el público ahora es sensiblemente más joven. En la otra mitad, la luminosidad es poco intensa y en este caso la gente ya no está jugando a las cartas. Hay algunas parejas, grupos de jóvenes conversando o haciendo uso de bebidas o narcóticos, incluso personas solas; también personas que visiblemente buscan un lugar más reservado para conversar.

Los equipos son los mismos, la simetría entre esas dos mitades no es idéntica en lo que se refiere a la iluminación; al contrario, se hace evidente el papel de la luz en el tipo y la forma de ocupación. Hay toda una tradición bibliográfica para presentar las áreas poco iluminadas como propicias para comportamientos que se desvían de las normas socialmente aceptadas por la mayoría. Estos comportamientos se asocian con frecuencia a lugares de baja luminosidad, de poca visibilidad, de baja frecuencia y de pequeño control social por la posición periférica y excéntrica. El ejemplo de la Plaza Alfonso Pena puede, modestamente, contribuir a relativizar ese tipo de certeza.

Si recorriéramos las calles del entorno de la Plaza por la noche, ciertamente constataríamos que, dentro de aquel perímetro, ella funciona como una verdadera «isla», o como se ha dicho anteriormente,

una «isla de sociabilidad». La plaza está mucho más iluminada que cualquiera de las calles de alrededor, concentra innumerables personas en actividades muy diversas, la sensación de movimiento y de permanencia es notable al atravesarla en cualquier sentido y, por las informaciones recogidas, hay casi una vigilia de algunos grupos que la ocupan durante la noche. En contraposición, desde que nos alejamos del cuadrilátero formado por la plaza, las calles están prácticamente desiertas, apenas algunas personas circulan por ellas rápidamente; más tarde por la noche, no hay prácticamente nadie. Son oscuras, sombrías y, dentro de una lectura fuertemente anclada en el imaginario general de la ciudad son «peligrosas».

Pero, aunque algunos comportamientos se desvíen de las estrictas normas, como el consumo de drogas o menores bebiendo, etc., y busquen dentro de la plaza lugares más reservados; aun así son relativamente visibles, pues en contraste con el área alrededor, cualquier parcela de la plaza tiene mucha mayor visibilidad y exposición que en las penumbras profundas de las calles que la rodean (Figura 6). Hay, pues, una garantía de expresión pública de estos comportamientos. Estas transgresiones se exhiben, si no abiertamente al menos eficientemente, a toda la gente que circula en este lugar social intenso. De este hecho puede surgir el conflicto, puede surgir la segregación de parcelas de la plaza, puede aparecer la demanda por mayor control o puede dominar una sensación de miedo, que acompañará a la que se siente en las calles oscuras del barrio. Todo esto no tiene un camino preestablecido, pero lo que es posible afirmar sin duda es que esos comportamientos «desviantes», al producirse en un lugar público y de sociabilidad, se transforman en temas de una agenda pública de diálogos fuertemente implicados en la vida democrática cotidiana de esos espacios urbanos. Las sombras en este caso son una medida de la problematización de esos comportamientos, pero como son relativas al considerar las áreas cercanas, mucho más oscuras y reservadas, podemos percibir que hay una norma de aceptación compuesta por las elecciones espaciales que orientan *dónde hacer qué*.

En el otro caso de las sombras nocturnas del Parque de Flamenco, como hemos visto, esas sombras no sirven para delimitar un espacio de restricción, sino garantizan la exhibición de un público en general.



Figura 6. Fotos del período nocturno y ocupación de los quioscos en la plaza Afonso Pena. Fuente: Territorio e Ciudadanía (2014).

Ellas marcan áreas de una semi-publicidad, de una forma muy particular de interacción corporal íntima que se resguarda de la intimidad en su sentido más general. En ambos casos, sin embargo, es patente la importancia del grado de luminosidad en la aplicación de los límites a comportamientos y prácticas (Figura 7). Si estos dos ejemplos apuntan a esa misma dirección, también nos llaman la atención sobre la capacidad de dar sentidos diferentes a esa variación en cada uno de esos casos descritos. Las sombras pueden incluso ser similares o producidas por elementos similares, pero siempre son objeto de juegos diferentes según sus contextos situacionales en el tiempo y en el espacio.



Figura 7. Área de concentración nocturna de sociabilidad homoafectiva en el Aterro del Flamengo.
Elaboración: Território e Cidadania (2014).



TOPOFILIA Y TOPOFOBIA: EXPERIENCIAS ESPACIALES Y ENCUENTRO SOCIAL

Karina Eugênia Fioravante

Doctora en Geografía / Universidad Federal del Rio de Janeiro (Brasil)

Hernando Dudlerth Cepeda Sanchez

Doctor en Historia / Universidad Libre de Berlín (Alemania).

Igor Martins Medeiros Robaina

Doctor en Geografía / Universidad Federal del Rio de Janeiro (Brasil).

Resumen

Los espacios urbanos son capaces de despertar los más variados intereses de los investigadores. Para la Geografía son lugares en los que es posible observar diversas prácticas y explorar múltiples caminos analíticos. El objetivo de este texto se dirige a la investigación de los sentimientos de *topofilia* y *topofobia* en su interrelación con la creación de configuraciones particulares en la dinámica de encuentros sociales de la ciudad de Río de Janeiro. Para esto, traemos algunas consideraciones relacionadas con lugares de gran afluencia de personas en la ciudad como el Aterro del Flamengo, el Parque Madureira y la Quinta da Boa Vista.

TOPOFILIA E TOPOFOBIA: EXPERIÊNCIAS ESPACIAIS E ENCONTRO SOCIAL

Resumo

Os espaços urbanos são capazes de despertar os mais variados interesses dos pesquisadores. Para a Geografia, são lugares nos quais é possível observar diversas práticas e explorar múltiplos caminhos analíticos. O objetivo deste texto direciona-se à investigação dos sentimentos de *topofilia* e *topofobia* em sua interrelação com a criação de configurações particulares na dinâmica de encontros sociais da cidade do Rio de Janeiro. Para tanto, trazemos algumas considerações relacionadas a locais de grande afluência de pessoas na cidade como o Aterro do Flamengo, o Parque Madureira e a Quinta da Boa Vista.

TODOS LOS AÑOS LOS RESPONSABLES DEL CANAL DE TURISMO del sitio de CNN realizan una investigación para, a través de la voz de turistas, periodistas, blogueros e inmigrantes, construir la lista de las diez ciudades más amadas y más odiadas del mundo. Obviamente, la lista es arbitraria y una gran cantidad de gente puede discrepar profundamente. Entre las ciudades más amadas se encuentran Barcelona, Nueva York, Santiago y Tokio. En el otro extremo, Tijuana lidera como la ciudad más odiada, junto a Sydney, Lima y Los Ángeles. Sólo una ciudad aparece en ambas listas: París. Algunos pueden afirmar que es necesaria una buena dosis de ironía para colocar la «ciudad del amor» en la lista de las más odiadas como expresión de un sentimiento de desprecio y antipatía por la capital francesa.

No cabe aquí juzgar los méritos o posibles deméritos de las ciudades. Lo que llama la atención es la idea fundamentalmente geográfica que este interesante hecho revela: percepciones simbólicas y experiencias acerca de un mismo espacio pueden variar de forma diametralmente opuesta. La hipótesis puede parecer banal para aquellos que estuvieron en contacto con las publicaciones humanistas y fenomenológicas de la Geografía. Sin embargo, cuando se añade la categoría de interacción social a esa hipótesis, esta pierde toda su trivialidad.

¿Cómo se construyen las apreciaciones, percepciones e imaginarios sobre determinados espacios? ¿En qué medida estas nociones están presentes en las dinámicas de interacción social urbana? ¿Cómo se comunican entre sí? ¿Cómo esta problemática puede ser desarrollada por la Geografía? Para guiar las discusiones sobre estos cuestionamientos, se optó por la utilización de dos conceptos: *topofilia*, que señala la atribución de valores positivos y la percepción agradable entre un sujeto y sus espacios vividos; y *topofobia*, que hace referencia a los espacios y lugares que los individuos valoran negativamente.

La valorización de un espacio que los individuos construyen está relacionada con las percepciones basadas en factores psicosociales y culturales. De esta forma se puede afirmar que la inteligibilidad de un espacio es el producto de una composición de significados que los sujetos le atribuyen. La idea es importante cuando se piensa en las dinámicas de interacción social ya que raramente la espontaneidad absoluta o el azar orientan las elecciones espaciales que se hacen cuan-

do los sujetos buscan espacios de sociabilidad. Estas elecciones están íntimamente correlacionadas con variables positivas -o *topofílicas*- que ejercen notoria atracción espacial o, en contrapartida, con aspectos negativos -o *topofóbicos*- que actúan en sentido opuesto.

¿Cuáles son nuestras percepciones del ambiente físico, natural y humanizado? Esta es una de las cuestiones que Tuan (2012) plantea y que, de la misma forma, guía sus reflexiones acerca de la problemática de la *topofilia* en la Geografía. De hecho, el interés por la identificación simbólica y afectiva que los individuos construyen con sus espacios vividos no es temática nueva en la disciplina. Por el contrario, una amplia bibliografía puede ser consultada y la problemática se puede discutir teniendo en cuenta variados elementos. Aquí, enfocamos nuestra atención en las dinámicas de interacción social y en sus espacialidades en la ciudad de Río de Janeiro, y para ello es necesario discutir, en primer lugar, las dos nociones básicas que guían esa reflexión.

La *topofilia* se puede definir como la representación afectivamente positiva reflejada en el gusto y aprecio atribuidos a algunos espacios. Es el resultado de una percepción positiva de un espacio conocido o figurado. Cuando se interrogó al público sobre las características de esos espacios, los adjetivos regularmente asociados a ellos fueron orden, belleza, limpieza y seguridad. Estas características expresaban emociones y sentimientos de satisfacción, comodidad y tranquilidad. De acuerdo con Tuan (2012):

La palabra ‘topofilia’ es un neologismo, útil cuando se puede definir en sentido amplio, incluyendo todos los vínculos afectivos de los seres humanos con el medio ambiente material. Estos difieren profundamente en intensidad, sutileza y modo de expresión. La respuesta al medio ambiente puede ser básicamente estética: puede variar del efímero placer que se tiene de una vista, hasta la sensación de belleza, igualmente fugaz, pero mucho más intensa, que es súbitamente revelada. La respuesta puede ser táctil: el deleite al sentir el aire, el agua, la tierra. Más permanentes y más difíciles de expresar, son los sentimientos que tenemos para un lugar, por ser el hogar, el *lócus* de reminiscencias y el medio de ganarse la vida. La topofilia no es la emoción humana más fuerte. Cuando es irresistible, podemos estar seguros de que el lugar o el medio ambiente es el vehículo de acontecimientos emocionalmente fuertes o se percibe como símbolo (Tuan, 2012: 107).

La *topofilia* se manifiesta así como la apreciación de las características físicas del ambiente, pero también puede estar asociada a algunos atributos identificados a lugares como calma, seguridad, aprecio personal, etc. Comúnmente la apreciación positiva estuvo relacionada con las personas y los encuentros sociales asociados a ciertos espacios. Este último sentido fue, además, el dominante en la investigación que recogió las respuestas espontáneas sobre lo que llevaba a la persona a escoger aquel lugar. Así, es interesante percibir que la opción de determinados espacios a ser frecuentados está, en gran parte, condicionada a la identificación con prácticas culturales semejantes y con hábitos que reflejen la condición social de los otros individuos. Los sentimientos *topofílicos* pueden de esta forma surgir en las más diversas situaciones, teniendo como base elementos con intensidad y duración variables, pero amparados por las posibles interacciones previstas en aquellos lugares. Los sujetos a partir de sus construcciones identitarias, culturales y espaciales crean asociaciones directas entre un lugar y la posible experiencia de encuentros e interacciones sociales positivas.

En ese sentido, es válido apuntar que la asociación de los preceptos de la Nueva Geografía Cultural con el interaccionismo simbólico generó una interpretación de la acción social del individuo como un mecanismo productor de nuevos elementos sociales relacionados directamente con los espacios (Whyte, 1993). Así, la sociología y la geografía¹ establecieron un diálogo sobre la materialidad espacial como elemento central en la representación del objeto; son los agentes sociales aquellos que representan el espacio, por lo tanto, son sus obras y las acciones que valoran el lugar (Jeudy, 2005). El polimorfismo socioespacial converge con los gustos personales, la comodidad del espacio, los medios para acceder a ellos y las actividades desarrolladas por los individuos.

1 Aunque el concepto de Topofilia ha sido más difundido en la Geografía por la obra *Topophilia: a study of environmental perception, attitudes, and values* de Yi Fu Tuan (1974), fue Gaston Bachelard en *La poética del espacio* quien lo creó. Como el título sugiere, Bachelard entendía el espacio como una cadena comunicante, con transmisores y receptores que construyen una acción interpretativa. Posteriormente, Tuan se valió del mismo término matizándolo de un cierto determinismo biológico y haciéndolo esencial para la percepción cultural de los lugares.

En el otro extremo, pero tan perfectamente simétrica, la fobia experimentada con respecto a ciertos espacios puede correlacionarse con numerosos elementos que anticipan ciertas posibilidades de encuentros percibidas como negativas. Por lo tanto, es muy sorprendente darse cuenta de que en la bibliografía que trata, directa o indirectamente, del tema de las topofobias urbanas, la perspectiva negativa principal y casi única señalada era el miedo en las ciudades contemporáneas. El aumento de población, la expansión de la pobreza, la llegada de los migrantes, los relatos de robo, indicadores de las tasas de homicidio son algunos de los elementos que se invocan para justificar la sensación de miedo y de extrañeza que conforman el imaginario espacial asociado a ciertos lugares, bloques o barrios de una ciudad.

En la Geografía, los trabajos que hacen referencia al «amurallamiento de la vida social», los «paisajes de miedo», a la violencia urbana y al crecimiento de la indisponibilidad a la interacción en espacios públicos abiertos, traen discusiones que persiguen las relaciones entre los procesos socio-espaciales y el origen de estos miedos. Sin embargo, como hemos dicho, el temor no fue el ingrediente único manifestado por las personas cuando se les preguntó por las razones por las cuales no les gustaba frecuentar o estar próximas al lugar en cuestión. Por eso, es muy importante subrayar una vez más que la *topofobia* no es sólo derivada de los miedos, relacionados o no con la violencia; se genera por la repugnancia, el asco y la antipatía. El miedo no es, ni de lejos, el elemento exclusivo para generar lecturas negativas de ciertas parcelas de la ciudad.

Otros aspectos aparecen en la topofobia y pueden estar relacionados con espacios que debido a determinadas características (luminosidad, distancia, apariencia física, etc.) son reconocidos como lugares desagradables, o espacios que por sus estructuras degradadas producen sensación de riesgo o espacios que se asocian con insalubridad, suciedad y contaminación. El vocabulario que acompaña la expresión de la topofobia recurre comúnmente a las ideas de suciedad, desorden, peligro, grupos no deseados. Muchos son los que se refieren a la población indigente como elemento decisivo para despreciar ciertos lugares. Esto nos recuerda que, si el foco de la investigación estuviera centrado en esa población, la paleta de valores tal vez se invirtiera ya que son

esos mismos espacios los que ofrecen mejores condiciones de refugio a ese grupo². Además de ese grupo, se citan a consumidores de drogas, homosexuales, personas de «bajo nivel», etc. Se percibe también que las áreas donde ocurre una mayor visibilidad de un grupo, donde hay la posibilidad de identificar resquicios de «exclusividad», son las más evitadas por las personas externas a ese grupo. Evidentemente, es muy común la transferencia del sentimiento de aversión hacia los grupos que son identificados con un espacio. Es necesario, sin embargo, reconocer que la aversión puede ser demostrada por el simple hecho de que esa persona se siente excluida de un ambiente donde hay actividades bien aceptadas socialmente, pero que se manifiestan de forma dominante en aquel lugar y por eso generan la sensación de «exclusión y extrañeza». Esto se ha manifestado en relación con numerosos casos que incluyen, por ejemplo, la práctica de ciertos deportes, la frecuencia de un grupo de edad muy definido y hasta en un área donde hay muchos perros.

Delumeau (2009), en los años 1970, demostró la indignación de los alemanes y los franceses en el siglo XVI hacia el exterior. Sus ciudades fueron rodeadas por grandes muros, custodiados por los caballeros, que estaban de guardia durante el día y la noche. Su arquitectura ejemplifica el miedo y el pánico del extranjero.

De esta manera, es posible afirmar que muchos espacios públicos no se activan como lugares de encuentro social, sea debido a sus características físicas, sea por el desarrollo de un imaginario que se asocia a un sentimiento generalizado de disgusto. Evidentemente la caracterización de espacios como *topofóbicos* o *topofílicos* es dictada por las percepciones, juicios y visiones que los sujetos construyen. Estos sujetos están situados en contextos sociales diferentes y la distinción de la gama de valores que interviene en esas percepciones es fundamental para que se comprenda cómo se construyen y qué grado de adhesión pueden tener para diferentes grupos sociales. De todos modos, es en la experiencia y en la interacción del individuo con el espacio que se crean estas percepciones. Las narraciones y rumores también contribu-

2 Esto se analizó en la tesis de Igor Robaina Madeiros que demostró la existencia de una geografía propia a esta población que no excluye la asignación de valores a ciertos lugares de la ciudad.

yen mucho para definir lugares. Las narrativas construyen ideas y establecen imaginarios espaciales. Directa o indirectamente, los individuos significan sus experiencias relacionadas con el carácter físico y estético del lugar. Este conocimiento y estas impresiones son transmitidas a los círculos de personas cercanas y cuando se difunden crean predisposiciones que pueden funcionar como *impresiones primarias*. En ese sentido, el primer contacto que las personas tienen con el espacio puede simplemente confirmar relatos de impresiones que condicionan su percepción general sobre él.

La presencia, la copresencia y el posicionamiento de un individuo en un lugar deben por lo tanto ser vistos como productos de variados elementos estéticos, sensoriales, lingüísticos, verbales y no verbales. Así, la «lectura» de los espacios está siempre cargada de sentidos, los cuales guían la experiencia individual y colectiva de un determinado lugar. La espacialidad es el corolario de la comunicación entre los elementos físicos, vehículos de significados, y el glosario de los valores y juicios para contextualizar la experiencia espacial experimentada por los individuos.

A partir de los datos obtenidos en entrevistas y cuestionarios realizados con visitantes de los parques Quinta da Boa Vista, Madureira y Aterro Flamengo, podemos señalar tres categorías generales que guían la construcción de expresiones *topofílicas* y *topofóbicas* en esos espacios. Estas expresiones están, por supuesto, estrechamente relacionadas con las prácticas de interacción social de las diferentes actividades realizadas, de los encuentros personales, de la situación del ambiente y de la seguridad o inseguridad que se siente. Cada una genera, en grados y medidas diversas, relaciones espaciales de *topofilia* y *topofobia*.

«EN EL PARQUE QUINTA DA BOA VISTA, ME GUSTA ENCONTRAR OTRAS FAMILIAS CON LOS NIÑOS JUGANDO»

Según Tibaduiza (2009), los usos y actividades socio-espaciales son aspectos que definen los espacios y la valoración positiva o negativa que reciben, puede depender en gran medida de la visibilidad de estos usos y actividades. Los espacios públicos cariocas cuentan con una variedad inmensa de lugares específicamente destinados a determinadas prácticas. Canchas deportivas, mesas para consumo de alimentos y

bebidas, ciclovías y espacios para caminatas orientan las prácticas y los usos del espacio. En la medida en que el sitio cumple con las expectativas de los visitantes es automáticamente asociado con los elementos positivos. El opuesto puede ser verdad en algunos casos. Una vez que el local se muestre degradado, insalubre o incapaz de proporcionar el uso debido, la percepción se vuelve negativa y la sensación *topofóbica* surge. Por supuesto, puede también verse como positiva o negativa la libertad que el espacio ofrece para la realización de actividades. La producción de representaciones individuales y colectivas está directamente relacionadas con la intencionalidad y los valores de los grupos.

Es importante, entonces, deconstruir la asociación simplista que existe entre lo bello y lo bueno, entre la sano y la habitado. Algunos lugares pueden ser muy concurridos debido al hecho de que subvierten las normas estéticas y de uso. Como se señaló anteriormente, la interacción con el espacio en estos casos está dirigida por la intencionalidad y los valores de los individuos. Lo bello, saludable y seguro son características apreciadas por grupos específicos que asisten a los espacios públicos de los parques (Figuras 1 y 2). En la misma medida, estos aspectos sirven como elementos que alejan otros grupos del mismo espacio.



Figura 1. Concentraciones de familias en Quinta da Boa Vista. Fuente: Território e Cidadania (2014).



Figura 2. Prácticas y encuentro de patinadores en el Parque Madureira. Fuente: Território e Cidadania (2014).

Esto conduce a una consideración importante: las prácticas espaciales similares conllevan a encuentros con personas semejantes. En el mismo sentido, los individuos valoran positivamente a los sujetos con características similares a las suyas que disfrutan de los mismos paisajes y comparten códigos similares de etiqueta y de cortesía pública. En el caso del Parque Quinta da Boa Vista esto está muy claro. En el césped donde hay se concentran familias raramente se encuentran grupos de características diferentes.

«EL PARQUE MADUREIRA ES SEGURO, INCLUSO POR LA NOCHE»

Íntimamente correlacionadas a las actividades y dinámicas de encuentro de semejantes están las percepciones acerca de seguridad o inseguridad. Es común que las personas se sientan más seguras y cómodas en espacios donde puedan identificar a otras personas que aparentemente comparten sus intereses y sus sistemas de reglas y que, por

lo tanto, se comportan según las formas consideradas por ellas mismas como las más adecuadas. Lo contrario también es verdad cuando nos enfrentamos con individuos o grupos que consideramos peligrosos, embarazosos y desagradables. En el primer caso, la experiencia es de *topofilia*, cuando hay una reunión de personas que se asemejan a nuestro patrón; y la presencia de elementos que escapan a este patrón puede crear automáticamente una percepción espacial *topofóbica*.

Las trayectorias son repensadas para evitar ese espacio y los grupos diferentes se mantienen alejados. Independientemente de la presencia de la policía se caracterizan como espacios de «trayectorias rápidas». Los visitantes escogen horarios en que la iluminación es mejor, entran por pasarelas que consideran más seguras y cruzan estos caminos «obligatorios» acompañados por otros transeúntes similares para disminuir el supuesto riesgo.

Otro aspecto planteado por los usuarios/as del parque como negativo, es el abandono y la falta de mantenimiento y limpieza del césped, de las arenas de la playa y de algunos espacios específicos (parque infantil, parque para perros); sectores del parque donde estas señales son más obvias, son las que están más estigmatizadas y la aversión se asocia con el abandono y condiciones de insalubridad. Esta visión se extiende también al agua del mar. Estos elementos (playa, equipamientos, césped, etc.) que normalmente son valorados acaban siendo asociados a imágenes negativas y evitados por algunos asistentes debido a su estado de abandono.

«EL PARQUE ATERRO DE FLAMENGO ES UNO DE LOS LUGARES MÁS HERMOSOS DE RÍO DE JANEIRO»

La situación de la ciudad de Río de Janeiro favorece, de muchas maneras, las experiencias estéticas. Además, como en cualquier otra gran ciudad, ofrece al transeúnte la oportunidad de goce del espectáculo urbano, o sea, de la variedad de escenas y situaciones que espontáneamente se forman; a esto, la ciudad también añade un cuadro paisajístico variado e impactante. La bahía de Guanabara, las playas, las lagunas, los paseos, los grandes parques y plazas públicas, la vegetación forestal o de manglares, las favelas que ocupan las laderas, los

inselbergs cristalinos salpicados en las bajadas costeras, la línea de los cerros, los diferentes estilos de urbanización, los monumentos históricos, los innumerables miradores sobre la ciudad. Todo esto crea, con justificada razón, un discurso narrativo que tiende a subrayar el placer de estar en espacios públicos donde se presentan diferentes composiciones de esos elementos. Algunos de estos lugares se han convertido en destinos de predilección en diferentes momentos y funcionan como puntos de encuentro, encuadrando un aglomerado de personas que, bajo el pretexto de aprovechar el paisaje o aprovechar las cualidades intrínsecas del lugar, crean fuertes oportunidades de interacción social de diferentes segmentos sociales.

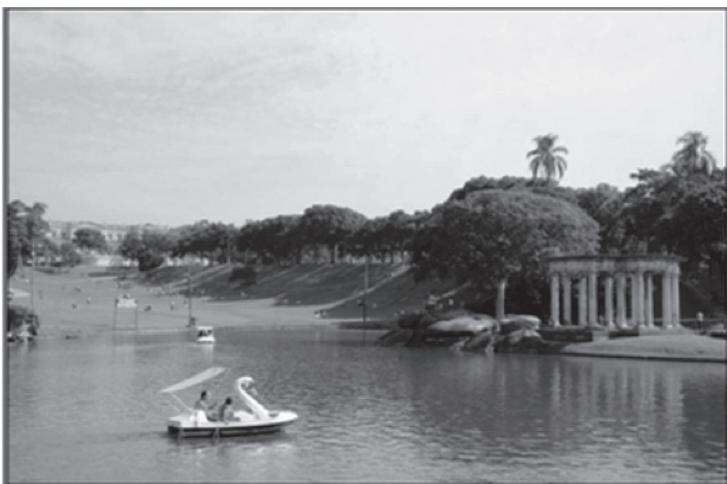
Uno de los ejemplos más recientes es la Roca de Arpoador, que recibe gran cantidad de personas en la puesta del sol; sin embargo, caminar por los paseos marítimos de las playas de la Zona Sur en los fines de semana, el paseo por el Parque de Flamengo, por el borde de la Laguna Rodrigo de Freitas, por las Paineiras o por Lapa por la noche son, entre muchos otros, circuitos de encuentros, de sociabilidad, en un marco escénico valorado. Esta quizá sea una de las mayores peculiaridades de la sociabilidad carioca que tiene en esos espacios una justificación única para la permanencia en determinados lugares públicos. Evidentemente, la contemplación, el goce del placer físico de las calles, la curiosidad de lo pintoresco, etc., compuso programas de parques y jardines que se multiplicaron en el siglo XIX y comienzos del XX. Las escenas emblemáticas de sociabilidad en estos lugares forman parte del álbum de imágenes de algunas ciudades europeas como París, Londres, Barcelona entre otras. Río de Janeiro siguió, sobre todo en la primera mitad del siglo XX, el recetario básico de ese programa urbanístico, creando algunos de sus famosos parques y jardines, que recibían entonces un gran número de visitantes como la Plaza París o el Parque de la Quinta da Boa Vista. El ideal de la contemplación permanece, sin embargo, en el programa urbanístico moderno, dadas las condiciones peculiares encontradas en la ciudad, y renueva los cuadros y actividades de la sociabilidad, guardando siempre esa valoración escénica como elemento de fondo.

La contemplación se convierte en un aspecto fundamental en la creación de identificaciones positivas con ese espacio (Figura 3). Es

importante recordar que según Tuan (2012), el placer visual de la contemplación de ambientes naturales varía en tipo y también en intensidad. En algunos casos, puede ser sólo la aceptación de la convención social que condiciona las ideas de lo que es bello. En otros, puede estar mezclada con recuerdos, los cuales superan sensaciones efímeras y crean paisajes topofílicos que permiten la vivencia del ideal de belleza. Esto nos enseña que no sólo el paisaje es estéticamente valorado en los parques, sino que pequeñas estructuras como esculturas, fuentes, instalaciones decorativas, etc., atraen al público y pueden crear una sensación positiva que despierta el interés de vincularse a ese espacio.

Por más que determinados espacios no hayan sido proyectados teniendo como premisa básica la idea de la contemplación o la exaltación del potencial estético, el público puede (re)significarlos, convirtiéndolos así en lugares de apreciación del paisaje. Observamos que las murellas, fachadas, esculturas y monumentos reciben a veces la atención del público, aunque no hayan sido concebidos para desempeñar la función de elementos paisajísticos de interés contemplativo. La diseminación de los dispositivos que registran imágenes permite que se constate, muchas veces, la valorización demostrada por la insistencia del registro fotográfico de determinados elementos que no tenían anteriormente esa vocación. Un ejemplo de ello eran los tapones que protegían limitaban la construcción de nuevos quioscos en el paseo de Copacabana. Ellos tenían imágenes impresas de lugares turísticos de Río de Janeiro y era común que personas se pusieran delante de esos paneles para tomar fotografías. En ese caso, la belleza figurada sobre un panel confiere al lugar donde es expuesto interés y admiración, aunque eso haya sido pensado como una advertencia prohibitiva.

La «filia» y la «fobia» asociadas a un espacio pueden ser comprendidas por el tipo de percepción de los objetos físicos y de las actividades sociales en ellos realizadas. Los espacios de adhesión y de aversión emergen de las formas como son imaginados y vivenciados por los diferentes individuos. Naturalmente, los imaginarios espaciales se basan en estructuras mentales conformadas por los valores atribuidos a determinados objetos y comportamientos, y esa opinión general se transmite dentro de los circuitos cotidianos de interacción social. Es útil observar que estos valores positivos o negativos no son unánimes

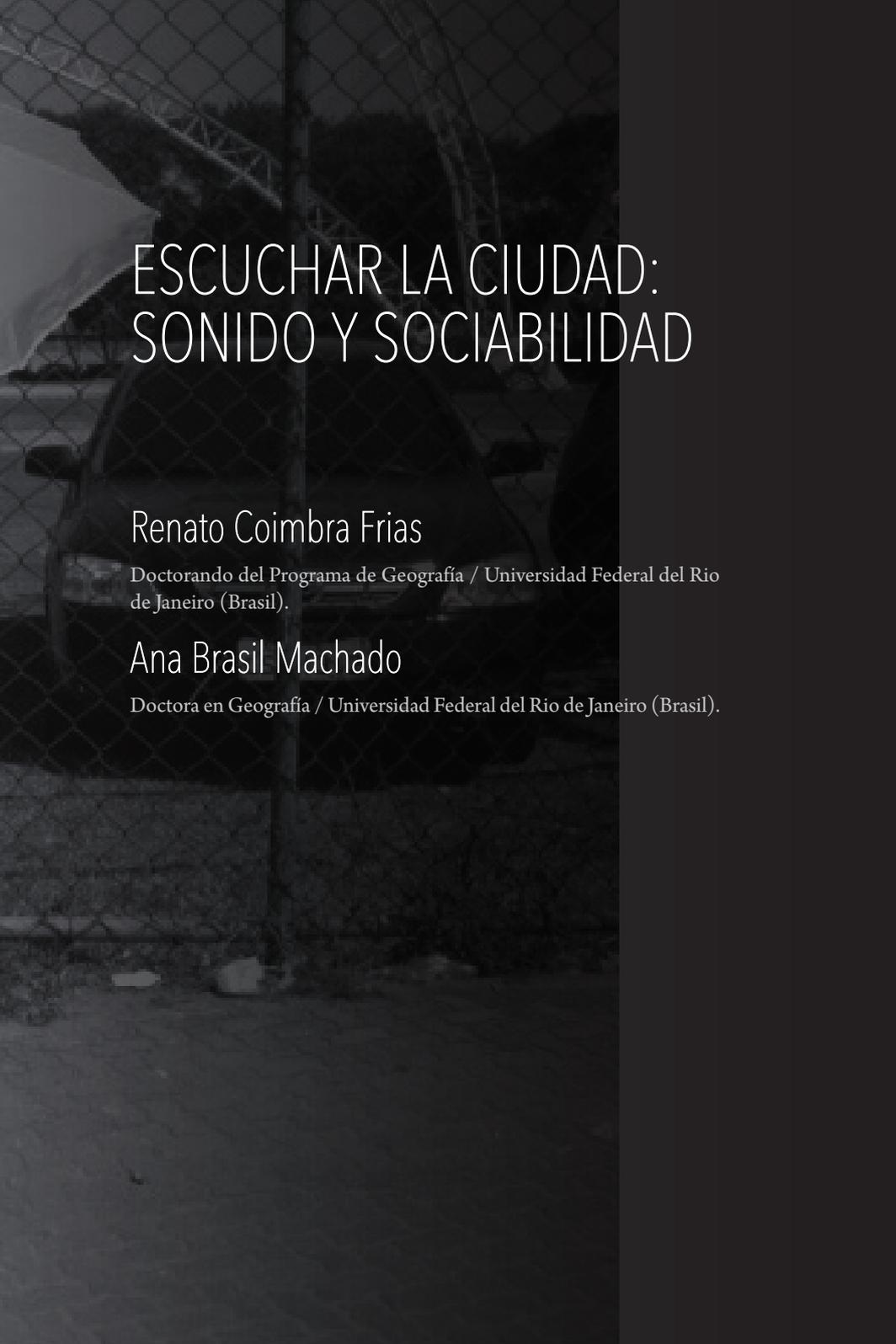


*Figura 3. Prácticas de contemplación en el Aterro del Flamengo y en la Quinta da Boa Vista.
Fuente: Território e Cidadania (2014).*

y que las áreas que son connotadas negativamente por un grupo de personas pueden ser apreciadas por otras colectividades. Más interesante aún es percibir que las mismas características del espacio se pueden leer de forma diametralmente opuestas según diferentes grupos sociales.

Es importante destacar que esas delimitaciones actúan como verdaderas fronteras espaciales y, en ese sentido, clasifican espacios y, junto con ellos, a las personas que allí se presentan. Es así como la expresión de esos valores condiciona el encuentro social y delimita las áreas de posible interés y el grado de diversidad que una determinada población es capaz de soportar en la presencia del otro en espacios públicos abiertos, como en los ejemplos aquí examinados.





ESCUCHAR LA CIUDAD: SONIDO Y SOCIABILIDAD

Renato Coimbra Frias

Doctorando del Programa de Geografía / Universidad Federal del Rio de Janeiro (Brasil).

Ana Brasil Machado

Doctora en Geografía / Universidad Federal del Rio de Janeiro (Brasil).

Resumen

Nuestra experiencia en una ciudad no está formada sólo por lo que observamos en sus calles, plazas, estadios y paisajes icónicos. Los ambientes urbanos están formados también por una gran variedad de sonidos que, combinados, suenan como composiciones, como paisajes sonoros que varían de acuerdo con el lugar donde se constituyen, además de calificar estos mismos lugares. En este sentido se presenta una reflexión acerca de las relaciones existentes entre sonido y sociabilidad en las diferentes formas de ocupación de los espacios públicos. Desde la ciudad de Rio de Janeiro se debatirá primero algunas situaciones donde la relación entre sonido y sociabilidad se presenta como aspecto fundamental en la forma como las personas se organizan e interactúan en los espacios públicos. A continuación, se muestran casos donde la música aparece como principal movilizadora del encuentro social. Al final se pretende demostrar cómo las diferentes formas de sociabilidad se asocian a composiciones sonoras específicas que identifican esas actividades, definen sus límites espaciales y, por consecuencia, influyen directamente en la distribución de las personas en los espacios públicos.

OUVIR A CIDADE: SOM E SOCIABILIDADE

Resumo

A nossa experiência em uma cidade não é formada apenas pelo que observamos em suas ruas, praças, estádios e paisagens icônicas. Os ambientes urbanos são formados também por uma grande variedade de sons que, combinados, soam como composições, como paisagens sonoras, que variam de acordo com o lugar onde se constituem, além de qualificar estes mesmos lugares. Nesse sentido, o presente artigo apresenta uma reflexão acerca das relações existentes entre som e sociabilidade nas diferentes formas de ocupação dos espaços públicos. Partindo de exemplos presentes na cidade do Rio de Janeiro, debateremos, primeiramente, algumas situações onde a relação entre som e sociabilidade se apresenta como aspecto fundamental na forma como as pessoas se organizam e interagem nos espaços públicos. Em seguida, daremos atenção especial aos casos onde a música aparece como principal mobilizadora do encontro social. Ao final, pretendemos demonstrar como as diferentes formas de sociabilidade associam-se a composições sonoras específicas que identificam essas atividades, definem os seus limites espaciais e, por consequência, influem diretamente na distribuição das pessoas nos espaços públicos.

RÍO DE JANEIRO ES UNA CIUDAD CUYA IDENTIDAD/IMAGEN está íntimamente ligada a sus paisajes. Conocer a Río parece ser, en gran parte, «ver» a Río. No por coincidencia, la ciudad cuenta con un amplio conjunto de miradores, compuesto por más de veinte puntos que permiten diferentes miradas de sus paisajes. En muchas de ellas, un elemento común parece atraer la atención de los observadores: la presencia de marcados contrastes en diferentes formas, tales como mar y arena, ciudad y naturaleza, accidentes en el relieve, entre otros.

Contemplar los paisajes de una ciudad, sea ella Río de Janeiro o cualquier otra, es un placer vivificado por muchas personas. Sin embargo, nuestra experiencia urbana no está formada sólo por lo que nos ofrece en función de su paisaje. Entre los cantos apasionados, el alto volumen de las hinchadas de fútbol, los silbidos de los pájaros en un parque tranquilo y el silencio en el suburbio de la ciudad, existe una variedad infinita de composiciones formadas por los sonidos presentes en los ambientes citadinos. El frenar de los coches, ronquidos de motores, conversaciones, carcajadas, anuncios, silbidos, latidos y batucos forman una especie de orquestación involuntaria, compuesta por los sonidos existentes en un determinado lugar. Se forma una composición, una especie de *paisaje sonoro* (Schafer, 1977) que también marca nuestra experiencia en la ciudad.

Estas composiciones tienen un fuerte contenido espacial; difieren dependiendo de los lugares en que se constituyen. Diferentes actividades y situaciones están asociadas a determinados *paisajes sonoros*. En segundo lugar, estas composiciones son, como el propio término sugiere, resultado de un juego de posiciones existente entre el oyente y las fuentes sonoras; es decir, «dónde» estamos interfiere directamente en lo que oímos. Por último, vale recordar que determinadas características de la morfología urbana, como la anchura de las calles y la altura de los edificios, condicionan la forma en que el sonido se propaga en el espacio y, por lo tanto, influye también en lo que oímos.

Teniendo esto en cuenta, nos gustaría destacar la fuerte capacidad que estas composiciones tienen de organizar concentraciones de personas para diferentes fines en la ciudad. Los *paisajes sonoros* pueden definir tanto los límites espaciales de una determinada actividad como pueden atraer un determinado público a otra; son tanto producto

como catalizadores de la interacción social. En ese sentido, la consideración de esos *paisajes sonoros* puede revelar nuevos aspectos de la dinámica espacial de la sociabilidad en los espacios públicos.

En las próximas líneas, discutiremos primero algunas situaciones donde la relación entre sonido y sociabilidad se presenta como un aspecto fundamental en la forma en que las personas se organizan e interactúan en los espacios públicos. A continuación, prestaremos atención especial a los casos donde la música aparece como principal movilizadora de la interacción social.

DEL BULLICIO AL SILENCIO

Vamos a empezar con el ejemplo del «bullicio», un término comúnmente utilizado para referirse a una concentración de personas interactuando socialmente. «Estoy aquí en la esquina, cerca del bullicio» podría decir alguien para comunicar que está cerca de una concentración de gente hablando, riendo, bebiendo, escuchando música. Es decir, cerca de un ambiente donde diversos sonidos emitidos por el encuentro social tienen lugar.

Y es curioso observar que, entre las definiciones que se atribuye a la palabra «bullicio» en los diccionarios, algunas hacen referencia al sonido: «rumor», «susurro», «murmullo», «sonido confuso de voces» son algunos ejemplos. El hecho de que una palabra se use para referir tipos tan específicos de sonidos, como a personas en interacción social, parece ilustrar cómo la sociabilidad puede ser, por sí misma, productora de un *paisaje sonoro*.

Ese «bullicio» puede funcionar como uno de los elementos que actúa en la configuración de la distribución espacial de las personas, ya que confiere ciertas cualidades a los espacios públicos o porciones de estos. Se trata, por lo tanto, de una composición sonora formada por el conjunto de voces de las personas reunidas. Por un lado, esa composición puede sonar atractiva para quien busca, justamente, estar en contacto con otras personas. Si deseamos encontrarnos también con desconocidos, es decir, si nuestra voluntad de interacción está próxima a una sociabilidad más pública, el «bullicio» funciona como una

especie de indicador. Si es alto su volumen probablemente se trata de un buen lugar para estar.

Por otro lado, la cacofonía típica en ambientes donde hay una concentración de personas en interacción social, muchas veces amplificada por una presentación musical o por el tráfico de coches, puede sonar desagradable para quien busca un lugar menos ruidoso. Cuando buscamos interacciones más enfocadas, más controladas con personas conocidas, es decir, cuando deseamos una sociabilidad menos pública, el «bullicio» es un elemento de disturbio: el área asociada a esa composición sonora se convierte en un destino no deseado. En otras palabras, el «bullicio» puede funcionar como una especie de límite perceptible solamente por la audición. Una barrera invisible, pero audible que va a influir directamente en la posición que las personas van a asumir en un espacio público.

No por casualidad, «bullicio» y «buxixo» son términos similares que acabaron convirtiéndose en toponimias de lugares marcados por la concentración de personas en interacción social. Un ejemplo es el Bar Burbu»rinho (Bar Bullicio en portugués), ubicado en el Recife Antiguo de la ciudad del mismo nombre. Ir al «bullicio» no significa necesariamente entrar en el bar. El área externa, la vía y las aceras de su entorno ganan el mismo nombre y se confunden con las concentraciones frente a otros bares formando una gran «región bohemia».

El «buxixo», por su parte, nombra un área de bares en el barrio de Tijuca donde se sitúa el bar Buxixo da Tijuca. Así como en Recife, un encuentro puede tener lugar «en el Buxixo» sin que las personas entre y consuman en el establecimiento. Ellas pueden frecuentar otros bares o permanecer en los espacios públicos. Tanto el «bullicio» recifense como el «buxixo» tijucano son lugares de encuentro social, predominantemente nocturno, caracterizados por una composición sonora de personas hablantes, confundidas con el retintín de vasos y botellas, presentaciones musicales, sonidos mecánicos y también otros sonidos ordinarios de las ciudades como bocinas de vehículos y anuncios de vendedores ambulantes.

Otras actividades de encuentro social más orientadas como los juegos de cartas y ajedrez que tienen lugar en los espacios públicos,

son actividades previstas que pueden ocurrir con el apoyo de mobiliario proyectado para estos fines. Estas actividades, aunque ocurren en lugares públicos, muchas veces cerca de vías concurridas y ruidosas, parecen exigir concentración y, por lo tanto, un ambiente más silencioso. Esto quiere decir que en el entorno inmediato de estos juegos cualquier conversación en volumen más alto o cualquier otro ruido producido por no participantes del juego se convierte en un elemento perturbador.

Sonido y sociabilidad también pueden ser la raíz de algunos conflictos relacionados con los usos del espacio público. Una parte significativa de los esfuerzos para ordenar el espacio urbano está orientada a la regulación de conflictos generados por los problemas de vecindad. La proximidad y la copresencia de personas y actividades diversas con diferentes intereses, ritmos de activación y formas de presentarse en el espacio urbano exigen el diálogo y la negociación. Los conflictos surgidos por la incomodidad, relacionada con el volumen de los sonidos emitidos, ganaron formas bastante estables de regulación a través de leyes específicas conocidas como «leyes del silencio».

En Brasil, las leyes estatales y municipales se basaron en el Código Civil que considera como delito la perturbación de la tranquilidad de los demás. En Río de Janeiro, la Ley Estatal N° 126, de 10 de mayo de 1977 «Dispone sobre la protección contra la polución sonora» y considera infracción «la producción de ruido, siendo entendido como tal el sonido puro o la mezcla de sonidos, con dos o más tonos, capaz de perjudicar la salud, la seguridad o el sosiego públicos (artículo 1°). Los ruidos no deben sobrepasar 85 decibelios, no pueden ser emitidos en las «zonas de silencio» (como aquellas en el entorno de hospitales), además de no permitirse los ruidos producidos por cohetes y fuegos artificiales y aquellos amplificados y emitidos por «radiolas, vitrolas, trompas, fanfarrias, silbidos, tímpanos, campanillas, matracas, sirenas, altavoces, cuando producidos en la vía pública o cuando en ella se oyen de forma incómoda» (artículo 3°, inciso V).

Llama también la atención la creación de un período de excepción: en los 30 días antes del carnaval se permiten los ruidos emitidos por ensayos y exposiciones de las escuelas de samba incluso durante la

madrugada¹. El uso de altavoces pasa a ser permitido también para divulgar canciones carnavalescas, pero sólo en los quince días que anteceden a los tres días de Carnaval. Además de un período especial del año, la ley también distingue dos tramos horarios durante el día: de 7 a 22 horas la tolerancia para el ruido es mayor; de 22 a 7 horas algunas emisiones son totalmente inadmisibles.

Cuando los ruidos que incomodan son producidos en espacios públicos, sobre todo durante la noche y en áreas residenciales, los conflictos dan lugar a diferentes propuestas y soluciones. El bajo Gávea, lugar de sociabilidad nocturna desde la década de 1970, es una zona residencial que concentra establecimientos nocturnos y bares. En 1999, el entonces alcalde Luis Paulo Conde decretó el cierre de los bares a la 1:00 horas de la madrugada modificando el «lunes sin ley», día de la semana en que el lugar se avivaba más intensamente.

Más recientemente, la Plaza São Salvador, situado en una zona de calles tranquilas del barrio de Flamengo, se convirtió en un escenario de conflicto por el ruido. En los últimos años, la plaza ha recibido una importante afluencia de jóvenes en la noche, tanto los días laborales como los sábados y domingos. Muchos residentes se han molestado con el «bullicio» que se prolonga durante toda la noche, aunque las presentaciones musicales no excedan las 22 horas, lo que hizo que una concejala propusiera la instalación de rejas en la plaza para evitar su uso nocturno. Las palabras a continuación presentan claramente y dan visibilidad al debate público que está basado en la relación entre la sociabilidad, el sonido y las molestias ocasionadas a los vecinos. «La Ley del Artista de Calle late de frente con la Ley del Silencio. ¡El sonido de la calle se propaga dentro de los apartamentos y el ruido es insoportable! Ya intentamos conversar con los asistentes, pero ellos alegan que el espacio es público» (Simone Abreu, residente en el entorno de la plaza, O Globo, Cuaderno Zona Sur, 15/05/2014); «[...] no son los bares que hacen ruido. El ruido es de la plaza» (Juan Paulo Freire, dueño del Bar Casa Brasil, O Globo, Cuaderno Río, 20/06/2014); «Quien

1 Aunque el Carnaval constituya un período de relativa excepcionalidad, los bloques (cofradías) se ven afectados por reglas con fuerte contenido espacial. Este es el caso del bloque *Cordão Umbilical* que al pasar por el Hospital da Lagoa disminuye el volumen de sus instrumentos.

vive en los edificios alrededor no puede dormir más. Los habitantes no soportan más el ruido y la plaza amanece toda sucia» (Leila del Flamengo, concejala, O Globo, Cuaderno Río, 22/04/2015).

La concentración de personas con fines de sociabilidad produce sonidos que se mezclan con otros sonidos de la ciudad, formando una composición sonora que organiza y delimita los espacios públicos. Estas composiciones son características importantes de los lugares públicos y son capaces de atraer o rechazar a individuos y grupos, dependiendo de sus intereses. Además, la co-presencia de diferentes usos urbanos, como la sociabilidad y la vivienda, plantea conflictos que pueden ser debatidos en la esfera pública generando normas y consecuentes cambios en estos lugares. Así como el «bullicio», la música en los espacios públicos es un importante elemento sonoro que participa en la organización espacial de la *sociabilidad pública*.

ESPACIO PÚBLICO Y GÉNEROS MUSICALES: FORMAS DE OCUPACIÓN

En muchas ciudades del mundo es posible encontrar lugares, especialmente espacios públicos, que tienen estrecha relación con algunos géneros musicales. Algunos ejemplos son mundialmente conocidos como las calles Caminito, en Buenos Aires, y su antigua relación con el Tango; la Bourbon Street, en Nueva Orleans, que desde hace décadas sirve de escenario para músicos de jazz. Otro ejemplo sería el de géneros musicales como el reggae, el ska y el dub que se hicieron populares durante las décadas de los cincuenta y sesenta cuando al protagonizar diversas fiestas en las calles de Kingston a través de los poderosos *soundsystems*. Se trata de conjuntos formados por un aparato de sonido móvil, DJs y MCs² que, hasta hoy, realizan fiestas públicas en la capital jamaicana y en muchas otras ciudades del mundo.

En una de ellas, en Nueva York, ocurrían durante los años ochenta las fiestas callejeras del DJ Kool Herc. Jamaicano de nacimiento y entusiasta de la cultura *soundsystem*, el DJ ocupaba semana tras semana cuerdas, plazas y aceras en el barrio del Bronx tocando para un público que giraba alrededor de quinientas personas y podía llegar a tres mil. Uno

2 DJ e MC son abreviaturas para *disk jockey* e *master of ceremony*, respectivamente.

de los grandes momentos de esas fiestas ocurría cuando Kool Herc ejecutaba, en *loop* (música electroacústica), los trechos instrumentales de éxitos de la época, mientras que jóvenes improvisaban versos y rimas por encima del ritmo de la música. La unión del instrumental en *loop* ejecutado por el DJ, y de la poesía cantada por los MCs originó un nuevo género musical, el rap.

Este género mantiene hasta hoy estrecha relación con el espacio público. Ejemplo de ello son las *ruedas de rima* 3, eventos donde un grupo de personas se reúne para cantar y oír rap. A pesar de haberse difundido por ciudades de diferentes países, las *ruedas* tienen un formato que no varía mucho: organizados en rueda o en arco, los participantes se turnan en los micrófonos, promoviendo disputas de improvisación de letras sobre los ritmos musicales tocados por un DJ. Aquel que sea más creativo y anime más a los oyentes gana la disputa.

Como podemos percibir en los ejemplos citados, eso que llamamos «estrecha relación» de algunos lugares con determinados géneros musicales se refiere al caso de lugares que fueron importantes para el surgimiento y popularización de algunos géneros como es el caso de las calles del Bronx para el rap, y las de Kingston para el reggae. Además, es curioso notar como algunos géneros musicales están asociados a modalidades específicas de ocupación de los espacios públicos como en el caso de las *ruedas de rima* y de las fiestas de los *soundsystems*. A lo largo de los años, estas modalidades fueron reproducidas en diferentes lugares y, además del obvio mantenimiento de los ritmos musicales asociados a esos eventos, percibimos también el mantenimiento del modo como artistas, público, equipos de sonido, están dispuestos espacialmente. En otras palabras, la identidad de estos eventos está marcada no sólo por un tipo específico de música, sino también por una forma, por un orden espacial propio.

Sin embargo, es importante notar que, en esos eventos, lo que moviliza a las personas no es sólo la oportunidad de oír rap, reggae o algún otro género musical. Hay cierto placer en el encuentro, en el contacto con el otro, en la sociabilidad que, combinado al placer de oír música, genera esas concentraciones. Río de Janeiro es un ejemplo de

3 Llamadas también *batallas de rap* o simplemente *arenas*.

ciudad donde la combinación entre música y sociabilidad, desde hace décadas y cotidianamente, promueve la concentración de personas en sus diversos espacios públicos. Veamos algunos ejemplos, destacando las diferentes relaciones entre forma, música y sociabilidad en esas concentraciones.

Podemos citar como primer ejemplo las *ruedas de samba* que se distribuyen en los barrios de Río desde el comienzo del siglo pasado. La Piedra de Sal en el barrio de Saúde, alberga una de las *ruedas* más antiguas de la ciudad y es buscada tanto por cariocas como por turistas. Todos los días de samba se repite la misma distribución: mientras que los músicos sentados en un círculo alrededor de una mesa cantan y tocan sus instrumentos, el público se sienta alrededor usando las escalinatas de piedra que dan nombre al lugar. En los círculos más cercanos a los músicos, las personas cantan emocionadas estrofas de la samba. En los círculos más lejanos, especialmente aquellos ubicados en lo más alto de la escalinata, las personas permanecen más atentas a las conversaciones que a las canciones tocadas. Esta es una dinámica común y se repite en otras *ruedas* de la ciudad.

En la ya citada Plaza São Salvador, la samba da lugar al *choro* (llo-ro), el perfil del público es otro y el horario por la mañana y no por la noche también cambia, pero la forma en que se dispone la escena sigue siendo la misma.

Otro lugar que tiene una larga relación con la música es el viaducto Negrão de Lima, en Madureira. Desde hace veinticinco años se lleva a cabo todos los sábados el llamado Baile Charme del Viaducto de Madureira que reúne, edición tras edición, grupos de bailarines y entusiastas de la música negra americana⁴. En este baile, y también en otros repartidos por la ciudad⁵, podemos observar un orden espacial que se repite sin muchas variaciones: la gente en su mayoría danza en grupos; los bailarines solos son más bien casos extraños. Dispuestos

4 «Charme» es la forma en que *el R&B* americano fue cariñosamente bautizado por los/as asistentes de los bailes cariocas en la década de los ochenta, continuando este nombre en la actualidad.

5 En la calle de Resende, centro de Río, se conoció como Baile Charme del Río Antiguo por la feria de artesanías y antigüedades que se realiza en la Lavradio, calle perpendicular a la de Resende. Otro lugar que ha acogido un baile es la ya citada Piedra de la Sal, con el Baile Black Bom.



Figura 1. Rueda de choro en la Plaza São Salvador. Fuente: Território e Cidadania (2014).



Figura 2. Rueda de rima. Fuente: Eduardo Amorim (2014).

en filas y frente al escenario donde está el DJ, algunos de estos grupos realizan pasos sincronizados y ocupan una buena parte de la pista con una coreografía tan perfecta que parece haber sido ensayada. Quien es nuevo en el baile se posiciona más al fondo de la pista y va, poco a poco, asimilando los complejos movimientos de danza.

Los ya mencionados *soundsystems* y *ruedas de rimas* también son ejemplos de hechos que hacen converger música y sociabilidad y que están bien distribuidos alrededor de Río de Janeiro. Desde 2012, el CCRP –Circuito Carioca de Ritmo y Poesía–, especie de red formada por varias *ruedas de rima*, ocupa espacios como pistas de patinaje (Rueda Cultural de Méier), plazas (Rueda de Rima de Vila Isabel) y bloques (Rueda Cultural de Olaria). En lugares como el Arco de Teles, en el centro de Río, se hacen presentaciones de grupos como el BangarangSoundSystem y el Digital dubs, que mantienen viva la tradición jamaicana de fiestas públicas en la ciudad.

Tanto en las *ruedas de rima* como las fiestas de los *soundsystems* es común que el equipo esté sentado formando con frecuencia un «muro» de cajas de sonido ante el público. La forma como la gente se distribuye delante de las cajas varía según el tamaño del público y del lugar, pero es muy común que se forme un arco (o la rueda en sí misma) durante la «batalla de rap» o con cualquier otra actuación.

En las fiestas de *soundsystem* se repite un dato curioso: a pesar del alto volumen, es muy común ver a algunas personas bailando casi pegadas en los altoparlantes. Como los ritmos jamaquinos están marcados por un ritmo grave, las cajas emiten frecuencias bastante bajas para que las personas sientan un impacto en el cuerpo a cada nota del bajo o del tambor. Algunas de esas personas llegan a levantar los brazos y cerrar los ojos para «sentir» mejor el sonido ante las cajas de evidenciente el placer sensorial involucrado en esa experiencia y ayuda a explicar la posición que algunos frequentadores ocupan en ese tipo de evento.

La rueda

Samba-rock, samba duro, samba-de-breque, samba enredo: uno de los ritmos más populares de Brasil toma formas diversas, tanto en lo que se refiere a su estructura musical como en lo que se refiere al modo como es

presentado al público. Mientras que los desfiles de las escuelas de samba son conocidos internacionalmente por su opulencia y grandeza ocupando grandes avenidas durante el carnaval brasileño, los bailes de gafeira (la danza asociada al ritmo samba) son eventos más pequeños, donde una banda anima a la gente que baila en pareja.

Otro ejemplo bien conocido es la *rueda de samba*, que asume un formato que no es exclusivo de los «bambas» (personas que saben cantar y bailar bien, en la jerga de la samba): otras expresiones culturales como las «cirandas», el «jongo», la «capoeira», la «umbigada», las «danza-decintas» y una gran variedad de bailes indígenas son ejemplos de eventos culturales donde la música dicta el ritmo y la rueda organiza personas. ¿Qué explicaría la repetición de ese formato en manifestaciones de orígenes y características tan distintas?

El formato circular coloca a los participantes unos frente a otros y parece traducir una ausencia (o atenuación) de jerarquías, donde todos pueden ver y ser vistos, y donde una persona es siempre el espectáculo de la otra. Además, ese modo de confraternización parece emular un ambiente de relaciones íntimas, lazos afectivos y un cierto espíritu de comunidad, haciendo de la rueda una especie de extensión de la casa o de la familia (Moura, 2004).

Los bloques (cofradías) del carnaval de Río también se asocian fuertemente con la sociabilidad en los espacios públicos. Su presentación puede ser bastante diversa, asumiendo variadas formas de ocupación. Tradicionalmente, los «bloques» y «cordones» son animados por sambas y marchas, que están compuestas por una orquesta con instrumentos de percusión y viento. El público la rodea y la sigue, recorriendo un trayecto denominado *cortejo*. Este modelo, sin embargo, no es único y puede sufrir cambios de acuerdo con la elección del trayecto o lugar de permanencia, el uso de aparatos de amplificación del sonido y la adopción de otras formas de presentación.

Algunos bloques ganaron muchos adeptos a lo largo del tiempo, lo que exigió que sus presentaciones en el espacio público ganasen nuevos formatos. Algunos se unieron a los camiones adaptados con aparatos de altavoz como una forma de amplificar el sonido de los instrumentos y voz. Otros optaron por la «sedentarización», como el

Cordón del Boitató que se fijó en el Palacio Imperial con estructura de show (escenario, iluminación, equipo de sonido). Bloques como el *Concentra, Mas Não Sai*, siempre se caracterizaron sin embargo por la permanencia en un lugar específico desde su creación. Otra estrategia utilizada es «levantar» a los músicos, haciendo que la propagación del sonido alcance mayores distancias y llegue a más gente: este es el caso de la Orquesta Voadora, que antes de utilizar coches de sonido, los músicos andaban en zancos.

Aunque las formas de los bloques se diferencian considerablemente podríamos imaginar que internamente la organización espacial obedece a una misma lógica: los parranderos, deseosos de oír la música que envuelve el bloque se concentrarían en las cercanías de la fuente sonora. Siguiendo esta lógica, al alejarse de la fuente observaríamos una disminución proporcional en la densidad de personas. Sin embargo, una observación un poco más cuidadosa es capaz de mostrar que esta relación no es tan sencilla como puede parecer. Otros elementos constituyen la espacialidad de un bloque, como los baños públicos y la oferta de bebidas por vendedores ambulantes. Teniendo en cuenta también la voluntad de interacción entre los participantes a través de otras formas como la conversación, los bordes de los bloques pueden presentar las posiciones más interesantes para los fiesteros.

Una última nota sobre los bloques tiene que hacerse a partir de su relación con los lugares en donde ocurren. Barrios con calles estrechas y sinuosas, como Santa Teresa, dan lugar a cortejos muy densos, pero compactos. A menudo, los lugares de concentración y el trayecto no son ampliamente divulgados o sufren cambios poco divulgados; los horarios de salida están marcados para las primeras horas de la mañana o son imprecisos; incluso el nombre de los bloques se cambia de un año a otro. La menor divulgación hace que sólo aquellos con acceso privilegiado a la información pueda disfrutar de todo el evento. En este sentido, la sociabilidad producida en estos bloques tiene un carácter de comunidad y por lo tanto menos pública. Lugares más grandes, tales como el Aterro de Flamengo, permiten «desfiles» menos densos, más esparcidos, donde el evento puede ocupar un área mayor. Generalmente, los bloques que desfilan allí divulgan la información sobre horarios y comienzo del desfile, haciendo que la adhesión de sus miembros sea

mayor. Además, el trayecto más programado, que sigue las vías del Aterro y el diseño del Parque de Flamengo, permite que «fiesteros retrasados» encuentren los bloques con más facilidad. En estos bloques, la sociabilidad parece perder el carácter comunitario y acercarse más a la sociabilidad pública.

Además de las diferencias existentes entre *ruedas de samba*, *sound-systems* y otros tipos de concentraciones citadas, se puede apreciar algunas semejanzas en lo que se refiere a la relación existente entre su organización espacial y los *paisajes sonoros*. En primer lugar resulta curioso observar cómo se concibe la localización de estos eventos en la ciudad teniendo en cuenta un conjunto de factores que moldean el *paisaje sonoro*. En la medida en que esas concentraciones, tanto por las actuaciones musicales como por la reunión de personas, agregan un conjunto variado de fuentes de sonido, se pueden considerar como una perturbación más de las que se producen en el entorno. En cambio, otras fuentes sonoras presentes en el ambiente también pueden perturbar la realización de estos eventos e influir en la elección de su lugar de realización. Así, podemos decir que su ubicación siempre es el resultado de una negociación, conflictiva o no, de sus directores con otros agentes como el ayuntamiento, policía, residentes y el público en una especie de gestión compartida del *paisaje sonoro* local.

Obviamente, no son sólo los aspectos acústicos los que determinan los lugares elegidos para la realización de una *rueda de samba* o de una *batalla de rap*. La obtención de permisos, identificación entre el público y el lugar, accesibilidad y muchos otros factores van a condicionar la elección. Sin embargo, obstáculos que son generados por la «ley del silencio» y la presencia de ruido excesivo en el entorno son ejemplos de aspectos que moldean el *paisaje sonoro* local y también influirán directamente en la decisión de ubicación de estos eventos.

En segundo lugar, la forma en que el sonido y la música pueden afectar el juego de posiciones en el espacio público puede ser observado también en otra escala, la de la organización interna de esas concentraciones. Pensemos, otra vez, en una *rueda de samba* y las diferentes posiciones que se puede ocupar allí como público. En algunos puntos de la *rueda*, se destacan los sonidos de las conversaciones entre los grupos de amigos. La música no desaparece, sigue escuchándose, pero

funciona como una especie de «música de fondo» en la conversación que se desarrolla. En otro punto, el sonido rítmico de los instrumentos y la melodía cantada por los músicos se destaca del «bullicio» y de los otros sonidos del ambiente que componen aquel *paisaje sonoro*. Quien quiere oír la música claramente y en alto volumen se posiciona allí. Quien quiere conversar se aleja; es decir, la posición que tomamos influye directamente en lo que hemos oído. Por lo tanto, la posición que asumimos en la rueda influye directamente sobre lo que oímos allí.

Cuando elegimos una posición específica orientados por lo que se escucha realizamos un ejercicio similar al de un ingeniero de sonido mezclando pistas de audio en un estudio según lo que se quiere o no escuchar en el resultado final; el ingeniero aumenta o disminuye el volumen de algunas pistas, señalando algunos de los sonidos y haciendo otros menos audibles. Cuando buscamos un punto de escucha estamos también tratando de destacar algunos sonidos y silenciar otros. Sin embargo, en lugar de una mesa de sonido, lo que nos garantiza esta ecualización óptima entre los sonidos que queremos oír y los sonidos que no queremos oír es nuestra posición en el espacio. En resumen, al escoger una posición en una *rueda de samba*, o en cualquier evento similar, también estamos eligiendo como vamos a posicionarnos con respecto a las fuentes sonoras presentes en el ambiente, determinando lo que vamos a oír con mayor o menor claridad.

Punto de Escucha

Cuando hablamos de un *punto de vista* (Gomes, 2013), nos estamos refiriendo a lugares que ofrecen una visión panorámica desde donde se puede observar un paisaje. «Punto» en este caso indica un lugar determinado, una posición desde la que podemos ver algo que no se ve si nos encontráramos en otra posición. El término establece, por lo tanto, una relación directa entre el espectador y lo que está siendo observado. El *punto de vista*, por lo tanto, se refiere a una posición que nos permite ver ciertas cosas.

Siguiendo ese razonamiento, podemos decir que lo que oímos es, así como lo que vemos, resultado también de un juego de posiciones, compuesto por quien oye o por quién o qué es oído. Buscamos, diariamente,

de forma intuitiva o deliberada, posicionarnos para oír o no oír ciertos tipos de fuentes sonoras. Cuando tomamos una posición, no estamos favoreciendo sólo un campo de observación, sino también un campo de audición. De esta forma, hacemos periféricas otras parcelas de ese campo y enmudecemos otra inmensa parte. Es decir, cuando escogemos un punto de vista, estamos también eligiendo un *punto de escucha*.

CONSIDERACIONES FINALES

Nuestra experiencia en una ciudad no está formada sólo por lo que observamos en sus calles, plazas, estadios y paisajes icónicos. Los ambientes urbanos están formados también por una gran variedad de sonidos que, combinados, suenan como composiciones, como *paisajes sonoros*, que no sólo van a variar de acuerdo con el lugar donde se constituyen, sino que también van a calificar estos mismos lugares.

En ese sentido, los *paisajes sonoros* se configuran como parte fundamental de nuestra experiencia urbana. También forman, como cualquier paisaje, la imagen que construimos de un lugar. Una imagen — vale resaltar— no estática variará su percepción e interpretación de acuerdo con quien la oye. Una misma combinación de sonidos, por lo tanto, puede tanto atraer, como repeler el interés de las personas, promoviendo o disipando concentraciones en los espacios públicos.

Además, buscamos demostrar aquí como estas composiciones son también resultado de un juego de posiciones entre el oyente, las fuentes sonoras y el ambiente que los circunda. Es decir, la posición que el oyente ocupa define en gran parte lo que escucha. Establece un punto de recepción sonora determinando lo que vamos a oír con mayor o menor claridad.

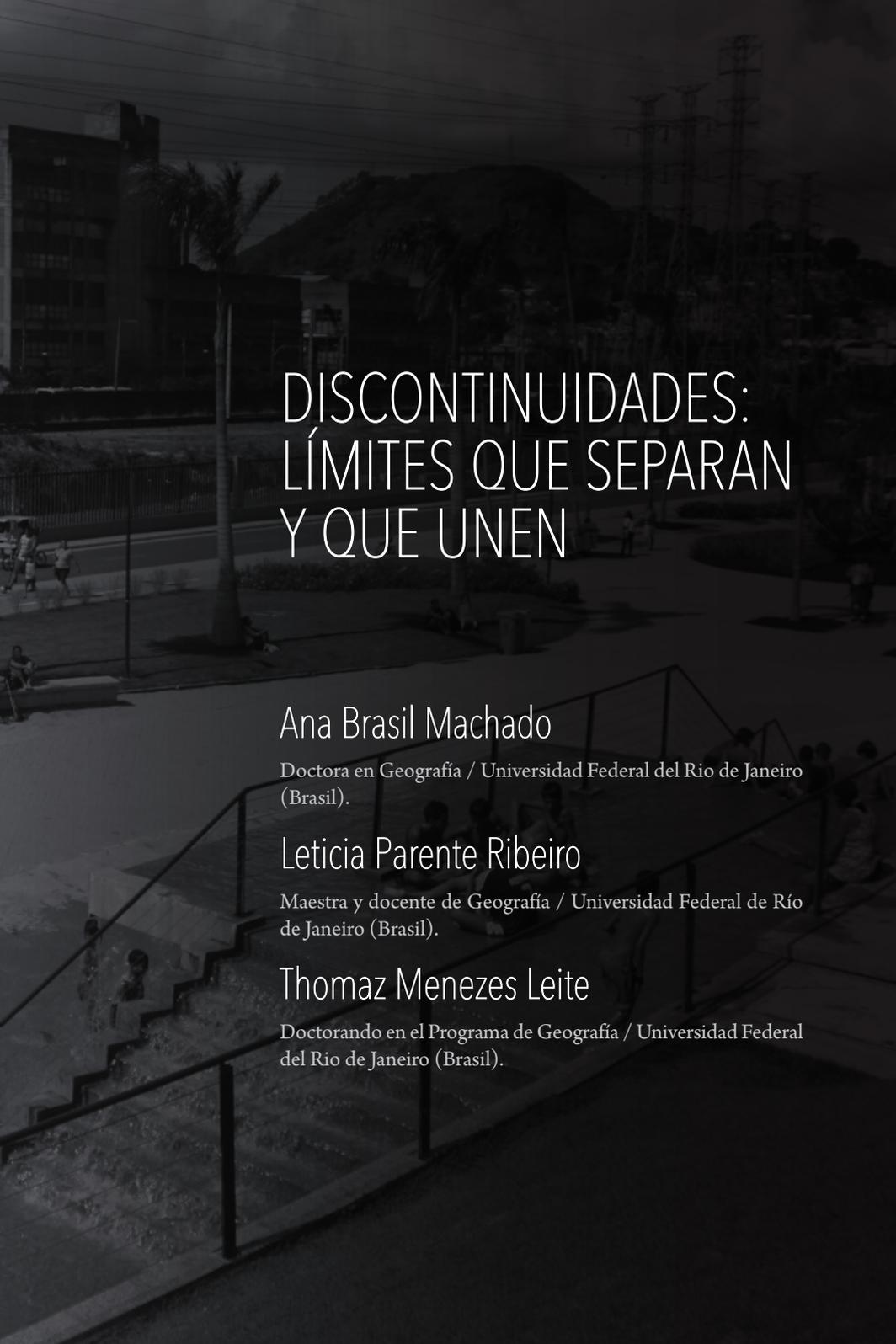
La consideración de esos *paisajes sonoros* puede revelar nuevos aspectos de la dinámica espacial de la sociabilidad en los espacios públicos. De la *rueda de samba* al *carnet* en la plaza, las diferentes formas de interacción social se asocian a composiciones sonoras específicas que identifican esas actividades, definen sus límites espaciales y, por consecuencia, influyen directamente en la distribución de las personas en los espacios públicos.

Esas composiciones son también resultado de un juego de posiciones entre el oyente, las fuentes sonoras y el ambiente que los circunda. Es decir, la posición que el oyente ocupa define en gran parte lo que oye. Define un punto de escucha, determinando lo que vamos a oír con mayor o menor claridad.

Además, la consideración de esos *paisajes sonoros* puede revelar nuevos aspectos de la dinámica espacial de la sociabilidad en los espacios públicos. De la *rueda de samba* al juego de cartas en la plaza, las diferentes formas de interacción social se asocian a composiciones sonoras específicas que identifican esas actividades, definen sus límites espaciales y, por consecuencia, influyen directamente en la distribución de las personas en los espacios públicos.

DISCONTINUIDADES





DISCONTINUIDADES: LÍMITES QUE SEPARAN Y QUE UNEN

Ana Brasil Machado

Doctora en Geografía / Universidad Federal del Rio de Janeiro
(Brasil).

Leticia Parente Ribeiro

Maestra y docente de Geografía / Universidad Federal de Río
de Janeiro (Brasil).

Thomaz Menezes Leite

Doctorando en el Programa de Geografía / Universidad Federal
del Rio de Janeiro (Brasil).

Resumen

Los espacios públicos, como «campos» donde se desarrolla el juego de la sociabilidad pública, están marcados por discontinuidades, límites más o menos efímeros. Por un lado, las discontinuidades clasifican y distinguen lugares; por otro, ellas producen interfaces, colocando en relación sus formas, sus frequentadores, sus actividades y los valores que les son atribuidos. Por lo tanto, actúan regulando usos, accesos y ritmos. Los declives y desniveles, formas específicas de las discontinuidades, crean diferentes condiciones de visibilidad en los lugares en que se inscriben, diferenciando y jerarquizando visualmente los objetos, las acciones y los grupos. Además de clasificar usos y grupos, los límites materializados en los espacios públicos pueden participar activamente en la conformación de los patrones espaciales de sociabilidad. En estos casos, dejan de ser líneas demarcatorias y ganan espesor, componiendo los escenarios de sociabilidad. Sin embargo, si la *sociabilidad pública* está marcada por los diferentes límites, ella también resignifica, ocupa y crea límites a partir de sus dinámicas.

DESCONTINUIDADES: LIMITES QUE SEPARAM E QUE UNEM

Resumo

Espaços públicos, como «campos» onde o jogo da sociabilidade pública se desenvolve, são marcados por discontinuidades, limites mais ou menos efêmeros. Por um lado, as discontinuidades classificam e distinguem lugares, por outro, produzem interfaces, colocando em relação suas formas, seus frequentadores, suas atividades e os valores que lhes são atribuídos. Portanto, eles agem regulando usos, acessos e ritmos. As declividades e desníveis, formas específicas de discontinuidades, criam diferentes condições de visibilidade nos locais em que estão inscritas, diferenciando e classificando visualmente objetos, ações e grupos. Além de classificar usos e grupos, os limites materializados em espaços públicos podem participar ativamente da conformação de padrões espaciais de sociabilidade. Nestes casos, deixam de ser linhas demarcatórias e ganham espessura, compondo os cenários de sociabilidade. No entanto, se a sociabilidade pública é marcada por diferentes limites, ela também ressignifica, ocupa e cria limites a partir de sua dinâmica.

LOS JUEGOS TIENEN REGLAS MÁS O MENOS FLEXIBLES y muchas de estas reglas se introducen en el espacio donde se realiza el juego. En los campos y canchas de fútbol, por ejemplo, el medio del campo está marcado por una línea que define el área de defensa de cada uno de los equipos; el área pequeña, delimitada por cuatro líneas, diferencia las faltas cometidas en su interior clasificándolas como penalidades máximas; los postes indican los límites del área donde la bola debe entrar para que un gol sea hecho.

Campos, tableros y canchas por lo tanto se componen de límites. Líneas rectas o curvas, continuas o punteadas regulan el progreso del juego y la interacción entre los participantes. Los límites exteriores crean una discontinuidad con el espacio circundante y definen quiénes son los jugadores y quién está fuera del juego. Las líneas internas crean sub-espacios, indican reglas específicas y clasifican los equipos. Clasificar, diferenciar, dividir, organizar, todo esto con sólo algunos límites; algunas líneas inscritas en el terreno.

El *Apeiron* griego y el *Nun* egipcio

En la antigüedad, los griegos se basaban en un conjunto heterogéneo de fuentes —como las cosmografías, la filosofía natural, los relatos de viajeros y los poemas épicos— para describir (*escribir*) la estructura del mundo.

El acto más fundamental por el cual los griegos definían su mundo consistía en darle fronteras, demarcando una extensión finita del conjunto amorfo que le rodeaba. Sin esos límites, tierra y mar se convertirían en *apeiron*, «sin límites». El epíteto empleado por Anaximander da testimonio de la incomodidad cognitiva que un espacio de extensión ilimitada inspiraba. No está claro, sin embargo, si el *apeiron* de Anaximandro indicaba una extensión espacial sin límites exteriores o sin diferenciación interna, pero en ambos casos la palabra sugiere una falta de forma y difusión que son enemigos del orden y de la jerarquía. A la tierra «sin fronteras», por lo tanto, debe prestarse fronteras antes de que esta pudiese ser comprensible (Romm, 1992: 10-11).

Los Pilares o Columnas de Gibraltar —dos rocas en el Estrecho de Gibraltar— indicaban el límite del mundo seguro y conocido (*ecúmeno*)

por los griegos. Estas referencias espaciales funcionaban al mismo tiempo como barrera y portal entre el mundo interno y el mundo externo.

Para los antiguos egipcios, en primer lugar no había un Dios, sino más bien el caos, concebido no como algo inmaterial, sino como un océano sin límites, el *nun*. En estado latente, en este océano se encontraban la sustancia primera que se convertiría en el mundo y el demiurgo, aquel que modelaría el mundo.

Solamente con la aparición de una pequeña isla o loma primordial en este océano es que el demiurgo puede actuar. Este realizaba la organización y ordenación del mundo a partir de la diferenciación del caos original de la indistinción (Cohn, 1996: 19). Así como los griegos, los egipcios creían en el papel de los límites y diferenciación espacial como fundadores del orden.

Incluso en juegos improvisados, las reglas se incluyen materialmente, aunque no sean fácilmente reconocibles por quien no esté familiarizado con sus dinámicas. Como no se desarrollan en áreas producidas para tal fin, esas modalidades lúdicas re-funcionalizan objetos para definir límites. El posicionamiento de estos objetos se negocia entre los participantes y puede llevar a conflictos y nuevos acuerdos. Los ejemplos son numerosos, pero en Brasil la práctica del «fútbol informal», con los postes marcados por cocos o zapatillas es sin duda la más extendida (Figura 1).

Los límites, materializados o no en el terreno, funcionan como discontinuidades, o sea, como elementos que hacen el espacio heterogéneo. Indican distinciones entre dos áreas y, sobre todo, competir para su diferenciación en términos de su morfología, los comportamientos esperados y los significados producidos¹. Por un lado, las discontinuidades clasifican y distinguen lugares; por el otro, producen interfaz² poniendo sobre sus formas, su público, sus actividades y los valores asignados a ellos.

- 1 Sobre este modelo de análisis geográfico, ver el concepto de *escenario* propuesto Gomes, Paulo Cesar da Costa (2008) «Cenários para a Geografia. Sobre la espacialidad de las imágenes y sus significados». In: Rosendahl, Z. y Corrêa, R. (dir.), *Geografia e cultura: pluralidade metodológica*. Rio de Janeiro: Ed. UERJ, p. 187-210.
- 2 Sobre los conceptos de *límite*, *discontinuidad*, *interfaz* y *frontera*, ver el trabajo de Brunet, Roger y Taillefer, F. (1970) «Les phénomènes de discontinuité em géographie». *Annales de Géographie*. Armand Colin, p. 492-494.



Figura 1. Fútbol en la playa. Fuente: <http://www.almasurf.com/arquivos/Image/2012/ridgol3.jpg>

Si la *sociabilidad pública* puede entenderse como un juego social y el espacio público como el «campo» donde ocurre, también se puede identificar y describir las discontinuidades que participan en la interacción social en estos espacios. En este sentido, la *sociabilidad pública* tiene límites, no sólo en términos de los obstáculos a la interacción social. Ella es compuesta de discontinuidades, diferenciaciones y relaciones espaciales y, al mismo tiempo, produce discontinuidades en lugares donde se presenta.

Los límites y las ciudades

Las ciudades son espacios fuertemente marcados por discontinuidades. Tanto por aquellas que indican su diferencia con lo que está fuera (otra ciudad, el campo), como por las que causan la diversificación de su tejido y permiten describirlas como una composición (de funciones, de paisajes, grupos sociales). El desafío de gestionar y planificar una ciudad relaciona estrechamente la regulación de usos y la clasificación de áreas. Un instrumento utilizado para este propósito es la zonificación funcional

que organiza y divide la ciudad, creando zonas residenciales, industriales, etc. y límites entre ellas. Administrar la ciudad, por lo tanto, es administrar sus discontinuidades.

Los límites exteriores de las ciudades pueden tomar diferentes formas y sentidos. Pueden ser materializados por las murallas o delimitados por los perímetros urbanos e indicados por señalizaciones varias. Históricamente, fueron utilizados para distinguir el espacio sagrado y el del orden para la protección contra los animales y las invasiones. Puede ser parte de un sistema de defensa ingenioso y organizar las relaciones con lo que está más allá de los muros, el campo, el bosque. Aparecen como componentes de la ciudad, elementos de cohesión y unificación del espacio urbano y marcan la frontera con el exterior amenazante, clasificando lo que se debe incluir y lo que debe estar fuera. Estrategias de limitación también pueden organizar el crecimiento de la ciudad, constituyen obstáculos y redirigen la ocupación.

Los límites internos a las ciudades producen y refuerzan las diferenciaciones internas de morfologías, comportamientos y significados. Pueden generarse por leyes específicas o por la presencia de elementos materiales como las rejas de un condominio residencial o las vías que «cortan» un barrio. Son, por lo tanto, elementos de ruptura y de sutura de la morfología urbana (Lynch, 1960).

LAS FORMAS DE LAS DISCONTINUIDADES

Los espacios públicos son lugares privilegiados para pensar la ciudad desde sus discontinuidades. Las vías de circulación urbana, por ejemplo, segregan los diferentes flujos por medio de franjas o áreas que privilegian ciertos medios de transporte o velocidades (automóviles, peatones, ciclistas, etc.). A menudo, en el contacto entre la acera y las pistas de rodadura, un desnivel está asociado a la delimitación. Además de facilitar la evacuación de aguas pluviales, la diferencia altimétrica que culmina en el bordillo refuerza la categorización de los usos.

El acceso a espacios públicos también puede ser regulado por medio de límites. La instalación de rejas o portones en el perímetro externo de ciertos parques o plazas, y la definición de horarios para su fre-

cuentación condicionan los ritmos de uso de estos lugares³. Además, la colocación de rejas en los espacios públicos provoca intensos debates, movilizandando discursos que tematizan, entre otros, el acceso libre, la presencia de la *población en situación de calle* y el paisaje nocturno de la ciudad.

La distribución misma de los lugares públicos se relaciona con las discontinuidades incluidas en la morfología del paisaje urbano. La ciudad de Río de Janeiro tuvo su expansión condicionada por las características del sitio, formado por un complejo sistema de laderas y terrenos bajos. La topografía accidentada, la presencia de varios planes de ruptura y contacto, constituyen hasta la actualidad desafíos importantes para la política urbana. Además, la planificación urbana valoró con frecuencia estas características topográficas para la producción de espacios públicos. La ciudad cuenta con numerosos parques y carriles en áreas inclinadas (Parque de la ciudad, Parque Lage, Parque Guinle, Parque de la Catacumba, Parque Paisaje Carioca, Parque De los dos Hermanos, Paineiras, Claudio Coutinho, entre otros) y una amplia gama de paseos marítimos acompañan el interfaz entre el tejido urbano y las orillas arenosas de las playas.

En el interior de los espacios públicos las discontinuidades asumen diferentes formas. Pueden ser líneas pintadas en el piso, rejas, paredes con diferentes tamaños y materiales, desniveles o resultantes de la yuxtaposición de diferentes recubrimientos. Estas discontinuidades participan en la diferenciación de los individuos y grupos y la clasificación de usos y comportamientos (Figura 2).

Los jugadores, la alambrada y los fanáticos

En los fines de semana, muchas personas afluyen a grandes espacios públicos. Algunos de ellos cuentan con canchas deportivas, escenarios de interacción social privilegiada. Los jugadores aficionados pueden no ser parientes, amigos o compañeros de trabajo. Se encuentran exclusivamente en la cancha para algunas partidas de fútbol. Todos aquellos que desean

3 Este es el caso, por ejemplo, de la Quinta da Boa Vista (en São Cristóvão), de la Plaza París (situada en el barrio de la Gloria) y del Parque de la Catacumba (en la Laguna) cuyo acceso es impedido en el período nocturno.

jugar están vestidos adecuadamente y conocen las reglas del juego: tanto dentro de las cuatro líneas como fuera de ellas.

A menudo, el número de participantes excede el número de «deportistas». Algunos tienen que esperar por lo tanto fuera del juego. Fuera de juego y fuera de la cancha. Y no sólo fuera de las cuatro líneas sino también fuera del alambrado que rodea la cancha. La mayoría de ellos se sienta en una pequeña tribuna para ver la partida: los «de afuera» son ahora el público que puede intervenir con bromas o gritos de estímulo. Si un jugador hace un gol, él puede aferrarse al alambrado y celebrar con la «hinchada». Al final de un juego, el equipo derrotado sale a través de la puerta de la rejilla mientras se convoca un nuevo equipo antes sentado en la tribuna. La multitud y los jugadores conocen bien sus papeles. En un momento son jugadores, en otro son audiencia. Y todo depende de qué lado del alambrado se está.

La propia ocupación de los espacios públicos puede producir límites para la sociabilidad. Cuando ciertos grupos están en estos espacios pueden emplear estrategias para definir las áreas más o menos permeables de la interacción social. Se trata de discontinuidades efímeras que sólo existen cuando ese grupo está en el lugar. Además, estos límites producen una contención del grupo y de su interacción, lo que le da una cohesión aunque temporal.

Este es el caso de un picnic en un parque, donde la gente que se conoce más o menos posiciona sus pareos, toallas y cestas, creando un área diferenciada dentro de un espacio público. Estos límites pueden ser fijados también por los propios cuerpos de los participantes de un grupo en situación de interacción social. En lugares abiertos de sociabilidad nocturna es común observar la formación de «las ruedas de amigos» que regulan el desplazamiento de otras personas y que indican una menor disposición para la interacción con los demás. Aunque en estos dos casos los grupos no estén indisponibles al contacto con extraños, esas estrategias concurren para interacciones más enfocadas.



Figura 2. Juego de voleibol y establecimiento de límites para la sociabilidad. Fuente: Território e Cidadania (2014).

DESNIVELES, DECLIVES Y REGÍMENES DE VISIBILIDAD

Los desniveles son elementos comunes en el espacio urbano. Como formas resultantes de las diferencias altimétricas en el terreno, los desniveles se materializan —como regla general— a partir de los declives. Sistemas de posiciones operados por los desniveles y declividades pueden funcionar como delimitadores para clasificar usos, como ocurre con otros tipos de discontinuidades. También pueden crear las condiciones de visibilidad singulares en los lugares en los cuales se sitúan, diferenciando y jerarquizando visualmente objetos. Esto puede dar lugar, incluso, a situaciones de «sobreexposición» (*overexposure*), en las que objetos y personas se hacen más o menos visibles dependiendo de donde se encuentren⁴.

La diferenciación espacial entre «niveles» o «escalones» también permite la disyunción entre las posiciones del «observador» y el «observado». En los espacios públicos, donde la vida social adquiere el sentido de una escena, la relación entre ver y ser visto no es fija⁵. No hay una regla clara que defina quiénes son y dónde están los espectadores y los actores. Una posición privilegiada para la mirada puede ser, al mismo tiempo, la posición de exposición destacada.

Anfiteatros: arte dramático y diseño urbano

En la antigua Grecia, las representaciones teatrales se organizaron a los pies de las colinas cerca de la *Polis*. Las tragedias de Eurípides y Esquilo y las comedias de Aristófanes fueron montadas en lugares donde la morfología del terreno permitía a la audiencia permanecer sentada en la ladera semicircular, siguiendo la trama que se desdoblaba en la parte más

- 4 El mismo efecto puede ser obtenido a través del contraste entre espacios iluminados y oscuros. Ver: Thibaud, Jean-Paul (2001). «Frames of visibility in public places». *Places*, 14 (1).
- 5 Para Simmel (1921), entre los diferentes sentidos humanos, la visión juega una función sociológica esencial. Miradas mutuas son una de las maneras «más puras y directas de la reciprocidad» y, por lo tanto, de interacción social más inmediata. En los espacios públicos, donde son frecuentes las interacciones entre desconocidos, los juegos sociales son comúnmente mediados por miradas, lo que crea la oportunidad para la aparición de modalidades muy particulares de ver y ser visto. Ver: Simmel, Georg (1921). «Sociology of the senses: visual interaction». In: Park, Robert e Burgess, Ernst. *Introduction to the Science of Sociology*. Chicago: The University of Chicago Press.

baja y plana. La forma del terreno, en anfiteatro, además de proporcionar una buena acústica, garantizaba a los espectadores una visión integral del escenario. El uso de superficies desniveladas para albergar escenarios teatrales creaba un sistema de posiciones que diferenciaba los usos y los individuos según ciertas categorías, como el escenario y la audiencia, los actores y los espectadores.

El teatro isabelino también hizo uso de desniveles estableciendo una relación entre los que ocupaban lugares más altos (y caros) y que podían ver y ser vistos, y quienes ocupaban los lugares más bajos (y baratos) y que podrían participar más intensamente en la trama. Un arreglo complejo en el que todos los presentes formaban parte de la actuación. El teatro moderno ha cambiado esta relación. Para restringir el espectáculo a lo que está sucediendo en el escenario hizo de los lugares más al fondo y más altos menos codiciados y, por lo tanto, más baratos. En el cine, una vez que no hay compromiso directo con los actores, se valora la observación completa de la imagen. Por lo tanto, los asientos en la parte superior y al fondo tienden a ser más disputados.

La forma del anfiteatro fue recreada varias veces en otros contextos tales como asambleas legislativas, estadios de fútbol, aulas, etc., lo que demuestra la eficacia del desnivel como forma espacial que organiza y pone en relieve ciertas relaciones sociales. El modelo también fue adoptado en la planificación urbana. En Río de Janeiro, un ejemplo emblemático es el Parque Guinle, en Laranjeiras. Este jardín del Palacio de la familia Guinle, el área sufriendo intervenciones de Lucio Costa y del arquitecto-paisajista Roberto Burle Marx tras la donación del conjunto al municipio. Es un parque en forma de anfiteatro con tres niveles inspirados en los patrones del paisajismo inglés de principios del siglo XX. La morfología adoptada debe estimular la «percepción de las ideas de escala y control y del sentido de comodidad del lugar» (Alcántara, 2002: 132).

Reconociendo la importancia de los desniveles en la conformación de lugares privilegiados para la mirada, la planificación urbana se ocupó de la edificación de miradores y de dispositivos de visualización asociados con ellos. Típicamente situados en puntos altos, los miradores organizan la mirada, funcionan como un marco, un punto de vista privilegiado (Gomes, 2013); son elementos clave en la construcción de paisajes geográficos.

En el caso específico de la ciudad de Río de Janeiro, el paisaje comúnmente valorado es aquel que resalta la interfaz relacionada con la topografía del sitio, entre áreas forestadas, superficies minerales y el espacio construido. Lugares privilegiados para la observación de estas composiciones, los miradores juegan un papel clave en la construcción de la imagen de la ciudad. El caso emblemático es el del Cerro del Corcovado desde donde se ve parte de la ciudad y sus principales puntos de referencia. En algunos casos, estos dispositivos de observación dan forma y significado a los lugares públicos, como en el caso del Mirador de Pasmado (Figura 3). En otros casos, son empleados en el interior de los espacios públicos, creando una posición privilegiada para la observación de esos lugares en su conjunto.

Si hay lugares donde el espacio promueve la visibilidad, en otros puede contribuir a la creación de zonas de menor visibilidad y mayor exclusividad. Las declinaciones muy acentuadas dificultan la accesibilidad, haciendo ciertos lugares poco frecuentados y visibles, sobre todo cuando están asociados a la presencia de vegetación más densa. Estas porciones de los espacios públicos pueden ser ocupadas por las actividades que valoran la invisibilidad y la baja densidad en la ocupación.

LAS DISCONTINUIDADES TIENEN ESPESOR: OCUPANDO LOS LÍMITES

Además de clasificar usos y grupos, los límites materializados en los espacios públicos pueden participar activamente en la conformación de los patrones espaciales de sociabilidad. En estos casos, ya no son una línea de demarcación y ganan espesor, se convierten en morfologías que componen los escenarios de sociabilidad. Esto ocurre cuando los límites presentes en la ciudad y concebidos para otros fines son ocupados y, por lo tanto, refuncionalizados por individuos y grupos que desean permanecer en un lugar público e interactuar socialmente.

El parque de Aterro de Flamengo está bastante marcado por discontinuidades. Esto puede explicarse en parte por su situación geográfica y por el proyecto desarrollado para el parque. El Aterro está situado en el contacto con las vías de tráfico rodado, situación que exige la separación entre la pista de rodamiento y la acera (como a lo largo de

cualquier otra vía), pero también entre ésta y el parque, con muros y «fosos». Por poseer varias sub-áreas destinadas a distintas actividades, el interior del parque es visiblemente segmentado y dotado de discontinuidades que asumen diferentes morfologías: yuxtaposición de capas, desniveles en forma de bordillos, rejas y muros.

Es común observar individuos y grupos ocupando estas formas que proporcionan permanencia, con mayor o menor duración, y una «extracción parcial» del «flujo» de la sociabilidad. Esta extracción permite la interacción social a través de la observación de otros individuos y grupos. En este sentido, la ocupación de estas formas reconoce la posición estratégica que la discontinuidad hace posible para la interacción social a través de la mirada (Figura 4).

Además de la ocupación de las formas de las discontinuidades inscritas en el terreno, es posible observar una forma de sociabilidad que se aprovecha del límite o del umbral como lugar estratégico para la interacción social. Este es el caso de las concentraciones de personas en las cercanías de un evento o discoteca. Esta posición permite que los individuos y grupos interactúen con el espacio dentro del establecimiento y, al mismo tiempo, con el espacio de fuera, el espacio de la calle. Pueden escuchar dos «paisajes sonoros», «controlar» el pasaje de otras personas de una zona a otra, «conocer» los dos espacios y, en cualquier momento, optar por «entrar» en cualquiera de los dos.

El privilegio de la «posición limítrofe» para la interacción social es reconocido por la implementación de objetos adecuados y planeado para la permanencia y para la observación. Los paseos marítimos de la orilla de la ciudad de Río de Janeiro son las formas que marcan la discontinuidad entre la playa y las vías. La implementación de asientos en los paseos marítimos reconoce la importancia de este espacio de sociabilidad, organizado por la relación entre dos espacios o por la interfaz playa-vía (o naturaleza-ciudad), ofreciendo mobiliario de permanencia que permite la observación. El tipo de asientos sin respaldo permite que los asiduos miren hacia lo que más les interesa: la playa, el paseo marítimo o la vía; y resalta su calidad de «estar entre», de ser una zona de interfaz. La posición de este mobiliario en el paseo marítimo, en contacto con el declive que conduce a la playa, indica que esta franja tiene espesor, tiene una vida social propia, ya que el observador,



Figura 3. Vista de la plataforma de observación del Pasmado. Fuente: Território e Cidadania (2014).



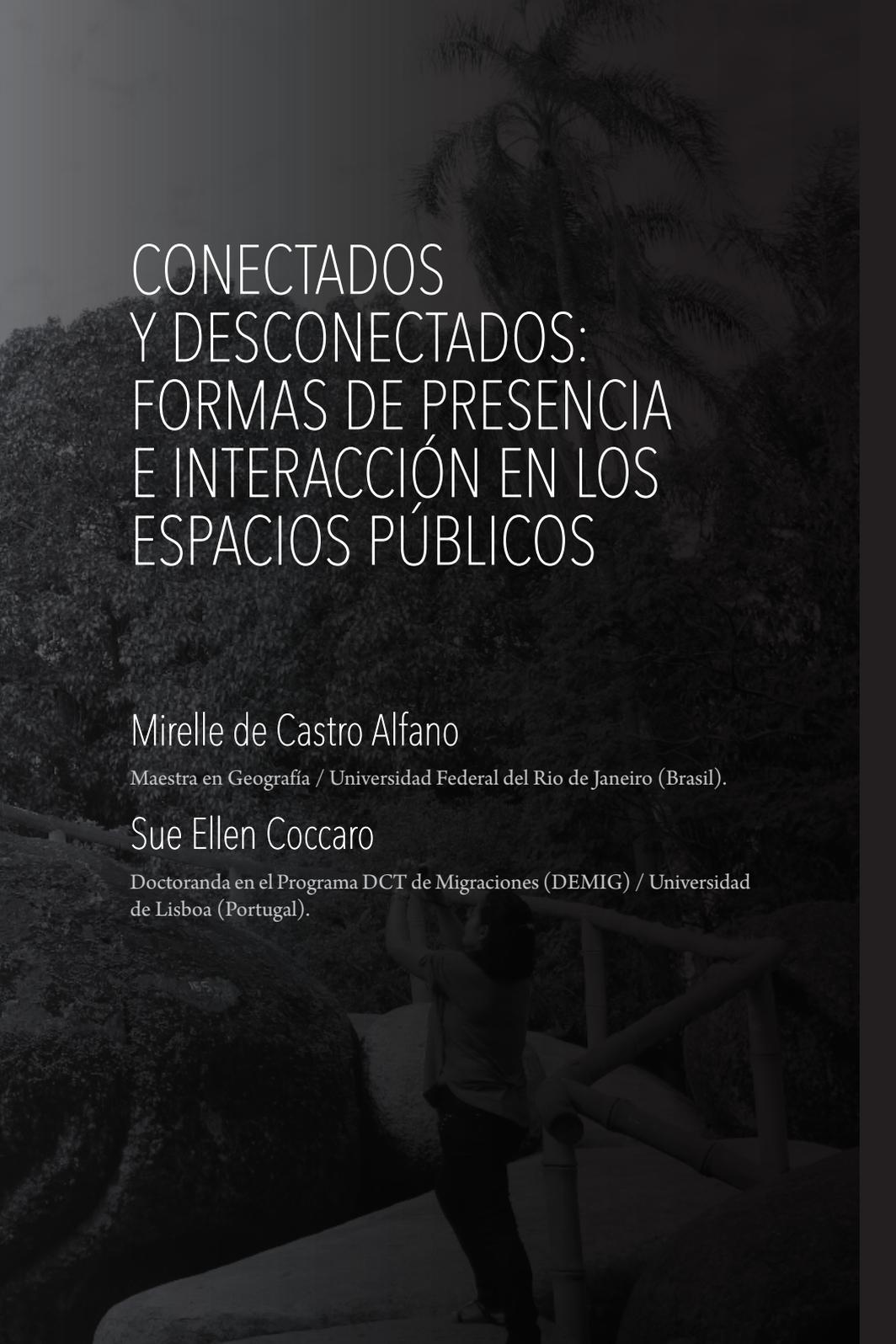
Figura 4. Ocupación en la muralla del barrio de Urca. Fuente: oglobo.globo.com. Foto: Custódio Coimbra / O Globo. Disponible: <<https://oglobo.globo.com/rio/praias-bares-cada-vez-mais-concorridos-alem-de-obras-mudam-cenario-na-urca-15025837>> Acceso: día 09 de julio de 2019.

sentado en un asiento o en las sillas de los quioscos, puede mirar lo que pasa en el paseo.

Pero el paseo de la orilla no es sólo un límite espeso. También es una *franja de transición* bien definida espacialmente. Los comportamientos asociados a estos paseos sufren una gradación entre los comportamientos de la calle y los comportamientos de la playa. Es común ver gente que viene de las calles, quitarse sus zapatos y ropas antes de poner el pie en la arena; así como la gente que viene de la arena hacia la calle limpia sus pies y terminan de vestirse antes de cruzar la primera vía.

Como la ciudad, los espacios públicos están ordenados por discontinuidades, bien sea que estos tengan las formas de límites o de desniveles, o sean materializadas a través de estrategias más o menos efímeras. Las discontinuidades tienen un papel fundamental en la dinámica de la sociabilidad pública: conducen a conflictos y negociaciones entre grupos e individuos y pueden significar obstáculos a la interacción social. Por otro lado, pueden conectar dos espacios distintos y funcionar como un espacio de transición entre ellos. Son a menudo densamente ocupadas, lo que crea nuevos espacios de sociabilidad y da vida a los lugares.





CONECTADOS Y DESCONECTADOS: FORMAS DE PRESENCIA E INTERACCIÓN EN LOS ESPACIOS PÚBLICOS

Mirelle de Castro Alfano

Maestra en Geografía / Universidad Federal del Rio de Janeiro (Brasil).

Sue Ellen Coccaro

Doctoranda en el Programa DCT de Migraciones (DEMIG) / Universidad de Lisboa (Portugal).

Resumen

Los espacios públicos son lugares de exposición y de publicidad. En estos espacios conviven actores sociales diversos que ejercen prácticas de sociabilidad de naturalezas múltiples y variadas. En este contexto, los autores proponen observaciones relacionadas con las cuestiones de la presencia y convivencia preguntando sobre la remoción voluntaria del lugar. Esta práctica - muy individualizada- no es algo nuevo en sí, pero la forma en que esto ocurre actualmente orienta la observación exploratoria hecha en este capítulo. Se percibe una articulación entre esalaridades: el sujeto reduce su disponibilidad de interacción con aquellos que están físicamente a su alrededor, pero maximiza el contacto al participar en redes sociales, foros y espacios de interacción interpersonal en ambientación online.

LIGADOS E DESLIGADOS: FORMAS DE PRESENÇA E INTERAÇÃO NOS ESPAÇOS PÚBLICOS

Resumo

Os espaços públicos são lugares de exposição e de publicidade. Nestes espaços convivem atores sociais diversos, que exercem práticas de sociabilidade de naturezas múltiplas e variadas. Nesse contexto, os autores propõem observações relacionadas às questões da presença e convivência, indagando sobre a remoção voluntária do lugar. Esta prática – muito individualizada, não é algo novo em si, mas a forma em que isso acontece presentemente orienta a observação exploratória feita neste capítulo. Percebe-se uma articulação entre esalaridades: o sujeito reduz sua disponibilidade de interação com aqueles que estão físicamente ao seu redor, mas maximiza o contato ao participar em redes sociais, fóruns e espaços de interação interpessoal em ambientação online.

UNO DE LOS ASPECTOS MÁS DISCUTIDOS EN LAS RECIENTES manifestaciones políticas que se han difundido con gran fuerza en el mundo en este principio de siglo fue la nueva capacidad de movilización a través de las redes sociales. Muchos incluso han afirmado que estas herramientas han decidido el éxito de algunas de estas manifestaciones como en el caso de Túnez o Egipto. El debate se extendió también a la posibilidad de una participación política directa por medio de estos instrumentos; los foros de debate y activismo, que se han formado con el apoyo de estas redes, son efectivamente nuevos componentes en la comprensión del diálogo público.

Se podría argumentar que, en cierto modo, la conexión y desconexión siempre existieron en la vida social moderna. Ellas son estrategias para que el sujeto participe (o no) de la situación en que su cuerpo físico está inserto. En el período actual, sin embargo, el equipo de comunicación mediada por internet permite llevar a cabo múltiples presencias simultáneas.

Básicamente existen dos foros públicos en los que se puede establecer la participación simultánea: el espacio geográfico, en el que el individuo se sitúa físicamente; y el espacio de las redes en línea en el que hay una presencia no corpórea. Ellos no son mutuamente excluyentes y un individuo puede participar al mismo tiempo de ambos. En este sentido, ahora se habla de la posibilidad de un espacio público que ya no es necesariamente físico; puede establecerse por la interacción virtual entre personas que mantienen el contacto y la discusión a través de las redes sociales.

Aquí estamos interesados en discutir solamente algunas formas reflejas de la estructura *online-offline* en la configuración de interacción que tienen lugar en el espacio público¹. La emisión y recepción de la información por los intercambios digitales entre individuos ha potenciado distintas prácticas sociales, entre ellas nuevos tipos de auto

1 «En línea» (*on line*) y «fuera de línea» (*off line*) es el vocabulario más utilizado hoy en la bibliografía sobre el tema, pero las expresiones «conectado» y «desconectado» ya eran empleados desde finales de los años 1960, en el lenguaje de los más jóvenes para traducir esa idea de conectado al mundo, a lo que se pasa alrededor. Recientemente, la expresión «estar conectado» volvió a formar parte de las expresiones de uso corriente, incluso en una interjección muy común entre los jóvenes que puntualizan las frases con la pregunta «¿estás conectado?».

exposición, contactos en tiempo real, acceso rápido a informaciones, nuevas formas de validación de la identidad personal, emisión de opiniones, etc. El uso de dispositivos de conexión ha sido cada vez más visible y común en la composición de los ambientes urbanos, creando incluso algunos conflictos. Para algunos, ese uso se hace en detrimento de la presencia física y de la negación del entorno; para otros, la conectividad permite colocar en relación situaciones que se encuentran físicamente separadas; para otros aún, la multiplicación de los centros de atención, de lo que se presenta en el local y en el virtual, no significa una pérdida, sino la posibilidad de una vivencia no exclusiva.

Destacamos de esta discusión sobre los efectos de la interacción mediada por dispositivos móviles en los espacios públicos dos puntos que nos parecen centrales: la supuesta extracción del individuo del entorno físico y la creación de un entorno de inducción de múltiples-presencias. Los comportamientos relacionados con la presunta extracción del individuo y la no disponibilidad para la interacción *in situ* no son una novedad absoluta creada por tecnologías informacionales y de comunicación. Las nuevas tecnologías pueden haber intensificado y expuesto con una mayor visibilidad estos comportamientos en la escena pública. Hoy en día, los *smartphones* realizan mayoritariamente esta función, sin embargo otros objetos han ya servido a fines similares: periódicos, gafas de sol y el acto mismo de mirar negligentemente podrían ejercer funciones similares.

Sabemos que los espacios públicos son lugares de exposición y de publicidad y que en ellos conviven actores sociales muy diversos. Son sus atributos esenciales la libre circulación y el libre acceso, la capacidad para crear marcos para la exposición personal y colectiva y la oportunidad para la interacción y sociabilidad públicas de las personas que los utilizan. Por lo tanto, el estudio de las decisiones y los conflictos experimentados por diferentes individuos que están expuestos a la situación de presencia mutua parece ser la manera de entender estas nuevas formas y dinámicas de interacción social en estos espacios.

Así, el discurso de la «soledad del hombre contemporáneo» que queda más tiempo inmerso en sus aparatos que socializándose en el ambiente donde se encuentra, a pesar de ser muy fuerte y venir recibiendo amplia atención de los estudiosos, puede ser visto de otra

forma. Después de todo, incluso si la no disponibilidad fuera la regla, ya que está construido en un espacio público, que es un espacio de comunicación y visibilidad, la deseada incomunicabilidad se convierte en mensaje, en diálogo.

La conectividad y la interacción entre personas que no son conocidas sucede tradicionalmente en los espacios públicos. Hoy esta posibilidad se ha extendido por las redes y las aplicaciones disponibles² en la dimensión virtual lo que multiplica las posibilidades de encuentro y nuevas condiciones de presencia. Sin embargo, por más que las ambientaciones —a ejemplo de las redes sociales— estén construidas para representar un «lugar de encuentro», los espacios públicos físicos poseen aspectos y características que les son muy propios y no encuentran semejanza en los entornos virtuales. La presencia física impone, por la corporeidad, una serie de intermediaciones que no son las mismas en la red. Lenguaje corporal, distancias físicas, la secuencia de gestos, el contexto en el que se habla, el silencio mismo, todos estos elementos forman parte de una composición que no está contemplada por el mundo de la comunicación virtual. Desde el punto de vista de la espacialidad, sabemos cuánto la posición y la situación de los agentes es capaz de modificar el contenido de los mensajes. Además, las reuniones y la visibilidad del mundo social en la calle no son totalmente elegidos y controlados, no se puede «bloquear» algo o alguien cuando estamos en el espacio público por más que nos moleste. Así, aunque se insista en señalar similitudes, el mundo virtual es mucho más controlado, limitado y selectivo, mucho menos inclusivo y, tal vez, mucho menos variado.

El hecho de que todas las manifestaciones convocadas por redes sociales, en un momento u otro, encuentren la necesidad de ir a la calle parece además no dejar duda acerca de las particularidades de estos dos tipos de espacios.

2 Programas conectados a Internet con objetivo y organización interna específicos.

ESTAR EN LA RED

En la actual «Era de la Información»³, las formas de interacción virtual y física se superponen en muchas ocasiones. Observamos a menudo situaciones en las que personas comparten la atención en el espacio en que están físicamente, espacios públicos, y están también conectados a internet por medio de una aplicación o una red social que las mantienen en línea. Nuestra conectividad social es, en este sentido, extendida más allá del lugar donde estamos puesto que los ámbitos material y virtual, al dialogar, amplían las oportunidades para la socialización, facilitando los encuentros, generando concentraciones, desconcentraciones y produciendo el cambio de las trayectorias de personas dinámicamente.

Los dispositivos móviles han cambiado totalmente la relación que, en los años noventa cuando está comenzó a popularizarse, fue la sociabilidad promovida por internet: una conexión fija, lenta, con periodos de acceso de calidad muy variable y, además, con altos costos. Según Di Felice (2012):

Desde un punto de vista comunicativo, el advenimiento de las redes digitales —especialmente en su última forma, generada por la conexión de alta velocidad, que permitió la emisión vía web de información en todos los formatos (audio, video, imágenes etc.) en plataformas colaborativas— fue interpretado por varios autores como una revolución, responsable por la transformación misma de la naturaleza de la arquitectura y del proceso de transferencia de información (Di Felice, 2012: 28).

Actualmente existe una nueva estructura de entorno virtual en el que la persona se sumerge continuamente. Esta red tiene una amplia velocidad de transferencia y almacenamiento de datos y es cada vez más popular. La posibilidad de acceso móvil viene cambiando las formas de uso con reflejos fuera del entorno en línea: «nos movemos en entornos híbridos, reales y virtuales, en los que [...] lo que llamamos

3 Manuel Castells (1999) trabaja el tema de la 'Era de la Información' en el libro del mismo nombre.

ciberespacio no puede ser concebido como un espacio social separado» (Malini, 2013: 6. T.A.).

La permeabilidad entre las ambientaciones apunta hacia un sentido de complementariedad entre la vida en la ciudad y en la internet: la automatización e informatización se diluirían en las funcionalidades habituales de la vida cotidiana: «no entraríamos más en el ciberespacio, puesto que él sería una constante en nuestros ambientes, casas, ciudades, muebles y herramientas» (Schwingel, 2004: 48. T.A.).

A través de los dispositivos móviles y de las redes *inalámbricas* el usuario pasa a disponer de la web en sus actividades más rutinarias en lugar de dedicar un tiempo específico para el ordenador, lo que altera la temporalidad de la interacción social virtual. Estos usos fueron absorbidos en la rutina de los ciudadanos que ahora cambian su concepción de «estar en el lugar», ya que la arquitectura actual de internet libera su presencia de la situación física para la de estar *conectado a la red*.

ESTAR EN EL LUGAR

Tomemos como ejemplo una persona que está situada en una plaza y, al mismo tiempo, utiliza el teléfono y está hablando con otra persona situada en su casa. La comunicación que se produce es en tiempo real con posible intercambio de imágenes y descripciones de eventos. Es conveniente entonces preguntarse si en ese proceso de intercambios informacionales, el sujeto tampoco estaría, por lo menos virtualmente, copresente en aquel otro lugar, aunque eso no se dé en cuerpo físico. ¿Hasta qué punto la corporeidad sería necesaria para conferir sentido al lugar, si él nos es traído por las imágenes en tiempo real y por intermedio de la interacción con el emisor? ¿Esta presencia crea la posibilidad de intervenir e interfiere en la dinámica del evento o del lugar?

La posibilidad de este tipo de presencia ofrecida por los medios de comunicación contemporáneos crea una importante diferencia con respecto a los formatos conocidos anteriormente. Si todavía tomamos en cuenta que estos dispositivos son cada vez más accesibles, se puede asumir que los patrones de espera y el contacto social sufrieron cambios importantes.

En los formatos anteriores como el correo, era necesario el tiempo de espera entre el envío del mensaje y la respuesta. Con la telefonía fija el tiempo de comunicación era inmediato, pero imponía la barrera de la ubicación en un punto fijo entre las personas que mantenían la comunicación. La comunicación móvil nos ha dado la posibilidad de desplazamiento y esa movilidad puede ser incluso mutua. No se condiciona la presencia a un lugar, incluso no necesariamente se está parado, ella también se desplaza a través de varios lugares. Este ejemplo es una forma de comunicación en el modelo «uno a uno». Sin embargo, es común que la emisión de mensajes suceda en el patrón «uno a múltiples», como es el caso de una conversación iniciada por el emisor de un mensaje a partir del post en una red social y dirigida, al mismo tiempo, a todos los usuarios de la lista, pero a nadie en especial.

Cuando una persona envía la imagen del lugar donde se encuentra son los fragmentos de este lugar los que se envían a una o más personas. Estos fragmentos contienen información de ambientaciones y contextos que de alguna manera son compartidos. Como la movilidad es una potencialidad para todos estos dispositivos es posible realizar varios cambios de ambientaciones. Lo que efectivamente se entiende es que se crean nuevas condiciones de presencia.

Estar junto, compartir un lugar, presupone también que se comparta un cierto conjunto de reglas de convivencia. Dispositivos móviles se vuelven aceptados como elementos comunes a la vida urbana e integran situaciones de asociación. Entre las funcionalidades relacionadas con el espacio físico y el lugar se pueden señalar que ellos permiten sustraerse del contacto fuera de línea, facilitan la interacción con quien está en línea, permiten llevar fragmentos del lugar hasta otras personas, facilitan la conexión con quien está en el mismo lugar. Pueden permitir el intercambio de información sobre aquel lugar, alimentando aplicaciones o páginas con informaciones colaborativamente. Muchos son los ejemplos de aplicaciones georreferenciadas que se están convirtiendo en elementos comunes de la vida cotidiana, como *Waze*, que facilita trayectos por la ciudad; o incluso para encuentros afectivos como *Tinder* o *Grindr*⁴.

4 Un ejemplo de aplicaciones es *Tinder*, aplicación georeferenciada orientada al encuentro entre desconocidos con motivaciones afectivas. Del mismo modo anclado en espacio fi-

El constante monitoreo de la imagen creada de sí en las redes sociales, acciones emprendidas por el deseo de recibir validación, la posibilidad de contacto y la observación de personas y acontecimientos reunidos en una pantalla, pueden constituir nuevos estímulos en los moldes de la descripción hecha por Simmel (1969). En una nueva lectura de la idea de la metrópoli, ahora reinterpretada a la luz de una nueva espacialidad, «el hombre no termina con los límites de su cuerpo o el área que comprende su actividad inmediata» (Simmel, 1969: 21. T.A.).

En vista del anterior punto, nos preguntamos si el individuo sería el elemento integrador de dos localidades a través de una ambientación *online*. Él sería el nodo mediador de dos situaciones en las que las personas están conectadas: el mundo físico y el mundo en línea, compartiendo su presencia entre el no corpóreo y la situación física del lugar. De esta forma, esta persona está en dos sobres simultáneamente, doblemente conectada.

Una característica importante de la arquitectura actual de la web es el hecho de que se basa en sistemas de información geográfica. El diferencial actual no es el hecho de que las aplicaciones permiten hablar con alguien que no está presente, sino el hecho de que esto se traduce en sistemas de geolocalización; las personas son puntos en el espacio, poseen una posición efectiva en un sistema de coordenada relacionadas con el terreno (GPS).

Cuando una persona porta un dispositivo conectado a internet pasa tanto a recibir información espacial como a remitir su cartografía personal exhibiendo su trayectoria diaria. Este cambio significa la capacidad de transmitir y de transportar lugares llevando información para alguien que no está en el lugar. Tal coyuntura invita a la persona fuera del lugar a interactuar por medio del ambiente virtual. La presencia virtual del otro acaba creando interacción.

sico, el Waze es una aplicación colaborativa donde los usuarios comparten información sobre el tráfico, favoreciendo el desplazamiento por la ciudad.

MULTIPLICANDO LAS PRESENCIAS

La construcción y el mantenimiento constante de un perfil en línea llevan en conjunto al control y la gestión de un mundo colateral con gran inversión emocional. Los actores sociales involucrados en el proceso agregan una nueva capa (*layer*) a su experiencia de vida: una vida en línea paralela. La construcción de una identidad paralela a la de la vida real y una inversión emocional en alimentar las relaciones personales se crean o se amplían para las redes en línea. En la construcción de un perfil personal hay aspectos del juego social al revelar y ocultar aspectos seleccionados de nuestras vidas.

Cuando están en la red, los actores juegan el principio de publicidad y tienen la posibilidad de hacer frente a los argumentos con otros individuos en un foro. Esta coyuntura crea nuevas formas de sociabilidad dotadas de intensidad, alcance, exhaustividad e intencionalidad particulares. Partimos del supuesto de que esa nueva interacción trae consigo cambios en los comportamientos sociales y, consecuentemente, nuevas formas de actuar en los espacios públicos. La presentación del individuo en el juego social cambia de un momento de imprevisibilidad del ámbito de la vida fuera de línea hasta el control sobre la presentación en internet.

Las redes sociales, en la forma presente de la vida cotidiana, son espacios que tienen normas específicas de convivencia definidas por los límites de las herramientas o impuestas en términos de servicio. Aunque se acceda de manera similar, cada una tiene sus particularidades. Plataformas con gran interactividad, a ejemplo de *Facebook*, se dirige al intercambio de contenido, a la expresión de interés en los asuntos en circulación en la red, al contacto con conocidos y familiares. A diferencia, redes sociales enfocadas en las imágenes como *Instagram* se dirigen sobre todo a la contemplación de imágenes del otro.

Creemos que la sociabilidad virtual realizada en nuevas plataformas es multifocal como ocurre en los espacios públicos. Esto significa que es posible conectarnos e interactuar con varias personas al mismo tiempo, aunque las conversaciones simultáneas ocurran en asuntos variados. Es una sociabilidad que se apoya en las herramientas utilizadas. Las interacciones presenciales en los espacios públicos guardan

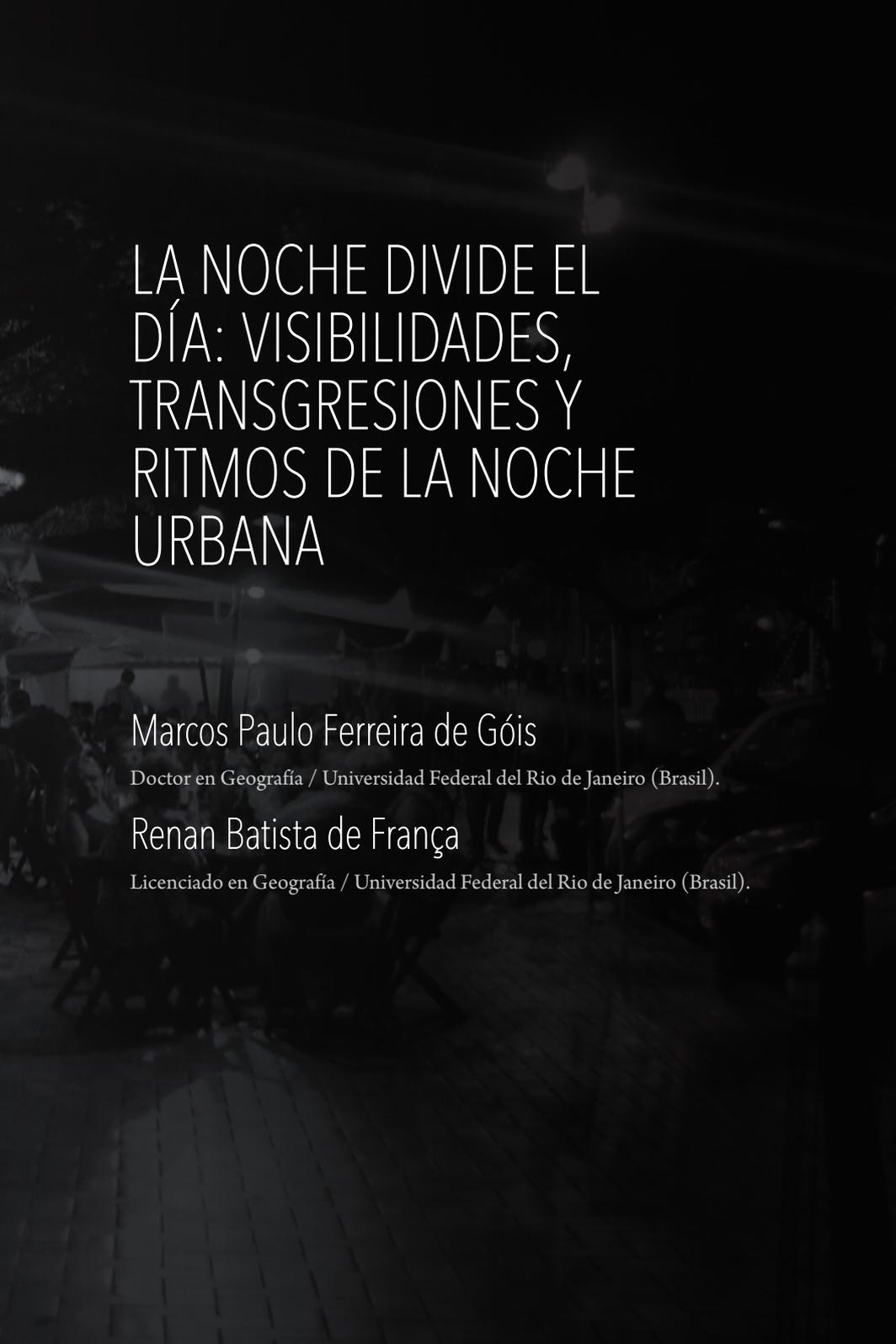
la particularidad y posibilidad de ser desenfocadas, mientras que las interacciones en la red suelen volver sus enfoques a algo que se destaca en aquel momento en particular: un determinado tema o un gran acontecimiento inesperado, por ejemplo.

Es cierto que Internet, por el hecho de tener una ambientación tan amplia, permite una gran variedad de contactos. La observación de la dinámica existente en la actualidad, con smartphones, redes sociales y otros elementos similares, nos lleva a pensar que es posible crear paralelos entre las formas de contacto presencial y virtual. Hoy, la presencia efectiva y el contacto cara a cara comparten la atención con una presencia mutua que es el resultado del mantenimiento de estas relaciones en las redes virtuales. Esto modifica el lugar, intensidad, velocidad y frecuencia de las interacciones debido principalmente a la reducción del tiempo en espera.

Ahora cabe la posibilidad de estar copresente incluso estando presencialmente en otro lugar. La persona no sólo se encuentra en un lugar físico, también está presente en el ambiente de sus interacciones virtuales en conexión y desconexión con el lugar (percibido incluso por el interés destinado a cada elemento).

Sería un error hablar, sin embargo, que la *sociabilidad virtual* tiene en la actualidad un valor mayor que la presencial y que los dispositivos conectados a Internet sólo se utilizan como instrumento para aumentar la impersonalidad y reducir las interacciones sociales reales. En realidad, en muchas situaciones la *sociabilidad virtual* genera *sociabilidad física*, y la *sociabilidad presencial* genera *sociabilidad virtual* y, en la mayoría de las situaciones, ambas se complementan.





LA NOCHE DIVIDE EL DÍA: VISIBILIDADES, TRANSGRESIONES Y RITMOS DE LA NOCHE URBANA

Marcos Paulo Ferreira de Góis

Doctor en Geografía / Universidad Federal del Rio de Janeiro (Brasil).

Renan Batista de França

Licenciado en Geografía / Universidad Federal del Rio de Janeiro (Brasil).

Resumen

La vida nocturna se ha convertido en una parte significativa de la experiencia urbana. Actualmente podemos hablar de su relevancia en la economía urbana y en la vida social, especialmente si consideramos vivir en sociedades que no duermen. En este capítulo se discute cómo un régimen de visibilidad - vivido durante la noche - puede cambiar las formas que vemos, vivimos y participamos en ese escenario urbano. A partir de las observaciones realizadas en la ciudad de Río de Janeiro se describen las prácticas de sociabilidad en los espacios públicos y cómo los patrones de comportamiento cambian en razón del lugar y del momento en que se realizan. En ese sentido, se analizan los patrones a través de las 'gafas conceptuales' del *ritmo-análisis*.

A NOITE DIVIDE O DIA: VISIBILIDADES, TRANSGRESSÕES E RITMOS DA NOITE URBANA

Resumo

A vida noturna tem se tornado uma parte significativa da experiência urbana. Atualmente podemos falar da sua relevância na economia urbana e na vida social, especialmente se considerarmos vivermos em sociedades que não dormem. Nesse capítulo discutiremos como um regime de visibilidade – vivido durante a noite – pode mudar as formas que vemos, vivemos e participamos nesse cenário urbano. A partir das observações realizadas na cidade do Rio de Janeiro, nós descreveremos as práticas de sociabilidade nos espaços públicos e como os padrões de comportamento mudam em razão do lugar e do momento em que são performados. Nesse sentido, analisaremos os padrões através dos 'óculos conceituais' da *ritmoanálise*.

DÍA Y NOCHE, NOCHE Y DÍA

En muchos sentidos el día y la noche son dos parcelas de tiempo que se organizan espacialmente de manera bastante diferente dentro de la misma unidad: el ciclo diario. Actividades, prácticas, hábitos, ritmos, visibilidades y límites parecen reconfigurarse totalmente después del atardecer. El «estar juntos» o todas las dinámicas involucradas en la sociabilidad durante la noche han diferenciado contenidos según lugares, grupos y épocas, lo que afecta a las trayectorias de las personas en el espacio, generando nuevas concentraciones y, a veces, reconstruyendo reglas sociales.

La distinción entre estas dos esferas, día y noche, parece haber sido incluso mayor durante todo el período en que la dependencia de la luz natural era casi absoluta, antes del desarrollo de tecnologías para la generación de luz artificial. En ese largo período, los ciclos circadianos condicionaban completamente los modos de vida de los individuos y orientaban el encuentro social y el trabajo. La disponibilidad de luz natural parece haber sido esencial para el ejercicio de la vida pública en sus dimensiones políticas, económicas y sociales; y a la noche se le confirió el papel de momento destinado casi exclusivamente al descanso privado y a las actividades transgresoras del orden dominante. En un pasado no muy lejano, algunas personas tomaban el riesgo de realizar recorridos nocturnos y aquellos que caminaban en la oscuridad incluso podrían ser confundidos con los criminales y llevados a la cárcel (Baldwin, 2012). No sin razón, la primera forma de alumbrado público se produjo por razones de seguridad y control social con la provisión de linternas en la ciudad de París, en el siglo XVII. Hasta entonces la vida social parecía estrecharse entre los límites del día y ajustarse a las barreras naturales impuestas por la oscuridad de la noche (Ferreira, 2009).

La superación de estas barreras produjo un hecho esencial: una nueva forma de vida que ocupó la ciudad socialmente y se rompió con los límites naturales del tiempo reorganizando los calendarios tradicionales basados en los ciclos agrícolas (Gwiazdzinski, 2005). Trabajo y ocio, anteriormente involucrados en una misma escala de tiempo, se convirtieron en actividades separadas gradualmente (Nasaw, 1993). La

noche apareció como un momento de sociabilidad festiva, despojado de la formalidad de los ceremoniales y colorido por la ocupación de las vías públicas; se recreó como tiempo social y momento para el desfile de la publicidad (McQuire, 2004). Con esta ampliación considerable del tiempo para usar los espacios públicos y la concomitante expansión de los servicios privados, nuevas actividades y nuevos puestos de trabajo han llegado a ocupar la escena nocturna y sistemas de distribución, movilidad y comunicación han sido relevantes para el desarrollo de esta escena.

Hoy hablamos de ciudades que no se detienen, de los servicios que operan 24 horas al día e incluso de un estilo de vida que reúne al ocio con el trabajo humano provenientes de actividades que se desarrollan durante la noche. Los grandes festivales celebran la noche urbana, proyectos urbanos y planes directores son hoy dedicados a la ciudad nocturna, técnicas especiales de iluminar espacios públicos colorean la ciudad creando escenarios que valoran identidades urbanas (Narboni, 2004). Esta evolución reorganizó los elementos que distinguen día y noche, especialmente en cuanto a los regímenes de visibilidad, las formas de comportamiento y los ritmos urbanos.

Estos tres elementos tienen una gran importancia en la organización de los espacios públicos nocturnos y, en gran parte, guían los lugares centrales para la sociabilidad pública durante la noche. La iluminación artificial parece proveer un nuevo régimen de visibilidad que nos proporciona claves interpretativas para entender cómo funcionan algunos lugares por la noche; el cambio de algunos comportamientos en público también constituye otro elemento fundamental pues se observa que en el período nocturno algunas reglas se flexibilizan; finalmente, los ritmos en esos escenarios nocturnos informan sobre los contenidos temporales de esas sociabilidades: su duración, repetición, densidades y variación. El conjunto formado por estos tres elementos no agota todas las discontinuidades entre el día y la noche, pero es muy útil para entender cómo estas discontinuidades influyen en la organización espacial de la sociabilidad pública nocturna.

REGÍMENES DE VISIBILIDAD: LO EXTRAORDINARIO Y LO ORDINARIO.

La experiencia urbana durante la noche muestra que hay discontinuidades claras en relación con el día. La principal y quizá más importante se refiere a la visibilidad de los espacios. Esto es porque la percepción, la contemplación y la organización espacial de los elementos urbanos parecen cambiar en la noche. El paisaje nocturno es construido a partir de nuevas formas, densidades, colores y composiciones gracias a la iluminación artificial (Van Santen, 2006). Los elementos urbanos iluminados hace que algunos se destaquen en detrimento de otros. La composición de las fuentes de luz también crea zonas de sombra que limitan el horizonte de visibilidad (Thibaud, 2001). Por lo tanto, se puede decir que la luminosidad cambia la manera en que nos orientamos y, en consecuencia, vivimos en el espacio.

Estos cambios producidos durante la noche componen lo que llamamos un nuevo *régimen de visibilidad*¹. Este régimen consiste en decisiones y moldea identidades y prácticas sociales. La propia mirada del público cambia. El modo de iluminar afecta directamente la forma cómo observamos. En el campo de la arquitectura del paisaje se hace la distinción entre una iluminación del tipo funcional (que aprecia la eficiencia) y otra de tipo escénico (que aprecia la estética). Cada uno de estos tipos guía de forma distinta las formas de sociabilidad. Luces funcionales tienden a destacar «lo ordinario», los elementos que se repiten; luces escénicas dan visibilidad a «lo extraordinario», a los elementos que parecen ser únicos en el paisaje urbano.

La *iluminación funcional* atiende los acontecimientos de la vida cotidiana en su flujo ordinario y sus ciclos repetitivos. Bajo estas luces se crea una *sociabilidad pública* de tipo banal, repetida todos los días a partir de gestos y estrategias de interacción común a la vida urbana. La banalidad de esta forma de iluminación asegura que la luminosidad no es, en general, un elemento en el paisaje, sólo se aprecia cuando está

1 No se trata aquí de un *régimen de visibilidad* como el presentado por Foucault (1997) a partir de los ejemplos de la vigilancia jerárquica y del panoptismo: «El dispositivo panóptico organiza unidades espaciales que permiten ver sin reconocer inmediatamente [...] A plena luz la mirada de un vigilante se capta mejor que la sombra que finalmente protegía. La visibilidad es una trampa» (Foucault, 1997: 166).

ausente (Lara, 2006). En zonas más oscuras toman forma otras configuraciones de sociabilidad. Son puntos de encuentro de personas que, por algún tipo de motivación, buscan un refugio protegido de las luces sin que necesariamente se asimilen a conductas desviadas; se trata sólo de una apreciación positiva de las sombras o la falta de iluminación.

La *iluminación escénica* tiene otros atributos que fijan la característica estética de la ciudad por la noche valorando espacios patrimoniales, elementos icónicos, grandes obras de arquitectura moderna, eventos nocturnos y festivales especiales, etc. Las luces también se componen de nuevos coloridos, materiales de apoyo, ángulos de exposición y materiales de reflexión. Esto crea, en medio de los elementos de flujo ordinario, lugares especiales que se destacarán del entorno; algunas formas son extraídas del conjunto de cosas comunes, lo que genera gran visibilidad (Figura 1).

Estos puestos operan para los usuarios como una especie de panorama, fondo paisajístico, añadiendo un valor particular al lugar por analogía a lo allí vivido (Figura 2). Esto parece ser común en casos donde nuevas luces escénicas están dirigidas a los monumentos en áreas de recurrente sociabilidad nocturna como los Arcos de Lapa en el centro de Río de Janeiro. La iluminación del viejo acueducto proporciona una redirección temporal de la *sociabilidad pública* que influye en la dirección de la vista del público, las concentraciones de personas y aún la lógica de las rutas. La *iluminación escénica* refuerza la imagen del lugar atrayendo a un mayor número de interesados para las actividades que ocurren bajo sus luces.

Es común que la iluminación festiva produzca nuevos protagonismos en la representación de la imagen de la ciudad, a veces reforzando la centralidad de algunos lugares, a veces recreando la visibilidad de otros para destacar su imagen nocturna. Iglesias, puentes y elementos de la naturaleza que son secundarios pueden convertirse en objetos de gran atractivo visual durante la noche (Figura 1) solapando a un conjunto de edificios, plazas y avenidas que tienen un mayor alcance visual durante el día. Podríamos decir que cada metrópoli contiene lugares que por la noche se llenan de colores y movimiento.

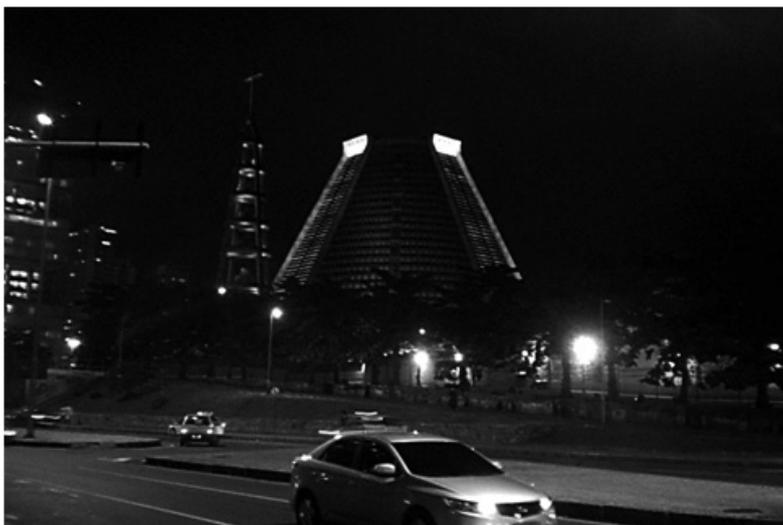


Figura 1. La iluminación estética que (re)valoriza la forma de edificios, destacando su carácter patrimonial, simbólico o turístico. Catedral Metropolitana de Río de Janeiro, Centro. Fuente: Marcos Góis (2014).



Figura 2. La iluminación especial de fachadas se combina con las luces de los bares y restaurantes y la iluminación pública creando escenarios nocturnos para el encuentro social. Rua do Lavradio, Lapa. Fuente: Marcos Góis (2014).

Es común que la iluminación festiva produzca nuevos protagonistas en la representación de la imagen de la ciudad, a veces reforzando la centralidad de algunos lugares, a veces recreando la visibilidad de otros para destacar su imagen nocturna. Iglesias, puentes y elementos de la naturaleza que son secundarios pueden convertirse en objetos de gran atractivo visual durante la noche (Figura 1) solapando a un conjunto de edificios, plazas y avenidas que tienen un mayor alcance visual durante el día. Podríamos decir que cada metrópoli contiene lugares que por la noche se llenan de colores y movimiento.

Sea en el plan *ordinario*, sea en el *extraordinario*, el orden espacial establecido no es resultado de un modelo único y unidimensional. Las luces artificiales son parte del juego social, las disputas y los conflictos por la representación y la visibilidad. Hay tantos agentes como intencionalidades rigiendo las líneas y los puntos luminosos que observamos en las imágenes nocturnas de satélite o en las formas que componen nuestra experiencia vivida del paisaje urbano. Los lugares que presentan una mayor actividad social durante el período nocturno no son, por lo tanto, aquellos que tienen de manera exclusiva una u otra forma de iluminación, sino la variada combinación de estas formas. En cierto modo, la heterogeneidad de las fuentes y los materiales luminosos tienden a ser una forma de reproducción de la variedad de actividades, funciones y públicos que están en el lugar. En este sentido, lo *ordinario* y lo *extraordinario* se activan para la creación de escenarios de la vida nocturna. Incluso si la iluminación artificial no es un elemento totalmente determinista, opera como un instrumento de intervención en el espacio, arreglando las posibilidades de comportamiento en la vida nocturna.

COMPORTAMIENTOS NOCTURNOS: REGLAS, TRANSGRESIONES Y NEGOCIACIONES

Las formas de sociabilidad y los tipos de comportamiento asociados a la vida nocturna, de manera recurrente, han sido tratados como rompimientos en relación con el orden diurno. La idea más general es que la transgresión se facilita por un relajamiento relativo de los mecanismos de control y planificación urbana. Uno de estos mecanis-

mos es la iluminación artificial que podría, dentro de ciertos límites, asegurar la visibilidad de las acciones de los individuos. Así, hay en el imaginario social una clasificación de los lugares en términos de su luminosidad que tiende a relacionar directamente la oscuridad con actos que infringen las reglas sociales. Este esquema general no tiene en cuenta, sin embargo, el hecho de que el comportamiento ofensivo, a veces obtiene visibilidad en situaciones en que las divisiones entre lo visible y lo oculto no son precisamente delimitadas en el espacio. De hecho, la manifestación de un comportamiento transgresor parece tener aun mayor impacto cuando ocurre en lugares de gran publicidad, destacando así el comportamiento desviado de los individuos o grupos (Cresswell, 1998).

La noche también parece ser un momento celebrado por la posibilidad de reducir los mecanismos de control. Este marco puede servir para romper la ley o para actuar de manera más relajada o menos formal. Así, por un lado, la noche puede generar la sensación de miedo e inseguridad, pero al mismo tiempo ofrece la oportunidad de disfrutar de más libertad y menos formalismo. El término medio constituye el triunfo en el juego social de la vida nocturna. Sociabilidad nocturna se define mediante la negociación entre lo permitido y lo que puede ser transgredido (Góis, 2015). La noche parece permitir esta negociación incluso en lugares de gran centralidad y afluencia de los ciudadanos, en los espacios públicos de gran visibilidad en la ciudad. Estos lugares tienden a ser aquellos con una celebrada forma de sociabilidad ligada al período nocturno, es decir, lugares que disfrutan simultáneamente de relativa conformación de los principios morales que orientan la vida social y una exitosa negociación de prácticas transgresoras.

Es común que estos espacios públicos se centren en áreas periféricas a los centros comerciales y administrativos. Esta ubicación responde a diversos factores como la proximidad a los puestos de trabajo diurno con fácil desplazamiento y con todos los elementos que representan la vida urbana (comercio y servicios variados). Generalmente se definen como «lugares de bohemia» y concentran la imagen pública nocturna de una ciudad. En el caso de la ciudad de Río de Janeiro, el barrio de Lapa parece ser uno de esos lugares y su imagen está asociada, en general, a su pasado y al carácter transgresor de su

sociabilidad. Lugares como este se hicieron famosos por una forma de sociabilidad más abierta y conectada con el uso de los espacios públicos como escenario y espacio de los juegos sociales. Las formas de interacción aquí están mediadas por su vinculación con las actividades de ocio y entretenimiento nocturno que ofrecen diversidad de atracciones y concentran una gran heterogeneidad de intereses: para los trabajadores del centro de la ciudad estos lugares pueden representar espacios de confraternización; para los más jóvenes, un lugar con las bebidas más baratas; para los grupos que se reúnen alrededor de géneros musicales, un centro para ver espectáculos musicales. Independientemente de las razones individuales, la reunión de intereses diversos en un mismo lugar provoca un tipo de «encuentro» entre personas que no se conocen permitiendo que los contactos, conflictos y pequeñas infracciones sean negociadas o que se les asignen lugares específicos por los efímeros acuerdos establecidos entre los presentes (Goffman, 2010). Así, hay lugares en que el uso recreativo de drogas es tolerado; hay áreas en que la prostitución es observada sin mayores reacciones; e incluso expresiones explícitas de sexualidad no reprimidas. Una vez más, determinados comportamientos y sus respectivos lugares son renegociados por la noche y esto ocurre comúnmente en los lugares en que la *sociabilidad pública* concentra una gran diversidad de intereses.

Estos *espacios de sociabilidad nocturna* pueden convertirse también en el centro de manifestaciones en contra de su permanencia. La existencia de esa sociabilidad puede generar conflictos con algunos de los habitantes de esas áreas que se ven perjudicados por el ruido, por el movimiento excesivo y, a veces, por el tipo de frequentador y sus prácticas en aquellas áreas. Por eso, estos lugares ganan más centralidad en el debate público pues hay un carácter conflictivo en su establecimiento, dando lugar a formas de sociabilidad que se discuten públicamente y que establecen límites para su ocurrencia. Lanzamiento de botellas, cierre de calles, petición de apoyo a la policía, etc., son algunas de las formas específicas de conflicto que determinan posiciones dentro de ese juego social que tiene lugar en el espacio público. Los conflictos y las negociaciones pasan a formar parte de la propia imagen del lugar dándole un atractivo más para convocar al público y potenciar la interacción social o, al contrario, marginalizándolo como un punto marca-

do por las transgresiones y excluyendo una sociabilidad pública más abierta y heterogénea.

Los lugares percibidos como peligrosos por la posibilidad de encuentros no deseados con extraños, generalmente asociados a moradores de calle y usuarios de drogas, no atraen visitantes ni siquiera aquellos que lo utilizan como área de paso. En el Aterro do Flamengo, en la zona sur de Río de Janeiro por ejemplo, hay durante el día una importante permanencia de personas que se dedican a actividades de ocio y deporte muy diversas. Por la noche, la mayor parte de ese parque se vacía casi completamente e incluso las personas que practican algún deporte casi desaparecen en el período nocturno por las razones indicadas más arriba (con la excepción de las canchas de microfútbol, que se utilizan intensamente también durante la noche). Así, la sociabilidad garantizada por el ocio bohemio o por la práctica de cualquier deporte puede ser restringida por la propiedad exclusiva de un grupo o actividad. La diversidad de públicos y de actividades parece ser, una vez más, un punto clave del éxito de esos lugares.

En resumen, las formas de comportamiento durante la noche no son absolutamente diferentes de los observados durante el día. Sin embargo, el nocturno ofrece una capa luminosa distinta del diurno recreando juegos de luz y sombra que hacen aparecer otras relevancias espaciales. Además, la cubierta de la luz está asociada de alguna manera a un imaginario social que parece proporcionar la libertad para el comportamiento dando a la transgresión una oportunidad. La intensidad, la repetición y la duración de esos momentos varían de un lugar a otro y pueden observarse por medio de ritmos sociales que se crean como resultado de este encuentro social nocturno.

EN EL COMPÁS DE LA NOCHE: *RITMOS*, LUGARES Y VIDA SOCIAL

La noche no interrumpe los *ritmos* diurnos, pero los cambia, los hace más lentos (Lefebvre, 2004) y más concentrados en algunas zonas de la ciudad. Los *ritmos* pueden ser comprendidos como flujos de movimiento que tienen densidades, repeticiones y duraciones que varían a lo largo del tiempo. Así, cada lugar tendría un *ritmo* según el intervalo

de tiempo de observación. Algunos pueden ser *lineales*, guiado por la diversidad de orígenes y destinos de los presentes desde un lugar determinado en un momento dado; otros pueden ser *cíclicos*, puesto que son característicos de la organización social que los mantiene como parte de la estructura urbana o presentes en los elementos naturales, como el ritmo circadiano (Lefebvre, 2004). A lo largo de un día podemos notar el cambio en los *ritmos* de un espacio determinado. Señalamos la fluctuación de las ocupaciones, los elementos que permanecen y que son la base de la construcción rítmica del lugar y también otros elementos que agregan notas transitorias al compás. La combinación entre los diferentes movimientos se cambia continuamente durante todo el día y compone la aparición, el pico y el final de una actividad determinada. Tienden a ser más intensos en aquellas áreas que tienen gran importancia para la vida social urbana y más tenue en las zonas de menor visibilidad pública. En este sentido, el *ritmo* de un lugar señala la intensidad y la variedad de formas de sociabilidad.

El *ritmo* de un lugar durante un día puede ser el resultado multivariado de la vida social cotidiana eventualmente superada por las actividades extraordinarias. Un evento especial como el carnaval o un festival de música puede cambiar la vida cotidiana a lo largo de una semana. Una presentación pública, una festividad, un accidente puede modificar la forma en que interactuamos. Es más común, sin embargo, que cotidianamente esos ritmos se mantengan dentro de un patrón de organización de la vida social urbana. Por la noche, hay una disminución global de los flujos de vehículos, de peatones, del uso de los centros comerciales, de las caminatas en los parques, de los establecimientos en funcionamiento, de los bienes públicos abiertos, etc. La desaceleración de los *ritmos* parece alcanzar su auge en la madrugada, entre la medianoche y las 4:00 horas cuando se renueva el movimiento urbano (Figura 3). Además, los *ritmos* de la noche pueden acelerarse en algunos lugares que aparecen como escenarios nocturnos y centros de interés para parte de los ciudadanos. En estos lugares, la vida urbana se llena de luces, gente y actividades, especialmente en los fines de semana, invirtiendo la lógica de desaceleración y empezando un nuevo espectáculo nocturno (Figura 4). Observamos, así, dos ciudades: una que duerme y otra que se divierte (Gwiazdzinski, 2005).]



Figura 3. Algunos lugares presentan gran densidad de ocupaciones y de eventos durante el período diurno, teniendo la noche como un momento de reposo o de reducción de los ritmos sociales. Dos momentos en la Playa de Copacabana, Zona Sur. Fuente: Território e Cidadania (2014).



Figura 4. Lugares que tienen su fama ligada a una mayor densidad y heterogeneidad de personas público durante la noche. Dos momentos em el Largo da Lapa, Centro. Fuente: Marcos Góis (2014).

La ciudad que duerme sigue en la mayoría de los casos siendo reclusa en los espacios privados, en las diversiones caseras y en las actividades de reposo. La ciudad que se divierte se divide entre los espacios privados de discotecas, casas de espectáculo y restaurantes y los espacios públicos. Estos últimos, no siempre se presentan como espacios de ocio nocturno y en muchas ciudades toda actividad permanece confinada en los espacios privados sean ellos particulares o comerciales. Los espacios públicos que reciben gran afluencia de personas por la noche son, por lo tanto, privilegio de algunas dinámicas urbanas. Podemos observar algunas ciudades que se divierten en esos escenarios nocturnos que concentran diversos intereses durante cierto período de tiempo. En ellos se observan comportamientos y formas de interacción social que poseen contenidos diferenciados en relación con los observados durante el día. Notamos también el variado colorido y luminosidad de la arquitectura y de las actividades. Estos escenarios expresan lo que podemos llamar la *vida nocturna*, un aspecto de nuestro cotidiano que tiene su lugar de celebración, referencia y manifestación en los espacios públicos.

NOCHE Y DÍA, DÍA Y NOCHE

La conquista de la noche por la sociedad produjo despliegues importantes para la *sociabilidad pública*. Con la ocupación de los espacios públicos durante la noche, el juego social ganó una prolongación y una nueva dimensión extendiendo los horarios y ofreciendo oportunidad para un encuentro público abierto en diferentes bases de aquellas dominantes en el período diurno. Aunque la esfera privada se mantenga como un influente dominio de las prácticas ligadas a lo nocturno, la sociabilidad en los espacios públicos por la noche parece conducirnos a constatar que hay elementos ligados a la sociabilidad urbana que funcionan de otra manera. Entre el variado número de elementos, presentamos tres que identificamos como estructurantes para distinguir entre la sociabilidad diurna y nocturna y el entendimiento de su papel en la vida pública: luminosidad, comportamientos y ritmos. La observación de cómo operan estos elementos abren nuevas posibilidades de interpretación sobre las cuestiones de la visibilidad, de la transgresión y de la duración de las prácticas en relación con los escenarios nocturnos.

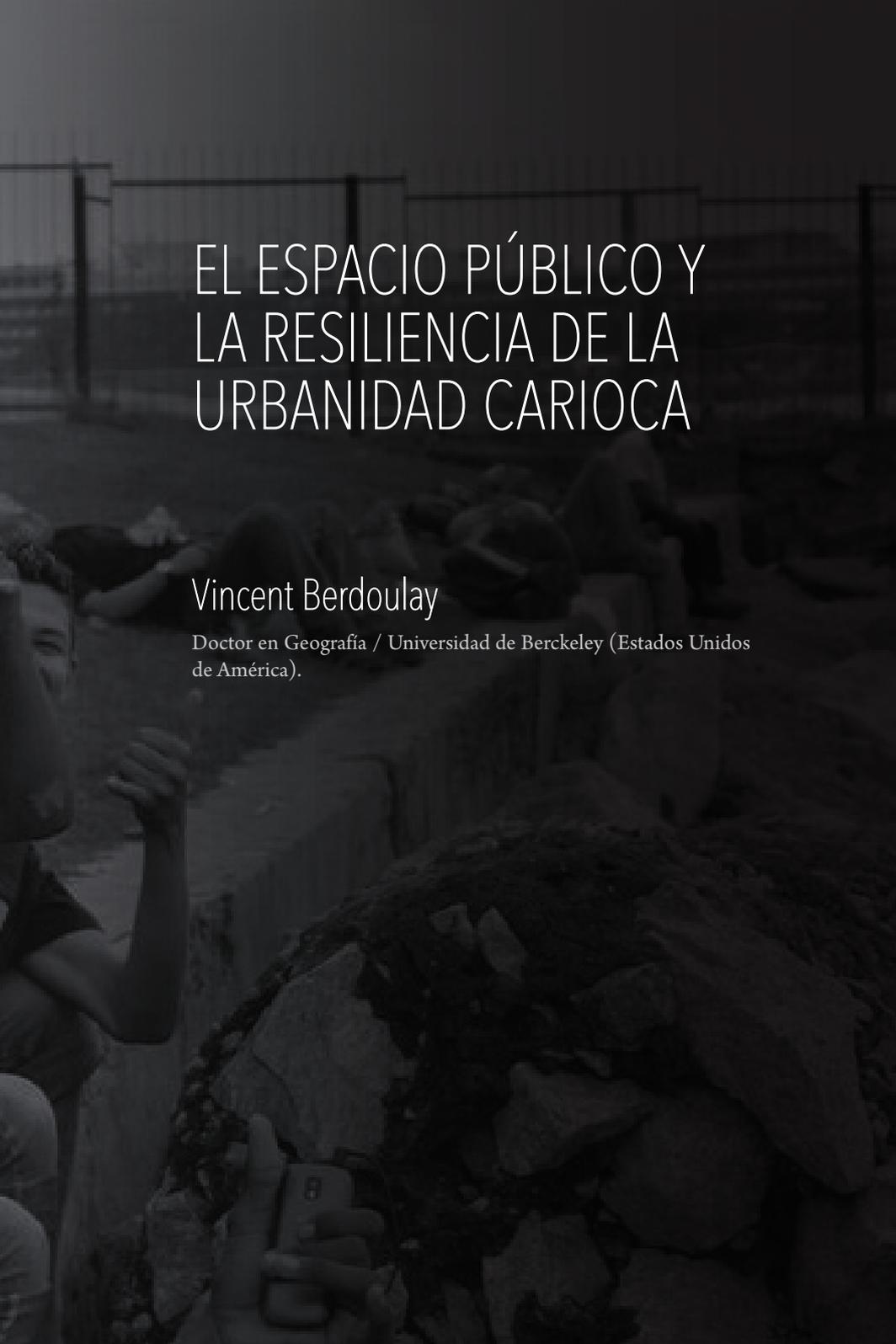
En el caso de la *iluminación* hay un particular interés en la creación de regímenes de visibilidad y su papel de seleccionar lo que aparece y cuenta en los escenarios nocturnos urbanos. Hay también una mitológica relación entre lugares oscuros y criminalidad que parece todavía inspirar muchas orientaciones políticas y acciones sociales. De modo bastante general, la luz artificial parece estar concebida como un instrumento de ordenación o como un elemento de ornamentación. La combinación de estas intencionalidades ayudaría a crear una capa brillante sobre la noche de la ciudad evidenciando lugares, creando escenarios o relegando prácticas a la invisibilidad.

En relación con los comportamientos, observamos que la idea de la transgresión y del rompimiento del orden diurno amparó gran parte del imaginario ambiguo sobre la noche e hizo que las medidas de control tuviesen mayor visibilidad dentro de las acciones de planificación nocturna. Sin embargo, imaginar la sociabilidad en los espacios públicos durante la noche exige que pensemos las relaciones sociales como negociaciones en las que las reglas y los límites pueden ser flexibilizados o reorganizados por el nuevo contexto que se abre durante el período nocturno y su asociación a formas de sociabilidad menos rígidas y formales. Esta flexibilidad no debe, sin embargo, ignorar que en el juego social el papel que desempeña cada individuo se refiere a una posición en un determinado contexto social que es también un contexto espacial.

Por último, los diferentes *ritmos* parecen ser un indicador importante de la relación entre los lugares de sociabilidad nocturna y su público. Ellos permiten que observemos e interpretemos las frecuencias, las densidades y las duraciones de los eventos nocturnos en los espacios públicos. En cierta forma, nos permiten entender que la ciudad también está compuesta por diferentes *ritmos* nocturnos y que podemos encontrar actividades complementarias u opuestas: segmentos que buscan dormir, mientras que hay otros que quieren divertirse e intentan, así, delimitar áreas para su ocupación. En cualquier caso, parece que se crean nuevos regímenes de visibilidad, nuevas formas de comportamiento y nuevas combinaciones rítmicas durante la noche. Estas variables nos apuntan a una posibilidad de interpretación de la vida nocturna, especialmente cuando tenemos en cuenta sus discontinuidades en relación con el día.

EXTRAÑEZAS





EL ESPACIO PÚBLICO Y LA RESILIENCIA DE LA URBANIDAD CARIOCA

Vincent Berdoulay

Doctor en Geografía / Universidad de Berkeley (Estados Unidos de América).

Resumen

El texto siguiente tiene como objetivo reflexionar sobre la urbanidad y la *resiliencia* a partir de situaciones de sociabilidad en espacios públicos. Aunque existen numerosos estudios sobre *resiliencia urbana*, pocos son aquellos que proponen investigar este tema a partir de situaciones cotidianas en espacios públicos. Si la *resiliencia* consiste en la reestructuración de un sistema después de una crisis, creemos que los espacios públicos de la ciudad de Río de Janeiro pueden ser ejemplos valiosos para pensar sobre este proceso. A pesar del escenario de regresión de la vida pública de la ciudad debido a la violencia y la decadencia urbana, los ciudadanos frecuentan diariamente sus plazas. Esta ocupación evidencia la voluntad de convivir y de interactuar de la población urbana. En estas formas de sociabilidad realizadas sobre los espacios públicos, la flexibilidad, la transitoriedad y la creatividad de las prácticas cotidianas reconstituyen equilibrios y funciones de la urbanidad. De esta manera, se concluye que la *resiliencia urbana* pasa por la *resiliencia* del propio espacio público y por las sociabilidades que se elaboran en él.

O ESPAÇO PÚBLICO E A RESILIÊNCIA DA URBANIDADE CARIOCA

Resumo

O texto a seguir tem como principal objetivo refletir sobre a urbanidade e a resiliência a partir de situações de sociabilidade em espaços públicos. Embora existam numerosos estudos sobre resiliência urbana, poucos são aqueles que propõem investigar este tema a partir de situações cotidianas em logradouros públicos. Se a resiliência consiste na reestruturação de um sistema após uma crise, acreditamos que os espaços públicos da cidade do Rio de Janeiro possam ser exemplos valiosos para pensar sobre este processo. Apesar do cenário de regressão da vida pública carioca devido à violência e à decadência urbana, os cidadãos frequentam diariamente parques e praças da cidade. Esta ocupação ativa dos espaços públicos evidencia a vontade de conviver e de interagir da população urbana. Nestas formas de sociabilidade realizadas sobre os logradouros públicos, a flexibilidade, a transitoriedade e a criatividade das práticas cotidianas reconstituem equilíbrios e funções da urbanidade. Desta maneira, conclui-se que a resiliência urbana passa pela resiliência do próprio espaço público e pelas sociabilidades que são elaboradas nele.

ATENCIÓN: ¡VIOLENCIA! ES LA ADVERTENCIA QUE EL VISITANTE recibe cuando pide consejo sobre cómo comportarse en la ciudad de Río de Janeiro. Esconder cualquier objeto de valor, llevar sólo la fotocopia del documento de identificación y un poco de dinero en metálico, vestirse de manera informal, desconfiar de cualquier ofrecimiento hecho por desconocidos, etc. Son muchas las recomendaciones que refuerzan el sentimiento de inseguridad asociado a la reputación de Río de Janeiro, así como a otras aglomeraciones urbanas de Brasil (Figura 1). Para aquellos que no se limitan solamente a visitar los lugares turísticos de las tarjetas postales, hay también un cierto perfume de decadencia que impregna el paisaje urbano: terrenos baldíos, vías públicas en mal estado de conservación, basura acumulada en algunos lugares, etc. son características que contribuyen a esta impresión. Un poco como si las *lágrimas de Río* (Vidal, 2012) después de haber perdido la condición de capital federal no se hubieran secado, inaugurando un período de relativa decadencia.

Sabemos que la inseguridad no impide que funcione con fuerza el imaginario positivo sobre Río de Janeiro establecido desde hace mucho tiempo. Las playas, la música, el fútbol, la *joie de vivre* y un desorden amistoso contribuyen a alimentar imágenes turísticas estereotipadas, sin que tengamos siempre la conciencia de que el atractivo carioca reside, de hecho, en la longeva complejidad de la riqueza social y cultural existente en la vida urbana de esta gran y antigua metrópoli. Recientemente, una fase de crecimiento económico y grandes eventos deportivos internacionales también sirven para recuperar su imagen.

El espacio público lleva la marca de las dificultades experimentadas por la metrópoli: una fuerte tendencia de regresión de la vida pública prolongada durante algunas décadas (Gomes, 2012) que se manifiesta por un fortalecimiento de la vivienda con la presencia de rejas —en detrimento muchas veces de las aceras— para controlar el acceso a las propiedades. Una atmósfera de inseguridad se ha expandido, aunque algunos programas de urbanismo hayan intentado mejorar los espacios públicos (como en la Favela Barrio). Para el peatón que caminaba por las aceras que se prolongaban sin transición hasta los umbrales o vestíbulos de las propiedades, o podía echar un vistazo en los jardines de las casas, la mirada ahora está delimitada por barras enormes, o por altos

muros cubiertos de cercas de alto voltaje o alambre de púas. En lo que queda de la acera, los peatones continuamente tienen que reorganizar su desplazamiento entre obstáculos, así como eludir vendedores ambulantes que esparcen mercancías en el suelo. Por lo menos en estos casos, pueden circular, ya que hay situaciones peores: vastos espacios están prohibidos, al igual que en las favelas controladas por traficantes de drogas, o como en los condominios cerrados que se multiplican.



Figura 1. Guardias de seguridad del Parque de Madureira. Fuente: Território e Cidadania (2014).

Si el efecto de esta fuerte tendencia a la regresión del espacio público se hubiera prolongado, hoy contemplaríamos una ciudad completamente enclaustrada en espacios privados. Ahora bien, este no es el caso. Hace algunos años sentimos que el espacio público se revigoriza. Es como si la urbanidad carioca, tan tradicionalmente pública, no aceptara desaparecer y quisiera revitalizarse: las personas salen de nuevo a las calles en horarios tardíos de la noche como en Copacabana; algunos barrios como Lapa o plazas como la plaza São Salvador atraen un número creciente de personas; un sentimiento de seguridad relativa se afirmó de nuevo en muchos lugares de la ciudad.

Hay entonces una reanudación de la urbanidad que se fundamenta una vez más en el intensivo uso del espacio público. Su muerte anunciada no se materializó. ¿Cuáles son las nuevas conexiones que se establecieron entre el espacio público, las formas de sociabilidad que se pueden observar y una urbanidad renaciente? En otras palabras, hay una *resiliencia* de algunos aspectos de la vida urbana, ¿qué le debe esta *resiliencia* al espacio público?

La idea de *resiliencia* atrae mucha atención en las ciencias sociales y de la acción, en particular relacionada con los estudios de riesgo y con las políticas públicas en el campo de la gestión o planificación urbana. Numerosos estudios insisten principalmente en las variables económicas, políticas o tecnológicas, pero no miran directamente el espacio público. Por eso es bastante interesante aprovechar el caso de Río de Janeiro para explorar las conexiones entre la *resiliencia* y el espacio público, particularmente para profundizar lo que aquella nos enseña sobre este y viceversa.

EXPLORANDO CONVERGENCIAS ENTRE LA RESILIENCIA Y EL ESPACIO PÚBLICO

Diseñado en su origen en la investigación sobre materiales y después sobre los ecosistemas, el concepto de *resiliencia* se utiliza hoy en día en muy diversas áreas que van desde la psicología del individuo que es víctima de un gran estrés hasta la gestión de organizaciones amenazados en sus funciones por eventos catastróficos. La idea fundamental es reflexionar sobre la capacidad de un sistema que sufrió daños para recuperar el equilibrio o recuperar lo esencial de sus funciones gracias a una importante reestructuración (Aschan-Leygonie, 2000; Holling, 2001; Folke, 2006). De hecho, la noción de *resiliencia* interesa bastante a los investigadores en el enfoque de la *vulnerabilidad social* frente a riesgos naturales o tecnológicos (Dauphiné y Provitolo, 2007). Sin embargo, el uso de esta noción trae varios problemas epistemológicos, teóricos y metodológicos vinculados a la inexactitud y a los debates ocasionados en relación con el grado de transformación del sistema en cuestión, o de las escalas consideradas, o sobre el rango paradigmático considerado por el estudio de riesgo (Djament-Tran y Reghezza-Zitt,

2012). De esta polisemia del concepto viene incluso su interés heurístico en la planificación. Ella nos invita a pensar de manera diferente, a interesarnos sobre la evolución no lineal, sobre algunas dinámicas ignoradas hasta ahora responsables por transformaciones a veces lentas, pero profundas con respecto a la sociedad y a la luz de las crisis medioambiental. No es demasiado, sin embargo, considerar que los procesos de *resiliencia* son todavía poco conocidos y poco estudiados, particularmente en relación con sus parámetros espaciales.

En este sentido, aunque los estudios sobre el espacio público no hayan sido construidos en consonancia con la noción de *resiliencia*, podemos percibirlo en detalle en la teorización presentada. Hay similitudes para ser explotadas, es decir, es posible identificar cómo la *resiliencia* no planeada ayuda a entender el papel del espacio público en la vida urbana y cómo ese papel nos ayuda a analizar mejor lo que exactamente es. Sabemos que el interés por el espacio público por parte de los científicos y los gestores de las ciudades fue estimulado por la toma de conciencia de una creciente fragmentación de la sociedad urbana en comunidades o en barrios orientados hacia ellos mismos y por la voluntad de remediarlo, desarrollando dispositivos de gestión que favorecen el establecimiento de más interacciones sociales. Una urbanidad reencontrada gracias a los espacios públicos bien gestionados favorece la vida ciudadana y democrática. Se trata entonces de producir parques públicos donde la mezcla y las interacciones entre individuos tomen lugar conduciendo los ajustes y las negociaciones necesarias para que todo suceda pacíficamente y, al mismo tiempo, proporcionando el placer que puede haber en la interacción con los otros.

A los estudios de orientación funcional (económicos, sociales, políticos, paisajísticos) se les ha añadido el enfoque geográfico donde la morfología de los espacios está abordada en su conexión con las conductas y los significados (Gomes, 2012). En realidad, es la identificación de esas conexiones lo que permite explicar las diferencias del dinamismo de los espacios públicos y las formas de sociabilidad que allí se insertan. Este conocimiento, sin embargo, sólo nos puede ayudar a encontrar los medios de resistencia de las interacciones sociales en la medida que se articulan en una acción planificada. Ahora bien, hoy en día, esta acción no se puede basar exclusivamente en los enfoques

dominantes del pasado, relativamente indiferentes a la relevancia de las voluntades individuales relacionadas con las formas de la sociabilidad.

Desde hace décadas, la crisis ambiental con toda la incertidumbre que conlleva desestabilizó los enfoques clásicos de planificación («racionales» o «frontales») a favor de los enfoques más participativos o «colaborativos», más deseosos de promover el entendimiento entre los diferentes gestores, agentes políticos y la comunidad (Soubeyran, 1988, Healey, 1997; Forester, 1999). Esta transformación de la acción planificadora se encuentra también en el objetivo de abrir un debate público en el campo del desarrollo sostenible con el fin de integrar sus preocupaciones sociales y el principio de participación. Los proyectos tienen dificultades para alcanzar estos objetivos debido, en parte, a la dificultad para darles una interpretación espacial y diseñar modalidades adaptadas de consulta.

Actualmente, los enfoques denominados «frontales» o «racionales» son cada vez más preferidos frente a un enfoque «colaborativo» donde se exige la participación. Incluso con dificultades para la aplicación, este enfoque es reforzado actualmente por la aparición de consideraciones ambientales en la planificación. Así, los enfoques contemporáneos de planificación, por mucho tiempo dependientes de las ciencias sociales en el sentido estricto, se reconfiguran frente a las exigencias impuestas por los cambios ambientales globales. En la actualidad, es principalmente el tema de la adaptación a estos cambios un aspecto poderoso para modificar los enfoques de planificación (Tubiana et al., 2010; Berdoulay y Soubeyran, 2015a). El cambio climático, casi irreversible en el corto y mediano plazo, no sólo impone a la sociedad la necesidad de adaptarse sino que legitima una preocupación que el modernismo había eliminado de la planificación. En este contexto, la noción de *resiliencia* está cada vez más presente en las reflexiones sobre la planificación (Berdoulay y Soubeyran, 2014).

El espacio público y su planificación no pueden huir de estas consideraciones. La inversión en un espacio público, tema de la planificación depende de la creencia de que va a tener la capacidad de mantener y recrear vínculos sociales. Además de esta convergencia general sobre el tema de la resiliencia entre el pensamiento sobre el espacio público y la gestión, necesitamos tener en cuenta el llamamiento que estos dos

campos hacen a la reflexividad. Es un tema clave para comprender el funcionamiento de nuestras sociedades modernas (Giddens, 1990; Jonas, 1999) y también la forma en la que ahora se enfrentan a los riesgos y la crisis ambiental (Beck, 1986). Es en este contexto que la reflexividad apareció como un tema ineludible tanto para la comprensión del espacio público como para su gestión. Es necesario, sin embargo, constatar que los trabajos sobre esas cuestiones en la planificación no llevan mucho en consideración el tema de la reflexividad y aún menos sus condiciones espaciales.

Se trata entonces de estar atento a las *prácticas reflexivas* que emergen en ese nuevo contexto de la planificación y de su espacialidad. De hecho, las *prácticas reflexivas* parecen asociarse fuertemente a la relación concreta del sujeto (habitante o profesional) con el espacio —al lugar— que da sentido a las acciones que debe realizar (Berdoulay y Entrikin, 1998). Aquí encontramos los aspectos característicos del espacio público: la relación con el espacio y reflexividad son esenciales para su correcto funcionamiento (Berdoulay, 1997; Gomes, 2012). ¿Podríamos entonces afirmar que las formas de la sociabilidad incorporan el testimonio de las prácticas reflexivas del ciudadano en los espacios públicos? ¿Tanto por su cambio como por su adaptabilidad, estas formas de sociabilidad no concretan la reflexividad que el espacio público supone? La aparición y transformación de estas formas no corresponden entonces a los procesos de *resiliencia* de la sociabilidad pública. Una mirada atenta sobre las múltiples formas de sociabilidad identificables en los espacios públicos de Río de Janeiro nos permite aclarar esas cuestiones.

PROCESO DE RESILIENCIA EN LOS ESPACIOS PÚBLICOS CARIOCAS

Múltiples pruebas de resistencia en los espacios públicos son proporcionadas por encuestas realizadas por el grupo Territorio y Ciudadanía de la Universidad Federal de Río de Janeiro (UFRJ). Lugares de intensa sociabilidad aparecieron o se revitalizaron, mientras que otros resisten a la inseguridad que domina durante la noche, por ejemplo.

En esas investigaciones y en nuestras propias observaciones, vimos que las dimensiones morfológicas de los espacios públicos ejercen un papel importante para que la sociabilidad pueda ocurrir allí. Se percibe, por ejemplo, la importancia del equipamiento atrayendo a los/as visitantes frequentadores, la importancia de la dialéctica de la sombra y de la luz condicionando las actividades. Comúnmente, la contemplación de un entorno natural —el mar, sobre todo— parece asegurar una sensación de no confinamiento y una satisfacción estética a la gente que puede disfrutar de mirándolo. También creemos que algunos espacios permiten la organización de eventos temporales, programados o no, por lo que atraen a un público variado e inician formas de sociabilidad persistentes: la *rueda de chorinho* por la mañana del domingo, la samba de la noche, los vendedores ambulantes presentes al mismo tiempo, todo esto contribuye para dar a la Plaza São Salvador una diversidad de uso y de frecuencia de personas con características sociales muy diferentes. Esta diversidad es una fuente de valoración del lugar en la sociabilidad carioca, especialmente si añadimos la presencia de una zona de juegos para los niños, muy utilizada, incluso por la noche.

Se hace evidente, así, lo que amplía la atracción del espacio público: la combinación de diversos factores morfológicos y sociales. El ambiente resultante está ligado a una mínima mezcla social y resume esta atracción. Sin embargo, es bueno observar que eso viene de la singularidad de cada espacio público y que, al mismo tiempo, contribuye para producirlo. El espacio público no es una categoría espacial con características y funcionamientos estrictamente estandarizados, por el contrario, designa un conjunto de lugares singulares donde se manifiesta una diversidad de formas de sociabilidad.

¿Estos lugares públicos serían, entonces, espacios cerrados en sí mismos, «heterotópicos», escapando a la operación más global de la ciudad y no teniendo ningún impacto significativo en ella? Aunque a veces la fragilidad de ellos y su casi encerramiento como barrios llamados «problemáticos» nos pudieran llevar a creer en esto, a primera vista, las investigaciones del Grupo Territorio y Ciudadanía muestran cuán falso es. Primero, la intensidad de las formas de sociabilidad que se desdoblán en esos lugares involucra un gran número de habitantes

que, por consiguiente, traen sus respectivas experiencias e imaginarios renovados para las áreas de la ciudad donde viven y donde, cuando es posible, favorecen la emergencia de formas análogas. Esta es también una virtud del espacio público susceptible de ser movilizadora por la gestión planificadora, difundiendo nuevas concepciones de la vida urbana y nuevos comportamientos (Berdoulay, 1997). A continuación, estos estudios sobre los espacios públicos cariocas mostraron como los límites pueden tanto separar como unir. Ellos protegen algunas formas de sociabilidad, pero también introducen otras, ofreciendo espacios de transición, de interfaz, donde la propia visibilidad ya es suficiente para abrir sobre lo que está en el entorno. En fin, en los lugares de fuerte frecuencia, notablemente donde se manifiestan formas de sociabilidad cargadas de significaciones nuevas o reafirmadas, las personas venidas de horizontes diversos afirman «un común», o sea, valores antiguos o nuevos que ellos poseen y a los cuales ellos conceden una dimensión universal. Así, en un caso extremo, en el mismo día del atentado terrorista cometido en París en enero de 2013, carteles de «*Je suis Charlie*» aparecieron en varios lugares importantes del espacio público carioca.

Sabemos que este tipo de ataque pretendía claramente condenar ciertas formas de sociabilidad y, por lo tanto, constituyen un intento de aniquilar el espacio público. Ahora bien, guardando todas las proporciones, podemos poner en paralelo las reacciones de muchos de los habitantes de esas ciudades directamente afectadas por los actos terroristas a aquellas de los cariocas, considerando la inseguridad cotidiana en la ciudad. La catástrofe en el espacio público suscitó una voluntad de *resiliencia*, de renovar las formas habituales de sociabilidad manteniendo la cultura de las calles «como normalmente» a pesar de toda la sensación de peligro sentida. Se trata así de la afirmación de ciertos valores democráticos que se demuestran por el comportamiento y por la simple adhesión a las formas de sociabilidad permitidas en un espacio público.

Así, la resiliencia deseada del espacio público exige fuertemente la reflexividad que conduce a afirmar su conexión con ciertas formas de sociabilidad. Siendo así, el individuo-sujeto expresa su manera de ser en el mundo, su manera de vivir la ciudad, su urbanidad. El espacio público es por eso un lugar de expresión del «yo». Por su participa-

ción y por la construcción de las formas de sociabilidad, el sujeto dice algo, dice lo que él valora y lo que se le identifica. Utiliza el espacio público para construirse, para evolucionar, para ajustarse, para intentar modificar el medio social, político y urbano en el cual y por el cual él organiza su vida.

Podemos aquí poner en evidencia diversos puntos importantes concernientes a la *resiliencia*. En primer lugar, es un proceso de transformación recíproca entre la urbanidad, los espacios públicos y el comportamiento de la población. Se trata también de un proceso que moviliza simultáneamente el espacio y la reflexividad, el lugar y el sujeto que se definen mutuamente. Por último, constituye aún un proceso complejo, compuesto de múltiples acciones que se encuentran bien representadas en la idea de formas de sociabilidad (Figura 2). Aunque la restringiéramos aquí al encuentro de personas por el simple placer de la interacción social, aun así esa idea de *formas de la sociabilidad* se refiere a una amplia visión que Simmel (2006) tenía de ello, lo que nos permite subrayar la capacidad de *resiliencia* tal cual la observamos.



Figura 2. La sociabilidad en espacios públicos como forma de la resiliencia urbana. Fuente: Território e Cidadania (2014).

De hecho, las *formas de sociabilidad* expresadas a través de los espacios públicos cariocas corresponden al resultado de la acción recíproca de los individuos. La sociedad no es previamente constituida, estable, imponiéndose completamente sobre los individuos, siempre se está construyendo. Si algunas formas son aparentemente estables, otras más efímeras corresponden a una socialización discreta de individuos involucrados en un juego de interacciones recíprocas abierto y creativo. Simmel (2006) llamó la atención a la amplia gama de pequeñas interacciones entre individuos que producen la cohesión del vivir-juntos. Esto implica situaciones conflictivas y ajustes recíprocos y son esas «fricciones» (*frottements*), según la expresión de Marié (2001), las que construyen el futuro de la sociedad.

Ahora bien, precisamente en los espacios públicos se producen acciones recíprocas y también las formas que toman allí se caracterizan por cierta mutabilidad. El espacio público da lugar a la población urbana como sociedad, él la concreta en su voluntad de convivir. La reflexividad del sujeto se manifiesta en el momento de las negociaciones espaciales discretas debido a la presencia mutua y los múltiples ajustes relacionados con la alteridad que esos espacios exigen. Hay una cierta contingencia en esos procesos de acción recíproca, lo que confiere a las formas de sociabilidad una flexibilidad, una transitoriedad, una creatividad, que son también fuentes del proceso de *resiliencia*.

Básicamente, la *resiliencia* de la urbanidad pasa por el espacio público, por las formas de sociabilidad que se elaboran en él. Desde el punto de vista de la planificación, sin embargo, ¿existirían tendencias contemporáneas que comprometerían ese enfoque de la *resiliencia* del espacio público?

CONTINGENCIA Y REFLEXIVIDAD CONTRA LA HEGEMONÍA DE LA SEGURIDAD EN LA PLANIFICACIÓN

No hay duda de que la seguridad es un elemento esencial en el correcto funcionamiento de los espacios públicos, ya que asegura la accesibilidad a todos. La calidad de la iluminación pública, o la exposición a la visión están entre los factores morfológicos que pueden traer un sentimiento de seguridad, como está demostrado en la

gestión de los espacios públicos cariocas. La presencia de policías o guardias municipales a menudo también es necesaria para asegurar esa sensación.

La preocupación por la seguridad aparece de manera más manifiesta en la planificación y gestión del parque de Madureira. Parece que ha caído en paracaídas en un vasto sector de la Zona Norte donde los traficantes de drogas y otros delincuentes han creado un ambiente de «tierra de nadie», especialmente por la noche. El parque se parece a un campamento romano en terreno conquistado: un largo cuadrilátero contenido en un sistema defensivo, compuesto por una cerca alta interrumpida por algunos portones bajo vigilancia situados un poco detrás. Los guardias son numerosos, así como el personal de mantenimiento. Ellos aseguran tanto una presencia que transmite seguridad como un papel educativo (sobre las maneras de comportarse en el parque y sobre su conservación). Equipos diversos sirven para mejorar el paisaje y poner a disposición de los visitantes algunas actividades lúdicas. Aunque haya un debate sobre la cabida o no de vendedores ambulantes dentro del parque, está claro que en general los traficantes y el comercio informal se mantienen lejos, y su operación y perfil social corresponden plenamente a lo que se puede esperar de un espacio público. Es significativo que atraiga a personas de otros sectores de la ciudad y que tenga un efecto positivo sobre la inmediata vecindad (fachadas y casas reformadas, creación de actividades comerciales formales). Así, introduce nuevas formas de sociabilidad en esta parte de la ciudad.

El hecho es que la preocupación por la seguridad, tan presente en el Parque de Madureira y justificada por su vecindad inmediata, puede causar problemas en otros lugares. En el extremo, esta preocupación puede contradecir la idea de un espacio totalmente público pues realiza el ideal de espacios privados totalmente seguros como los condominios exclusivos. En el actual enfoque de planificación, la preocupación con la seguridad recibe un amparo cada vez más definido y prioritario. Se trata de un verdadero paradigma de la gestión haciendo que la seguridad prevalezca sobre otras preocupaciones —sociales, educativas, políticas, recreativas— y conduzca a una visión muy reduccionista de las actividades posibles en el espacio público.

Esta primacía de la seguridad parece prevalecer hoy en día tras las catástrofes que marcaron algunas ciudades, particularmente Nueva York y Nueva Orleans. El atentado del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y el devastador huracán Katrina en Nueva Orleans generaron casi inmediatamente una preocupación por la *resiliencia* de estas ciudades (Vale y Campanella, 2005). Esto provocó una convergencia a priori sorprendente, pero coherente entre las respuestas a una catástrofe terrorista y una catástrofe natural (Berdoulay y Soubeyran, 2015b). La preocupación con la seguridad nacional frente a la imprevisibilidad de los actos terroristas fue enmarcada en la preocupación general con la *resiliencia* urbana, cambiando el centro de las atenciones planificadoras para la suposición en detrimento de la previsión del evento desestabilizador. La solución se funda entonces en el desarrollo de técnicas de seguridad de las cuales las cámaras de vigilancia son sólo un ejemplo, entre otros instrumentos existentes o en desarrollo, que aspiran a monitorear todo lo que los habitantes hacen considerados como verdaderos terroristas en potencia.

¿Cómo entonces diseñar un espacio público donde todos los usuarios deban tener un comportamiento predecible, un comportamiento esperado en el cual toda desviación de la norma deba ser impedida? Todo está fijado, estabilizado, congelado. Comprendemos entonces que el espacio público y las formas de sociabilidad están condenados a perder su flexibilidad, que era exactamente lo que los dotaba de una capacidad de *resiliencia*. Esto se manifiesta bajo dos aspectos principales. El primero es el de la contingencia para preservar, ya que es intrínseca al funcionamiento del espacio público y el surgimiento de nuevas formas de sociabilidad. La interacción social es un caso de negociación y de renegociación permanentes y los comportamientos en el espacio público no pueden ser totalmente previsibles. En realidad, existe incluso la posibilidad de transgredir las normas sociales vigentes y se expresa más a menudo en las innovaciones de las indumentarias, en los lenguajes, en las maneras de reunirse con el otro, de superar fricciones, de festejar, etc. Algunos comportamientos corresponden a menudo a verdaderas reapropiaciones de la planificación inicialmente concebida; es el caso de la cascada del Parque Madureira que inicialmente era sólo ornamental y para convertirse posteriormente en un

lugar de interacción lúdica debido a todos los jóvenes que juegan allí. Estas consecuencias no previamente planeadas son una de las fuerzas del espacio público, en la medida que es vivido, escapando de la imposición estricta de las normas del comportamiento que el paradigma de seguridad tiende a producir.

Esto nos lleva al otro aspecto del peligro traído por el hegemónico paradigma de la seguridad. Las innovaciones producidas por las personas en los espacios públicos deberían estar integradas al proceso de planificación si quieren tener sentido. El desafío teórico y metodológico es enorme, pero corresponde a un cambio de actitud con respecto a la contingencia y reflexividad (Berdoulay y Soubeyran, 2012). La planificación debe incorporar más positivamente la incertidumbre en lugar de tratar de reducir su ocurrencia, debe diseñar la acción planificadora como una serie de decisiones hechas a medida. El gestor debe utilizar la reflexividad para adaptarse a la ignorancia y a la sorpresa y, por lo tanto, capacitarse en la elaboración de sus propias prácticas reflexivas para abordar las de las poblaciones concernidas. En otros términos, él debe aprender a improvisar, a poner en práctica reglas que permitan prácticas de escucha, a prestar atención al detalle y a lo que es inesperado, a encontrar un sentido en lo que emerge progresivamente del proceso colectivo. ¿La gestión del espacio público no debe entonces justamente quedar atenta a ese proceso de improvisación? ¿El paradigma de la seguridad no se asemeja, pues, a una antítesis de lo que requiere un espacio público capaz de poseer *resiliencia*?

CONCLUSIÓN

El caso de la urbanidad carioca, tal como fue observada por los miembros del grupo Territorio y Ciudadanía, aclara aspectos poco profundizados en la discusión sobre el espacio público. Es posible llamar la atención de tomar en consideración la *resiliencia* urbana para el provecho de los estudios sobre el funcionamiento de los espacios públicos. En vista de que esta se refiere a la capacidad de un sistema para recuperar sus funciones a través de la transformación después de un gran momento de estrés, parece que esta idea tiene gran interés para el estudio del caso de la sociabilidad pública en Río de Janeiro.

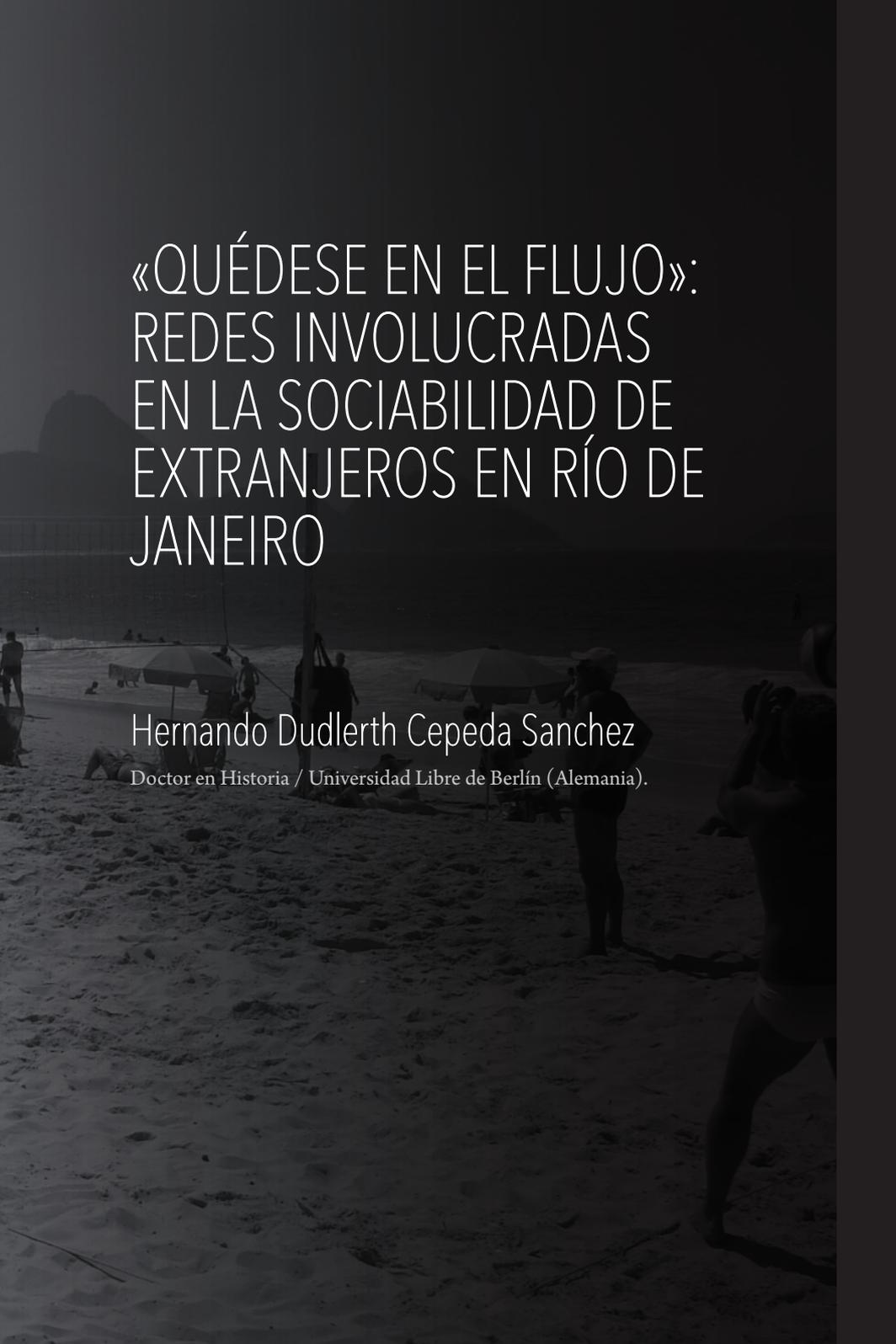


La grave regresión del espacio público de esa ciudad en las últimas décadas puede ser vista como consecuencia de un deseo de *resiliencia* de los aspectos públicos de la urbanidad, de la manera de vivir la ciudad. Varias lecciones emergen a partir de esa reflexión.

En particular, se observa que la *resiliencia* de esta urbanidad pasa por la del espacio público. Es necesario subrayar que los trabajos actuales sobre la *resiliencia* urbana han descuidado el papel potencialmente importante del espacio público. Este posee, a través de las formas de sociabilidad que pueden existir allí, un potencial de dinamismo capaz de invertir la tendencia fuerte de su regresión.

Es también de vital importancia recordar que las formas de sociabilidad productoras de *resiliencia* dependen de la contingencia que están ligadas a ellas. Son los individuos actuando como sujetos capaces de autonomía y reflexividad, la fuente de múltiples arreglos en la interacción social que inducen la emergencia de *formas de sociabilidades* nuevas que se afirman en el espacio público. La *contingencia* y la reflexividad son justamente los aspectos sobre los cuales el gestor necesita estar atento para no dejar que el discurso sobre la seguridad sofoque esa capacidad de *resiliencia* del espacio público, elemento fundamental de la vida democrática y social.





«QUÉDESE EN EL FLUJO»:
REDES INVOLUCRADAS
EN LA SOCIABILIDAD DE
EXTRANJEROS EN RÍO DE
JANEIRO

Hernando Dudlerth Cepeda Sanchez

Doctor en Historia / Universidad Libre de Berlín (Alemania).

Resumen

Cercanos al estudio de la construcción social de la mirada, el análisis recorrerá espacialidades imaginarias de Río de Janeiro. Los extranjeros poseen un conocimiento previo de la ciudad, basado en representaciones urbanas y estereotipos seculares. Así, Rio representa el punto de equilibrio entre la modernidad y lo tropical; en ese sentido, las experiencias espaciales procuran la concreción y materialización de imaginarios urbanos. La muestra señala que los individuos entrevistados operan con lógicas socio-espaciales explicitadas en la selección de lugares residenciales (red espacial), los círculos de amistad (red de personas) y los desplazamientos realizados para acceder al goce ofrecido por la *sociabilidade pública*.

«FIQUE NO FLUXO»: DAS MUITAS REDES ENVOLVIDAS NA SOCIABILIDADE DE ESTRANGEIROS NO RIO DE JANEIRO.

Resumo

Este artigo explora as espacialidades imaginárias e representações urbanas de estrangeiros residentes no Rio de Janeiro desde 2012 a 2014. Com base em modelos etnográficos, entrevistas, observação participante e análise iconográfica, esta investigação avalia os incentivos racionais e irracionais dos estrangeiros na seleção de lugares de residência e espaços destinados para a sociabilidade. Como parte do marco analítico da sociabilidade pública, se entenderá que as relações sócio-espaciais operam como ações e reações em torno da seleção individual e coletiva de redes espaciais por onde os estrangeiros transitam, se congregam e implementam a prática da sociabilidade.

LAS IMÁGENES GRUPALES SE ASOCIAN HABITUALMENTE A LOS encuentros colectivos propiciados por instituciones educativas, religiosas, de ocio o de trabajo. De forma similar, las reuniones familiares son ambientes de sociabilidad, donde interactúan y participan numerosos sujetos que se asocian por sistemas de parentesco.

La Figura 1 presenta aproximadamente treinta adultos, entre 20 y 40 años, reunidos de forma ordenada frente a una red de voleibol que representa el juego sobre las arenas de la playa de Copacabana y teniendo al fondo algunos cerros cariocas, entre ellos el conocido Pan de Azúcar. Este registro fotográfico fue obtenido en uno de los muchos encuentros organizados en torno a la práctica deportiva del juego de voleibol común en los días del domingo en el «puesto cinco» de la playa de Copacabana. Este grupo se diferencia de otras colectividades porque su cohesión no está limitada a las redes de parentesco y de familiaridad; son, *jóvenes* oriundos de distintos países y regiones brasileñas. De hecho, en esta foto hay sólo uno carioca. ¿Sería posible identificarlo en la fotografía? En ella hay nueve alemanes, siete brasileños, seis franceses, dos colombianos, una estadounidense, un español y una argentina; son casi las 17:00 horas del día 9 de diciembre de 2012. El sombreado del oeste nos ayuda a identificar la puesta de sol. Este horario marca también el cambio de los planes y de las actividades entre los miembros de ese heterogéneo grupo listos para alimentar la espacialidad imaginaria, basada en años de historias y relatos sobre la sociabilidad en Río de Janeiro localizada en las playas y representada en cuerpos bronceados, caipirinhas y voleibol de playa; también en actividades nocturnas, bares, ruedas de música y en el encuentro social libre de las noches cariocas.

¿De dónde vienen y adónde van? La respuesta a esta pregunta puede contribuir a descifrar quién es el carioca de la fotografía. El origen espacial de los miembros del grupo se muestra por las actividades, gestos, conductas y códigos de representación característicos de cada individuo. Difícilmente —aunque no deba ser asumido como un axioma— los estereotipos se originan a partir de la nada; en cambio, son formas eficientes de reconocer las diferencias culturales, presentes en las prácticas de la sociabilidad. Si partimos del supuesto de que el encuentro social ocurre por la voluntad del individuo, podemos asumir

que su preparación para interactuar en los espacios sociales, públicos y privados —sean códigos gestuales y de vestimenta— expresa el sentido premeditado de la sociabilidad. De esta forma, se vuelve extraño observar un carioca usando camisa estampada, tenis y calcetines en la playa y repleto de protector solar por todo el cuerpo. Para completar esta imagen, tampoco es parte de sus costumbres el uso de bermudas largas, gafas oscuras, sombrero estilo panameño y el vaso de caipirinha en la mano. Los extranjeros adoptan algunos códigos y practican actividades con base en criterios imaginados sobre la experiencia de jugar voleibol en la playa y a partir de los protocolos de la sociabilidad que, suponen, rigen en la ciudad.



Figura 1. Juego de voleibol. Fuente: Hernando Cepeda (2014).

La segunda imagen (Foto 2) es una consecuencia directa de las actividades registradas en la primera fotografía. El grupo denominado *Quédense en el Flujo* (*Fique no Fluxo*)¹ surgió del interés de algunos extranjeros en reunir personas para jugar voleibol en la playa, comple-

1 En el funk, el «flujo» designa el baile de calle, hecho de forma espontánea, donde el grupo ofrece música, bebida, etc. «Quedar en el flujo» es, por lo tanto, una manera informal de presentarse en lugares públicos.

mentado con otras actividades lúdicas y culturales publicadas a través de la página del grupo en la red social de Facebook. En otras palabras, la red de voleibol da lugar a otras redes, en ese caso las redes sociales que conectan esos elementos dispersos que tienen en común el hecho de ser «extranjeros» en la ciudad. En ese sentido, aunque la actividad más regular consista en la práctica del voleibol, una alta proporción del tiempo es paulatinamente consagrada a la sociabilidad nocturna.



Figura 2. Noche en Santa Tereza. Fuente: Hernando Cepeda (2014).

Esta es más reciente que la primera y en ella podemos ver algunas modificaciones en la formación del grupo. En primer lugar, la cuota de brasileños aumentó, aunque los cariocas mantengan los índices más bajos. La representación francesa siguió siendo alta, así como la alemana, pero ese último grupo presentó una relativa disminución. Una de las cosas más interesantes de esta imagen, sin embargo, es el lugar donde fue producida. Al fondo: viejos azulejos, marcos de las ventanas notoriamente maltratados, muros, puertas de baños y paredes sin acabado, hilos y luces improvisadamente ordenadas y, una lona azul que hace las veces del techo para albergar a las personas en caso de lluvia.

Esta estructura, que podría para algunos ser considerada inadecuada, parece suficiente para este grupo de personas que busca organizar una noche de franca sociabilidad en lo que parece ser el invierno carioca. El lugar elegido fue un caserón del barrio de Santa Teresa, que recibe todos los sábados cientos de extranjeros con el objetivo de conocer la samba o el forró, ritmos entendidos como las demostraciones artísticas más representativas de Brasil.

La espacialidad de la denominada Cidade Maravilhosa ha sido construida con base en los imaginarios urbanos producidos por el carnaval de su ciudad, las playas de Copacabana e Ipanema, el Cristo Redentor, la cordialidad carioca, su gastronomía (desmoronadizo y frijoles), la belleza de sus gentes y, en general, cierto misticismo tropical. Los más interesados en explorar las informaciones obtenidas en las administraciones turísticas, encuentran fascinante las opciones de paseos y senderos que permiten conocer la ecología urbana carioca, la bossa nova, o la samba. En la búsqueda de actividades nocturnas, los extranjeros recorren las calles de Lapa, Catete, Santa Teresa y Flamengo con el ánimo de toparse en los encuentros sociales espontáneos con personas y expresiones culturales propios de las noches de fiesta carioca.

REDES DE LUGARES, REDES DE PERSONAS

Los migrantes residentes en Río de Janeiro reafirman los imaginarios sobre la ciudad a partir de sus primeras elecciones —individuales y colectivas— de los lugares para residir y realizar actividades culturales. Son pocos los extranjeros que aceptan vivir en un área periférica. De esta forma, los barrios ubicados en el centro y en el sur de la ciudad reciben la mayor proporción de extranjeros (Gráfico 1), aunque Río haya experimentado un destacado aumento en los precios del alquiler, producto de la especulación inmobiliaria de los últimos años.

Entre los años 2012 y 2014 el grupo *Quédese en el Flujo* sumó aproximadamente 300 individuos. Este grupo de extranjeros estaba compuesto en ese momento por el 50% de inmigrantes procedentes de Europa, principalmente de Alemania y Francia, un 23% y un 20%, respectivamente, acompañados de algunos ingleses, italianos, españoles

y otras nacionalidades de impacto menos significativo en la muestra. Los brasileños sumaron cerca del 35%, algunos de Río de Janeiro, seguidos de cerca por paulistas, gauchos y mineros. El 15% restante eran latinoamericanos provenientes, sobre todo, de Argentina, Colombia y Chile (Gráfico 2).

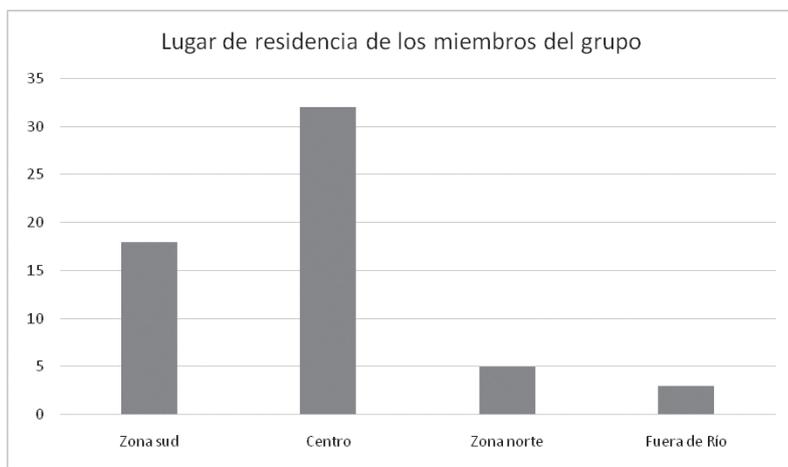


Gráfico 1. Lugar de residencia de los miembros del grupo Quédese en el Flujo. Fuente: Henendo Cepeda.

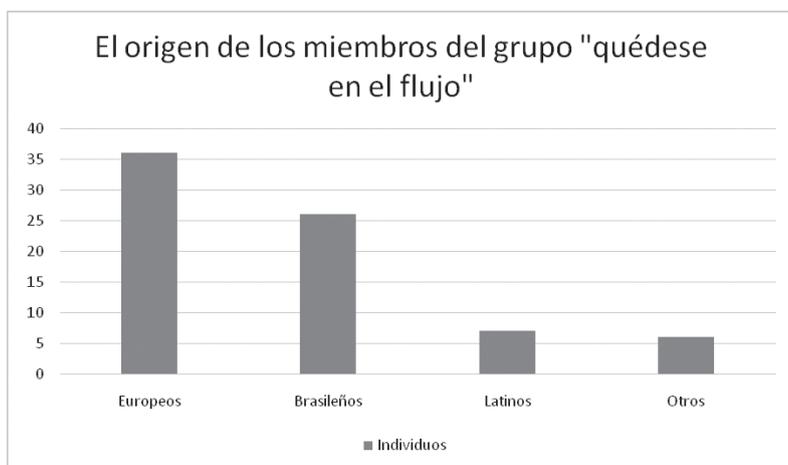


Gráfico 2. El origen de los miembros del grupo «quédese en el flujo». Fuente: Henando Cepeda.

Ciertamente algunos de estos inmigrantes llegaron a Río de Janeiro atraídos por las representaciones construidas a lo largo de la historia reciente que ayudaron a establecer estereotipos culturales, explotados y difundidos por los diferentes regímenes políticos brasileños interesados en promover una imagen positiva y paradisíaca a la mirada de los demás países. Este discurso nacionalista, promotor de un país de características tropicales, ha sido utilizado en la creación de una imagen atractiva para los europeos. En este sentido, el inmigrante tiende a buscar la misma satisfacción del turista por medio de experiencias cotidianas cercanas al imaginario cultural difundido sobre el país, reducido a objetos monumentales y a prácticas de sociabilidad representadas en la música, danza y gastronomía. Santa Teresa se ha convertido así en uno de los barrios preferidos por los extranjeros. Por medio de su arquitectura se explora el imaginario histórico del inmigrante, fascinado con el pasado imperial y republicano expresado en las fachadas de los caserones. En realidad, las calles tienen aceras de piedra de difícil acceso debido a las lomas y declives, o son carentes ante automóviles que transitan a gran velocidad; a lo que habría que añadirle el paupérrimo servicio de transporte y la inclemencia del calor, ignorados por los centenares de inmigrantes que hacen del entorno y la vecindad una óptima representación de Brasil.

Otro barrio bastante valorado es Lapa reconocido por las intensas noches de fiesta, caipirinhas, cerveza y samba. Sin preocuparse con los frecuentes testimonios sobre la criminalidad, delincuencia e inseguridad, muchos inmigrantes residen en las proximidades de las ruidosas calles, siempre llenas de un público variado, creando un paisaje nocturno muy propio. Una vez más obtienen importancia las representaciones sobre Río de Janeiro; a partir de ellas los inmigrantes procuran experiencias cercanas al imaginario de la ciudad que es reconocida como la sede del mayor carnaval del mundo. Es realmente irrelevante la poca oferta de productos brasileños, subordinados por la industria cultural interesada en ritmos musicales modernos, muy lejos de las «auténticas» ruedas de samba o bossa nova. Sin embargo, para el extranjero, su espacialidad obedece a las lógicas de la proximidad con las actividades lúdicas, con precios del alquiler más razonables y un buen acceso a los valorizados barrios de la Zona Sur de la ciudad.

Cuando estos extranjeros poseen mejores condiciones económicas, mayor estabilidad en el trabajo y la posibilidad de pagar alquileres más altos, se desplazan a la zona sur de Río de Janeiro. Los barrios de Gloria, Flamengo, Botafogo, Copacabana e Ipanema, o aún Barra da Tijuca, acogen en conjunto una población comparativamente superior a aquella de los barrios del centro. Aunque su elección esté basada en aspectos relacionados con la proximidad de las playas y con el alejamiento de la delincuencia, sus actividades suceden, en muchas oportunidades, en el centro y en la zona sur de la ciudad. Sin duda, estas localidades concentran un público más variado, áreas más densamente ocupadas por la noche en las calles, ofreciendo así mayor posibilidad del encuentro social para aquellos que no se interesan en preservar la sociabilidad de los pequeños grupos cerrados. Además, en esas áreas del centro y de la Zona Sur, ocurren las dinámicas, especialmente en las noches de los fines de semana, directamente relacionadas con el imaginario de la noche carioca.

Por último, están los extranjeros que por variados motivos residen en la zona norte, en los barrios de Tijuca, São Cristóvão y Méier. La buena accesibilidad al centro y, sobre todo, los mejores precios en el alquiler explican en gran parte esta elección. En términos de proporción, había muchos brasileños cercanos al grupo de los extranjeros, oriundos de otras regiones, que residían en estos barrios. Su experiencia directa pesa a la hora de buscar alternativas económicas, independientemente del alejamiento de la ciudad turística. También son ellos quienes conocen mejor los lugares transitables y los espacios no deseados. No obstante, los brasileños cercanos al grupo de los extranjeros, por las relaciones afectivas que desarrollan o por el papel de intermediarios que asumen, participan activamente en la proposición de las dinámicas sociales y quedan, aunque informalmente, encargados de ratificar los imaginarios sociales. También existían algunos miembros del grupo que residían en áreas más periféricas en la Zona Oeste de la ciudad o incluso fuera del municipio de Río de Janeiro, pero el número total de ellos no era expresivo.

REDES Y FLUJOS DE ACTIVIDADES

La experiencia espacial de los extranjeros en Río, tanto como la de los brasileños, está directamente relacionada con las actividades realizadas y el grado de integración que estos tienen en la vida cotidiana de la ciudad. Un número razonable de extranjeros se dedican a las actividades productivas en firmas transnacionales, lo que les permite costear las demandas económicas de una ciudad dispendiosa y realizar actividades culturales muy diversas. En general residen en la zona sur de la ciudad donde se puede encontrar restaurantes, cafeterías y centros comerciales similares a los de sus países de origen. Su vida nocturna se caracteriza por desplazamientos cortos entre las avenidas principales de Copacabana, Ipanema, Leblón y Botafogo y sus residencias. En los fines de semana realizan desplazamientos mayores, frecuentemente con el objetivo de vivir el encuentro social con sus congéneres en los barrios centrales de Lapa o Santa Teresa. También es común que disfruten de las distintas situaciones recreativas en espacios públicos destinados a prácticas deportivas situadas junto al mar. Todavía hay una pequeña proporción de los extranjeros que llegan a Río de Janeiro con el objetivo de pasar unas vacaciones y luego extienden su estancia, algunos durante varios meses. También para estos es importante tener acceso a la centralidad de las actividades cotidianas que se realizan en diferentes espacios de la ciudad, bien sean de ocio, deportivos, educativos o laborales.

Ya aquellos que están realizando estudios en la ciudad poseen una rutina un poco distinta. Predominantemente son residentes de las zonas centrales y permanecen durante toda la semana en sus barrios con recorridos cortos a los centros culturales, restaurantes y bares, abiertos hasta altas horas de la noche. De vez en cuando tienen lugar encuentros sociales en fiestas programadas y conciertos organizados con antelación. En los fines de semana se invierte la relación porque los espacios de la sociabilidad son las plazas, playas y parques situados en la zona sur. Durante el día, estos estudiantes-extranjeros realizan desplazamientos colectivos desde el centro hacia las playas, con el propósito de jugar al voleibol, tomar sol y por la noche participar intensamente de actividades festivas y de ocio que nutren el imaginario colectivo

sobre el significado de disfrutar de la vida en Río de Janeiro y ser parte de la bulliciosa vida en las zonas tropicales.

Precisamente por eso llega a Río una proporción considerable de extranjeros con el objetivo explícito de descubrir la ciudad y disfrutar de la «carioca lifestyle», es decir, vivir los largos veranos cerca de las playas, tomar sol, broncearse y, posiblemente, desarrollar actividades culturales o incluso rentables en un futuro no demasiado lejano. Dueños de su tiempo libre, apoyados por recursos económicos traídos y valorados por el intercambio entre las monedas, estas personas participan activamente en todas las dinámicas deportivas y culturales.

Las actividades del grupo se dividen en tres sectores básicos: primero, juegos y la dinámica deportiva en las playas y parques; segundo, encuentros culturales en espacios públicos; y, finalmente, las actividades recreativas en espacios privados. La zona sur se convirtió en el área preferida debido a la información sobre la seguridad y la proximidad a sus hogares. Desde el Aterro de Flamengo hasta la playa de Copacabana en el puesto 5, con esporádicas visitas a la Piedra del Leme y la Piedra del Arpoador, los miembros de Quédese en el Flujo comparten experiencias colectivas basadas fundamentalmente en los juegos de voleibol y fútbol. La centralidad de Aterro ha servido como argumento para hacer las reuniones nocturnas regulares durante la semana, lo que facilitó la participación masiva de personas que se han sentido alentados a participar debido al horario nocturno y a los desplazamientos cortos. El Aterro de Flamengo, aunque objeto de constantes declaraciones sobre la inseguridad, ha reunido en una dinámica común a extranjeros y brasileños de Lapa, Santa Teresa, Flamengo, Copacabana y Gloria. En su mayoría llegaban en el horario señalado, acompañados por otros miembros de la red de relaciones. Del mismo modo, el regreso a sus casas se realizaba casi siempre de manera grupal.

El segundo grupo de actividades cambió los desplazamientos porque adquirieron notoria importancia las instituciones públicas culturales encargadas de la oferta en materia de espectáculos. El Centro Cultural Banco de Brasil y el Centro Cultural de la Oficina de Correos, entre muchos otros, han atraído el interés de los extranjeros habituales en las visitas más que los propios brasileños. También tenía importancia el Circo Volador y la Fundación Progreso en Lapa. Por supuesto,

la sociabilidad nocturna se situó en los bares del mismo barrio, sobre todo en la calle Mem de Sá, y a veces en restaurantes de Santa Teresa. Un poco fuera de este eje, un lugar de muy alta frecuencia por los extranjeros, animado por música en vivo era la Plaza São Salvador, en el barrio de Catete/Laranjeiras. Esta plaza es uno de los lugares públicos donde un gran número de personas se reúne por la noche y, por supuesto, la plaza se ha integrado a la red de lugares frecuentados por el grupo *Quédese en el Flujo*. Los datos demuestran la preferencia del grupo a concentrarse en lugares centrales durante la semana y realizar desplazamientos más largos en fines de semana. Conciertos de música en la playa intercalados con picnic, senderismo en los cerros de alrededor y juegos de voleibol, entre otras actividades, fueron los elementos de pretexto para el encuentro social y la sociabilidad.

Es importante tener en cuenta la situación del extranjero que debe generar círculos sociales de convivencia, ya que se encuentra en un espacio social desconocido, lejos de familiares y amigos. Cada una de esas oportunidades de encuentro significa la posibilidad de construir relaciones y puentes con la cultura local. Estos momentos pueden significar también la búsqueda de nuevos modelos de comportamiento y actividades sociales y, en general, hay un choque de referentes culturales que pueden en algunos casos fomentar la sociabilidad.

La sociabilidad pública es matizada por elementos que escapan de los estrechos círculos de los encuentros sociales en espacios privados o cerrados. Por supuesto, no hay exclusión en esta dinámica y las redes de convivencia también son activadas en los espacios más exclusivos como un efecto natural de las prácticas en el espacio público. Así, en el caso del grupo *Quédese en el Flujo* eran también habituales las invitaciones motivadas por las inauguraciones de apartamentos, aniversarios, bienvenidas y despedidas, etc.

FAMILIARIDADES Y EXTRAÑEZAS EN LOS RECORRIDOS DE UN EXTRANJERO EN LA CIUDAD

La experiencia espacial de un «gringo», como es llamado coloquialmente un extranjero sin importar su procedencia, está condicionada por el aprendizaje previo sobre algunas características básicas de

la vivencia de la espacialidad; los valores relativos a la distancia y a la proximidad, iluminación y oscuridad, seguridad e inseguridad, público y privado, delimitan las prácticas socio-espaciales específicas que vienen a la superficie en el contacto con la ciudad de Río. Aunque los extranjeros sean conscientes de las limitaciones impuestas por vivir en una ciudad agitada, reconocida por los altísimos índices de inseguridad y violencia, estos mezclan de forma bastante personal esa información a su propio inventario de valores y vivencias y reelaboran constantemente los escenarios imaginados.

Un día soleado puede convertirse en la oportunidad para recorrer las calles del centro de la ciudad. Sin importar el día de la semana, el extranjero «se lanza» a la plaza Tiradentes donde es acosado por los *habitantes de la calle* y observa el movimiento de miles de personas que cruzan con relativa rapidez la Avenida República del Paraguay. En la calle Carioca, la mirada del «gringo» acompaña las vitrinas de las tiendas abiertas y el comercio callejero, admira el paisaje colorido sin desviarse de su objetivo que es llegar al Teatro Municipal, a la Biblioteca Nacional y al Museo de Bellas Artes. Tal vez se detenga por un momento en la Confitería Colombo o puede preferir el más estandarizado Starbucks justo enfrente. En la Avenida Rio Branco comienza su sinuosa peregrinación, interrumpida por los cientos de personas que caminan ahí. Son los empleados de las empresas ubicadas allí, animados por la hora del almuerzo, o son simplemente transeúntes pasando para cumplir con el papeleo o para comprar algo. El extranjero, solo o acompañado, observa la agitación y la entiende como parte de la intensa experiencia de vivir en Río de Janeiro. Al fondo se da cuenta de la iglesia de Candelaria que visitará por primera vez y que probablemente se convertirá en un referente de orientación en la próxima caminata a través del centro de la ciudad.

Otra caminata posible en el centro consiste en atravesar las calles de Lapa. La calle Mem de Sá con sus fachadas mal cuidadas ante las que, en cualquier momento del día, están las numerosas personas sin hogar. Llegando a la calle de la Gloria, el extranjero observa la paciente espera de los travestis que allí desfilan desde las primeras horas de la noche todos los días de la semana. Cruza con cierto temor a las pasarelas de la Avenida Beira Mar, lo hace en grupo e ingresa en el bucó-

lico escenario del Aterro de Flamengo. Su mar maloliente y su arena contaminada, añadido a sus caminos oscuros, no frustran al extranjero excitado por la posibilidad de encontrar un movimiento gestado por sociabilidad en el «puesto dos» de la playa. En las horas más tardías de la noche, la concentración de extranjeros recorre las pequeñas calles del barrio del Catete en busca de algún bar o discoteca donde se vende cerveza helada y empanadas en el que pueda continuar su interacción social hasta el amanecer.

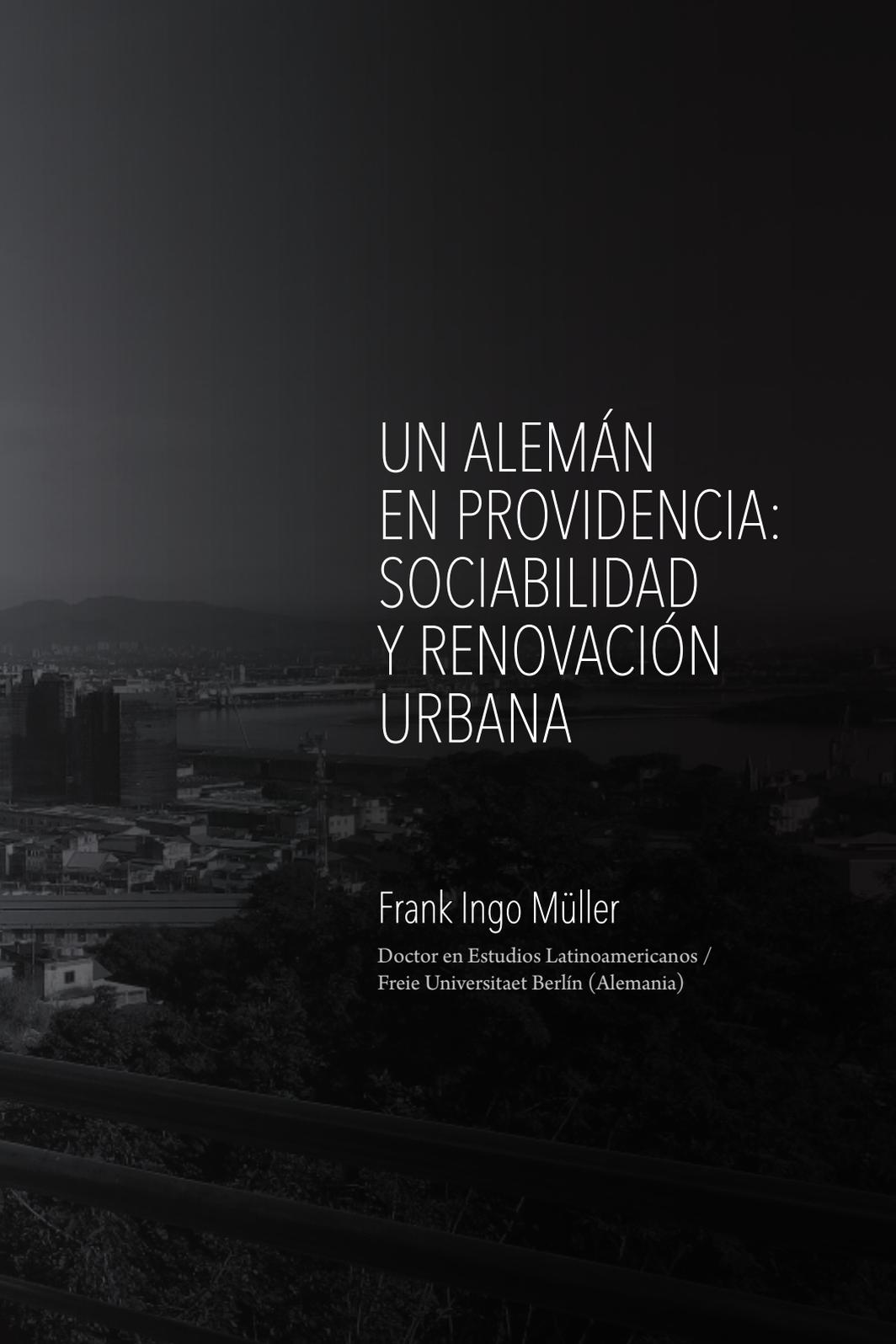
El último recorrido, reservado para los fines de semana sucede entre el centro, los barrios de Lapa, Fátima y Santa Teresa hasta las playas del lado sur donde están aquellos que viven en las cercanías próximas de Copacabana, Botafogo e Ipanema con los otros extranjeros venidos del centro de la ciudad. Los recorridos se realizan en bicicleta o autobús, elegidos como alternativas al metro. Sin embargo, los puntos de encuentro son escogidos en relación con la proximidad al acceso al metro, entendidos como puntos de orientación para quienes aún están conociendo la ciudad. Montados en bicicletas, los extranjeros ingresan en la ciclovía de la Beira Mar hasta llegar a la Avenida Atlántica en busca de los lugares elegidos con antelación. La práctica deportiva es sólo una justificación para el encuentro; en realidad, el objetivo fundamental es la sociabilidad en su sentido más general. Muchos no disponen del conocimiento o de la práctica requerida por los deportes propuestos, el juego está inscrito en una actividad mayor y más compleja con reglas menos explícitas, más flexibles y variables; se trata del ritual del encuentro social.

¿POR QUÉ LA SOCIABILIDAD?

La espacialidad de los miembros del grupo *Quédese en el Flujo* se dibuja en una red de lugares. Gran parte de ellos son públicos y abiertos. Las calles son espacios de encuentro, además de canales de comunicación. Se podría pensar que la elección de estos lugares se debe a la falta de espacios públicos en otros lugares de la ciudad, por lo que los encuentros tienden a restringirse a los sitios señalados. Sin embargo, es fácil darse cuenta de que hay muchos otros espacios públicos en otras partes de la ciudad como el Parque de Quinta de Boa Vista o el

Parque de Madureira por nombrar sólo algunos ejemplos, pero rara vez los extranjeros se desplazan a estos espacios. En ocasiones especiales, algún espectáculo de música o una actividad extraordinaria atrajeron la curiosidad de algunos miembros del grupo por estas áreas animadas por los brasileños, mejores conocedores de otros espacios de la ciudad. Las actividades nocturnas debajo del Viaducto de Madureira, por ejemplo, motivaron a algunos que justificaban también el interés de salir de esas áreas más conocidas. Sin embargo, en conjunto, todos preferían ir al Aterro de Flamengo o a la playa de Copacabana por razones de movilidad, seguridad y, ciertamente, porque el motivo que los atrajo hacia estos lugares fue la sociabilidad con otros miembros del grupo. En este sentido, las prácticas de sociabilidad establecen redes de personas que de alguna forma están asentadas también en una red de lugares. Esta experiencia fue común en la dinámica del grupo acompañado en esta descripción, pero parece ser una vivencia cotidiana en la vida de cualquier ciudad.





UN ALEMÁN
EN PROVIDENCIA:
SOCIABILIDAD
Y RENOVACIÓN
URBANA

Frank Ingo Müller

Doctor en Estudios Latinoamericanos /
Freie Universitaet Berlín (Alemania)

Resumen

El capítulo que sigue relata un análisis de las consecuencias de la construcción del Teleférico de Providencia en el Morro del mismo nombre, en la zona Portuaria del centro de la ciudad de Río de Janeiro. A diferencia de diversas investigaciones sobre el área que resaltan la actuación de la especulación inmobiliaria y la subsecuente gentrificación del local, con remociones forzadas y la presencia cotidiana de la violencia policial, las lentes elegidas para entender el fenómeno se basan principalmente en las propuestas metodológicas de De Certau y en la atención hacia el cambio en la sociabilidad provocada por la obra. Después de discutir la tensión entre el caminar y la mirada en la obra del investigador francés y nuestra apropiación particular del concepto de trayectoria, se abordan los cambios provocados por el teleférico a partir de tres episodios representantes de escalas distintas, pero que dialogan entre sí: «la experiencia Manhattan», «Interpelando memorias», y «la caminata de los voyeurs». Se concluye que la experiencia socio-espacial del teleférico es una poderosa representación de la tensión, incertidumbre y conflictos en ese espacio de sociabilidad, oriundos de la expansión de la frontera en la periferia urbana.

UM ALEMÃO NA PROVIDÊNCIA: SOCIABILIDADE E RENOVAÇÃO URBANA

Resumo

O capítulo que segue relata uma análise das consequências da construção do «Teleférico da Providência» no Morro de mesmo nome, na zona Portuária do centro da cidade do Rio de Janeiro. Ao contrário de diversas pesquisas sobre a área, que ressaltam a atuação da especulação imobiliária e a subsequente gentrificação do local, com remoções forçadas e a presença cotidiana da violência policial, as lentes escolhidas para entender o fenômeno são baseadas principalmente nas propostas metodológicas de De Certau e na atenção para a mudança na sociabilidade provocada pela obra. Após discutir a tensão entre o caminhar e o olhar na obra do pesquisador francês e nossa apropriação particular do conceito de trajetória, abordamos as mudanças provocadas pelo teleférico a partir de três episódios representantes de escalas distintas, mas que dialogam entre si: «a experiência Manhattan», «interpelando memórias», e «a caminhada dos voyeurs». Conclui-se que a experiência sócio-espacial do teleférico é uma poderosa representação da tensão, incerteza e conflitos nesse espaço de sociabilidade, oriundos da expansão da fronteira na periferia urbana.

«AH, ¿ERES GRINGO?», PREGUNTA EL PASAJERO A MI LADO. Es una pregunta que los transeúntes no brasileños están acostumbrados a oír muy a menudo en Río de Janeiro. En esta ocasión, en el teleférico instalado en el Cerro de Providencia en la mañana de un miércoles lluvioso de noviembre alrededor de las 9.15, la indagación fue seguida por: «tienen muchos aquí en el cerro ahora». No me siento objetivado ni me sorprende con esa generalización. Soy uno de muchos, categorizado sobre la base de mi apariencia y acento. Pero hay algo más que me distingue: no uso el teleférico para la movilidad cotidiana. Mi intención combina curiosidad turística y voluntad del saber académico. La referencia espacial «cerro» y la referencia temporal «ahora» designan una especificidad en un espacio atravesado por múltiples intenciones. Los cerros de Río de Janeiro son objeto del «turismo de favela» (Meireiros, 2007), de políticas de inclusión (Fernandes, 2007), de la «pacificación» (Batista, 2013) y de miles de trabajos académicos.

El «ahora» en la explicación del pasajero en el tranvía del teleférico a mi lado señala el hecho de que los cerros de la ciudad pasan actualmente por un cambio urbanístico y sociopolítico. También son espacios de negociación y conflictos entre distintos actores como la policía militar, las organizaciones no gubernamentales, los narcotraficantes, los inversores inmobiliarios y los residentes. A medida que son invadidos por albergues, restaurantes, clubes y bares, los cerros son accedidos y frecuentados cada vez más por personas que hace algunos años eran alertadas: «esa es una *no-go-area*». Este ensayo no analizará el cómo y el porqué de esa transformación. Tampoco discutirá el proceso de gentrificación, las remociones y la violencia policial, lentes que se han ido construyendo a lo largo de las últimas décadas. En cambio, este trabajo contribuye a la literatura sobre la urbanización y la desigualdad a través del análisis de la interdependencia entre cambio urbanístico y sociabilidad a partir del ejemplo del teleférico recién instalado en el Cerro de la Providencia, en el centro de Río de Janeiro.

Más de 100 casas fueron demolidas para permitir su construcción. En los medios sociales, varias voces, como la que sigue, expresan el descontento: «Todo el mundo sabe que el teleférico no se construye para los habitantes de la favela. [...] El teleférico es para el turista ver una favela en el corazón de Río» (Rio on Watch, 2013).

Sin embargo, frente a una desigualdad cotidianamente decretada, las intenciones subyacentes a la instalación del teleférico son, a mi ver, secundarias. Me siento atraído por las formas de sociabilidad que traen los encuentros pasajeros. En primer lugar, pretendo demostrar cómo la sociabilidad se conduce en el teleférico, un dispositivo de control y orden; y, en segundo lugar, cómo esa sociabilidad negociada afecta a lo urbano. Al realizar un ímpetu voyerístico de «integrar» el cerro a la ciudad, el proyecto urbanístico (el teleférico y sus estaciones) posibilita el cambio de las formas comunes de sociabilidad en el transporte público. Para escribir el ensayo tomé varias veces el teleférico recién instalado en la zona portuaria de Río de Janeiro desde Gamboa hasta el Cerro de la Providencia y hacia la Estación Central de trenes de Río. Mi interés era observar la comunicación verbal y no verbal, la mirada, los gestos y los comportamientos como prácticas espaciales en estas *trayectorias* (De Certeau, 1990; Crang, 2000) por medio de las cuales el teleférico integra diferentes partes de la ciudad. Siguiendo a De Certeau (1990) entiendo esas *trayectorias* como caminatas espaciotemporales que combinan diferentes lugares y que constituyen, por lo tanto, una forma de abordar la producción cotidiana del espacio heterogéneo. Parto de conversaciones informales en el teleférico y en las estaciones, representaciones gráficas y escritas de este proyecto de infraestructura y de observaciones participativas. Durante mis viajes mantuve un cuaderno de campo con dibujos y anotaciones y tomé fotos. Las reflexiones de Taussig (2013) sobre los diarios de campo ayudaron a perfeccionar mi comprensión acerca de este instrumento de recolección de datos.

Durante todo el ensayo, los escritos de De Certeau (1990) sobre la práctica espacial cotidiana constituyen una referencia central. Por lo tanto, la primera parte retomará su enfoque del caminar en oposición a la mirada. La tensión que se encuentra más allá de tal dicotomía nos permite comprender la práctica de la mirada como parte constitutiva del caminar y viceversa. Afirmando que entre el caminar y la mirada que permite el viaje en el teleférico se crea una forma específica de sociabilidad. Después de una elaboración metodológica, narro la historia del teleférico Central-Américo Brum-Gamboa en tres episodios: «la experiencia Manhattan», «interpelando memorias», y «la caminata

de los voyeurs». El movimiento espiral del texto va de la representación espacial más abstracta hacia el espacio más íntimo dentro de la cabina y, así, va desplazándose hacia nuestro tema principal: la sociabilidad, entendiendo sociabilidad como el «juego de la socialización» (Simmel, 1950: 43). Defiendo que la sociabilidad no cumple un fin en sí mismo, ni es sólo un proceso en el umbral entre una casa particular predefinida y una calle pública (De la Matta, 1979). La ciudad no es el soporte espacial para el juego de sociabilidad, pero la sociabilidad reconfigura la espacialidad de la ciudad y reconstruye enraizamientos locales. Concluiré reflexionando sobre cómo la experiencia socio-espacial del teleférico mueve la «frontera en la periferia urbana» (Simone, 2007: 23) como un espacio de sociabilidad incierto y conflictivo, del cual el teleférico es una representación.

TRAYECTORIAS DE CAMINAR Y MIRAR LA CIUDAD

En el espacio tecnocráticamente construido, escrito y funcionalizado donde circulan productores desconocidos, los consumidores producen sus trayectorias, forman frases imprevisibles, 'senderos' en parte ilegibles» (De Certeau, 1998: 45. T.A.).

La *trayectoria* es un término problemático en la filosofía De Certeau (1998); comprende un conflicto interno: el conflicto entre la producción y el producto, entre caminar y trazar la caminata, entre la poética del significado y la materialidad del significante, la palabra escrita, el camino mapeado. Al mismo tiempo, la *trayectoria* es lo que escapa a la totalidad funcionalista de una ciudad estructurada. En su obra, caminar y mirar son dos prácticas espaciales co-constitutivas del significado de una trayectoria. Caminar es un potencial de conocer, pero también de cortar, atravesar y producir la ciudad. El caminar relaciona puntos de la ciudad, puntos de interés, de interacción y de encuentro. Como una práctica espacial, caminar es diferente de mirar. Sin embargo, caminar y mirar no se oponen. Caminar y mirar son prácticas de significación del espacio, la primera en un nivel más concreto y la otra más abstracto. El autor describe la vista de Nueva York a partir del

51° piso del World Trade Center de Manhattan para ejemplificar la abstracción espacial que, según él, mejor caracteriza el acto de mirar. La mirada mantiene un mundo intocable de estructuras y elementos cuantificables lejos del espectador. Caminar, por el contrario, es una forma de apropiación del espacio no de manera caótica ni dada, sino que sigue una retórica específica, creando figuras como lo hacen los bailarines. Al caminar, el *flâneur* reproduce costumbres y reglas morales concretas de cómo moverse en el espacio, confiriendo así sentidos individuales y colectivos a él. Intereses sociales, económicos y de lazos socioculturales influyen dónde y cómo se camina.

De Certeau (1998) atribuyó a la antropología urbana, a la geografía y a la sociología la tarea metodológica de comprender esas prácticas espaciales. ¿Cómo podemos entender esas prácticas sin negar su carácter poético, sin sustituir el venir-a-ser del sentido por el producto de los datos factuales? En sus ensayos sobre las prácticas espaciales apunta a la necesidad de concentrarse en la producción continua de la ciudad. La ciudad es un movimiento constante de los caminantes. Los mapas, edificios, calles y monumentos constituyen la estructura de significación. Sin embargo, las prácticas de significación son, a su vez, actos necesariamente relacionales que se desdoblan en el tiempo. En sus ensayos, el caminar emerge como una forma de apropiación del espacio; lo distingue del movimiento que se experimenta durante un viaje en tren, forma de movimiento a través del espacio que él caracteriza como un «encarcelamiento». La experiencia de aquellos que se desplazan en un tren en nada se asemeja a la libertad de elección de las «retóricas ambulatorias» (De Certeau, 1998: 179) de los caminantes al apropiarse de la rejilla formal de la ciudad al caminar:

Sólo una célula racionalizada viaja. Una burbuja del poder panóptico y clasificador, un módulo de aislamiento que hace posible la producción de un orden, una insularidad cerrada y autónoma, es lo que puede atravesar el espacio y volverse independiente de las raíces locales» (De Certeau, 1998: 193. T.A.).

Para el autor, el tren es un producto espacial, una estructura de poder clasificatorio. Sin embargo, es también un espacio social y, así,

tiene un efecto sobre las estructuras espaciales y el ambiente urbano. Como el tren se mueve en rutas predefinidas, difiere completamente de los actos espontáneos de significación de la estructura de la ciudad que caracterizan el caminar.

Es necesario, sin embargo, entender esta prisión móvil más allá de la determinación estructural. Lo que me interesa es la contribución del tren, o en este caso del teleférico, para la producción del orden visible en la ciudad. El teleférico prescribe el itinerario de sus viajeros y, en este sentido, estamos en una prisión. Sin embargo, este viaje también facilita una *experiencia* voyerista del ambiente urbano, el cerro como un lugar discursivo. Permite nuevas formas de sociabilidad al atraer nuevos visitantes e invade el lugar que la comunidad y sus habitantes ocupan en el discurso urbanístico.

El enfoque del espacio orientado a la agencia De Certeau nos recuerda que las trayectorias no son continuidades diacrónicas progresivas. Las trayectorias del teleférico no son células racionalizadas, pero reconfiguran modos de afecto entre sus usuarios y entre los usuarios y la ciudad que él atraviesa. Por lo tanto, normaliza los sujetos y las prácticas espaciales. Propongo que el teleférico sea comprendido como un espacio que ofrece lo que Foucault (1993) llamó «puntos de contacto». El teleférico hace alusión a un estado de visibilidad panóptica en la medida en que crea, tanto dentro de la célula como fuera de ella, las relaciones de mirar y ser mirado y, por lo tanto, de autogobierno y gobierno de los demás. El teleférico combina, así, técnicas de dominación y técnicas del yo (Foucault, 1993, *apud* Lemke s/d), y mi interés reside en el espacio social que estos puntos de contacto constituyen. Se trata de una relación entre sociabilidad y ambiente urbano. Podemos entender lo urbano como este espacio social entre la dominación y el yo en su sentido poético, como un proceso de venir-a-ser.

Para analizar esta dimensión poética del caminar y de la mirada distinguo tres niveles espaciales en los que ocurre la transformación simbólica, representacional y socialmente experimentada. En el nivel simbólico, el teleférico nos proporciona nuevas formas de ver la comunidad, construyendo la visibilidad por medio de la simplificación del espacio social de la Providencia. En este caso, las prácticas espaciales relevantes son: apuntar, mapear y anunciar el cambio urbano en la Providencia.

El nivel de la representación se abre al imaginario del cerro. La práctica espacial relevante es la producción de dibujos que representan el lugar de la comunidad en el entorno urbano. El tercer nivel se refiere al juego de la sociabilidad dentro del teleférico y a las prácticas espaciales que crean formas de sociabilidad y relaciones con/en la comunidad.

Ahora podemos acceder al teleférico Central-Gamboa en su nivel más abstracto.

LA EXPERIENCIA MANHATTAN

Los residentes y visitantes que participaron en la inauguración del teleférico de Providencia no se cansaban de elogiar la vista de 360 grados que el viaje de aproximadamente cinco minutos proporcionaba (CDURP, 2014a).

Panóptico: Veo, luego aplaudo las políticas de modernización del gobierno. El tiempo en que nos perdíamos en caminos y escaleras laberínticas pasó. La ciudad es escrutada por la visión de sobrevuelo. Con el teleférico es posible experimentar el lugar como a partir de los rascacielos de Manhattan. El teleférico representa un impulso urbanístico para crear movilidad y accesibilidad. Ordena el cerro a partir de categorías como *cima* y *pie*, implementa nuevos espacios públicos, plazas e instalaciones comunitarias en un área que hasta entonces se había desarrollado por aquellos que viven en ella. Todo el impulso de planificación es una implementación vertical que no cuenta con la participación de aquellos que supuestamente se benefician de él. Mientras, el proyecto del estado, financiado con fondos públicos, tiene un potencial para hacer la ciudad susceptible de ser mirada, más precisamente las partes de la ciudad que se consideró, durante mucho tiempo, inaccesibles, peligrosas, *no-go-areas*. En este sentido, el teleférico llena una laguna en el imaginario colectivo, ya que simplifica el espacio del cerro como una colina que puede ser sobrevolada, conocida desde arriba sin que sea necesario caminar por ella.

Me dirijo a la joven que trabaja en la estación Américo Brum. Su trabajo es abrir y cerrar la puerta a cada minuto para regular el flujo de

pasajeros en cada cabina (máximo de 8). El viaje es gratuito, afirma, al menos en los dos primeros años. El gobierno pasará entonces a cobrar a los usuarios que no estén registrados como residentes de la Providencia. Astuto, pensé: si desea usar el teleférico de forma gratuita, usted debe proporcionarnos su nombre y dirección. Esta es una forma de diferenciar a la población, de conocer y «ver» quién está allí. El registro es una estrategia para hacer legible el espacio —empiezo a entender mejor el sentido de «ver» empleado por James Scott en «Seeinglike a State» (1996).

Al ofrecer a algunos residentes una relación más accesible con el entorno, allá abajo, el teleférico es un proyecto urbano de prestigio internacional. Una respuesta al impulso urbanístico de transformar la ciudad de carencias, marcada por violencia y crimen, en un lugar gobernable (Fernandes, 2003). El teleférico de Providencia es, por lo tanto, un proyecto de valor simbólico. En varias ciudades se instalaron teleféricos con vistas al perfeccionamiento de la movilidad y al desarrollo urbano, entre ellos Medellín, ejemplo internacionalmente aplaudido de buenas prácticas de planificación urbana transnacionalizada (Dávila, 2012). El teleférico de la Providencia es el segundo que se instala en Río después del que se encuentra en el Complejo del Alemán, en la Zona Norte de la ciudad. La implementación de un sistema técnico desarrollado y utilizado para el ocio y los deportes (de invierno) en los Alpes, en las ciudades latinoamericanas debería favorecer la reducción de la pobreza y la inclusión social. A través de la instalación de teleféricos, las prefecturas pretenden incluir esos territorios estigmatizados en el imaginario de los turistas y de otros residentes de la ciudad y mejorar la accesibilidad de esos cerros empinados. Así como su modelo en Medellín, este sistema de transporte en masa que atiende hasta 1.000 pasajeros por hora llegó con otras mejoras sociales, tales como la instalación de un hospital público y de una biblioteca en una de las estaciones. Este paquete de políticas de inversión intensiva se enmarca en el programa Morar Carioca (Ayuntamiento de Río de Janeiro, 2015). Aunque el teleférico de la Providencia, con tres estaciones y sólo 721 metros de largo sea el más corto de su tipo, tuvo una gran importancia simbólica en los preparativos para los Juegos Olímpicos de 201 en la ciudad. Facilita físicamente el acceso a la comunidad, pro-

porciona una solución relativamente barata de transporte público y abre oportunidades para la movilidad social. Como se comunica con la Estación Central y con la zona portuaria Porto Maravilha, el teleférico conecta a los moradores del morro, los turistas y los que deben trabajar en las torres de oficinas recién construidas en el área del puerto. El Porto Maravilla es uno de los mayores proyectos de renovación urbana en Río de Janeiro y es administrado por la empresa pública-privada Compañía de Desarrollo Urbano de la Región del Puerto de Río de Janeiro (CDURP).

Vamos a llegar más cerca del teleférico y establecer una comunicación con sus usuarios y con los moradores del cerro y de su entorno.

INTERPELANDO MEMORIAS

Los habitantes de Providencia comparten una memoria violenta relacionada con la identificación de las casas por medio de significantes visuales. A lo largo de tres años, antes que se construyera el teleférico, la administración de la ciudad marcó, muchas veces sin previo aviso, los inmuebles que debían ser removidos para abrir el espacio necesario para la implantación del proyecto. Esta práctica de «ver», de hacer legible la vecindad y anticipar el cambio inminente, apela a la necesidad de comprender el poder de los marcadores visuales, de entender los productos y los medios de comunicación de visibilidad como un lenguaje poderoso que deja sus rastros en el espacio urbano.

Salgo a la estación Américo Brum y camino cinco metros aún dentro de la estación y en la plataforma hasta el borde sur, hacia el área del puerto. Me preparo para tomar una foto de la vista de Gamboa sobre los cables de acero, cuando un empleado interrumpe mi registro: «No se permite tomar fotos de la comunidad». «¿Por qué?», pregunto, «porque sí!», responde. Desisto de la foto, creyendo haberlo entendido. No tome este tipo de fotos, ya que se trata de una invasión a la privacidad de la comunidad.

Las fotos encapsulan objetos, significados y memorias, congelándolos, interrumpen un significativo fluido como sugiere Stuart Hall cuando analiza la construcción discursiva de significados. Encapsular puede ser un acto hegemónico en la medida en que reproduce las es-

estructuras de poder de la sociedad y las convenciones no cuestionadas clasificadas como «conocimiento objetivo», como cuando tomo una foto de las personas que viven en chozas sin escuchar la advertencia del empleado para reflexionar con respecto a este acto. Así, la producción de significado a partir del registro fotográfico no autorizado es una práctica espacial. ¿Quién soy yo que cosifico esta casa?

Las imágenes son de importancia central para encapsular significados en el nuevo sistema de transporte de la Providencia. Con el fin de encapsular sus sueños, deseos y visiones, niños de la 5ª serie de la escuela municipal Francisco Benjamin Galloti fueron invitados por la CDURP a un taller de pintura. Veo los resultados, exhibidos en las tres estaciones, y me pregunto sobre los aspectos didácticos del taller. La legibilidad entra en el aula. La pregunta sobre qué dibujar invade la percepción de los niños. ¿Qué muestran las imágenes? A partir de los dibujos de los niños llego más cerca de entender la función invasiva del teleférico. Sospecho que una forma demasiado jerárquica de pedagogía se debe haber aplicado por CDURP en el «taller». En su mayoría, las pinturas muestran temas similares aplicando los mismos colores, tamaños y ángulos a los objetos. Sin embargo, vale la pena mirar más atentamente los dibujos. A continuación, un ejemplo de dibujo «propio».

De hecho, ninguna de las casas en el morro se parece a las que fueron diseñadas. Todas son coloridas, como sucede en la mayoría de las representaciones romantizadas de «favelas» encontradas en museos, galerías de arte o en la *página principal* del programa de mejora urbana Morar Carioca. La pobreza es hermosa, parecen decir, dando continuidad a la estetización de esa forma urbana que, hace algunos años, ocupa museos e inspira proyectos de arte. Por medio de la didáctica empleada, visiones futuras del cerro interpelan el imaginario de los niños. En las tarjetas postales publicitarias del proyecto Porto Maravilha, el CDURP denomina la zona portuaria de «cuna de la identidad cultural carioca». La «cuna de la identidad», un lugar donde el sentido comienza, ocupa el principio de una línea del tiempo cuyo otro extremo es la muerte de la significación que los dibujos de los niños testifican.

Tras la reconstrucción del taller didáctico podemos deducir que una de las tareas era establecer las expectativas de los niños en relación con el lema del Porto Maravilha: Puerto Nuevo Cambia Tu Vida. En

lugar de la visión de un niño, una de las imágenes relacionadas con esta tarea traduce la visión de la CDURP. Muestra las medidas infraestructurales para la gestión del tránsito. ¿El túnel – el sueño de un niño? se convierte en vena subterránea invisible que evoca el carácter «de arriba hacia abajo» inherente a las prácticas educativas a través de las cuales el proyecto interpela a la mente de los niños.

Los niños de 10 años estuvieron informados sobre los beneficios del Porto Maravilha que incluyen la construcción de un sistema de túneles y la mejora del tráfico. Varias pinturas son trípticos mostrando: 1) el joven artista, 2) algún aspecto del puerto y 3) algún aspecto del barrio del niño. Un ejemplo: 1) Victoria, 2) iglesia y 3) casa roja.

Presentadas como el deseo objetivo de los pequeños artistas, las imágenes decoran las cabinas en su sobrevuelo por las laderas de la Providencia enviando un mensaje claro: el teleférico es un digno portador del sentido personal que atribuyo a mi lugar en el barrio y al lugar de mi barrio en la ciudad. Sin ningún rasgo de las didácticas apriionadoras, cualquier indicio de la preselección de los posibles referentes, los niños son degradados en medios para expresar la visión de la CDURP. El teleférico dice: «¡Mírame, tu visión de tu lugar te está mirando, visible para todos!». Las dos imágenes siguientes muestran el ímpetu reductor del diseño orientado a la visión, como si sólo la iglesia y la «Casa Roja» existieran.

Los resultados del taller Mi Puerto, Mi Sueño son productos desasociados del proceso pedagógico y, por lo tanto, constituyen «visiones objetivadas» que ya no incluyen el proceso productivo del diseño o del «mapeo» (Firth, 2014). Concluyo que la simple repetición de objetos de «interés común», un edificio llamado Casa Roja, la iglesia blanca en la cima de la ladera, barcos en el puerto, evocan las prescripciones acerca de cómo deberían ser los sueños de los niños.

La primera visión cosificada a ser físicamente instalada en el marco del proyecto de modernización del puerto fue el Museo de Arte de Río de Janeiro. Con exposiciones dedicadas al trabajo de artistas locales, el museo contribuye al establecimiento de una identidad Carioca Portuaria. En la terraza del edificio, los visitantes encuentran una relectura de una de las imágenes de la región del puerto. Los rostros de personas que fueron reasentadas están diseñados en las paredes de

las casas vecinas a las que fueron destruidas. Estos recordatorios rememoran la ausencia de unas 100 familias. La foto de arriba también está conectada a una situación que se produjo durante mis visitas en la que he experimentado el conflicto entre visibilidad e invisibilidad. Observé el pequeño grafito en la esquina inferior izquierda de la foto: «No te detengas!». Volveré a él en algunas líneas.

En un mapa que se muestra en las estaciones, el ayuntamiento propone una caminata de la estación a la iglesia. En lugar de mapear todos los caminos sinuosos y escaleras de la Providencia, la *comunidad* es simplemente destacada con un color azul claro. Ni siquiera las principales calles de la Providencia son representadas, como si el mapa constituyera una visión futura de un espacio simplificado y tornado legible por la reurbanización de la ciudad informal inaccesible. El mapa es selectivo. Muestra las estaciones del teleférico y algunos lugares de interés turístico, los mismos que aparecen en los dibujos de los niños. Sin embargo, reclaman una neutralidad representacional.

El mapear los movimientos constantes de significación sirve sólo para trazar el tiempo pasado en el que ocurrieron. Los mapas prácticos, mapas de ciudades y mapas de Google pueden destacar ciertos «puntos de interés», pero siempre dejan fuera el acto de significación ya sea a través de una mirada abstracta o de un caminar concreto. En ese sentido, los mapas son el testimonio visual de un caminar pasado que reivindica una representación objetiva de las posibilidades de caminar; un mapa que hace visibles esas potencialidades niega el caminar como una práctica de apropiación del espacio según sus propios términos, su propia retórica.

Volvamos al grafito «¡no te detengas!». Sigo la caminata propuesta en el mapa a partir de la estación hasta la iglesia tantas veces dibujada por los niños. El camino está flanqueado por grafitos que resaltan temas como la remoción y el desarrollo urbano capitalista. En el camino de regreso a la estación, bajando las escaleras, paro para tomar una fotografía de dos rostros que un artista creó para recordar a aquellos que se han removido. En este lugar, la memoria cumple una función activa y nos recuerda los efectos colaterales de la recalificación urbana. Mientras asisto y fotografío las imágenes de las personas ausentes, documento las condiciones de mi propia presencia en este lugar. Mi

propia presencia como un turista-académico se debe a la construcción del teleférico y al itinerario turístico propuesto. Mi foto encapsula la visión de las caras ahora ausentes que me miran y me recuerdan de su presencia pasada.

Las pinturas y los grafitos son agentes activos en el espacio urbano: no te detengas, continúe caminando, soy recordado por un grupo de cinco o seis adolescentes del sexo masculino. Ellos no están jugando. A medida que me acerco a ellos, estoy reiteradamente advertido de no permanecer, no tomar fotos. Aclaro: tengo permiso para documentar los recordatorios visuales en la pared, pero no volveré a circular por aquí con mi cámara, especialmente no veré más las casas al lado de las obras de arte. No me atrevo a pedir más.

Las imágenes, dibujos, grafitos no son inocentes. Representaciones pictóricas no constituyen una práctica neutra. Son productos y también actores del discurso. Presentes en el paisaje urbano, actúan cambios espaciales. La visibilidad tiene su otro lado, ella también provoca el rechazo y la denuncia de un *no-go-area*. En la medida en que los cambios se inscriben visualmente, como en el caso del marcado de las casas que serán en breve demolidas por la administración de la ciudad, estos puntos de contacto reducen a los moradores de Providencia a la condición de meros espectadores. Cuando hacemos visible la interacción entre visibilidad e invisibilidad, podemos trazar los actos de significación como una práctica poderosa. La interacción en la frontera entre lo que puede y lo que no puede ser visto revela el performance que reside en los lugares, historias y deseos, y que forman parte del discurso urbano más allá del acto individual.

Ahora vamos a llegar íntimamente más cerca y observar cómo el caminar y la mirada se cruzan en este viaje.

LA CAMINATA DE LOS VOYEURS

Condenados a mantener la calma tan pronto como las puertas se cierran, los peatones viajeros miran a sus pies o zapatos, a la ciudad, a sus *smartphones* o arriesgan una mirada a un compañero de viaje desconocido. Somos seres videntes encarcelados y, por lo tanto, diferentes de los ciegos encarcelados del ensayo de José Saramago. Las reglas de

cohabitación se conocen, no se trata de una cuestión de negociación y lucha. Sin embargo, como reglas, constituyen sólo una orientación para el comportamiento, no determinan la agencia. Nada de extraordinario: prohibido viajar sin camisa, prohibido música alta o gritos, prohibido balancear, como máximo tres personas sentadas en cada banco. Cuando las puertas se cierran, el mal comportamiento sólo es sancionado por sus compañeros de viaje, ni siquiera una cámara nos observa. De todos modos, los viajeros parecen aceptar las reglas fácilmente, especialmente las que se refieren a la seguridad.

El espacio dentro de la cabina tiene tres niveles de interacción social: los pies (caminar), las manos (gesticular, fotografiar), y las bocas (hablar). Cada nivel «camina» y «habla» sobre la vida y la ciudad e interactúa con los demás viajeros y con los diferentes niveles.

Los zapatos, a pesar de que no hay mucho espacio para la circulación, hablan silenciosamente de profesiones. De buenos zapatos hasta botas desgastadas, hay un espectro de usuarios que incluye desde los trabajadores de oficinas de Gamboa hasta los trabajadores de la construcción civil. Encuentro todos los tipos de calzados: pies descalzos, pues los adictos al crack también usan el transporte, hawaianas para paseos, tenis en los pies que planean explorar la ciudad a lo largo de todo el día (como los turistas suelen hacer) y zapatos de cuero oscuro que caminan desde la Estación Central hasta una oficina pública o privada en Gamboa o en el área del puerto. Los elementos centrales de la caminata, los pies y los zapatos entran en el teleférico como significantes de distinción.

Una niña le pide a la amiga que tome una foto «de aquella casa, donde mi sobrino vive». Al igual que el acto de apuntar a un objeto fuera de la ventana; tomar una fotografía significa seleccionar, enfocar y congelar un momento que se apropia de un objeto. Esta visión relacional distingue por medio de un gesto corporal a aquellos que viven en la comunidad allí debajo, de aquellos que la atraviesan o la explotan. Al viajar en el teleférico se me presentan las visiones selectivas de la ciudad de varios individuos. Escuchar y seguir el dedo índice de otros transforma el mapa imaginario del área de todos los viajeros. Nuestra mirada e interés están descentrados y dejan la pista de un interés objetivo (turístico).

En el tercer nivel, la boca, la sociabilidad alcanza su dimensión verbal. Las personas suelen saludar unas a otras cuando entran en el teleférico. Supongo que esta práctica habitual se deba a la intimidad que caracteriza la célula en movimiento. A diferencia de un vagón de metro, compartimos el mismo objetivo. Nuestro espacio compartido es incomparablemente menor que en la mayoría de los transportes públicos. Sin embargo, entrar en un destino común es sólo el comienzo de nuestro juego momentáneo de sociabilidad. Hablamos de la vista espectacular de la ciudad, de la forma en que el teleférico facilita nuestras trayectorias diarias o nos permite «entrar» en la *comunidad*. Un apuntar verbal me muestra algo que yo no podría ver del lugar en que estoy, cuando el hombre anciano al lado me explica que la ruina allá abajo fue un día una fábrica de papel donde él trabajaba.

Aunque falten sólo 90 segundos para el final del camino, surge un temor existencial. En la prisión de 4 m³, emergen incertidumbres. Algunos viajeros expresan miedo: «Esto es como un helicóptero». Un hombre de 35 años, bien vestido y despojado, viajando solo, se pregunta llorando teatralmente por qué demonios él habría entrado en el teleférico, cubriendo su rostro con sus manos —»mira, técnicamente, es más probable que caiga un helicóptero»— bromea un muchacho con una camiseta de la constructora Obermayr. «Es verdad, pero eso es el helicóptero de los pobres.» Todos se ríen, hasta los más miedosos.

La señora rubia y bien vestida de cuarenta y pocos años sentada frente a mí apunta hacia fuera de la ventana y muestra a la joven a su lado un árbol de Navidad en la cima de un edificio de cinco pisos y techo plano. Pasamos tan cerca de él que parece podríamos tocar la estrella de Belén en su cima. ¿Quién la puso allí? Pienso en cómo debo interpretar la ubicación del árbol. ¿Es un mensaje dirigido a nosotros, los viajeros del teleférico? ¿O una simple opción decorativa? ¿O ambos? Cualquiera que sea su intención, en este momento particular el árbol causa entre nosotros seis empatía y marca el comienzo de un momento de interés colectivo. Sobrepasa la dualidad entre pragmatismo y arte y encapsula los que están en la célula y que la sobrevuelan por un momento extraordinario. El árbol nos afecta en la medida en que comunica un deseo de saludos ocasionales y de uso de un referente común. Ella me lleva a tener en cuenta la selectividad de la observa-

ción, así como el sistema de ver y ser visto que el teleférico pone en movimiento. Cualquier acto de significación, «apuntar algo» es un proceso tripartito para delimitar el objeto (selectividad), relacionarlo al plan simbólico y participar en una relación individual y colectiva con él. Aquella cosa allí (selección) es un árbol de Navidad (un símbolo: no una cosa artificial de plástico, cables y madera), y está aquí para recordarnos que el aniversario de Jesús será celebrado pronto (en las sociedades cristianizadas). Intencionadamente o no, el árbol soporta el anuncio del alcalde según el cual, en función de esta vista fantástica, la Providencia será pronto uno de los puntos turísticos más importantes de Río (CDURP, 2014b).

Todos los tres niveles mantienen relaciones con el exterior: los pies quedan parados, pero evocan el lugar de donde la persona viene y cómo se posiciona; las manos retratan impresiones personales al apuntar a referencias allá abajo; las bocas hablan de cambios y nos presentan un espacio invisible bajo la superficie. La cabina del teleférico no es una «célula racionalizada» que viaja, aunque su trayectoria parezca determinada. Por el contrario, nuestros diferentes orígenes e intenciones, el lugar donde nos posicionamos con nuestros pies, nuestros gestos selectivos de apuntar y fotografiar, y el modo como presentamos verbalmente nuestras visiones y explicaciones sugieren que el teleférico sea entendido como una experiencia dinámica de sociabilidad que constituye nuestro sentido de la ciudad entre la mirada y el caminar.

SOCIABILIDAD EN LA FRONTERA EN MOVIMIENTO: UN «GRINGO COMO USTED»

Mi itinerario comenzó a partir de un interés en la interrelación entre sociabilidad y el cambio urbanístico. Analicé ese juego en tres niveles espaciales que correspondían a tres episodios: el espacio simbólico (la experiencia de Manhattan), la representación del espacio (interpelando memorias) y la interacción (la caminata de los voyeurs). Entonces, ¿cómo la sociabilidad transforma el urbano? Definí urbano como los puntos de contacto, control y orden, es decir, como un espacio de autogobierno y gobierno de los otros. ¿Cómo podemos dar

cuenta de las prácticas de sociabilidad que integran activamente a los moradores en el proceso global de recalificación urbana?

Como la africanista Simone (2007) argumenta, la frontera entre el centro y la periferia en ambientes urbanos no debe ser vista en los bordes físicos de la ciudad, sino en los espacios internamente fragmentados que constituyen la malla urbana. En sus prácticas espaciales de apuntar, hablar, dibujar, los habitantes desarrollan fuertes lazos de sociabilidad y cada actualización constituyen nuevas trayectorias que atraviesan la ciudad. A medida que la frontera se desplaza hacia la periferia, la célula del teleférico sobrevuela e integra la «ciudad informal» no frecuentada; se ejercen encuentros, códigos y ubicaciones, en definitiva, la sociabilidad. La frontera de la gubernamentalidad internacional políticamente orientada entra en el barrio por medio de inversiones en educación, salud y transportes, pero en estos puntos de contacto recién establecidos de sociabilidad encontramos componentes activos de significado, y habitantes constituyendo su «pedazo» como el sociólogo urbano Da Matta (1979) denominó el *lugar de la sociabilidad*. Es un espacio fronterizo entre el hogar y la calle donde los encuentros entre lo cercano conocido y el extraño se convierten en posibles.

Para presentarme los recientes cambios en su barrio, el dueño de una tienda de materiales de construcción al lado de la estación de Américo Brum, en la parte superior de la ladera, «globaliza» su lugar. Señala al teleférico de Complejo del Alemán, que podemos ver desde la puerta de su tienda. Con un gesto de alcance más amplio, él imagina a mi país de origen como un lugar de donde la empresa de construcción del teleférico viajó para conectar su tienda con la zona del puerto; expresa la esperanza de que, a pesar del alto precio que su comunidad pagó por el teleférico, perdiendo habitantes, el campo de fútbol y, como él la llama, la soberanía para decidir qué construir, la inversión venga a pacificar el lugar. Le pregunto si el agujero en la fachada de cristal de la estación Américo Brum que estoy apuntando fue hecho por una bala. Él mueve la cabeza diciendo sí, pero ahora como más «gringos como usted» suben el cerro, dice con una sonrisa, esas cosas no van a suceder otra vez. ¿El fin de los disparos debido a la presencia de nuevos visitantes? ¿El teleférico es una historia de éxito como el

CDURP y el alcalde quieren hacernos creer? ¿Nuestra conversación en el umbral estaría desplazando la frontera?

La sociabilidad es una práctica espacial colectiva que no sólo pone en relación los participantes de un grupo, introduciéndolos en un juego con reglas más o menos compartidas y aceptadas. Es también una práctica espacial que desafía un ordenamiento territorial más allá del espacio cerrado en el que el juego toma lugar. Así, podemos entender la sociabilidad como una experiencia colectiva del espacio que cambia dinámicamente como un proceso de reciprocidad entre los actores globales y los actores localizados en varios lugares. En este sentido, el proyecto de movilidad promueve realmente la movilidad social y política. La inclusión en el imaginario como un lugar pacificado es una condición para la inversión en este lugar altamente atractivo, lo que probablemente resultará en un aumento del valor inmobiliario y, por lo tanto a medio y largo plazo en el desplazamiento o en la gentrificación. Sin embargo, al mismo tiempo, la implantación violenta y vertical también creó una oportunidad para la comunidad articular, expresar deseos y resignificar su lugar. Caminar y mirar son una condición previa para cambiar su relación con los lugares de la ciudad. La célula en movimiento se convierte en una cuna en la que la confianza y, quizás, la resistencia puede nacer.

¿Cuándo los primeros vendedores de agua de coco van a unirse al sobrevuelo que sube y baja la ladera? Esta no es una pregunta retórica. Si comprendemos los efectos transformadores de la frontera móvil en ambos sentidos como un punto de contacto entre orden y apropiación, es sólo una cuestión de tiempo hasta que el teleférico entre en la experiencia del caminar de los vendedores callejeros, de los ambulantes.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alcântara, D. (2002). *Projeto, Desempenho Urbano e Construção do Lugar, avaliação da qualidade ambiental do Parque Guinle* (Mestrado). PROARQ-FAU-UFRJ.
- Angotti, T (2003). *The sidewalks of New York*. New York: Gotham Gazette.
- Arnheim, R. (1997). *Visual Thinking*. Berkeley, CA: University of California Press.
- Aschan-Leygonie, C. (2000). Vers une analyse de la resilience des systèmes spatiaux. *Espace Géographique*, 29(1), 64-77. doi: 10.3406/spgeo.2000.1968
- Baldwin, P. (2012). *In The Watches of the Night: life in the nocturnal city, 1820-1930*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Barreto, R. (2010). Geografia da diversidade: breve análise das territorialidades homossexuais no Rio de Janeiro. *Revista Latino-Americana De Geografia E Gênero*, 1, 14-20.
- Batista Carvalho, M. (2013). A política de pacificação de favelas e as contradições para a produção de uma cidade segura. *O Social Em Questão*, 16, 285 - 308.
- Beck, U. (2001). *La société du risque*. Paris: Aubier. (Original work published 1986)
- Becker, H. (2008). *Outsiders: estudo de sociologia do desvio*. Rio de Janeiro: Zahar.
- Benchimol, J. (1992). *Pereira Passos: um Haussmann tropical: a renovação urbana da cidade do Rio de Janeiro no início do século XX*. Rio de Janeiro: Secretaria Municipal da Cultura, Turismo e Esportes, Departamento Geral de Documentação e Informação Cultural, Divisão de Editoração.
- Berdoulay, V. (1997). Le lieu et l'espace public. *Cahiers De Géographie Du Québec*, 41(114), 301. doi: 10.7202/022669ar
- Berdoulay, V., & Soubeyran, O. (2012). Pratiques réflexives en aménagement pour une adaptation aux changements environnementaux. *Espace Géographique*, 41(2), 169. doi: 10.3917/eg.412.0169
- Berdoulay, V., & Soubeyran, O. (2014). Adaptation, science de la durabilité et pensée planificatrice. *Natures Sciences Sociétés*, 22(2), 114-123. doi: 10.1051/nss/2014024
- Berdoulay, V., & Soubeyran, O. (2015). La concertation sur l'adaptation au changement climatique dans le champ de force du discours sécuritaire. In Mermet

- & D. Salles, *Environnement: la concertation appriivoisée, contestée, dépassée?* (pp. 93 - 109). Louvain-la-Neuve: De Boeck.
- Berdoulay, V., & Soubeyran, O. (2015). *Aménager pour s'adapter au changement climatique*. Pau: PUPPA.
- Berdoulay, V., & Entrikin, J. (2012). Lugar e sujeito: Perspectivas teóricas. In W. Marandola Jr. & L. Holzer, *Qual o espaço do lugar? Geografia, epistemologia, fenomenologia*. (pp. 93-116). São Paulo: Perspectiva. (Original work published 1998)
- Berdoulay, V., Castro, I., & Gomès, P. (2001). L'espace public entre mythe, imaginaire et culture. *Cahiers De Géographie Du Québec*, 45(126), 413. doi: 10.7202/023001ar
- Berque, A. (1998). Paisagem-marca, paisagem-matriz: elementos da problemática para uma geografia Cultural. In Corrêa, R.L.&Rosendahal, Z (Eds), *Paisagem, tempo e cultura* (pp. 84 - 91). Rio de Janeiro: Editora da UERJ.
- Blomley, N. (2010). *Rights of passage: sidewalks and the regulation of public flow*. New York.
- Christaller, W. (1966). *Central Places in Southern Germany*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- Cohn, N. (1996). *Cosmos, caos e o mundo que virá: as origens das crenças no Apocalipse*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Corrêa, R.L. (1992). Corporação, práticas espaciais e gestão do território. *Revista Brasileira de Geografia*, 54(3), 115 - 122.
- Corrêa, R.L. (2001). Repensando a Teoria das Localidades Centrais. In Corrêa, R.L.(Ed), *Trajetórias geográficas*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.
- Cosgrove, D. (2008) *Geography and Vision: Seeing, Imagining and Representing the World* New York.
- Crang, M. (2000). Relics, places and unwritten geographies in the work of Michel de Certeau (1925–86). In Crang, M & Thrift, N (Eds), *Thinking Space* (pp. 136 - 153). London and New York: Routledge.
- Cresswell, T. 1998. Night Discourse: producing/consuming meaning on the street .In: Fyfe, N.R ed. *Images of the Street: planning, identity and control in public space* . London and New York: Routledge, pp.
- Da Costa, B.P. 2008. Territorialidades, representações do mundo vivido e modos de significar o mundo Reflexões sobre geografia e homoerotismo: representações e territorialidades. In: Serpa, A ed. *Espaços culturais: vivências, imaginações e representações* . Salvador: EDUFBA, pp.
- Da Matta, R (1979). *Carnavais, malandros e heróis*. Rio de Janeiro: Zahar.
- Dauphiné, A & Provitolo, D. 2007. La résilience : un concept pour la géographie des risques. *Annales de géographie*. 654(1), pp. 115-125.
- De Certeau, M (1998). *A Invenção do Cotidiano Artes de Fazer* . Petrópolis: Editora Vozes.

- De Certeau, M. 1993. *Walking in the City*. In: During, I.S ed. *The Cultural Studies Reader*. London: Routledge, pp.
- Deacon, L (2013). *Planning Sidewalks: implications of regulating sidewalk space in the East Village*. New York: Columbia.
- Delphim, C.F.M (2012). *Jardins do Rio*. Rio de Janeiro: Atlântica Editora.
- Delumeau, J (1989). *História do medo no ocidente: 1300-1800, uma cidade sitiada*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Di Felice, M. 2012. Netativismo: novos aspectos da opinião pública em contextos digitais. *FAMECOS: Mídia, cultura e tecnologia*. 19(1), pp. 27-45.
- Djament-tran, G & Reghezza-zitt, M (2012). *Résiliences urbaines Les villes face aux catastrophes*. Paris: Le Manuscrit.
- dos Santos, M. (2009). A abstratividade das ciências químicas, físicas e matemáticas – o xadrez como auxílio no desenvolvimento das habilidades cognitivas. *Saber Científico*, 2(2), 63-79
- Duneier, M & Reghezza-zitt, M (1999). *Sidewalks*. New York: Le Farrar, Straus, and Giroux.
- Ehrenfeucht, R & Loukaitou-sideris, A (2009). *Sidewalks Conflict and negotiation over public space*. Cambridge: MIT Press.
- Ehrenfeucht, R & Loukaitou-sideris, A. 2010. *Vibrant Sidewalks in the United States: re-integrating walking and quintessential social realm*. In: *Access Magazine*
- Elias, N & Scotson, J.L (2000). *Os estabelecidos e os outsiders: sociologia das relações de poder a partir de uma pequena comunidade*. Rio de Janeiro: Zahar.
- Elias, N (1984). *Sobre o tempo*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.
- Felício, B. & Rezende, R. (2000). *Parques do Rio de Janeiro: um olhar poético*. Rio de Janeiro: João Fortes Engenharia Eco Rio.
- Felix, A. (2014). *Lapa: um lugar central para a sociabilidade noturna*. (Master's dissertation Programa de pós-graduação em Geografia da Universidade Federal do Rio de Janeiro, Rio de Janeiro)
- Fernandes, E. (2007). *Constructing the 'Right to the City' in Brazil*. *Social and Legal Studies*, Vol. 16 (2), 201-219.
- Fernandes, E. (2003). *A Lei e a Ilegalidade na produção do espaço urbano*. Belo Horizonte: Del Rey.
- Ferreira, M.M (2009). *A Evolução da Iluminação na Cidade do Rio de Janeiro: contribuições tecnológicas*. Rio de Janeiro: Synergia/Light.
- Fogelson, R. (1993). *The fragmented metropolis : Los Angeles, 1850-1930*. Berkeley: University of California Press.
- Folke, C. (2006) Resilience: The emergence of a perspective for social-ecological systems analyses. *Global environmental change*, 16 (3), p. 253-267.
- Ford, L. (2000). *The spaces between buildings*. Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.

- Forester, J. (1999) *The deliberative practioner. Encouraging participatory planning processes*. Cambridge (Mass.), MIT Press
- Foucault, M. (1993) *About the Beginning of the Hermeneutics of the Self* (Transcription of two lectures in Darthmouth on Nov. 17 and 24, 1980), ed. by Mark Blasius, in: *Political Theory*, 21 (2), pp. 198-227.
- Freud, S. (1919/1996). «O estranho». *Obras completas*, ESB, v. XVII. Rio de Janeiro: Imago Editora.
- Frúgoli, H. (2007). *Sociabilidade urbana*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.
- Gehl, J. (1987). *Life between buildings : using public space*. New York: Van Nostrand Reinhold.
- Geist, J. (1983). *Arcades, the history of a building type*. Cambridge, Mass: MIT Press.
- Giddens A. (1990 [trad. 1994]). *Les conséquences de la modernité*. Paris, L'Harmattan.
- Girão, C. 2011. Parque do Flamengo, Rio de Janeiro, Brasil: o caso da marina. *Arquitextos*.
- Goffman, E. (1985). *A representação do Eu na vida cotidiana*. Rio de Janeiro: Ed. Vozes.
- Goffman, E. (2010). *Comportamento em lugares públicos : notas sobre a organização social dos ajuntamentos*. Petrópolis: Vozes.
- Góis, M. P. F. (2015). *Paisagens Noturnas Cariocas: formas e práticas da noite na cidade do Rio de Janeiro*. (Doctoral dissertation Programa de pós-graduação em Geografia da Universidade Federal do Rio de Janeiro, Rio de Janeiro)
- Gomes, P. (2012) *A condição urbana: ensaios de geopolítica da cidade*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.
- Gomes, P. (2013). *O lugar do olhar: elementos para uma geografia da visibilidade*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.
- Green, J. 2013. The humble public bench becomes comfortable, inclusive, and healthy. 18 December. *THE DIRT*. [Online]. [22 de Agosto de 2014.]. Available from: <https://dirt.asla.org/2013/12/18/the-humble-public-bench-becomes-comfortable-inclusive-and-healthy/>
- Gularte, D. (2010). *Jogos eletrônicos: 50 anos de interação e diversão*. Teresópolis: NovasIdeias.
- Gunter, W. and Daly, K. (2012). Causal or spurious: Using propensity score matching to detangle the relationship between violent video games and violent behavior. *Computers in Human Behavior*, 28(4), pp.1348-1355.
- Gwiazdzinski, L. (2005). *La nuit, dernière frontière de la ville*. La Tour-d'Aigues: Éd. de l'Aube.
- Healey, P. (1992). Planning through Debate: The Communicative Turn in Planning Theory. *The Town Planning Review*, 63(2), 143-162. Retrieved from <http://www.jstor.org/stable/40113141>

- Holling, C. S. (2001). Understanding the Complexity of Economic, Ecological, and Social Systems. *Ecosystems*, 4(5), 390-405. doi:10.1007/s10021-001-0101-5
- Huizinga, J. (2000). *Homo ludens: o jogo como elemento da cultura*. São Paulo: Editora da Universidade de S. Paulo, Editora Perspectiva.
- Jacobs, J (1961). *The Death and Life of the great American cities*. New York: Random House Inc.
- John, N., & da Luz Reis, A. (2010). PERCEPÇÃO, ESTÉTICA E USO DO MOBILIÁRIO URBANO. *Gestão & Tecnologia De Projetos*, 5(2), p. 180-206. <https://doi.org/10.4237/gtp.v5i2.106>
- Jonas, H. (1999, trad.) *La créativité de l'agir*. Préface d'Alain Touraine. Paris, Ed. du Cerf.
- Kim, A. M. (2012). The Mixed-Use Sidewalk. *Journal of the American Planning Association*, 78(3), 225–238. <https://doi.org/10.1080/01944363.2012.715504>
- Kohn, M. (2004). *Brave New Neighborhoods: the privatization of public space*. New York: Routledge.
- Koselleck, R. (2006). *Futuro passado – contribuição à semântica dos tempos históricos*. Rio de Janeiro: Contraponto.
- Lara, F. (2006). In the Dark All You Have Left Is Architecture. *Space and Culture*, 9(1), 26–27. <https://doi.org/10.1177/1206331205283729>
- Lefebvre, H. (2004). *Rhythmanalysis : space, time, and everyday life*. London: Continuum.
- Lemke, T. (2002). Foucault, Governmentality, and Critique. *Rethinking Marxism*, 14(3), 49–64. <https://doi.org/10.1080/089356902101242288>
- Lennard, S. H.; Lennard, J.L. (1984). *Public life in urban places*. Southampton: Gondolier Press.
- Lynch, K. (1960). *The image of the city*. Cambridge, Mass: MIT Press.
- Lynn, A. (2004). *Game over: jogos eletrônicos e violência*. (Doctoral dissertation Universidade Federal da Bahia: Salvador)
- Macedo, S. S.; Sakata, F. G. (2003). *Parques urbanos no Brasil*. 2ª Edição – São Paulo: Editora da Universidade de São Paulo: Imprensa Oficial do Estado de São Paulo.
- Magnani, J. G. C. (2002). De perto e de dentro: notas para uma etnografia urbana. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 17(49), 11-29. <https://dx.doi.org/10.1590/S0102-69092002000200002>
- Marié, M. (2001) La ville métis. In V. Berdoulay e P. Claval (orgs.): *Aux débuts de l'urbanisme français*, Paris, L'Harmattan, p. 237-244.
- Massey, D. (2008). *Pelo Espaço: Uma nova política da espacialidade*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.

- McDowell, L. (1999). *Gender, place and identity*. University of Minnesota Press: Minneapolis.
- Mcgonigal, J. (2012). *A realidade em jogo*. Rio de Janeiro: BestSeller.
- McQuire, S. (2004). Dream cities: the uncanny powers of electric light. Scan: *Journal of Media Arts Culture*, 1(2).
- Medeiros, B. F. (2007). A favela que se vê e que se vende: reflexões e polêmicas em torno de um destino turístico. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 22(65), 61-72. <https://dx.doi.org/10.1590/S0102-69092007000300006>
- Melo, V. A. (2010). O esporte como forma de lazer no Rio de Janeiro do século XIX e década inicial do XX. In: Marzano, A. e Melo, V. A.: *Vida divertida: Histórias do lazer no Rio de Janeiro (1830-1930)*. Rio de Janeiro: Apicuri.
- Montenegro, G (2009). *A produção do mobiliário urbano em espaços públicos: o desenho do mobiliário urbano nos projetos de reordenamento das orlas do RN*. (Master's thesis. Mestrado em Arquitetura e Urbanismo, Universidade Federal do Rio Grande do Norte, Natal). Disponível em: < <http://bdtd.ibict.br/q/>>.
- Moura, R. (2004). *No princípio, era a roda: um estudo sobre samba, partido-alto e outros pagodes*. Rio de Janeiro: Rocco.
- Name, L. (2012). Das redes às ruas: notas sobre novas tecnologias de informação e comunicação, mobilização social e manifestações políticas no espaço público. In: Rosa Pedro, R., Rheingantz P.A. (org.), *Qualidade do Lugar e Cultura Contemporânea*. Rio de Janeiro: UFRJ/FAU/PROARQ.
- Narboni, R. (2004). *Lighting the Landscape: art design technologies*. Boston: Birkhäuser.
- Nasaw, D. (1993). *Going Out: the rise and the fall of public amusements*. Cambridge: Harvard University Press.
- Pérez-Latorre, Ó. (2012). From Chess to StarCraft. A Comparative Analysis of Traditional Games and Videogames. *Comunicar*, 19(38), 121–129. <https://doi.org/10.3916/c38-2012-03-03>
- Prefeitura do Rio de Janeiro (2010). *Academias da Terceira idade (ATIs)*. [Online]. [9 de agosto de 2013]. Available from: <http://www.rio.rj.gov.br/web/sesqv/exibeconteudo?article-id=126402>
- Prefeitura do Rio de Janeiro (2013). *Caderno de calçadas cariocas*.
- Prefeitura do Rio de Janeiro (2015) www.cidadeolimpica.gov.br, last visit January 11, 2015.
- Prefeitura do Rio de Janeiro. (1996) *Manual para implantação de mobiliário urbano na Cidade do Rio de Janeiro*. Rio de Janeiro. IBAM/CPU, PCRJ/SMU. Disponível em: <<http://amaipanema.org.br/pdf/Mobiliaio-Urbano.pdf>>.
- Project for publicspaces. 2008. *Have a Seat: Movable Chairs or Benches?*. 31 December. [Online]. [26 de Agosto de 2014.]. Available from: <http://www.pps.org/reference/movable-seating>
- Rasmussen, S. (1959). *Experiencing Architecture*. Cambridge: MIT Press.

- Rio on Watch (2013). *Famílias da Providência resistem enquanto teleférico entra em fase de conclusão (RJ)*. [Online] [11 January, 2015] Available from: <https://pelamoradia.wordpress.com/2013/05/09/familias-da-providencia-resistem-enquanto-teleferico-entra-em-fase-de-conclusao-rj/>
- Romm, J. S. (1992). *The edges of the earth in ancient thought: geography, exploration, and fiction*. Princeton: Princeton University Press.
- Sack, R. D. (1986). *Human territoriality: its theory and history*. New York: Cambridge University Press.
- Santela, L. (2004). *Games e comunidades virtuais*. In: Catálogo da exposição hiPer>relações eletro//digitais. Porto Alegre: Instituto Sérgio Motta, Santander Cultural, 2004.
- Schafer, M. (2011). *A Afinação do Mundo*. São Paulo: Editora Unesp.
- Schwengel, C (2004). Átomos e bits em fluxos: redes sociais de cidades territoriais e digitais. In: Lemos, A. (org.), *Cibercidade: A cidade na Cibercultura*. Rio de Janeiro: E-Papers Serviços Editoriais.
- Scott, J. (1996). *Seeing Like a State. How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*. New Haven and London: Yale University Press.
- Sennett, R. (1971). *The Use of Disorder: personal identity and City life*. Harmondsworth: Penguin.
- Simmel, G. (1950). *The Sociology of Georg Simmel*. New York: The Free Press.
- Simmel, G. (1969). Metrópole e a vida mental. In: Velho, O. (org.). *O fenômeno urbano*. Rio de Janeiro: Zahar.
- Simmel, G. (1983). Sociabilidade – um exemplo de Sociologia Pura ou Formal. In: Moraes Filho (org.). *Sociologia*. São Paulo: Ática. p. 165-181.
- Simmel, G. (2013). Sociologia do espaço. *Estudos Avançados*, 27(79), 75-112. Recuperado de <http://www.revistas.usp.br/eav/article/view/68704>
- Simmel, G. (2005[1908]). O estrangeiro. *RBSE*, Vol. 4, nº 12, Dezembro de 2005, pp. 265-271. Traduzido por Mauro Guilherme Pinheiro Kourydo original: *Soziologie. Untersuchungen über die Formender Vergesellschaftung [1908]*
- Simmel, G. (2006). *Questões fundamentais da sociologia: indivíduo e sociedade*. Rio de Janeiro: Zahar.
- Simmel, G. (2009[1908]). *Sociology: Inquiries into the Construction of Social Forms*. translated and edited by Anthony J. Blasi, Anton K. Jacobs and Mathew Kanjirathinkal, Brill, Leiden, Netherlands.
- Simmel, G. 1996. A Ponte e a Porta. *Política e Trabalho*. 12(1), pp. 55-61.
- Simone, A. (2007). At the Frontier of the Urban Periphery. In Sundaram,, R., Bagchi, J. Sengupta, S. and Narula, M. (eds.) *Sarai Reader*. Delhi: Center for the Study of Developing Societies, 462–70.
- Simone, A. (2012). On the Worlding of African Cities. *AfricanStudies*, 44 (2), 15-41.

- Sítio eletrônico história digital. 2013. *10 jogos antigos que inspiraram o futebol*. [Online]. [9 August 2013]. Available from: <http://www.historiadigital.org/curiosidades/10-jogos-antigos-que-inspiraram-o-futebol/>
- Sítio Eletrônico Parque Madureira. 2013. *Jogos e entretenimento*. [Online]. [9 August 2013]. Available from: www.parquemadureira.cidadeolimpica.com.br
- Soubeyran, O. (1988). Malaisedans la planification. *Annales de la rechercheurbaine*, 37, p. 24-30.
- Taussig, M. (2013). *I swear I saw this. Drawings in Fieldwork Notebooks, Namely My Own*. Chicago: University of Chicago Press.
- Tester, K (1994). *The Flâneur*. New York: Routledge.
- Thibaud, J.-P. (2001). Frames of Visibility in Public Spaces. *A Forum of Environmental Design*, vol. 14, n. 1, pp. 42-47.
- Topalov, C., Bresciani, M., Lille, L. & Arc, H. (2014). *A aventura das palavras da cidade :através dos tempos, das línguas e das sociedades = La aventura de las palabras de la ciudad : a través de lostiempos, de los idiomas y de las sociedades*. São Paulo: Romano Guerra.
- Tubiana, L., Gemenne, F. e Magnan, A. (2010). *Anticiper pour s'adapter, le nouvel enjeu du changement climatique*. Paris: Pearson.
- Vale, L. e Campanella, T., dir. (2005). *The resilient city. How modern cities recover from disaster*. New York : Oxford U.P.
- Van Santen, C. (2006). *Light Zone City: light planning in the urban context*. Basel: Birkhauser.
- Vandellós, A (2010). Videojuegos como dispositivos culturales: las competencias espaciales en educación. *Comunicar*, nº 34, v. XVII, Revista Científica de Educomunicación; ISSN: 1134-3478; p. 183-189
- Vidal, L. (2012). *As lágrimas do Rio*. São Paulo: Martins Editora.
- Whyte, W. H. (1980). *The Social Life of Small Urban Spaces*. Washington, D.C.: The Conservation Foundation.
- Williams, R. (2008). Night Spaces: Darkness, Deterritorialization, and Social Control. *Space and Culture*. 11:4. P.514-532.
- Yáziqi, E. (2000). *O mundo das calçadas. Por uma política democrática de espaços públicos*. São Paulo: Humanitas/Imprensa Oficial.

RESEÑAS CURRICULARES

VINCENT BERDOULAY: Geógrafo por la Universidad de Burdeux. Maestro y doctor en Geografía por la Universidad de California-Berkeley (Estados Unidos de América), con habilitación a la *Diriger des Recherches* en la Université de París-Sorbonne IV. Actualmente, es profesor emérito de geografía y planificación de la Université de Pau et des Pays de l'Adour (Francia). Presidente de honor de la Comisión de Historia de la Geografía de la Unión Geográfica Internacional y de la Unión Internacional de Historia y Filosofía de la Ciencia. Fue profesor invitado en diversas universidades del mundo (University of Montreal, University of California-Berkeley y Universidad Federal de Río de Janeiro). Es autor de numerosos artículos y libros, entre ellos: "La formation de l'école française de géographie" (2008); "L'écologie urbaine et l'urbanisme", con Olivier Soubeyran (2002). "Des politiques territoriales durables? Leçons d'Amazonie", con Arnaud de Sartre (2011). Tiene experiencia en epistemología, Métodos e Historia de las ideas geográficas y de planificación, desarrollando los siguientes temas: ambiente, planificación, cultura y espacio público.

ANA BRASIL MACHADO: Doctora em Geografía por la Universidad Federal de Río de Janeiro. Desde 2016, es professora del Departamento de Geografía y Medio Ambiente de la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro. Investigadora del grupo Territorio y Ciudadanía (Departamento de Geografía / UFRJ). Sus temas de interés son: límites urbanos, naturaleza y ciudad, política urbana, espacios públicos. Publicaciones de interés: «Os ecolimites no Rio de Janeiro: política e gestão de interfaces urbanas» (2017); «Um dispositivo para a gestão de discontinuidades no Rio de Janeiro: os ecolimites no plano diretor da cidade» (2018); «Da política dos espaços públicos: esfera públi-

ca e política urbana no caso do ecolimite da Rocinha» (2018) e «O arrastão vai à praia: gentes, redes e visibilidades no balneário carioca» (2019).

HERNANDO DUDLERTH CEPEDA SANCHEZ: Profesor asistente del Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia. Historiador, Magister em Historia y PhD en Historia por la Universidad Libre de Berlín. Ha desarrollado estancias posdoctorales em el campo de la geografía en la Universidad Federal de Rio de Janeiro (UFRJ) y sobre estudios asiáticos en el Centro de Estudios de Asia y África del Colegio de México (Colmex-2018-2). Posee una alta experiencia em los campos de la historia cultural, historia asiática y geo-historia y ha desarrollado investigación em los grupos: Actores colectivos, territorio y memoria, Universidad Javeriana; Territorio y ciudadanía, UFRJ; Prácticas, Imaginarios Sociales y Representaciones, UNAL-UNIANDES-JAVERIANA y; Red Asia-América Latina, UNAL. Entre sus publicaciones se destacan: «La experiencia investigativa de la Historia Comparada», «El proyecto urbano: acuerdos y desacuerdos en torno a la ciudad moderna» y «Imaginarios sociales, política y resistencia: las culturas juveniles de la música rock en Argentina y Colombia»

SUE ELLEN COCCARO: Doctoranda por el programa de Estudios de Migraciones (DeMig) en el Instituto de Geografía y Ordenamiento Urbano (IGOT) de la Universidad de Lisboa. Maestría en Organización y Gestión del Territorio por la Universidad Federal de Río de Janeiro (2015). Profesional especialista en Planeamiento Urbano y Educación Ambiental. Líneas investigativas: Flujos migratorios contemporáneos entre Brasil y Portugal, Manifestaciones políticas en el Espacio Público. Integrante de los núcleos de investigación 'Migrare - Migration, Spaces and Societies', en Portugal y 'NIEM- Núcleo Interdisciplinar de Estudos Migratórios em Río de Janeiro.

PAULO CESAR DA COSTA GOMES: Geógrafo y maestro por la Universidad Federal de Río de Janeiro (Brasil). Doctor por la Universidad de París-Sorbonne IV (Francia), com posdoctorado em la Université de París III (Francia). Actualmente es profesor titular del Depar-

tamento de Geografía de la Universidad Federal de Río de Janeiro y coordinador del Grupo de Investigación Territorio y Ciudadanía. Fue profesor invitado en universidades de Canadá (Universidad de Buenos Aires), Argentina (Universidad de Buenos Aires), Francia (Université de Reims Champagne-Ardenne, Université de Lyon, Universidad de Pau et des Pays de l'Adour, Université de La Rochelle, École des Hautes Études en Ciencias Sociales) y España (Universidad de Granada). Es autor de numerosos artículos y libros, entre ellos: «Geografía e Modernidade» (1996); «O lugar do olhar: elementos para uma geografia da visibilidade» (2013). «Quadros geográficos: uma forma de ver e de pensar» (2017). Tiene experiencia en la historia de la geografía, la geografía política y la geografía urbana, desarrollados los siguientes temas: espacio público, ciudadanía, epistemología de la geografía, cultura y imagen.

IGOR RIBEIRO DA SILVA CAMPOS: Estudiante de maestrado en Gestión y Organización del Territorio por la Universidad Federal de Río de Janeiro y graduado en licenciatura en Geografía por la misma institución. Líneas de investigación: geografía urbana, espacios públicos, sociabilidad, vida cotidiana y geografía y género. Publicaciones de interés: «Corpos de baile: o gênero nas coreografias da sociabilidade pública da Praça São Salvador» (CAMPOS, 2018).

MIRELLE DE CASTRO ALFANO: Maestra en geografía por la Universidad Federal de Río de Janeiro y bachillerato en geografía por la misma institución. Actúa como profesora de geografía en educación básica. Actuó en investigaciones académicas por el Laboratorio Territorio y Ciudadanía, coordinado por el Profesor Doctor Paulo César da Costa Gomes. Desarrolló investigaciones en los ámbitos de la Geografía Cultural, Espacios Públicos, Geografía Urbana y Geografía de Río de Janeiro.

RENAN BATISTA DE FRANÇA: Graduado en Geografía por la Universidad Federal de Río de Janeiro (UFRJ). Líneas de investigación: geografía urbana y cultural; geografía y religión; prácticas religiosas en espacios públicos. Publicaciones de interés: «Uma procissão na geografia» (Rio de Janeiro: eduerj, 2018).

ANDRÉ FELIX DE SOUZA: Doctorado del Programa de Postgrado en Geografía de la Universidad Federal de Río de Janeiro. Líneas de investigación: espacios públicos; la sociabilidad; ciudades contemporáneas; geografía política; geografía urbana; geografía social, geografía cultural y geografía humana. Publicaciones de interés: «Lapa: da sociabilidade na cidade para a sociabilidade da cidade» (Espaço Aberto, vol.5, n.2, pp. 61- 78, 2015); «Os espaços públicos nas cidades contemporâneas: uma (re)visão» (Geografares, n.16, pp.182-213, 2018).

WASHINGTON DRUMMOND: Mestre en Geografía por la Universidad Federal de Río de Janeiro (Rio de Janeiro, Brasil) y professor efectivo em la red estadual de educación y em el Servicio Nacional de Aprendizaje Comercial (Brasil). Actuó como professor substituto en UFRJ (Río de Janeiro, Brasil). Líneas de investigación: representación espacial em los juegos electrónicos: espacialidades, temáticas y signos; la sociabilidade em los espacios públicos y el clima urbano. Publicaciones de interés: «Geografia em Jogo: Algumas possibilidades de abordagens dos videogames na Geografia» (Drummond, 2016); «Representação espacial nos videogames: explorando o caso de Sim City 4 4» (Universidade Federal de Rio de Janeiro, 2014).

PAULA BARBOSA ESTEVAM TROJAN: Geógrafa por la Universidad Federal de Río de Janeiro (2015). Actuó como miembro del grupo de investigación Territorio y Ciudadanía, con temas relacionados con la geografía humana, urbana y cultural, enfoca em los espacios públicos y sociabilidad. Bajo la orientación de los profesores Paulo Cesar da Costa Gomes y Leticia Parente Ribeiro entre 2012 y 2015.

AMANDA FERNANDES CARVALHO: Actualmente cursa Bachillerato en Geografía en la Universidade Federal do Rio de Janeiro. Becario de la Iniciación Científica del Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico. Actúa em el Grupo de Investigación Território e Cidadania, desde hace 2013.

MARCOS PAULO FERREIRA DE GÓIS: Doctor em Geografía por la Universidad Federal de Río de Janeiro (UFRJ) y Profesor Adjunto del Departamento de Geografía de la misma institución. Líneas de inves-

tigación: geografía urbana y cultural; paisajes y economía nocturna; espacios públicos y prácticas de ocio. Publicaciones de interés: «Paisagens Luminosas e Cenários Noturnos: formas, práticas e significados da noite na cidade do Rio de Janeiro» (Niterói: EdUff, 2017); «Policies for night life and the democraticcity: from urban renewalto behaviour control in Rio de Janeiro, Brazil». In: Jordi Nofre Mateo; Adam Eldridge. (Org.). Exploring Night life: Space, Society and Governance (Londres: Rowman & Littlefield, 2018); «Mobilidade noturna: estudo sobre os circuitos urbanos noturnos na cidade do Rio de Janeiro» (Universitas Humanistica, v. 85, 2018).

KARINA EUGÊNIA FIORAVANTE: Doctora en Geografía por la Universidad Federal de Rio de Janeiro. Líneas de Investigación: Geografía y Cine; Géneros cinematográficos y representación espacial; Literatura de Fantasía y construcción espacial; Historia del Pensamiento Geográfico y Epistemología de la Geografía; Geografía y Industria. Publicaciones de interés: «Geografia e cinema: a reinterpretação dos conceitos de espaço, paisagem e lugar a partir das imagens e movimentos»; « Os espaços e paisagens fílmicos e a teoria dos gêneros: um ensaio sobre o cinema de faroeste».

RENATO COIMBRA FRIAS: Renato Frías es geógrafo, investigador y profesor. Bachiller, licenciado, maestro y estudiante de doctorado por la UFRJ. Como investigador, se dedica a los siguientes temas: Geografía Histórica de la Ciudad de Río de Janeiro; Ecología Acústica de los Espacios Urbanos; Paisajes Sonoras y Enseñanza de Geografía. En el campo de la Educación, actúaenlassiguientesactividades: orientación de licenciandos y formación de profesores; elaboración de materiales didácticos con recursos tecnológicos; planificación y conducción de trabajos de campo para Educación Básica y Enseñanza Superior.

IGOR MARTINS MEDEIROS ROBAINA: Doctor em Geografia por la Universidade Federal do Rio de Janeiro (UFRJ). Actualmente es profesoren el Departamento y em el Programa de Posgrado en Geografía de la Universidade Federal do Espírito Santo. Línea de investigación: espacialidades cotidianas en la ciudad, más específicamente, junto a determinados grupos y segmentos marginalizados socioespacialmente.

Publicaciones de interés: «População em situação de rua, espacialidades e vida cotidiana (Brasil Multicultural, 2018); O trabalho de campo como um lugar em processo: experiências de uma pesquisa geográfica com a população em situação de rua numa grande metrópole». (GEOUSP, 2018).

THOMAZ LEITE MENEZES: Doctorando en Gestión y Organización del Territorio por la Universidad Federal de Río de Janeiro, también es maestro em por la misma institución. Participa desde 2012 del Grupo de Investigación Território e Cidadania. Tiene interés en las relaciones de la Geografía del Pasado, especialmente de las ciudades.

FRANK INGO MÜLLER: Doctor em Estudios Latinoamericanos por Freie Universita et Berlin. Científico político e investigador postdoctoral en el Departamento de Geografía Humana, Planificación y Desarrollo Internacional y el Centro de Estudios Urbanos de la Universidad de Amsterdam. Enfoque de la investigación: vivienda y securitización en América Latina y más allá, conflictos de tierras, «pacificación» y protestas contra reasentamientos involuntarios en la Ciudad de México y Río de Janeiro. Interesado en estudios sobre la performatividad del poder. La investigación actual examina la informalidad urbana como un papel volátil y adscrito.

LETICIA PARENTE RIBEIRO: Maestra en Geografía. Docente del Departamento de Geografía y Miembro Investigadora del Grupo «Território e Cidadania» de la Universidad Federal de Rio de Janeiro (Rio de Janeiro, Brasil). Líneas de Investigación: espacios públicos; sociabilidad y geografía urbana; metodologías visuales para la investigación geográfica. Proyectos de investigación: La sociabilidade em los espacios públicos y la creación de escenarios urbanos; Transformación de los espacios públicos y construcción de la democracia em las ciudades sudamericanas; Escenarios Urbanos, Imágenes y Composición: morfología, comportamientos y significados de los espacios públicos. Publicaciones de interés: «Espaços públicos e mobilidade urbana: uma análise comparada dos arranjos normativos de Bogotá (Colômbia) e do Rio de Janeiro (Brasil)» (Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía, 2016); «A apresentação da espera nos es-

paços públicos: modos de ocupar, formas de olhar» (Nuevo Mundo Mundos Nuevos, 2016); «L'attente comme ressource: les vendeurs ambulants de Rio de Janeiro et de Tijuana» (Presses Universitaires de Rennes, 2015); «Les sources pour connaître l'attente» (Presses Universitaires de Rennes, 2015); «A produção de imagens para a pesquisa em geografia» (Revista Espaço e Cultura, 2013). leticiapr@ufrj.br

NIKOLAS ZANETTE MURICY: Licenciado en Geografía. Mestrando en el programa de postgrado en Geografía de la Universidad Federal del Rio de Janeiro (Rio de Janeiro, Brasil). Profesor do Colégio Teresiano (Colégio de Aplicação da PUC-Rio) e da Escola Parque. Líneas de Investigación: Espacios públicos, sociabilidad, legislación urbana, playas cariocas. Publicaciones de interés: A política como prática cotidiana: Democracia na praia de Copacabana (2016) e A sazonalidade dos padrões espaciais de sociabilidade nos espaços públicos da cidade de Cabo Frio – RJ (2015).

